wattpad

SOLO HAY UNA SALIDA



LIBRO 1

BELLA HIGGIN

Bella Higgin

BELLE MORTE

Traducción de Noemí Sobregués

wattpad
by Montena

A todo soñador que mira las estrellas.
Los sueños pueden hacerse realidad.

Capítulo 1

Renie

Vi Belle Morte por primera vez cuando la limusina llegaba a la cima de la colina por una carretera empinada. La mansión de los vampiros estaba a las afueras de la ciudad de Winchester, donde edificios históricos con entramado de madera daban paso a la verde extensión del Parque Nacional South Downs.

Una multitud de paparazis casi impedía ver el muro que rodeaba la mansión. Clamaba por ver a las criaturas que se habían convertido en las celebridades más deslumbrantes del mundo, además de a toda persona que tuviera relación con ellas. Me había convertido en una de esas personas hacía dos semanas, cuando habían aceptado mi solicitud para ser donante de sangre.

La limusina pilló un bache, y el estómago me dio un brinco. Dejé mi copa de champán. Ya estaba hecha un manojo de nervios, así que el alcohol no iba a ayudarme.

—¡Estoy impaciente! —exclamó una chica a mi izquierda—. Phillip, Gideon, Étienne... Ah, y Edmond —recitó los nombres de los vampiros de Belle Morte como si fueran viejos amigos suyos.

No era la única que los adoraba. Los vampiros eran el paradigma de la fama: inmortales guapos y misteriosos que habían salido de las sombras diez años atrás y habían demostrado que realmente existían. El mundo quería saberlo todo de ellos. Las celebridades de la lista A habían pasado a la lista C, y todas las de las listas inferiores prácticamente habían desaparecido del mapa. Los periódicos sensacionalistas, las columnas de cotilleos, las sesiones de fotos y los programas de entrevistas eran patrimonio de los vampiros.

A casi todo el mundo le gustaban.

A mí no.

—Mi favorita es Míriam —dijo el chico que estaba frente a mí—. Estoy impaciente por que me clave los colmillos.

Otro chico negó con la cabeza.

—Sí, Míriam está buena, pero si alguien tiene que morderme, quiero que sea la mismísima reina de hielo: Ysanne Moreau. —Una mirada soñadora le cruzó el rostro.

La chica que estaba a mi lado se burló.

—No puedes elegir quién te muerde.

—Ya, pero soñar es gratis.

Me hundí en el asiento negando con la cabeza para mis adentros. Belle Morte era una de las cinco casas de vampiros del Reino Unido y la República de Irlanda, y todos los que estábamos en la limusina nos dirigíamos a ella como donantes de sangre. En nuestro mundo moderno, los vampiros ya no cazaban a sus presas entre las sombras, sino que pagaban a personas como nosotros para que les permitieran beber su sangre.

Parecía un buen trato. Presentabas una solicitud para ser donante, te aceptaban, te trasladabas a una casa de vampiros, vivías rodeado de lujos durante meses, dejabas que los vampiros bebieran tu sangre y al final te marchabas con la cuenta bancaria llena. Las personas como yo, procedentes de una familia pobre y con dificultades para encontrar un trabajo fijo, necesitaban realmente ese dinero.

Pero yo no podía olvidar las historias de sangre, cadáveres, muerte y maldad que tan a menudo había visto en películas y libros antes de que los vampiros pasaran a ser héroes románticos en lugar de villanos. Tenía que haber algo de verdad en esas leyendas.

A medida que nos acercábamos a la mansión, los flashes de las cámaras enloquecieron y tuve que apretar las manos para que no me temblaran. Quizá era un error. Los donantes se quedaban en una casa hasta que los vampiros se aburrían de ellos —podían ser semanas, meses e incluso años—, así que en cuanto entrara en Belle Morte, no sabría cuándo saldría. No habría sido un

problema si me hubiera metido en esto por el dinero o el glamour, como todos los que se inscribían.

Pero no era mi caso.

Mi hermana había entrado en esa casa hacía cinco meses. Nunca salió, y toda comunicación con ella se había interrumpido de repente hacía unas semanas. Yo había solicitado ser donante únicamente para descubrir por qué.

La chica que estaba a mi derecha se arregló su corte de pelo pixie.

—Tengo que estar guapa para las cámaras —me dijo al verme mirándola.

Cuando las puertas de hierro forjado que bloqueaban el camino a Belle Morte se abrieron y la limusina avanzó despacio hacia ellas, los flashes de las cámaras y los gritos eran cada vez más abrumadores. Giré la cabeza para que una cortina de pelo rojizo me cubriera la cara. A diferencia de los demás donantes, yo no tenía ningún interés en que mi foto apareciera en la portada de una revista.

Tres vampiros salieron del jardín de la mansión, flanqueados a ambos lados por guardias de seguridad humanos con uniforme negro. Los vampiros eran lo bastante fuertes como para mantener a raya a la ansiosa prensa sin ayuda, pero habían cultivado una imagen de inmortales elegantes y misteriosos. Sacarse de encima a los buitres de los medios de comunicación como si fueran juguetes baratos tendría un efecto negativo en su imagen pública, así que guardias de seguridad humanos les hacían el trabajo sucio.

La limusina se detuvo ante la entrada de la mansión y alguien abrió la puerta de la limusina para que saliéramos. Cuando me tocó a mí, me descubrí mirando a un hombre de unos cuarenta años. Una sonrisa le arrugaba la piel en las comisuras de los ojos, y la luz de la luna brillaba en la cúpula afeitada de su cabeza.

—Dexter Flynn, jefe de seguridad —me dijo ayudándome a salir del coche.

Volví a agachar la cabeza mientras la prensa se arremolinaba a mi alrededor gritando preguntas y ladrando mi nombre.

—Renie Mayfield...

—... cómo te sientes...

—... esperas conseguir...

—... vampiros...

Un vampiro se colocó a mi lado mirando a la prensa, que se acercaba demasiado.

—Tranquilos. Dadle un poco de espacio a la señorita —les advirtió.

Como todos los vampiros, era guapo. Su pelo rojo oscuro contrastaba con sus ojos azules, y cuando sonreía, lo hacía con los labios cerrados. No pude verle los colmillos.

Étienne Banville. Antes de rellenar mi solicitud de donante, había investigado todo lo que había podido para saber adónde me dirigía. Inevitablemente, había caído en el pozo sin fondo del *fan art* y el *fanfiction*, encuestas sobre vampiros y donantes favoritos, foros interminables que especulaban sobre qué vampiro se acostaba con quién. Me parecía muy ridículo, pero al menos sabía el nombre de todos.

La expresión de Étienne languideció al verme. No supe por qué.

Quería atravesar el tumulto de la prensa lo más rápido posible, sin detenerme a responder a ninguna pregunta, pero un hombre se acercó demasiado y casi me dio un golpe en la cara con el micrófono. Me tambaleé y caí encima del vampiro más guapo que había visto jamás.

Mechones de pelo negro azabache revoloteaban alrededor de su pálido rostro. Tenía los pómulos tan afilados que habrían podido cortar el cristal, y sus ojos eran oscuros y duros como el ónice. Edmond Dantès.

—Basta —dijo empujando al hombre.

Este retrocedió, pero las cámaras siguieron disparando flashes. Demasiado para mí, que no quería ser el centro de atención. Al día siguiente aparecerían fotos mías con Edmond en las portadas de todas las revistas de cotilleos y sitios web de vampiros del país, quizá incluso del mundo. La obsesión por estas criaturas no se limitaba al Reino Unido. Había casas de vampiros en todo el orbe, y los grandes fans de los vampiros, o «vladictos», como les gustaba llamarse a sí mismos, buscaban chismes desesperadamente.

Edmond le indicó a Dexter con un gesto que se acercara.

—Controla la situación. Estas personas no deberían tocar a los donantes —gruñó Edmond.

—Sí, señor —le contestó Dexter.

Edmond me miró.

—¿Estás bien? —me preguntó en tono más suave, con un ligero acento francés enroscándose en las palabras.

De repente se me cortó la respiración y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Edmond levantó una ceja.

—Estoy bien —murmuré sintiéndome idiota.

Me había burlado miles de veces de las personas que trataban a los vampiros como dioses, y la primera vez que hablaba con uno me desmoronaba. «Buen trabajo, Renie».

Edmond asintió bruscamente y se alejó. La chica que había estado a mi izquierda en la limusina me lanzó una mirada envidiosa, casi asesina, pero la del pelo corto me guiñó un ojo. Al menos ella se divertía, ponía morritos y lanzaba besos como si estuviera pavoneándose en la alfombra roja porque sabía que sus fotos aparecerían en todas partes. Los vladictos y otros fans de los vampiros siempre querían saber de nosotros, tanto de los nuevos donantes que entraban en la mansión como de los descartados, a los que habían liberado de su contrato y arrojado a su antigua vida, con la diferencia de que a partir de ese momento los llamaban para programas de entrevistas, presentaciones de libros y *reality shows*.

—¡Bueno, basta ya! —gritó Dexter empujando con el brazo a otro fotógrafo entusiasmado—. Llevemos dentro a los donantes.

Las puertas se cerraron detrás de nosotros. Nadie podía entrar sin el permiso de Ysanne Moreau, la señora de la casa. Así llamaban a las dirigentes de las casas de vampiros de gran parte de Europa y Norteamérica.

Observé la mansión. Estaba iluminada por enormes focos colocados en el suelo y se había diseñado para parecer antigua. Era una imponente estructura gótica de piedra gris, con ventanas saledizas apoyadas en repisas decorativas y con los cristales cubiertos desde dentro con pantallas que impedían que pasaran los rayos ultravioletas. Por encima de la puerta con tachuelas de latón, un bajorrelieve de piedra indicaba el nombre de la Casa: Belle Morte. «Bella muerta». Qué apropiado.

¿Cómo se había sentido June cuando llegó? Mi hermana era una auténtica

vladicta, estaba atrapada en la obsesión por los vampiros de la última década, así que seguramente le había parecido lo mejor del mundo.

Debía de tener una razón para interrumpir todo contacto. Mi madre creía que yo exageraba y me decía que los vampiros no habían hecho daño a ningún donante y que, si hubiera pasado algo, Belle Morte no habría aceptado como donante a la hermana de June, pero yo no podía quitarme el miedo de encima. Y como a los donantes no se les permitía recibir visitas, mi única forma de entrar era hacerme donante también yo.

Mientras avanzábamos por el camino de losas de piedra hacia la enorme puerta principal, que Dexter empujó para que se abriera, sentí un nudo en el pecho.

Ya no había vuelta atrás. Estaba aquí, y nada me impediría descubrir qué le había pasado a mi hermana.

Dexter nos condujo a un gran vestíbulo con suelo de parqué y paredes revestidas de caoba, iluminado por una araña de cristal. Pedestales de mármol con cuencos llenos de flores flanqueaban la puerta, y a cada lado de las ventanas colgaban cortinas de color burdeos tan largas que formaban montículos en el suelo. Al fondo de varios recibidores arqueados se veía una gran escalera con una barandilla de hierro.

En los foros de vladictos se especulaba que en las profundidades de la mansión había pasadizos secretos, pero seguramente lo decían las mismas personas que creían que los vampiros eran ángeles o extraterrestres.

Los vampiros se reunieron en la escalera y nos miraron con atención. Edmond se colocó delante, junto a Isabeau Aguillon, una mujer alta y esbelta cuyos rizos castaños casi le llegaban a la cintura. La mujer nos observaba con la comedida calma que los vampiros parecían adoptar con tanta facilidad. No había rastro de la vampira a la que esperaba ver, la propia Ysanne. Belle Morte era su casa. Aquí todos los vampiros tenían que responder ante ella. Mientras estuviéramos aquí, básicamente le pertenecíamos.

Aparte del equipo de seguridad, no se veía personal humano, aunque era casi medianoche. Quizá se habían ido a su casa.

—En nombre de la señora de la casa, os doy formalmente la bienvenida a

Belle Morte —dijo Isabeau—. Los donantes tienen permitido acceder a casi todo el primer piso, que incluye el salón de baile, el comedor, la biblioteca, el bar, las salas de alimentación, las salas de arte, la sala de música, la sala de meditación y el teatro. Los donantes no pueden acceder a las cocinas ni a las salas de suministros.

»El segundo piso consta de cuatro alas. El ala norte es donde dormimos. No se permite la entrada a ningún donante. El ala este consiste en su mayor parte en salas de suministros adicionales. Podéis ir a verlas si queréis, aunque me cuesta imaginar que os parezca divertido. El ala sur es donde duermen los donantes.

»Al ala oeste no puede acceder nadie. —La voz de Isabeau adquirió un tono de advertencia. Sin haber movido ni un solo músculo parecía... diferente. La inmovilidad antinatural de su cuerpo, la dureza serena de su rostro y la mirada insondable de sus ojos gritaban que no era humana—. En Belle Morte nos tomamos las normas muy en serio, y ninguna más que la del ala oeste. —Sus ojos se posaron en cada uno de nosotros, ardiendo como láseres—. Toda transgresión de esta norma dará lugar a la cancelación inmediata de vuestro contrato.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué había en esa ala, una rosa roja en una cúpula de cristal?

Isabeau esperó a que todo el mundo lo encajara antes de continuar.

—Las demás normas de la casa estaban incluidas en vuestro contrato y hay copias en todos los dormitorios, pero repasaré las básicas. Se espera que los donantes se mantengan en buena forma. Se proporcionan todas las comidas, y los donantes deben comer exactamente lo que se les ofrezca. Alimentarse bien es fundamental para que la sangre sea saludable. Está terminantemente prohibido fumar y consumir drogas de cualquier tipo. Se permite beber, pero sin abusar. Se proporcionan todas las prendas de vestir, así como los cosméticos necesarios, que encontraréis en vuestras habitaciones. Si necesitáis algo más, podéis rellenar un formulario de solicitud. En Belle Morte no hay ordenadores y no se permiten teléfonos móviles ni otros métodos de acceso a internet.

Al decir las últimas palabras pareció incómoda, como si todavía le costara manejar la tecnología moderna.

—Podéis escribir a vuestros seres queridos con la frecuencia que queráis. Revisaremos todas las cartas antes de enviarlas.

El chico que estaba a mi lado pareció desconcertado, como si hubiera olvidado que existían el lápiz y el papel.

—Hasta que finalice el contrato, los donantes no pueden rechazar a ningún vampiro que quiera beber de ellos —siguió diciendo Isabeau—. Pero las relaciones sentimentales entre humanos y vampiros están terminantemente prohibidas.

Desplacé la mirada de Isabeau a Edmond, que estaba en silencio a su lado, con su pelo de color ébano y su piel clara como la luz de luna. Vale, entendía por qué todo el mundo estaba fascinado por estas hermosas criaturas, pero seguía sin confiar en ellas. ¿Qué pasaría si el mundo se aburría de ellos y nadie solicitaba ser donante? ¿Empezarían a acechar las calles y a arrastrar a presas a las sombras como los vampiros de las leyendas?

Los ojos de Isabeau se posaron un segundo en mí, y algo se deslizó por su rostro. Fue demasiado breve para identificarlo, pero me hizo sentir incómoda.

La chica de pelo corto de la limusina me tocó el hombro. Yo era de estatura media, y ella era unos centímetros más alta que yo, así que tuve que inclinar la cabeza para mirarla.

—¡Hola, compa de habitación! —me dijo.

—¿Eh?

—¿No estabas escuchando? Somos compañeras de habitación.

—Vaya. Estupendo.

La verdad era que no me importaba. Estaba allí para buscar a June, no para hacer amigos.

—Me llamo Roux. —Me tendió la mano. Tendría unos dieciocho años, como yo (al parecer, la sangre joven sabía mejor), y sus rasgos angulosos y sus piernas de un kilómetro le daban un aspecto de modelo de pasarela.

—Renie —le contesté estrechándole la mano.

Sus dedos eran largos y delgados, con las uñas muy cuidadas.

Roux sonrió y vi que el piercing que llevaba en la nariz, un pequeño rubí, brillaba como una gota de sangre. ¿Excitaría a los vampiros? Supuse que ya lo

descubriría ella misma.

Los nuevos y los antiguos donantes no se reunían esa misma noche, al parecer para dar a los novatos la oportunidad de adaptarse, así que no vería a June hasta la mañana siguiente, pero mientras un vampiro rubio llamado Gideon nos llevaba a nuestras habitaciones, observé todas las puertas por las que pasábamos preguntándome cuál sería la de June.

Gideon apenas habló, pero supuse que para esas criaturas solo éramos comida. No necesitaban socializar con nosotros.

—Esperaba que pudiéramos empezar a alimentar a los vampiros esta noche —susurró el chico que estaba a nuestro lado. Tendría como máximo un par de años más que yo y el mismo aspecto de modelo que Roux, muy bien peinado, con una piel perfecta y las facciones angulosas—. Me llamo Jason, por cierto.

De repente caí en lo que había dicho: «alimentar». La palabra me recorrió el cuerpo y tuve que hacer un gran esfuerzo por reprimir el impulso de temblar. Cuando envié mi solicitud, sabía que ofrecería mis venas para que los vampiros succionaran, pero no podía imaginármelo sucediendo de verdad.

Jason miró los anchos hombros, las estrechas caderas y las largas piernas de Gideon.

—Cruzo los dedos de las manos y de los pies para que esta belleza me elija.

Gideon se detuvo de pronto. Jason estaba tan absorto admirándolo que casi chocó contra la espalda del vampiro. Por suerte, Gideon no pareció darse cuenta.

—Roux e Irene, esta es vuestra habitación —nos dijo.

Me estremecí al oír mi nombre completo. Me habían llamado Renie desde que nací, porque June, que era muy pequeña, no era capaz de decir Irene.

—Estupendo, gracias —le contestó Roux—. Hasta mañana, Jason.

Jason corrió detrás de Gideon mientras Roux abría la puerta y yo entraba detrás de ella.

—Guau —exclamó conteniendo la respiración.

Yo sentí lo mismo, aunque no dije nada.

La habitación era de dimensiones generosas, las paredes estaban empapeladas con terciopelo flocado de color dorado pálido, y la moqueta de color crema era tan gruesa que me daba la sensación de andar sobre una nube.

Cortinas doradas más oscuras flanqueaban las ventanas, aunque tenían persianas que no podíamos abrir. Al menos podríamos salir de la casa durante el día.

Las dos camas estaban casi una frente a la otra, ambas con cabezales de caoba tallados y cubiertas con colchas de satén. Un enorme armario ocupaba una pared, y un amplio tocador, la otra. Junto a una cama había una figura de latón de la Venus de Milo posada en una mesilla de noche, y junto a la otra, una puerta abierta que permitía ver un cuarto de baño con azulejos de color crema. Otra araña de cristal colgaba del techo. La habitación olía ligeramente a rosas.

Estaba a años luz de la diminuta habitación que June y yo habíamos compartido toda la vida.

Roux pegó un grito y se abalanzó sobre la cama que estaba junto al cuarto de baño. Las almohadas cayeron al suelo.

—Esto es increíble.

No se lo podía discutir, pero no me gustaba. Mi familia no tenía mucho dinero, y todo este lujo era lo que había absorbido a June, porque le ofrecía un mundo brillante muy alejado del que siempre habíamos conocido.

Roux rodó en la cama, se levantó, corrió al armario, abrió las puertas dobles y rebuscó entre la ropa.

—Quien haya elegido todo esto tiene un gusto muy sexy. —Blandió delante de mi cara lo que parecía un corsé.

A los donantes no nos permitían traer nada. Teníamos que anotar nuestras medidas y nuestro número de pie en el formulario de solicitud para que pudieran proporcionarnos la ropa, pero no tenían en cuenta el estilo que preferíamos. Lo único que importaba era lo que querían los vampiros, y no les gustaba la ropa informal, lo que no tenía nada de sorprendente considerando que muchos de ellos eran de la época de los corsés y los miriñaques.

—Cuántas cosas bonitas —canturreó Roux sacando un vestido de encaje de color marfil.

La ropa nueva era un lujo que June y yo nunca habíamos podido permitirnos. Nos poníamos las prendas que amigos y vecinos ya no querían, así que, a mi pesar, sentí que el armario tiraba de mí. Toqué la manga de una chaqueta de cuero suave que seguramente valía una fortuna. Si pudiéramos llevarnos la ropa

al marcharnos, sacaría más dinero vendiéndola del que ganaría cuidando niños o paseando perros.

June había venido sobre todo por los vampiros, aunque también esperaba que el dinero que consiguiera como donante la ayudara a instalarse cuando fuera a la universidad, pero yo sabía que nunca iría a la universidad. Aunque el dinero no fuera un problema, ¿qué estudiaría? Yo no soñaba como June.

Roux siguió rebuscando en el armario y después volvió a saltar sobre su cama.

—Bueno —me dijo apoyando la barbilla en las manos—, ¿tienes a alguien especial en mente para hacer los honores? —Me mostró los dientes y fingió morder.

—No.

—Quizá consigas a Edmond.

—¿Por qué lo dices?

—Corrió a salvarte de las cámaras cuando los guardias de seguridad podrían haberlo manejado.

—Étienne también ayudó.

—Cierto. —Roux rodó sobre la cama y se colocó mirando al techo—. ¿Crees que es el verdadero Edmond Dantès?

Me senté en mi cama y me resistí al impulso de pasar las manos por el suave satén y las almohadas rellenas de plumas. Era una cama, solo eso. Con un poco de suerte, ni siquiera dormiría en ella mucho tiempo. En cuanto supiera que June estaba bien, me largaría de aquí.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Ya sabes, *El conde de Montecristo*. —Roux se rio de mi expresión de no saber de lo que estaba hablando—. El libro de Alexandre Dumas, el mismo que escribió *Los tres mosqueteros*. ¿Te suena?

—He oído hablar de los mosqueteros.

—Trata de un tipo llamado Edmond Dantès al que meten en la cárcel injustamente, escapa y planea vengarse de las personas que maquinaron para que lo encerraran. No es un nombre común, y cuando se escribió el libro había muchos vampiros, así que ¿se basó en hechos reales o Edmond se puso el

nombre del personaje?

—¿Cómo sabes todo eso?

—No soy solo una cara bonita. Si te muerde, podrías preguntarle si hay alguna relación.

—Seguramente no me elegirá a mí.

Preferiría que no lo hiciera. El recuerdo de sus ojos bastaba para que los latidos de mi corazón hicieran cosas raras.

—Espero que el bellezón rubio me elija a mí. —Roux volvió a dejarse caer en la cama.

—¿Quién? ¿Gideon?

—No, el de la coleta... Ludovic. —Roux se quedó un momento en silencio y después volvió a sentarse—. ¿Crees que los mordiscos son tan placenteros como dicen?

—No lo sé. Van a clavarnos en las venas el equivalente a agujas muy grandes.

—Menos mal que no me dan miedo las agujas.

—A mí tampoco, pero me pone nerviosa pensar que alguien va a morderme y a beberse mi sangre.

Roux se quedó muy seria y me sentí un poco mal. No era culpa suya que no me gustara Belle Morte.

—La gente no seguiría inscribiéndose para ser donante si doliera —la tranquilicé.

—¿Crees que es cierto que las personas pueden volverse adictas a los mordiscos?

—Puede ser, pero seguramente solo suceda en circunstancias extremas. —Seguía intentando tranquilizarla, pero lo único que pensaba era en lo poco que la gente parecía entender que los vampiros podían ser peligrosos.

No quería olvidar lo que en realidad eran capaces de hacer.

Mientras Roux charlaba sobre cómo sería la vida aquí, me tumbé en la cama y pensé en June.

Capítulo 2

Edmond

Edmond avanzaba a grandes zancadas por el pasillo del ala norte, con Ludovic a su lado. Todos los donantes estaban ya instalados. Belle Morte estaba tranquila y en silencio.

—Algunos de los nuevos donantes eran... interesantes —dijo Ludovic—. A veces olvido que en estos tiempos es frecuente que las mujeres lleven el pelo tan corto.

—Eres demasiado anticuado, amigo mío —le contestó Edmond.

Ludovic le dirigió una mirada divertida.

—¿No descartaste hace poco la sugerencia de instalar cámaras de vigilancia porque no entiendes cómo funcionan?

—*Touché.*

Edmond miró las lámparas del techo. Incluso entonces, mucho después de que la electricidad se hubiera convertido en parte de la vida cotidiana, todavía le maravillaba de vez en cuando, todavía esperaba despertarse con solo una llama para alejar las sombras. Buena parte del mundo moderno lo superaba.

—La chica del pelo rojizo... es Irene Mayfield, ¿verdad? —le preguntó Ludovic.

—En su solicitud decía que prefiere que la llamen Renie.

—Pero es ella, ¿no?

Edmond asintió.

—¿Ysanne está segura de que debería haberla traído?

—Ysanne sabe lo que hace.

—¿Tú crees?

Edmond dudó. Ysanne no era solo la señora de la casa. Era su más vieja amiga. Su vínculo se había forjado a lo largo de cientos de años, y June Mayfield era un secreto que Ysanne le había confiado. A cambio, él debía confiar en ella. Pero quería a Ludovic como a un hermano y habían pasado demasiado juntos para que Edmond lo engañara.

—No estoy seguro de que ocultarle la verdad a Renie sea lo mejor que podemos hacer —admitió—, pero es lo que ha decidido Ysanne y debemos respetarlo.

Había algo en Renie que intrigaba a Edmond, y no era solo su belleza. Aunque ciertamente era guapa, con sus suaves curvas y su pelo rojizo alborotado. Quizá había sido su forma de actuar al salir de la limusina. A casi todos los donantes les encantaba posar para las cámaras y responder a preguntas, pero Renie no había hecho ninguna de las dos cosas. Sospechaba que estaba allí para descubrir la verdad, pero ¿seguro que no le importaba la fama? En ese caso, era la primera vez que conocía a un donante al que no le importara.

Ludovic se echó hacia atrás un mechón de pelo que se le había escapado de la coleta.

—¿Estás seguro de que no puedes contarme lo que está pasando? Todos sabemos que Ysanne nos oculta algo, y tiene que ver con esas chicas Mayfield.

—Sabes que no puedo decir nada.

—La verdad saldrá a la luz.

—Seguro que sí.

Ysanne le había contado a Edmond lo que pasaba porque sabía que podía confiarle su vida, pero él no había previsto lo que le pesaría ese secreto. No había previsto cómo se sentiría mintiendo a casi toda la casa, en especial a Ludovic. Siempre habían sido sinceros el uno con el otro. Y en adelante también tendría que mentirle a Renie. No debería importarle, ni siquiera la conocía, pero no podía dejar de pensar en lo vulnerable que le había parecido al verla delante de todas las cámaras.

Edmond negó con la cabeza.

No importaba lo encantadora o intrigante que fuera. Estaba allí por una

razón, y cuando terminara, se marcharía de Belle Morte y nunca volvería a verla. Había pasado mucho tiempo construyendo un muro alrededor de su corazón, y nadie lo atravesaría, tampoco Renie Mayfield.

Renie

Las sábanas de satén formaban parte del glamuroso mundo de los vampiros, pero no podía dormir en ellas. Echaba de menos mi cómodo edredón y las almohadas que tenía desde niña, decoradas con flores amarillas que se habían descolorido hasta convertirse en manchas grisáceas. Mi nueva cama era demasiado grande y fría, y las sábanas eran demasiado resbaladizas. Acostada con mi pijama de seda negra, daba vueltas como una foca grasienta. Debería haber elegido uno de los camisones de encaje, pero me parecían exagerados.

A June le habrían encantado.

¿Se alegraría de verme o sentiría que estaba inmiscuyéndome en su sueño? Aunque se enfadara, se le pasaría en cuanto se diera cuenta de que no iba a quedarme y seguramente se reiría de mí por haberme preocupado tanto que dejara de escribirnos. ¿Verdad?

Mi madre decía que June estaba divirtiéndose demasiado como para ponerse en contacto con nosotras, pero yo no podía aceptarlo.

June, solo dieciocho meses mayor que yo, siempre me había tratado como a una amiga, no como a una hermana pequeña, y lo único que se había interpuesto entre nosotras había sido su obsesión por los vampiros. Había dejado de confiar en mí como antes, y cuando aceptaron su solicitud para Belle Morte, le dije que estaba cometiendo un error... Irónicamente, lo mismo que me había dicho mi madre hacía dos semanas, cuando aceptaron la mía.

Pero las cartas que había enviado June me habían dejado claro que había abandonado el rencor, y era difícil seguir enfadada con ella cuando estaba tan feliz en su mansión de vampiros favorita.

No podía aceptar que hubiera dejado de escribirnos.

¿Le había pasado algo?

¿O yo estaba paranoica?

Me senté en la cama. Roux estaba profundamente dormida, con un pie

colgando por encima del borde del colchón. La moqueta casi se tragó mis pies cuando me levanté y salí a hurtadillas de la habitación.

Belle Morte estaba sumida en la oscuridad. Las sombras atenuaban los bordes de las paredes y hacían que la moqueta pareciera casi negra. Las figuras históricas de los cuadros parecían mirarme con desaprobación mientras avanzaba sigilosamente por el pasillo. ¿Alguno de los vampiros que vivían en Belle Morte había conocido a estas personas en la vida real?

Mientras me acercaba a la escalera principal, una figura oscura emergió del ala norte. Me puse tensa. Quizá los donantes no debían deambular por la mansión a estas horas.

La figura se acercó y se me cortó la respiración al reconocer el pelo negro azabache y los pómulos que cortarían el cristal.

Edmond me miró fijamente.

—¿Qué haces aquí?

—No podía dormir.

De repente me alegré mucho de haber elegido un pijama en lugar de un camisón. Ocultaba el rubor que me subía por el cuello.

En la oscuridad, Edmond parecía de otro mundo. Su rostro era una obra de arte en la que contrastaban las sombras y el marfil, y sus ojos eran duros como diamantes. No me intimidaba exactamente, pero no pude evitar sentir una punzada de incomodidad, como si estuviera frente a una pantera en la jungla, inmóvil mientras el bonito e imprevisible depredador consideraba si comerme.

La incomodidad dio paso a la indignación. Viendo vampiros en la televisión había descubierto que podían quedarse inmóviles hasta un punto imposible para los humanos, sin tics faciales ni indicios de expresión que delataran lo que tenían en mente. Edmond podría haber estado pensando en todo o en nada.

—¿No se me permite salir aquí o qué? —le pregunté—. Porque no recuerdo que nadie nos lo dijera.

La única reacción a mi tono cortante fue levantar ligeramente una ceja. Quizá cabrearlo no era inteligente, pero su forma de mirarme me ponía la piel de gallina. Los vampiros no eran humanos y no actuaban como humanos. No sabía cómo reaccionar ante ellos, y la rabia era la mejor defensa.

—La mayoría de los donantes prefieren echar un vistazo durante el día —repuso Edmond—. ¿Acaso estabas demasiado emocionada para esperar?

—Demasiado nerviosa, más bien.

—¿Por qué estás nerviosa?

Su voz suave me devolvió el rubor al cuello. Tenía un matiz casi íntimo, una cadencia ronroneante que me hizo pensar en susurros en la oscuridad, en murmullos bajo sábanas revueltas.

—Mañana veré a mi hermana y hace mucho que no la veo.

—¿Tu hermana?

—June Mayfield. Seguro que la conoces.

Pensar en él hundiendo los colmillos en la piel de mi hermana bastó para desterrar las mariposas de mi estómago.

Edmond me miró en silencio durante tanto rato que parecía que se hubiera convertido en piedra. Estaba pensando en pincharle en el ojo, solo para que reaccionara, cuando volvió a hablar.

—Vuelve a la cama, Renie.

Su acento francés hizo que mi nombre sonara dulce y exótico, como si lo hiciera rodar con la lengua. Me ardía la piel.

—No has contestado a mi pregunta —le dije.

No dijo nada y su expresión impertérrita no cambió, aunque habría jurado que sentí que el aire se movía a nuestro alrededor, como si le sorprendiera que no hubiera obedecido su orden de inmediato.

Apoyó su pálida mano en mi hombro.

—Vuelve a la cama —me repitió.

No tenía sentido emperrarme. Edmond podía levantarme del suelo con un dedo y, como donante, yo era sustituible. Cientos de ilusos matarían por ocupar mi lugar en Belle Morte.

Así que dejé que Edmond me acompañara a mi habitación. Mis pies hacían ruidos susurrantes en la moqueta, pero Edmond era tan silencioso como un fantasma. Si no hubiera sido por el peso de su mano en mi hombro, habría pensado que estaba sola. Era desconcertante saber que alguien caminaba detrás de mí y no oír su respiración.

Cuando llegamos a mi habitación, me giré hacia Edmond —no sé qué pretendía decirle—, pero ya se había marchado. La huella de su mano hormigueaba en mi piel.

Capítulo 3

Renie

Después debí de quedarme dormida. Lo siguiente que supe fue que Roux me zarandeaba para despertarme.

—Vamos, dormilona. ¿Vas a pasarte el día durmiendo? —me preguntó en tono cantarín.

Me senté frotándome los ojos. La habitación adquirió forma a mi alrededor, pero su belleza me dejó fría.

—¿Qué hora es? —murmuré.

Roux miró su nuevo reloj plateado, cortesía de Belle Morte.

—Las diez menos cuarto.

—¿En serio?

Parecían las cinco de la mañana.

Roux se encogió de hombros.

—Es el estilo Belle Morte: tarde por la noche y tarde por la mañana.

Aparte del reloj, Roux solo llevaba una mullida toalla roja a juego con las colchas.

—La ducha es increíble, pero si quieres probarla, tendrás que darte prisa o te perderás el desayuno —me dijo.

Todos los donantes comían juntos, así que no tendría que buscar a June. Estaría en la mesa del desayuno. Esto me hizo saltar de la cama.

El cuarto de baño era tan elegante como el dormitorio, con el suelo y las paredes de baldosas de color crema, una bañera de porcelana con patas al lado de una ducha lo bastante grande para dos personas y un toallero eléctrico. En la

pared del fondo colgaba un espejo de cuerpo entero con bordes de plata forjada, y en la esquina opuesta había un váter y un lavabo. Como el dormitorio, el baño desprendía una ligera fragancia a rosas.

Roux tenía razón. La ducha era increíble. El chorro caliente salía con tanta fuerza que sentí como si me hicieran un masaje en todo el cuerpo, pero solo estuve lo necesario para lavarme. No estaba allí para divertirme.

Me envolví en una toalla y regresé a la habitación. Roux ya se había puesto unos vaqueros ajustados y una camiseta negra de encaje, y se había calzado unos botines que añadían ocho centímetros a su estatura. Se alzaba por encima de mí.

—Bonita elección —le comenté.

—Lo sé. —Se giró y me lanzó un beso.

Rebusqué en el armario y saqué los primeros pantalones y la primera camisa de mi talla que encontré. Los pantalones eran de suave cuero gris, y la camisa, delicada como un pañuelo de papel. Nunca había tenido nada tan bonito, y por un brevísimo instante olvidé que me lo habían proporcionado los vampiros.

Mi contrato decía que tenía que ir arreglada, así que me puse rímel y brillo de labios, me cepillé el pelo y observé mi imagen en el espejo. No estaba mal.

—¿Lista? —me preguntó Roux.

—Vamos a conocer a los demás donantes.

Bajamos la escalera hasta el primer piso y giramos a la derecha, en dirección al comedor. Más allá del vestíbulo había un salón con las esquinas suavizadas con sillas y sofás de terciopelo acolchado, y una pared ocupada por una puerta que daba a una pequeña habitación.

Roux titubeó y me detuve con ella.

En la habitación, un chico de más o menos nuestra edad estaba sentado en un sillón orejero, con la cabeza inclinada hacia un lado. A su lado se encontraba una vampira con la boca pegada a su cuello. Su largo pelo se mezclaba con el de él. El chico tenía los ojos cerrados y la boca abierta de felicidad. La vampira levantó un instante la cabeza y al mirarnos vimos que tenía los ojos rojos, como todos los vampiros cuando tenían hambre.

El calor me recorrió las mejillas. Nunca había visto a un vampiro alimentarse. Era como vislumbrar algo privado.

—No os preocupéis. Os acostumbraréis —afirmó una voz detrás de nosotras, y ambas nos dimos la vuelta. Una chica nos sonreía con complicidad—. Soy Melissa.

Sabía cómo se llamaban todos los donantes en la casa, igual que sabía cómo se llamaban todos los vampiros, pero la cara de Melissa me resultaba especialmente familiar. Dos días antes de que June dejara de escribir, Belle Morte había organizado una exposición de arte a la que asistieron todos los que vivían en la casa y un grupo selecto de invitados. En una de las fotos de esa noche aparecían June y Melissa, riéndose y posando delante de una enorme escultura de metal.

En las semanas posteriores a la posible desaparición de June, había pasado horas observando esa foto y buscando alguna pista de que algo fuera mal.

—Soy Roux y esta es Renie —le dijo Roux apartándose de la puerta para no molestar a la vampira ni al donante.

—¿Renie? —repitió Melissa con expresión titubeante.

—Así es —le contesté—. ¿Te ha hablado June de mí?

—¿June? —me preguntó Roux frunciendo el ceño.

—Mi hermana mayor. Está aquí como donante.

—Creía que no podía haber donantes de la misma familia al mismo tiempo.

No había oído hablar de esa regla, así que se me encogió el pecho, inquieta.

—Pero ¿conoces a June? —presioné al ver la expresión cuidadosamente controlada de Melissa.

Desvió la mirada.

—Deberíamos ir a desayunar.

Tenía que andarme con cuidado. Melissa sabía algo y no quería asustarla.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunté.

—Casi siete meses.

Roux silbó admirada. En teoría, los donantes podían quedarse en la mansión durante años si los vampiros así lo deseaban, pero rara vez se quedaban más de unos meses. Suponía que los vampiros tenían muchos otros cuellos que probar.

No costaba entender por qué querían que Melissa se quedara. Con su pelo afro como semillas de diente de león rodeando una perfecta piel marrón oscuro,

sus ojos grandes y sus largas pestañas, era una de las personas más guapas que había visto en mi vida. Se la habría podido confundir con una vampira si no parpadeara, respirara e hiciera gestos con las manos muy habituales en los humanos, pero que los vampiros habían perdido.

—¿De verdad llegas a acostumbrarte? —le planteé mirando hacia la habitación.

Melissa se encogió de hombros.

—No te queda otra. Estás aquí para alimentar a los vampiros, así que mejor que te acostumbres y que no te hagas mala sangre.

—Nunca mejor dicho —murmuró Roux.

—Amit es uno de los favoritos de Catherine —dijo Melissa.

Aunque sabía que cada vampiro tenía sus gustos, no se me había ocurrido que pudieran desarrollar vínculos con donantes concretos. Debería haberme hecho sentir mejor y recordarme que los vampiros no nos veían solo como bolsas de sangre andantes. No fue así.

Melissa bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspirador.

—Pronto se separarán. Controlan a todos los donantes para asegurarse de que no donen demasiada sangre, y se supone que ningún vampiro debe favorecer a un donante en concreto durante mucho tiempo.

Tuve que admitir a regañadientes que los vampiros parecían asegurarse de que sus donantes estuvieran felices y saludables, pero ¿por qué Melissa había reaccionado de forma extraña al nombrar a June?

Entramos en el comedor. Era una gran sala rectangular con el mismo suelo de parqué que el vestíbulo y con las paredes cubiertas de roble pulido. Las enormes ventanas estaban selladas detrás de contraventanas de madera, talladas por todas partes con frutas y otros alimentos; la única luz procedía de un par de lámparas de hierro forjado y con pequeños globos de vidrio. Los donantes estaban sentados alrededor de una mesa de caballetes cubierta con un mantel blanco, hablando, riéndose y comiendo.

Los recorrí con la mirada. No vi ni rastro de June. Todavía había sillas vacías alrededor de la mesa. Seguramente aún no había bajado, pero los latidos de mi corazón se aceleraron.

«Tranquila».

Aparté mi miedo y me dirigí a Roux, que estaba esperándome en una mesa más pequeña repleta de comida. Había cuencos de cristal llenos de frutas del bosque relucientes junto a tarros de yogur orgánico y rejillas de porcelana con tostadas integrales. Platos de salmón adornados con frescos gajos de limón competían con un recipiente de crema de avena. Había una jarra de vidrio en cada extremo de la mesa, una llena de zumo de naranja y la otra con un batido espeso y rosado.

Me dolía el estómago. No recordaba la última vez que había comido.

Llené un tazón de avena, me serví un vaso de zumo y seguí a Roux a la mesa de caballetes. Los demás donantes se presentaban a gritos, aunque a los únicos a los que no conocía eran a los que habían llegado conmigo la noche anterior: Ranesh, Craig y Tamara, al parecer. Apenas me enteraba de nada. Conseguí sonreírle a Jason, pero las caras de todos los demás se empañaron y me incliné sobre mi desayuno con la esperanza de que nadie me hablara.

Por suerte, Roux habló por las dos sobre la lujosa habitación, la maravillosa ducha y la increíble ropa. Yo no apartaba la mirada de la entrada del comedor y buscaba entre los donantes que iban llegando el rostro de la persona a la que más quería.

Roux me dio un codazo.

—Mírale el cuello —me susurró señalando disimuladamente con la cabeza a Amit, que estaba sentado a la mesa, algo alejado de nosotras.

Lo miré. Amit estaba hablando con Tamara. Se rio, echó la cabeza hacia atrás y el cuello de su chaqueta se deslizó hacia un lado dejándole al descubierto la garganta.

Tenía marcas rojas de pinchazos y diminutas cicatrices plateadas, como si le hubieran clavado decenas de agujas. Marcas de colmillos.

Tres chicas sentadas a la mesa tenían el cuello cubierto por el pelo, y un chico llevaba un pañuelo de seda, pero no vi marcas en nadie más.

—Creía que los vampiros no dejaban marcas —musité.

Roux se tocó la garganta.

—Espero que no acabemos con esas pintas.

Por qué algunos donantes tenían marcas y otros no era un misterio que en ese momento no tenía tiempo de resolver. Roux tendría que encontrar las respuestas por sí misma.

Me llevé a la boca otra cucharada de avena, que regué con zumo de naranja frío. La comida estaba deliciosa, pero la habría disfrutado más si no hubiera sabido que todo aquello era para mejorar el sabor de nuestra sangre. Solo éramos comida preparándose para que se la tomaran. Se me quitó el hambre y dejé la cuchara en la mesa.

—¿Y quién es tu hermana? —me preguntó Roux.

Volví a recorrer la mesa con la mirada, y una fría oleada de miedo me invadió.

June no estaba.

Belle Morte nunca tenía a más de treinta donantes a la vez, suficientes para los veinte vampiros que vivían en la casa —los seis que habíamos llegado el día anterior sustituiríamos a los donantes que habían concluido su contrato—, y los treinta estábamos en la mesa. Conté y volví a contar buscando en vano los ojos risueños y el pelo de June, un tono más oscuro que el mío.

Pero no estaba.

Sentí un negro vacío extendiéndose dentro de mí. Durante semanas me había dicho a mí misma que June estaría demasiado ocupada para escribir, que sus cartas se habrían perdido en correos, que habría infringido alguna regla vampírica y por eso no la dejaban escribir a casa, y que, en cuanto llegara, vería con mis propios ojos que estaba bien.

Mis peores temores empezaban a hacerse realidad.

Una de las chicas de la mesa había sustituido a mi hermana, pero June nunca había salido de Belle Morte. ¿Qué mierda le había pasado?

Capítulo 4

Renie

Apreté el borde de la mesa hasta que me dolieron los dedos. Entrar en pánico no iba a ayudarme. Quizá la ausencia de June tenía una explicación razonable y racional. Tenía que haberla.

Una mujer entró en el comedor golpeando el suelo con sus altos tacones. Aunque no hubiera reconocido su bonito rostro glacial, el repentino silencio que invadió la sala dejó claro que era muy importante.

Diez años antes, un reportaje en directo que cubría la escena de un espantoso choque múltiple en una carretera se había visto en todo el mundo después de que una mujer apareciera tranquilamente delante de las cámaras, arrancara la puerta de uno de los coches que habían chocado y liberara a un joven padre y a su bebé, que se habían quedado atrapados. Después apartó otro coche destrozado para rescatar a una pareja mayor y ayudó a un motorista lesionado a salir de debajo de su moto levantándola por encima de su cabeza como si no pesara nada. Cuando hubo salvado a todos y por fin llegaron las ambulancias y los camiones de bomberos, la mujer se volvió hacia las cámaras y anunció que había llegado el momento de que el mundo supiera la verdad: era una vampira.

Y esa mujer estaba frente a mí.

Ysanne Moreau, la señora de Belle Morte.

Llevaba una blusa de color marfil metida en una falda de tubo beige y seguramente era de mi estatura, aunque sus tacones la hacían parecer más alta. Un colgante de diamantes anidaba en el hueco de su garganta, y su liso pelo rubio le descendía por la espalda, brillante como si se hubiera echado aceite. Nos

miró como una reina que honra a los campesinos de la zona con su presencia.

—Bienvenidos a Belle Morte —dijo.

Como en Edmond e Isabeau, un sutil acento francés coloreaba su voz.

—Isabeau ya os ha informado de las reglas de mi casa y confío en que todos las entendáis. No acepto con amabilidad a los transgresores. —La sonrisa de Ysanne era fría como el invierno—. Estoy segura de que todos seréis muy felices durante vuestra estancia aquí.

Sus ojos claros nos recorrieron y se detuvieron en mí. Su rostro no revelaba nada —las miradas inexpresivas se le daban incluso mejor que a Edmond—, pero en sus ojos había una intensidad penetrante que me inmovilizó en la silla y me hizo sentir como si estuviera volviéndome del revés.

Ysanne conocía a todos los donantes que llegaban y salían por las puertas de la mansión. Si alguien sabía algo de June, tenía que ser ella.

Dijo algo sobre la suerte que habíamos tenido los nuevos donantes por haber sido admitidos en la casa de vampiros más prestigiosa y salió de la sala haciendo sonar sus tacones.

No sabía cuántos años tenía Ysanne. Algunos vampiros eran muy evasivos respecto de su edad, pero estaba segura de que ella estaba entre los vampiros más viejos del mundo. Desperdicié unos minutos preciosos pensando en cómo acercarme a ella hasta que me di cuenta de que no importaba. Mi hermana había desaparecido. Daba igual cómo llamar la atención de Ysanne. Lo único que importaba era conseguirlo.

Empujé mi silla hacia atrás y me puse de pie de un salto.

—¿Adónde vas? —me preguntó Roux.

—Tengo algo que hacer.

—¿Tú sola?

—Sí.

—Vaya. —Roux abrió los ojos con expresión dolida.

—Lo siento —murmuré.

Seguramente empezaba a pensar que ojalá le hubieran asignado otra compañera de habitación. Quizá en cuanto descubriera la verdad, podría contársela.

—Yo me quedo contigo —le dijo Jason, y el rostro de Roux se iluminó.

Salí del comedor.

Belle Morte era un edificio grande, y para llevar tacones tan altos, Ysanne se movía rápido. No tenía ni idea de adónde había ido, y después de correr de un lado a otro por pasillos que no conocía, tampoco tenía ni idea de dónde estaba.

Me detuve para intentar orientarme. El pasillo estaba empapelado en verde bosque, y la moqueta era de color gris carbón. Más cuadros se alineaban en las paredes y me aparté de sus ojos, que me miraban.

—Parece que siempre nos encontramos.

La voz de Edmond se deslizó sobre mí como la seda e hizo que se me encogiera el estómago. Me giré y lo vi detrás de mí, hermoso como un pecado. Tenía las piernas enfundadas en unos pantalones negros, y su camisa blanca, con el cuello abierto, mostraba un pálido triángulo del pecho. El pelo negro le caía sobre los hombros.

Me pasé la lengua por los labios diciéndome que la repentina sequedad de mi boca era porque estaba nerviosa por haberme perdido en una casa llena de vampiros, no por Edmond.

—Estoy buscando a Ysanne —le dije.

Arqueó una ceja.

—Mi hermana no está aquí y quiero saber por qué. ¿Qué habéis hecho con ella, vampiros?

Su cara no delataba nada. ¿Tenían que entrenarse para mantener esa inexpresividad de estatua o les salía de forma natural tras haber vivido tanto tiempo?

—¿Sabes dónde está Ysanne o no? —Su inmovilidad empezaba a irritarme.

—Me temo que está demasiado ocupada para hablar con los donantes.

—Sí, seguro que está muy ocupada posando en sesiones de fotos, pero es importante —le repliqué.

—Deberías pensar con detenimiento lo que dices. Ysanne no se toma el descaro a la ligera.

—Mira cómo tiemblo.

Edmond se acercó a mí y la chulería se me ahogó en la garganta. Un

hormigueo nervioso me recorrió todo el cuerpo. Él no era humano, y aunque hacía diez años que los vampiros eran personajes públicos, ¿cuánto sabíamos realmente de ellos si solo nos mostraban lo que querían que viéramos?

No quería que Edmond supiera que me ponía nerviosa, pero no pude evitar echarme hacia atrás para alejarme de la fuerza de su presencia. Para mi sorpresa, Edmond retrocedió y el aire volvió a mis pulmones.

—Encontraré a mi hermana —le dije en voz baja—. Si ver a Ysanne es la única forma de conseguirlo, abriré todas las puertas de Belle Morte hasta que la encuentre.

Edmond me miró un buen rato con cierta curiosidad. Me sentí como un animal amaestrado que acababa de hacer algo inesperado.

—Muy bien —me dijo por fin—. Te llevaré con ella.

Edmond no dijo nada mientras me conducía al despacho de Ysanne. Aunque no parecía enfadado, yo no podía quitarme de encima la inquietud. ¿Qué había pensado cuando le grité? Era lo bastante fuerte como para romperme el cuello con una mano, y seguramente muchos vampiros habían hecho eso y cosas peores en su vida.

Mi corazoncito traidor me decía que Edmond solo utilizaba esas manos elegantes para cosas buenas, pero mi cabeza hablaba más alto, era más insistente y le decía a mi corazón que no fuera tan idiota. No conocía a Edmond ni sabía de lo que era capaz, y no debía olvidarlo, por muy bueno que estuviera.

Nos detuvimos frente a una puerta que era mitad de roble y mitad de vidrio ahumado, y Edmond llamó.

—Estoy ocupada. —La voz de Ysanne era aguda y fría, incluso a través de la puerta.

—Renie Mayfield quiere hablar contigo —anunció Edmond.

Se produjo un momento de silencio durante el cual estuve segura de que Ysanne se negaría a recibirme. Pero de repente dijo:

—Déjala entrar.

Un breve destello de sorpresa cruzó el rostro de Edmond, que de inmediato abrió la puerta y me hizo pasar. No esperaba que me siguiera, pero entró detrás de mí.

El despacho de Ysanne era más moderno de lo que pensaba, a diferencia del glamour clásico que imperaba en el resto de la mansión. La moqueta blanca contrastaba con el oscuro papel pintado. Había dos sillas cromadas de cuero frente a una mesa negra. Ysanne, al otro lado de esta, parecía más una ejecutiva de altos vuelos que una vieja dirigente vampira. Me miró como si yo fuera un insecto que se hubiera atrevido a meterse en su círculo de existencia.

—Renie ha venido a hablarte de su hermana —le comentó Edmond.

Ysanne no parpadeó. Su piel era de mármol, y sus ojos, del color de la escarcha.

—June Mayfield. Vino hace cinco meses —le dije—. Pero en noviembre dejó de escribirnos. He venido a buscarla, pero no la he visto por ningún sitio. ¿Qué ha pasado?

Ysanne miró a Edmond.

—¿Para esto me has interrumpido?

Se me pusieron los pelos de punta. Estábamos hablando de mi hermana.

—Cree que a su hermana le ha pasado algo —le explicó Edmond.

El rostro de Ysanne se suavizó un poco sin dejar de mirarlo, y me pregunté qué relación tenían. Los periódicos sensacionalistas, las revistas y los sitios de cotilleos comentaban con avidez los posibles líos entre vampiros. No sería de extrañar que Ysanne y Edmond tuvieran algún rollo.

Los dos eran tan elegantes y guapos que formarían la pareja más sexy del mundo. Pero la verdad era que no podía imaginar a ninguno de los dos soltándose lo suficiente como para arrancarle la ropa al otro y saltar al catre.

Ysanne me miró, fría e impasible como siempre.

—June Mayfield no está aquí.

—Ya me he dado cuenta. ¿Dónde está?

—La trasladamos a otra casa.

Se me empezó a acelerar el corazón.

—No lo creo. No se traslada a los donantes.

Ysanne sonrió ligeramente.

—Es un programa nuevo.

—¿Tan nuevo que nadie ha oído hablar de él? ¿Y nunca os habéis molestado

en anunciarlo a nadie? Tonterías.

—Tomo nota de tus comentarios.

—Bien, entonces quiero que me trasladéis a mí también. ¿En qué casa está? —le pregunté.

—No es cosa tuya.

—Y una mierda.

La voz de Ysanne se volvió más aguda.

—No habrá más traslados.

La sangre me golpeaba en los oídos y sentía tanta presión en el pecho que me costaba respirar.

—Dime la verdad.

—Ya te la he dicho.

Me incliné hacia delante imitando la gélida mirada de un vampiro.

—Mientes.

La mirada de Ysanne dejó en ridículo la mía.

—¿Tengo que repetírtelo?

Me temblaban las manos. El miedo y la rabia me recorrían el cuerpo. ¿Cómo podía mentirme en la cara?

—Ahora puedes marcharte. —Ysanne hizo un gesto con la mano.

—No iré a ninguna parte hasta que me digas qué le ha pasado a June.

La vampira no se movió, pero de repente sentí la ira que emanaba de ella en oleadas casi tangibles que me rozaban la piel y me hacían temblar. Ysanne era vieja y poderosa, no la quería como enemiga. Pero no podía aceptar su mentira y marcharme.

—¿Tengo que pedir que te echen? —Sus palabras surgieron cubiertas de escarcha.

Edmond me tocó el hombro. Aunque unos minutos antes me había sentido incómoda en su presencia, quería apoyarme en él. Si Ysanne perdía los estribos y me atacaba, Edmond podría ser lo único que se interpusiera entre nosotras. Aunque también podría limitarse a observar cómo me arrancaba la garganta.

«No seas ridícula». Belle Morte no habría alcanzado su estatus como la casa de vampiros más famosa de Inglaterra si sus vampiros tuvieran la costumbre de

matar a cualquiera que los molestara.

Pero no impedí que Edmond me dirigiera hacia la puerta. Todavía tenía la mano en mi hombro. Sentía la fuerza de sus dedos. Si apretaba, me destrozaría los huesos. No podría ayudar a June con un hombro roto. Y no podría ayudarla si hacía enfadar tanto a Ysanne como para que rescindiera mi contrato y me echara de la casa.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. La rabia era un latido que palpitaba dentro de mí, y la adrenalina se convertía en un nudo que me presionaba el pecho.

—¿Qué mierda le habéis hecho a mi hermana, cabrones con colmillos? —susurré.

La máscara impasible de Edmond se resquebrajó y vi compasión saliendo de sus ojos. En cierto modo era peor. Casi habría preferido que me mirara con la fría indiferencia de un vampiro a que mostrara un atisbo de emoción humana.

—Eres donante, Renie. Es tu papel y debes limitarte a él.

Tuve el repentino impulso de hundir dos dedos en sus estúpidos ojos compasivos. Era el problema con estos vampiros. Habían existido tanto tiempo que se habían olvidado de sentir.

—Vete a la mierda —gruñí.

Eché a andar en dirección contraria a él lo más rápido que pude, aunque sin correr, haciendo grandes esfuerzos por reprimir mis lágrimas. Pasara lo que pasase, estos monstruos no me verían llorar.

Capítulo 5

Edmond

Edmond observó a Renie marcharse, furiosa, con una maraña de sentimientos en el pecho.

Hacía mucho tiempo que no estaba delante de alguien y lo compadecía, pero la rabia y el miedo en los ojos de Renie lo conmovieron. No debería haber sido tan difícil mentir a una persona a la que no conocía, pero por alguna razón lo fue.

También estaba sorprendido. Aunque Renie había llegado por June, Edmond había esperado que aceptaría lo que dijera Ysanne, porque era lo que hacían los donantes. Pero Renie tenía fuego en su interior. No recordaba la última vez que alguien le había hablado así a Ysanne o a él, pero de alguna manera era extrañamente refrescante, como una bofetada de aire frío en una habitación caldeada.

Abrió la puerta del despacho sin llamar.

—Quizá sería mejor contarle a Renie la verdad —le dijo.

Ysanne apretó los labios.

—Ahora no es el momento.

—No es justo para ella.

—Esta situación es más importante que los sentimientos de Irene Mayfield. Yo decidiré cuándo es el momento de decir la verdad.

Casi ningún otro vampiro habría podido presionar a Ysanne, pero Edmond la conocía desde hacía más tiempo que nadie. Detectaba su estado de ánimo como si fuera el suyo propio.

—Estás jugando a un juego peligroso, *vieille amie* —murmuró.

Ysanne se recostó en su silla, y la rígida línea de sus hombros se suavizó.

—Lo sé, pero los beneficios para nuestra especie podrían ser trascendentales.

—Si tienes éxito.

Ysanne sonrió y esbozó la misma sonrisa que le había lanzado hacía muchas vidas, cuando se acurrucaban juntos contra la dureza del invierno en la Francia rural.

—Ten un poco de fe. Creo que saldrá bien, y tú también deberías creerlo.

Edmond asintió, pero al recordar el dolor y la rabia en los ojos de Renie, no pudo pasar por alto la punzada de duda que le hacía preguntarse si esta vez Ysanne se equivocaba.

Renie

No sabía adónde iba cuando salí del despacho de Ysanne, pero acabé en la biblioteca.

Era más pequeña que el comedor, y la gruesa moqueta de color burdeos engullía el ruido de mis pasos. Estanterías repletas de libros se alineaban en las paredes a ambos lados, y aquí y allá había lujosos sofás llenos de cojines. Las lámparas no eran tan ostentosas como las que había visto en todas partes.

De momento la biblioteca era mi sala favorita de Belle Morte. Algo en ella parecía más real que el brillo y el glamour que saturaban el resto de la casa, y no había nadie, así que podría pasar un rato sola.

El débil tintineo de las teclas de un piano llegaba desde la cercana sala de música.

June había querido aprender a tocar un instrumento, pero nunca pudimos pagar las clases. En su primera carta se entusiasmaba con los violines, las guitarras, los pianos y las arpas de la sala de música de Belle Morte. Venir había sido un sueño para ella también en cosas que no tenían nada que ver con los vampiros.

La rabia acumulada en mi pecho se convirtió en un dolor constante que me recorría los brazos. Tenía ganas de correr, gritar, volver a mi habitación y arrancar la ropa de las perchas, romper los espejos y liarme a mazazos con la bañera. Quería destruir todo ese lujo decadente que había absorbido a mi

hermana y la había secuestrado.

Pero seguí recorriendo la moqueta de un lado a otro. Ysanne mentía, seguro. Edmond... Bueno, no tenía claro si era sincero o si sabía más de lo que decía. ¿Seguía ciegamente las órdenes de Ysanne? En cualquier caso, sabía que no me ayudaría.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no oí la puerta abrirse, no oí nada hasta que una voz atravesó suavemente el silencio:

—¿Estás bien?

Por un estúpido instante creí que era Edmond. Pero al girarme vi a Étienne en la puerta, con una mirada de ligero desconcierto en su hermoso rostro. Quizá no se esforzaba tanto por interpretar a un vampiro estoico como Edmond e Ysanne, o quizá era más joven que ellos y aún no había desarrollado esa extraña mirada.

—Estoy bien —murmuré.

Me alegré de que no fuera Edmond, porque tampoco esta vez sabía qué decirle, pero al mismo tiempo sentí un rápido destello de lo que podría haber sido una decepción. Lo aplasté bajo el tacón de mi bota.

Edmond no me importaba.

Solo quería estar sola.

Étienne entró en la sala moviéndose con la fluida gracia de los vampiros.

—No parece que estés bien.

—Solo estoy echando un vistazo.

Étienne no se movió.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le pregunté.

Movió la boca como si intentara formar palabras, pero no salió ninguna. Miró al suelo y después desplazó la mirada a mi garganta.

—Esperaba poder alimentarme.

Era lo último que quería en ese momento, pero por contrato no podía negar mi sangre a un vampiro. Tras mi numerito en el despacho de Ysanne, ya estaba en la cuerda floja. Si rechazaba a Étienne, ya podía despedirme de Belle Morte sin haber descubierto la verdad.

—Claro. ¿Tenemos que ir a una sala de alimentación o...? —Me quedé sin

voz al fijarme en su boca, de la que sobresalían las puntas de los colmillos. ¿Cómo iban a hundirse en mi cuello sin hacerme daño? Pensé en el cuello de Amit, en su cara aturdida por el placer, y se me encogió el estómago.

—Aquí está bien. —Étienne apoyó la mano en mi espalda y me guio hasta el sofá más cercano.

Las semanas previas a mi llegada a Belle Morte, al rellenar la solicitud y mientras esperaba a saber si me habían aceptado, me preguntaba cómo sería, y buena parte de la única noche que había estado aquí la había pasado preocupándome por cómo me sentiría cuando un vampiro me mordiera.

Estaba a punto de descubrirlo.

El sofá era suave como una nube de azúcar, pero me sentía tan incómoda que perfectamente podría haber estado lleno de piedras. Tenía los músculos tensos y parecía que me había tragado un papel de lija.

Étienne se sentó a mi lado, aunque a unos centímetros de mí, y se lo agradecí.

—¿Prefieres el cuello o la muñeca? —me preguntó.

Había olvidado que podía elegir. Me miré la muñeca, donde las venas azuladas corrían como pequeños ríos debajo de mi piel. No me gustaba la idea de Étienne hundiendo los dientes en esas venas, pero era mejor que dejar que me chupara el cuello.

—En la muñeca.

Étienne me cogió la muñeca con el pulgar y el índice, y abrió la boca. Observé con asco fascinado cómo sus colmillos seguían creciendo desde las encías.

—Relájate o te dolerá —me aconsejó. Un brillo rojo tiñó sus ojos.

No podía relajarme. Un vampiro estaba a punto de morderme.

Étienne se inclinó hacia mi brazo y esperé a sentir su respiración haciéndome cosquillas en la piel, pero no la sentí, claro. Los vampiros no respiraban. Hundió los colmillos en mi muñeca.

Me mordí el labio para evitar lanzar un quejido de dolor. Ay, ay, ay. Esperaba que me doliera, pero sentí una quemazón intensa que me recorría el brazo.

Étienne empezó a beber. Succionaba mi sangre hasta su boca con tirones

fuertes y uniformes. Se me llenaron los ojos de lágrimas, que aparté parpadeando, y me mordí el labio con más fuerza para luchar contra las oleadas de dolor. Creía que ponerme en lo peor lo haría más fácil, pero me equivoqué, y en adelante tendría que dejar que me mordieran cada vez que me lo pidieran.

En estos tiempos los vampiros tenían un suministro de sangre tan constante que solo necesitaban el equivalente a unos cinco viales por toma, mucho menos que si hubiera ido a donar sangre a un hospital, pero me pareció que Étienne tardaba una eternidad en levantar la cabeza. Al hacerlo, mi sangre le teñía los labios y tuve que reprimir las arcadas. ¿De verdad había personas que disfrutaban de esto?

Étienne pasó la lengua por las marcas de pinchazos de mi piel. La saliva de los vampiros tenía propiedades curativas. Los pequeños cortes desaparecieron.

—¿Estás bien? —me preguntó, sujetándome aún la muñeca.

Quería alejarme de él, de todos los vampiros.

—¿Puedo marcharme ya? —le pedí.

Étienne asintió con un toque de lástima en los ojos, que ya habían recuperado su color normal. Me había advertido que me dolería si no me relajaba, pero ahora que sabía cuánto dolía, ¿cómo iba a relajarme en el futuro?

Las lágrimas contenidas me ardían en la garganta mientras salía de la biblioteca.

Odiaba esta casa y a los vampiros hijos de puta que vivían aquí.

Odiaba a Ysanne y sus mentiras.

Me abrí camino por los pasillos hasta que vi una puerta con un cartel de salida, vigilada por Dexter Flynn, que llevaba puesto su uniforme negro de guardia de seguridad.

Me saludó con la cabeza mientras me acercaba. Lo había conocido el día anterior, pero me parecía que había pasado mucho más tiempo.

—¿Puedo salir? —le pregunté.

Si Dexter me decía que no, me volvería loca.

—Los donantes pueden recorrer el jardín, pero solo con escolta.

—¿Escolta?

Solo quería estar sola.

—O un vampiro o un miembro de seguridad tiene que escoltar a los donantes en todo momento.

¿Era por la seguridad de los donantes o para detenerlos en el caso de que decidieran que ya habían tenido suficiente y corrieran a liberarse? Por lo que había visto de los donantes, la segunda opción parecía poco probable.

—Creía que siempre había seguridad patrullando por el jardín —le dije.

—Así es, pero Ysanne no quiere que los guardias que patrullan hagan de escoltas.

—Muy bien. ¿Quién viene conmigo?

Desplacé los ojos hacia el perchero de madera lleno de sombrillas negras situado junto a la puerta. Cuanto más viejo era un vampiro, más resistencia tenía al sol, pero obviamente algunos vampiros de Belle Morte eran jóvenes y aún tenían que cubrirse cuando salían. Nadie sabía cuánto tiempo exactamente podía permanecer un vampiro, joven o viejo, a la luz del día. A este respecto no soltaban prenda.

—Puedo ir yo, si quieres —se ofreció.

—¿El jefe de seguridad no tiene cosas más importantes que hacer?

—Ahora mismo no. —Dexter se sacó una pequeña radio del cinturón y murmuró algo—. Solo estoy organizando que me sustituyan en la puerta —me dijo.

Observé que del otro lado del cinturón colgaba un cuchillo enfundado. ¿Qué tipo de problemas de seguridad esperaba encontrar entre estos lujosos muros?

Cuando llegó otro guardia para ocupar su lugar, Dexter empujó la puerta y casi corrí hacia el jardín.

El aire helado de enero me golpeó como una bofetada. En Belle Morte hacía tanto calor que había olvidado que fuera seguía siendo invierno. El suelo estaba apelmazado y el sol era una débil mancha en un cielo pálido. Mi respiración se volvió vapor en el aire. Lo más inteligente habría sido volver a entrar y coger un abrigo, pero no estaba preparada para regresar a la mansión. Todavía no.

Aunque el dolor por el mordisco de Étienne se había desvanecido, no podía quitarme de la cabeza la imagen de su boca en mi piel, de sus colmillos extrayendo la sangre de mis venas y de su lengua recorriéndome la muñeca para

curarme las heridas. Me sentía sucia y odiaba tener que volver a hacerlo.

Caminé por el césped helado intentando arrancarme la rabia y la impotencia. El jardín de Belle Morte estaba separado del mundo exterior por un alto muro de piedra. Incluso aquí me sentía como en una jaula y, como Dexter me seguía, no podía estar tan sola como quería. Al menos se mantenía a cierta distancia para que yo pudiera ordenar el lío que tenía en la cabeza.

Ysanne mentía. A veces trasladaban a vampiros de una casa a otra, pero a los donantes no. Roux creía que no era posible que dos hermanos fueran donantes a la vez, pero Ysanne tenía que saber que yo era hermana de June. Entonces ¿por qué había aceptado mi solicitud? Seguro que sabía que yo buscaría a June. ¿O estaba acostumbrada a que los donantes la obedecieran sin hacer preguntas?

Miré las paredes de piedra y las ventanas cubiertas de la mansión. Ysanne no podría ocultar sus secretos eternamente. Encontraría la verdad aunque me costara la vida.

Capítulo 6

Renie

—¿De qué quieres que hablemos? —me preguntó Melissa delante de la sala de arte, donde le había pedido que se reuniera conmigo.

Desvié la mirada hacia el chico que estaba a su lado: Aiden.

—Esperaba hablar contigo a solas —le contesté.

—Si puedes hablar conmigo, puedes hablar con mi novio —replicó Melissa cogiendo de la mano a Aiden.

Había olvidado que, aunque las relaciones entre vampiros y humanos no estaban permitidas, no había reglas que las prohibieran entre donantes. Algunos donantes que habían mantenido una relación en una casa incluso habían acabado casados.

—Vale, de acuerdo —le dije.

Les indiqué que entraran en la sala de arte y cerré la puerta detrás de nosotros. Como no había televisores ni ordenadores para entretenerse, los donantes tenían que recurrir a actividades más artísticas para pasar el rato. La sala de música era la favorita de los que ya sabían tocar instrumentos y de los que querían aprender. El pequeño teatro de la parte trasera de la mansión ofrecía de vez en cuando funciones exclusivas a invitados, y el resto del tiempo estaba abierto a los donantes si querían montar sus funciones para entretener a los que vivían en la casa. Siempre había trabajo de jardinería que hacer, o se podía leer en la biblioteca, y estaban también las salas de arte, con mesas plegables y caballetes en las esquinas, y en las paredes, estanterías de madera de media altura con cajas de lápices, montones de cuadernos de bocetos y esculturas de

arcilla. Una exposición de trozos de vidrio colgados del techo captó la luz artificial y esparció arcoíris por las paredes. Por encima de las estanterías había cuadros. Uno de ellos mostraba unas pinceladas peculiares y unos colores llamativos que estaba segura de que había pintado un antiguo donante que estaba causando sensación en el mundo del arte.

—Bueno, ¿de qué se trata? —me preguntó Aiden pasándose los dedos por el pelo oscuro y muy corto.

En realidad con quien quería hablar era con Melissa. Estaba en esa foto con June antes de que mi hermana dejara de escribirnos.

—¿Por qué nadie puede ir al ala oeste?

Si empezaba con algo que no tuviera que ver con June, quizá bajaría la guardia.

Melissa se apoyó en las estanterías.

—No lo sé. Nadie lo sabe.

—¿Siempre ha estado prohibida?

Arrugó un poco la frente.

—No, antes era el ala de invitados, para cuando venían vampiros de otras casas.

—¿Cuándo se prohibió?

Melissa desvió la mirada, como si de repente le interesan mucho los cuadros de la pared.

Esperé con la esperanza de que el incómodo silencio la animara a llenarlo.

—Creo que... hace casi dos meses —me dijo por fin.

Sus palabras me golpearon como una bofetada y tuve que hacer grandes esfuerzos para que no se me notara.

—Así que más o menos cuando June desapareció.

—June no ha desaparecido. La trasladaron.

—¿Aunque nunca había sucedido antes y nadie avisó de nada? Antes de venir me pasé semanas revisando las principales páginas de vladictos en redes sociales y ninguna lo mencionaba. Como si nadie supiera que sucedió. ¿Por qué Ysanne lo mantendría en secreto?

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad.

Melissa se apartó de las estanterías y cruzó los brazos.

—¿No puedes dejarlo correr?

—Es mi hermana, así que no.

—Tranquila —me advirtió Aiden mirándome.

—Lo único que sé es que hace unas semanas Ysanne nos informó de que habían trasladado a June y que no debíamos hablar del tema —me comentó Melissa.

Pasé por alto a Aiden y seguí dirigiéndome a ella:

—¿Por qué no podéis hablar del tema?

—No lo sé.

—¿Y no te parece sospechoso?

No me contestó.

—Solo intento descubrir qué ha pasado —le confesé en tono más suave.

—Bueno, nosotros no sabemos nada, y nadie lo sabe, así que si preguntas a los demás donantes, perderás el tiempo —repuso Aiden pasándole a Melissa el brazo por los hombros—. No hablarán contigo. Los vampiros tampoco. Nadie desobedecerá a Ysanne.

—¡No es una puta reina! —grité. Aunque intenté controlar mi mal genio, se me fue de las manos.

—Aquí lo es —aseguró Melissa—. June me caía muy bien, de verdad, pero si Ysanne dice que la trasladaron, eso es lo que sucedió.

—No lo acepto.

—Es tu problema —me contestó Melissa, pero todavía le costaba mirarme a los ojos.

La frustración me hizo apretar los dientes. Sin duda ella era consciente de que las cosas no tenían sentido.

—Descubriré la verdad —le dije.

—Muy bien. Suerte —repuso Aiden—. Venga, Mel, nos vamos.

—Pero no me creo que de verdad estéis convencidos de que Ysanne está contando toda la verdad —les dije, y Melissa se detuvo justo antes de llegar a la puerta—. ¿Pasó algo raro la noche en que desapareció June?

Esta vez Melissa no me corrigió.

—No —me contestó en un tono que empezaba a flaquear—. Parecía feliz, ¿vale? Muy feliz.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Nunca te dijo nada que te preocupara?

—No. Era una donante normal, un día la mandaron a otra casa, y ¿qué quieres que te diga? No me corresponde a mí hacer preguntas. Los vampiros saben lo que hacen.

No pude evitar resoplar.

—Tengo que marcharme —me anunció Melissa.

No intenté detenerla. ¿Para qué? Aunque Aiden no estuviera aquí, al lado de su novia y mirándome con el ceño fruncido, no podría obligar a Melissa a hablar. Al menos ya sabía algo más que cuando llegué.

Quizá los demás donantes podrían darme más información.

Por desgracia, Aiden no mentía cuando me dijo que nadie más hablaría conmigo. Busqué a un donante tras otro, a todos los que estaban aquí cuando estuvo June, y les hice las mismas preguntas que a Melissa, pero siempre chocaba contra un muro de piedra.

Quizá algunos de ellos, como Melissa, no estaban del todo convencidos de que Ysanne les hubiera dicho la verdad, pero ninguno estaba dispuesto a desafiarla y a arriesgar su estancia en Belle Morte.

Tras un día de interrogatorios infructuosos, me desplomé sobre las estanterías de madera de la sala de arte intentando no llorar. ¿Había pintado June alguno de los cuadros que me rodeaban? ¿Había dado forma a alguna de las esculturas? ¿Qué aficiones y habilidades habría descubierto una vez que el dinero ya no era un problema?

¿Y qué podía hacer yo?

¿Marcharme de la mansión e ir a la policía? ¿Con qué pruebas? No tenía nada.

¿Y qué pasaría con los medios de comunicación? Saltarían sobre una historia jugosa como esta. ¿O podría ponerme en contacto con el consejo de vampiros?

Estaba formado por los cinco señores y señoras que gobernaban las casas del Reino Unido y la República de Irlanda. Se suponía que debía controlar lo que sucedía en todas las casas, asegurarse de que todos cumplían las reglas y comunicarse con consejos de otros países, pero ¿cómo demonios podía un donante ponerse en contacto con ellos? Los arcaicos y tecnofóbicos vampiros no tenían teléfono ni correo electrónico, y no podía ir a verlos. Los donantes no podían decidir abandonar una casa. Los vampiros tenían total poder sobre nosotros, y solo podíamos salir si rescindían nuestro contrato. En cuanto un donante se marchaba, nunca más podía volver.

Tenía que quedarme en Belle Morte. Las respuestas estaban aquí. Solo tenía que encontrarlas.

Jason entró en la sala.

—Oye, tú —me dijo. Su camiseta negra tenía un gran cuello en V que mostraba indicios de un pecho muy bien esculpido.

—Hola. —Conseguí esbozar una sonrisa. Si iba a quedarme, tenía que actuar con la máxima normalidad posible.

—Acabo de ver a Amit y me ha dicho que te has pasado el día interrogando a donantes. ¿Qué pasa?

—No quiero hablar de este tema.

Jason se mordió el labio inferior.

—¿Estás bien?

No, pero ¿qué sentido tenía decírselo? Era un donante nuevo, así que no sabría nada, y yo estaba agotada tras haberme pasado el día intentando conseguir respuestas.

—Estoy bien —le contesté.

Jason se apoyó en la pared, a mi lado, y se metió las dos manos en los bolsillos.

—Te han mordido por primera vez, ¿verdad? ¿Quién te ha tocado?

Volví a ver la imagen y me estremecí. Los afilados colmillos de Étienne hundiéndose en mi piel y su boca succionando.

—Étienne. ¿Y a ti?

—Phillip. Esperaba que Gideon preguntara por mí y me había puesto esta

camiseta sexy por si acaso —se quitó la camiseta—, pero nada. En fin, Phillip también está bueno.

¿No lo estaban todos?

—Quizá Gideon te lo pida mañana —le comenté, y la cara de Jason se iluminó.

Al ver sus ojos esperanzados, quise gritar. ¿No se daba cuenta? Gideon era un vampiro. No era un chico normal del que Jason pudiera enamorarse.

—Creo que sé quién te lo pedirá a ti —me dijo Jason lanzándome una sonrisa descarada.

Pensé en Edmond y de inmediato me quise morir.

No quería pensar en él. No quería saber nada de su hermoso rostro, ni de sus ojos ardientes, ni de su acento francés, que me ponía la piel de gallina.

Por lo que sabía, estaba por ahí tirándose a Ysanne. O quizá habían terminado y, después del sexo, estaban riéndose con ganas del ridículo que yo había hecho esa mañana.

—Me han dicho que Étienne ya está buscándote. —Jason me dio un ligero codazo—. Chica, no sé qué tipo de sangre tienes, pero el vampiro pelirrojo quiere más.

Sentí que iban a saltárseme las lágrimas de nuevo y me cuadré mentalmente. ¿Étienne quería otra degustación? Bien. Se la daría. Sí, dolía muchísimo y odiaba hacerlo, pero no me mataría. Aun así, no pude evitar frotarme la zona de la muñeca en la que me había mordido. La piel estaba suave y no tenía marcas, no había señales de que hubiera pasado algo, pero sabía exactamente dónde había hundido los colmillos, como si el mordisco hubiera dejado un rastro invisible que nada eliminaría jamás.

—Ha sido en la muñeca, ¿no? —me dijo Jason—. La próxima vez deberías elegir el cuello. Está muy bien. —Cerró los ojos y sonrió, como disfrutando del recuerdo del mordisco de Phillip—. Todavía estoy decepcionado por que a Gideon no le apetezca un bocado, pero... —Se estremeció de placer.

—¿En serio? ¿Lo has disfrutado?

—¿Tú no?

—No.

Jason pareció quedarse sin palabras.

Me encogí de hombros intentando fingir que no pasaba nada.

—Simplemente no veo nada sexy en que alguien me muerda.

—Pero ¿no es una de las razones por las que has venido?

Siempre había pensado que la gente venía a Belle Morte por el glamour y la fama que generaba, pero ni me había planteado que algunas personas de verdad quisieran que las mordieran.

Aunque tenía sentido. El sexo entre donantes y vampiros estaba prohibido, pero sin duda había algo íntimo en recibir un mordisco. Y si la sensación era tan agradable como aseguraban algunas personas, no era de extrañar que no hubiera escasez de voluntarios.

—No te gusta estar aquí, ¿verdad? —me preguntó Jason.

No le contesté. Lo único que me faltaba era que corriera el rumor de que yo era la única donante que odiaba Belle Morte.

Jason se compadeció de mí.

—No importa. No es asunto mío. —Miró hacia la puerta y bajó la voz—. Mira, cariño, no sé por qué no te gusta que te muerdan, pero sabes que no puedes negarte, ¿verdad?

Asentí con tristeza.

—Pues si me encuentro con Étienne, olvidaré que te he visto.

—¿De verdad?

Habría asegurado que Jason era el típico vladicto, una persona que haría todo lo posible por ganarse el favor de cualquier cosa que tuviera colmillos. No esperaba que mintiera a un vampiro para protegerme.

Jason me colocó la mano debajo de la barbilla y me levantó la cabeza.

—Todo irá bien, guapa. No estés triste.

Sentí una oleada de cálida gratitud. Lo cierto era que podría hacer algunos amigos aquí si tuviera la intención de quedarme.

—Venga, sal de aquí. Lo despistaré —me dijo.

Salí corriendo de la sala. Aunque Jason me ayudara, no podría esconderme de Étienne indefinidamente, así que esperaba que estuviera muy impaciente y buscara a otra persona para picotear.

Pasé por tres salas de alimentación, por el gran espacio blanco al que llamaban sala de meditación —donde tres donantes estaban sentados en esterillas acolchadas, respirando profundamente— y por otro pasillo donde encontré una estatua de tamaño natural entre dos puertas. Era de un hombre alto, esculpido con tanto realismo que parecía que su melena rizada se movería si en el edificio corriera la brisa.

Me agaché junto a la estatua para que las piernas me ocultaran. Mi muñeca se movió como si supiera lo que le esperaba y consideré la posibilidad de hacer caso a Jason y dejar que Étienne se alimentara en mi cuello. Me toqué la suave piel de la zona del cuello donde se toma el pulso e imaginé a un vampiro mordiéndome, el agudo pinchazo de los colmillos hundiéndose profundamente, y se me hizo un nudo en el estómago.

No.

Una sombra cayó sobre mí y me llevé un susto de muerte. Me di un golpe en la cabeza contra la pared.

Edmond me miraba fijamente, con un rostro tan hermoso e inexpresivo como de costumbre.

—Parece que siempre nos encontramos. ¿Qué haces ahí abajo?

Di unas palmaditas en el muslo de piedra de la estatua.

—Pasando el rato con mi amigo.

Edmond miró la estatua y sus ojos se suavizaron, como si lo conociera.

—Luis XIV. Lo llamaban el Rey Sol.

—Genial. Gracias por la clase de historia.

Esperaba que me riñera, pero solo me dijo:

—Pareces muy infeliz, Renie.

—¿Tú crees? —No pude aguantar más y exploté—: Mi hermana ha desaparecido, nadie va a decirme qué le ha pasado y voy a tener que dejar que Étienne vuelva a alimentarse de mí, aunque en realidad no quiero...

Me interrumpí, temerosa de que incluso admitir que no quería alimentar a los vampiros fuera incumplir mi contrato.

Edmond no tuvo la oportunidad de contestarme.

Étienne apareció en el otro extremo del pasillo. Cerré los ojos y me apreté la

muñeca con los dedos de la otra mano.

—Renie, yo... —empezó a decirme.

—Me temo que ya he elegido a Renie como mi donante para esta noche —lo interrumpió Edmond.

Abrí los ojos de golpe.

—Ya veo. —Étienne parecía decepcionado, pero los donantes tenían que alimentar al vampiro que se lo pidiera primero—. Pues quizá mañana. —Me miró con ojos ensombrecidos por... algo.

Edmond esperó a que Étienne se marchara antes de tenderme una mano. Lo ignoré y me apoyé en la estatua para levantarme.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté.

No me contestó. Se limitó a ofrecerme su brazo.

—¿Vamos?

De repente lo entendí. Edmond había intervenido porque sabía que yo no quería que Étienne se alimentara de mí, pero aun así quería morderme. Su gesto ya no me parecía tan amable.

Pero no podía rechazarlo, y siendo sincera conmigo misma, si alguien tenía que morderme, prefería que fuera Edmond. ¿Tan loca estaba? Después de todo lo que había pensado sobre los demás donantes, ¿de verdad me diferenciaba tanto de ellos?

No podía negar que Edmond tenía ese efecto en mí, pero seguía siendo un vampiro y seguía representando todo lo que odiaba de su mundo. Quizá empezaba a sentir una extraña atracción por él, pero estaba decidida a luchar contra ella.

La alternativa era impensable.

Edmond me alejó de la estatua del Rey Sol y me llevó a la sala de alimentación más cercana, donde las paredes eran de color azul pastel y los únicos muebles eran una *chaise longue* tapizada en terciopelo gris y un pequeño piano de cola.

De repente me sentí cohibida. No era como había sido con Étienne.

La sensualidad se aferraba a Edmond como un manto. Aún llevaba la camisa abierta, que ofrecía una mirada tentadora a su pecho. Su piel nunca parecía

pálida ni blanquecina, como en algunas de esas viejas películas cursis de vampiros. La suya era una especie de palidez etérea, sobrenatural, como si lo hubieran esculpido a la luz de la luna. Sus cejas eran dos pinceladas oscuras que enmarcaban sus penetrantes ojos.

Se me aceleró un poco el pulso, y el corazón me revoloteó en el pecho. «Es un vampiro», me recordé duramente. Reaccionar con tanta intensidad a él era no solo patético, sino también hipócrita. ¿Cómo podía compadecer a Jason por estar colado por un vampiro cuando yo estaba haciendo lo mismo?

Desterré este pensamiento. No estaba colada por Edmond. Era guapo, misterioso y tentador, como todo lo prohibido, y yo reaccionaba como lo haría cualquier chica en presencia de un hombre que estaba tan increíblemente bueno. Eso era todo.

Edmond se acercó, me cogió una mano y la giró para colocar la muñeca hacia arriba. Recorrió suavemente mis venas con la punta de un dedo. Sentí el calor avanzando por mi piel, pero era cosa mía. Edmond era un vampiro, así que su piel estaba siempre fría.

El poco espacio que había entre nosotros estaba cargado de electricidad. Mi cabeza me decía que me apartara de él, pero no podía moverme. Los ojos de Edmond me inmovilizaban, su mirada lánguida me encendía la sangre, y un pensamiento loco me cruzó la mente: ¿sería tan malo que Edmond me mordiera el cuello?

No podría llegar tan lejos.

—En el cuello no —susurré.

La mirada de Edmond recorrió mi cuerpo muy despacio y se detuvo en mi garganta. Sentía los latidos de mi corazón golpeándome la piel, a punto de estallar.

Nunca nadie me había hecho sentir así. Edmond hacía que todas las relaciones que había tenido me parecieran aventuras tontas, lo cual no tenía ningún sentido, porque no sabía nada de él. Su piel de marfil y sus duros músculos no lo convertían en una buena persona y no compensarían los defectos que seguramente ocultaba debajo de esa hermosa fachada.

—¿Prefieres sentada o de pie? —La suave voz de Edmond rozó mis sentidos

como terciopelo. Sus ojos empezaron a adquirir un matiz rojizo.

—Sentada.

O me sentaba por voluntad propia, o se me doblarían las rodillas y me caería al suelo. Y el riesgo de que sucediera era grande.

Edmond se sentó a mi lado en la *chaise longue*, todavía sujetándome la muñeca. Murmuró algo en francés.

—¿Cómo? —le pregunté.

El esbozo de una sonrisa rozó sus labios, lo que otorgó una preciosa cualidad humana a su rostro.

—Relájate.

Aunque era Edmond, no Étienne, no podía librarme de la tensión que se apoderaba de mis músculos.

Edmond abrió la boca, y sus colmillos se alargaron, afilados y de un blanco reluciente. No podía dejar de mirarlos. Eran ligeramente curvados, como los caninos de un tigre, pero más pequeños y más blancos, y letalmente hermosos. Como los propios vampiros.

Cerré los ojos cuando Edmond me levantó la muñeca. Quizá dolería menos si no miraba. Sus colmillos me perforaron la piel, y una punzada de dolor me recorrió el brazo.

No.

¿Cómo se las arreglaban los demás donantes? ¿Cómo podía alguien relajarse cuando le estaban mordiendo?

Edmond terminó de beber y dejé de apretar con fuerza el respaldo de la *chaise longue*.

—¿Quieres que te las cure? —me preguntó.

Estuve a punto de mirarme las heridas, pero decidí que no quería verlas. Asentí.

Edmond pasó la lengua por mi muñeca, como había hecho Étienne. Pero, a diferencia de lo sucedido con este, el calor me recorrió como una oleada eléctrica y volví a apretar la *chaise longue*, esta vez por una razón diferente.

—No sabía que podía elegir —murmuré retirando la mano y frotándome la zona en la que Edmond me había mordido. Siguió mis movimientos con la

mirada, pero no hizo ningún comentario—. ¿Por qué no iba a querer alguien que se las curaran?

Edmond se echó hacia atrás, relajado como un gato.

—Algunas personas creen que son atractivas, una especie de *body art*. Para otras son un orgullo, porque muestran los servicios que han prestado a los vampiros.

—Qué asco —dije sin que me hubiera dado tiempo a pensar que podría ser ofensivo para un vampiro.

—No parece que te gusten mucho los vampiros.

Me mordí la lengua.

Hizo un gesto con la mano, e incluso eso fue elegante.

—A veces la sinceridad es la mejor política.

—¿De verdad lo crees?

Teniendo en cuenta que casi todos en la casa me mentían, me parecía una frase hipócrita.

—Me interesa de verdad.

—Sí, claro. Y si digo cualquier cosa que no te guste, correrás a soplárselo a Ysanne.

Frunció el ceño y me di cuenta de que no me había entendido.

—Le contarás todo lo que yo diga —le aclaré.

—Todo lo que me cuentes será estrictamente confidencial.

—¿Por qué te importa lo que pueda contarte?

Extendió las manos, con las palmas hacia arriba.

—Estoy intrigado.

Aun así, dudé.

—Renie, no voy a hacerte daño si dices algo que no me gusta. No somos monstruos.

El jurado seguía deliberando al respecto. Seguramente mi rostro reflejó lo que estaba pensando, porque Edmond se quedó muy quieto. La humanidad que había vislumbrado volvió a asentarse en la máscara inexpresiva del vampiro.

—Crees que somos monstruos.

—No, pero... —¿Por qué lo negaba? ¿No era eso exactamente lo que

pensaba?—. Creo que nadie debería ser tratado como una celebridad sin habérselo ganado.

—¿Y crees que no nos lo hemos ganado?

¿Hablaba en serio? La mayoría de los vampiros no hacían nada, pero les llovía el dinero y la fama, mientras que personas como mi madre, una madre sola que se mataba a trabajar para mantener a sus dos hijas, tenían que luchar para ganarse la vida.

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué os convierte en especiales? —le pregunté.

Las comisuras de su boca se elevaron hasta esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Además del hecho de que somos inmortales?

—Vale, entonces sois especiales, pero no creo que eso os dé automáticamente derecho al estatus de superestrellas. En realidad nadie sabe nada de vosotros.

Edmond levantó un dedo.

—Oh, no es cierto. Debo admitir que no estoy familiarizado con internet, pero sé que muchas personas comparten información sobre nosotros por ese medio. Se habla de nosotros en todo el mundo.

—No es eso lo que quiero decir.

—Explícate, por favor.

—La gente ve lo que vosotros queréis que vea. —Señalé la habitación que nos rodeaba y la ropa que yo llevaba puesta, que probablemente costaba más que todo mi armario—. Presentáis esta imagen de glamour y lujo, y la gente se la traga encantada, pero no sabemos quiénes sois. En realidad no. No sabemos qué sois capaces de hacer y apenas sabemos nada de vuestras vidas. Sé que todo este misterio es parte de vuestra imagen, pero no entiendo cómo la gente puede adorar a criaturas de las que sabe tan poco.

Edmond se quedó en silencio un buen rato y temí haber dicho algo que no debía. Solo tenía su palabra de que no me metería en problemas por decir lo que pensaba.

—¿Crees que deberíamos contar todos nuestros secretos? —me preguntó por fin.

—Creo que no deberíais esperar que la gente confíe en vosotros solo porque

decís que deben hacerlo. No deberíais esperar que el mundo se incline a vuestros pies sin ser sinceros respecto de quiénes sois de verdad.

—Pero ¿solo los vampiros tenemos la culpa? No hemos pedido a los humanos un trato especial. Nos lo han ofrecido.

—No lo habéis evitado precisamente.

—¿Lo evitarías tú? —Los ojos de Edmond buscaron los míos—. Sinceramente, si alguien te ofreciera el mundo en bandeja, ¿lo rechazarías?

Me disponía a contestarle, pero me detuve. No quería admitir la verdad, ni siquiera ante mí misma.

—Quizá no somos tan malos como crees —me dijo Edmond.

Mi rabia y mi desconfianza hacia los vampiros eran lo que me anclaba y lo que impedía que me arrastrara un mar de seda, colmillos, brillo y sangre. Temía perderme si me deshacía de ellas.

—¿Cómo es que ya no convertís a personas en vampiros? —le pregunté.

June se lo había preguntado muchas veces y había intercambiado teorías con otros vladictos, pero nadie lo sabía con seguridad. ¿Lo había preguntado para aclararle este misterio cuando por fin la encontrara o sencillamente buscaba toda la información posible?

—Gracias al sistema de donantes, tenemos todo lo que necesitamos, así que no tiene sentido saturar nuestra comunidad con nuevos vampiros.

Sus palabras me sonaron huecas. Intenté levantar una ceja para imitarlo, pero, por la mirada divertida que me lanzó, seguramente pareció un espasmo facial.

—¿Eso es todo? —le pregunté—. ¿Es la única razón?

—¿Esperabas más?

—Los vampiros habéis establecido el sistema de donantes, así que si hicierais nuevos vampiros, bastaría con construir nuevas casas. En Estados Unidos se han construido dos nuevas casas en los últimos tres años. En Rusia se han construido cuatro. Se rumorea que Escocia establecerá su propia casa dentro de unos años.

Edmond desvió la mirada y observó el piano.

—¿Quieres la verdad? —Su voz era apenas un susurro.

Me descubrí inclinándome hacia delante. Apoyé la mano en el respaldo de la *chaise longue*, casi tocando el brazo de Edmond.

—Cuéntame.

—Los vampiros andamos en la cuerda floja con la humanidad, y todos lo sabemos. Ahora nos tratan como a celebridades porque solo ven nuestro lado glamuroso, inmortal y romántico. No queremos recordarles que un rasgo monstruoso atraviesa nuestra naturaleza. —Levantó los ojos hacia los míos, y por un segundo creí ver una herida abierta, como si su fachada de vampiro se hubiera resquebrajado y permitiera ver un mínimo atisbo del hombre que alguna vez había sido—. Has sido sincera conmigo, Renie, así que seré sincero contigo. Muchos vampiros tienen un pasado empapado de sangre. Nuestras historias están llenas de muerte y sombras.

No era más de lo que siempre había sospechado, pero aun así escucharlo me provocó un escalofrío.

—¿Sabes cómo una persona se convierte en vampiro?

Negué con la cabeza.

—Tienes que morir. —Su voz me rozó la piel y me hizo temblar—. Un vampiro tiene que drenarte y después alimentarte con su propia sangre.

Lo único peor que dejar que un vampiro me muerda sería morderlos a ellos.

—No hay garantías de sobrevivir a la conversión. Rara vez te despiertas siendo un vampiro. Es una... transición. Algunas personas que pasan por esto sencillamente mueren. Si empezáramos a matar gente, aunque fuera por cumplir sus deseos de convertirse en vampiros, la opinión pública se volvería contra nosotros. Es muy peligroso. Los humanos nos superan ampliamente en número, y ya no nos temen como antes.

Esta vez supe que estaba diciéndome la verdad. Su tono me pareció tan desnudo, tan crudo, que de repente sentí deseos de apoyar la mano en la suya. Pero no lo hice.

—*La vérité fait mal* —murmuró Edmond.

No tenía ni idea de lo que había dicho, pero había algo tranquilizador en su voz. Era terciopelo y caramelo deslizándose sobre mi piel.

—No voy a mentirte, Renie. He vivido mucho tiempo y he hecho cosas

terribles. Pero sigo siendo un hombre. Los vampiros no somos tan diferentes de los humanos como parece que crees. Si nos pinchas, ¿no sangramos?

—Solo un momento y después os curáis.

Edmond esbozó una amplia sonrisa, una sonrisa de verdad que borró la frialdad de vampiro de sus facciones y me dejó sin aliento.

Pero no consiguió que olvidara a June.

Mi anterior fracaso en descubrir la verdad se arrastró sobre mi piel como hielo y rompió el hechizo.

—Tengo que marcharme —le dije.

Edmond se puso de pie y me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Esta vez la acepté. Su piel estaba tan fría que sentí la palma de mi mano muy caliente. ¿Los vampiros sudan?

Me acompañó a mi habitación sin decir una palabra más. Después me quedé en la puerta observándolo hasta que giró una esquina y desapareció.

Estaba totalmente confundida. Nunca había formado parte de la cultura vladicta y me molestaba que tanta gente lo fuera. Había venido a Belle Morte esperando odiar a los vampiros, y de repente aparecía Edmond con esos ojos, esa sonrisa y esa aura de peligro y erotismo, y no sabía qué hacer con él.

Pero no podía olvidar que también estaba mintiéndome. Aunque no supiera qué le había pasado a June, sabía que había algo más que lo que decía Ysanne, y si ninguno de ellos me confesaba la verdad, no me dejarían otra opción.

Tendría que colarme en el ala oeste.

Capítulo 7

Renie

Cuando entré en la habitación, la puerta del baño estaba abierta y salían nubes de vapor con aroma a rosas.

—¡Estoy aquí! —gritó Roux, como si no fuera obvio.

Asomé la cabeza por la puerta del baño. Roux estaba en la bañera, casi oculta bajo un montículo de burbujas y con motas blancas como copos de nieve adheridas al pelo.

—Puedes entrar —me dijo.

Me senté en la tapa del váter. De repente estaba agotada. No podía intentar entrar en el ala oeste hasta que todos estuvieran en la cama, lo que significaba que tenía que esperar horas sin nada que hacer. Quería hablar de este tema con alguien, pero no me parecía justo meter a Roux en este lío.

—¿Cómo te ha ido la primera alimentación? —le pregunté por decir algo.

—Estupendamente. —Movió las cejas—. Me ha tocado Benjamin. ¿Y a ti?

—Étienne.

No mencioné a Edmond. Por extraño que parezca, sentía que los momentos que acababa de compartir con él eran privados.

Roux se inclinó por encima del borde de la bañera chorreando agua y burbujas hasta el suelo.

—Tienes algo en mente. Suéltalo.

—¿Qué piensas de los vampiros?

—Diría que están buenísimos, pero no es la respuesta que quieres, ¿verdad? —Una pierna de Roux emergió de la montaña de burbujas con los dedos

apuntando hacia el techo—. Son criaturas misteriosas. Llevan aquí mucho tiempo, pero no suelen decirnos las fechas exactas. Sabemos que algunos han tenido vidas extravagantes, pero no siempre nos dan detalles. Y pueden ser capaces de hacer cosas terribles, pero refrenan sus impulsos más oscuros para encajar en el mundo.

La miré boquiabierta.

Se dio golpecitos a un lado de la cabeza, lo que dejó una burbuja atrapada en su pelo.

—No soy solo una cara bonita, ¿recuerdas?

De inmediato me sentí avergonzada. Juzgar a las personas por sus preferencias era uno de mis peores defectos. Tenía tan claro que todos los que admiraban a los vampiros debían de ser, en el mejor de los casos, ignorantes, y en el peor, directamente idiotas, que no siempre veía lo que tenía delante de mis narices.

—¿Y por qué te gustan tanto?

Roux se quedó un instante pensando, volvió a sumergir la pierna en el agua, y marcó pequeños dibujos en el montículo de burbujas con las uñas.

—¿Por qué a la gente le gustan los tigres, los lobos y otros animales peligrosos? Pueden arrancarte la garganta, claro, pero son tan bonitos que no puedes dejar de mirarlos. Y piensa en la historia que llevan en la cabeza, piensa en todo lo que han visto y han hecho. ¿Cómo no van a fascinarte personas que han vivido tanto tiempo?

Nunca lo había pensado así. Había estado tan ocupada condenando los aspectos negativos de su inmortalidad que no me había planteado que hubiera alguno positivo. En la escuela solía distraerme en las clases de historia porque leer los libros de texto era aburrido, pero escucharla de personas que la habían vivido era otra cosa. Quizá los vampiros deberían estar dando clases en lugar de posando para portadas de revistas. El problema era que a la escuela se iba durante el día, por supuesto.

Pero en Estados Unidos dos vampiros habían publicado libros que narraban sus experiencias como esclavos antes de convertirse. En Japón, un vampiro que en su tiempo había sido samurái trabajaba como asesor histórico en películas y

programas de televisión. Supervivientes de la Inquisición española, de juicios por brujería de Salem y de la Revolución francesa habían concedido entrevistas en la televisión. La propia Ysanne había sacado a los vampiros de las sombras mostrando públicamente su fuerza sobrehumana y salvando muchas vidas. ¿Por qué no había más vampiros haciendo cosas así? ¿Por qué se quedaban encerrados en sus mansiones como ermitaños inmortales?

—Bueno, ¿y por qué me lo preguntas? —me dijo Roux.

—Simple curiosidad. Creía que era la única aquí que no los adoraba ciegamente.

Creo que Roux se encogió de hombros, porque las burbujas que había alrededor de su cuello se desplazaron.

—Sé que hay más en ellos de lo que parece, pero también creo que el pasado es el pasado. Las cosas que hicieron entonces y las personas que fueron no son necesariamente las de ahora. Creo que no puedo juzgarlos sin saber más de ellos.

Roux se agarró a ambos lados de la bañera, se puso de pie, y el agua y las burbujas se deslizaron por su cuerpo. Me miró, desnuda y sin la menor vergüenza.

—¿Te cortas alguna vez? —le pregunté.

Sonrió con picardía y apoyó una mano en la cadera, como posando.

—Con un culo como el mío, ¿por qué no debería presumir de él?

No se lo podía discutir. La constitución delgada de Roux no le había dado mucho pecho, pero sus piernas y su trasero eran excepcionales.

Roux adoptó otra pose de pasarela y giró como si estuviera mostrándome un nuevo outfit. El agua se derramó por encima de los bordes de la bañera.

Solté una carcajada. Era la primera vez que me reía desde que habían aceptado mi solicitud de donante, probablemente la primera vez desde que June había dejado de escribirnos. Me sentí bien, como si el miedo y las dudas que me agobiaban se hubieran disipado. Entonces la realidad volvió a caer sobre mí, y la risa murió en mi garganta.

Llevaba aquí un día entero y todavía no tenía ni idea de lo que le había pasado a June. Estaba enfadada conmigo misma por reírme con Roux y pensar en Edmond en lugar de en mi hermana desaparecida.

Esa noche tendría respuestas.

Por supuesto, «esa noche» en Belle Morte no significaba lo mismo que en el resto del mundo. Los vampiros estaban más activos por la noche. Normalmente se levantaban tarde por la mañana y se iban a dormir temprano a la mañana siguiente. Después de las dos de la madrugada era el mejor momento para husmear, cuando tanto los vampiros como los donantes estaban durmiendo.

Había dejado mi teléfono en casa, y poner la alarma del reloj despertaría a Roux, así que me tomé varios vasos de agua antes de acostarme contando con que me ayudarían a despertarme bien y temprano.

Y así fue.

Roux no se movió mientras me ponía una bata —de satén negro, por supuesto— y salía sigilosamente de la habitación. El pasillo estaba oscuro, y los ojos de los cuadros brillaban desde sus marcos dorados. Sumida en semejante oscuridad, Belle Morte parecía una de esas casas de las películas de terror, con monstruos y asesinos acechando detrás de todas las puertas. Pasé por alto los escalofríos que me subían por la espalda y crucé el pasillo a grandes zancadas. La moqueta amortiguaba mis pasos.

La disposición del segundo piso era sencilla: las alas norte y este estaban en un lado, y las alas sur y oeste en el otro. Poco antes de llegar a la escalera principal, el pasillo se bifurcaba a mi izquierda, y lo seguí hasta llegar a una esquina que se convertía en una escalera más pequeña que conducía a otro pasillo oscuro.

La prohibida ala oeste.

Miré fijamente por encima de la escalera la casi densa oscuridad del ala a la que se suponía que nadie podía acceder.

Entonces ¿por qué había alguien allí arriba?

Edmond

Edmond no podía dormir. Estaba tumbado en la cama mirando al techo e intentando dejar de pensar en lo que había sucedido. Pero no lo conseguía.

No había sido su intención morder a Renie. Debería haberse marchado y haberla dejado con Étienne. Ella no le había pedido ayuda, pero su mirada

suplicante sí, aunque no se diera cuenta. Parecía tan asustada e indefensa, agachada en el suelo, que Edmond retrocedió a los tiempos en los que acechaba en la oscuridad de la campiña francesa o se deslizaba por las callejuelas de París en busca de comida. Muchas personas que habían vislumbrado sus colmillos le habían lanzado esa mirada. No quería verla en el rostro de Renie.

Ya no podía quitársela de la mente.

Al final dejó de intentar dormir. Apartó las sábanas, se vistió y se dirigió sin hacer ruido al lugar donde se sentía más en paz: la biblioteca. Se dejó caer en el sofá más cercano y apoyó la cabeza en el brazo intentando calmar su cerebro, que no dejaba de dar vueltas.

Cuando le dijo a Étienne que había elegido a Renie, en realidad no pensaba morderla, pero estaba seguro de que si no lo hacía, Étienne se enteraría. Para Étienne y casi todos los demás vampiros de Belle Morte, Renie solo era una donante más, y no era necesario que nadie supiera que cuando Edmond la miraba, sentía una chispa de algo que no había sentido en mucho tiempo, algo que había jurado que no se permitiría volver a sentir.

Cuando habían hablado esa tarde, ella había atravesado sus defensas. Lo había hecho sonreír. No podía permitirlo. No podía acercarse a Renie, aunque sintiera cierta atracción por ella.

Edmond llevaba siglos viviendo y había sentido esa atracción antes, pero nunca había acabado bien. Durante más de doscientos años había evitado las relaciones porque no merecía la pena entregarle el corazón a alguien para que te lo devolviera destrozado y en carne viva. Había muchas grietas en el corazón de Edmond, cicatrices de viejas heridas, y nadie podía llenarlas, y menos Renie.

Cuando la mordió, se dijo que era simplemente para evitar que lo hiciera Étienne, pero al probar su sangre por primera vez, lo único que pudo pensar fue que había encontrado el cielo. ¿Cuándo había sido la última vez que había probado algo tan delicioso? Solo de recordarlo sintió en las encías la presión de sus colmillos, que se alargaron.

En adelante le sería más difícil mantener la distancia. Cada vez que la viera, recordaría el dulzor de su sangre llenándole la boca.

Se tumbó en el sofá hasta que sus pensamientos se agotaron por fin, le

pesaban los ojos, y la necesidad de dormir se volvió más apremiante que pensar en Renie Mayfield. Así que se dirigió de nuevo a la escalera.

A partir del día siguiente haría lo que fuera necesario para evitarla y...

Cuando casi había llegado a lo alto de la escalera, Edmond se detuvo y escuchó.

Alguien más estaba despierto. Ningún ser humano habría oído el susurro de unos pies descalzos avanzando por una gruesa moqueta ni los débiles latidos de un corazón, pero el oído de los vampiros era muy superior. Un donante estaba cerca y su corazón revoloteaba como un pájaro asustado.

Edmond llegó al segundo piso justo a tiempo para ver un destello de pelo rojizo desapareciendo en dirección al ala oeste. ¿Renie? A su pesar, sonrió. Estaba decidida, de acuerdo, y no iba a echarse atrás.

Pero su sonrisa se desvaneció.

Renie no sabía dónde se estaba metiendo, y si alguien no la detenía, iba a salir lastimada.

Silencioso como un fantasma, Edmond siguió a la chica de la que sabía que debía mantenerse alejado.

Renie

Me acerqué a la esquina y miré la escalera que conducía al ala oeste. La figura que había vislumbrado había desaparecido al fondo del pasillo, pero no me la había imaginado.

Quizá era Ysanne, porque se suponía que las reglas no se aplicaban a ella.

¿De verdad quería volver a encontrarme cara a cara con ella? No. Era una de las vampiras más poderosas y peligrosas que conocería nunca, y me alegraría mucho no volver a verla, pero si June había desaparecido en el mismo momento en el que prohibieron el acceso al ala oeste, ambas cosas debían de estar relacionadas.

¿Estaba June allí?

¿Era ella la figura que había visto?

—Vale, Renie —susurré—. Necesitas saber lo que está pasando, pero debes tener cuidado.

—¿Por qué estás hablando sola?

La voz de Edmond, materializándose a través de la oscuridad, casi me provocó un infarto.

—¿A ti qué te pasa? —Me llevé las manos al pecho—. No puedes acercarte a la gente así, sigilosamente.

Me miró con su habitual calma. Con sus pantalones negros y su camisa negra, parecía formar parte de las sombras. Su rostro era una escultura de marfil que brillaba en la oscuridad. El pelo le caía sobre los hombros. No pude evitar preguntarme cómo sería pasarle los dedos por él.

—¿Por qué estás hablando sola? —repitió.

—¿Por qué me estás siguiendo?

—Porque estás haciendo algo que no deberías.

—Dijiste que no había reglas que impidieran que los donantes pasearan por ahí por la noche.

Ahí estaba: la ceja arqueada.

—No te pondrías tan a la defensiva si no te hubiera pillado haciendo algo malo.

Cierto, pero no iba a admitirlo. Aunque cuando Edmond desvió la mirada hacia los escalones que conducían al ala oeste, seguramente tenía la culpa escrita en la cara.

—No sé de qué estás hablando —le dije.

Edmond se acercó a mí.

—¿Sabes que algunos vampiros se dan cuenta de cuándo un humano les está mintiendo? —Me apartó el pelo de un hombro y dejó expuesta mi garganta.

No podía moverme.

—Lo oímos en los latidos de vuestro corazón —murmuró Edmond.

Me recorrió el cuello con los dedos hasta localizarme el pulso, que ya se había acelerado por el sentimiento de culpa y de repente iba a toda marcha. Aunque había presionado con suavidad, había dejado un rastro de fuego en mi piel. Quería que su lengua siguiera el camino de sus dedos y apagara esas llamas.

Me temblaban las piernas y sentía mariposas en el estómago. Nunca nadie me había alterado tanto, ni siquiera cuando había hecho cosas mucho más

íntimas. Era la sexualidad que Edmond llevaba como una segunda piel. Me hacía estremecer con cualquier cosa que hiciera.

Desvió la mirada hacia mi pecho y me alegré mucho de estar en pijama. Si me hubiera puesto uno de esos camisones, no solo Edmond disfrutaría de algo digno de verse desde su posición privilegiada, sino que yo correría el riesgo de que se me salieran los pechos por el escote.

—El sentimiento de culpa no es lo único que percibimos —murmuró, y su voz era una caricia.

Quería arquear mi cuerpo contra el suyo, girar la cabeza y apoyarla en su brazo. Dios, ¿qué me estaba pasando? Había oído hablar de la química, pero esto no era normal. Mi cuerpo no solo lanzaba chispas, sino que estaba a punto de entrar en combustión. Era la cercanía de su cuerpo duro y musculoso, su forma de cernirse sobre mí y sus ojos brillando en la oscuridad.

—Tu corazón está acelerándose —me dijo Edmond con la mirada fija en el punto donde latía, debajo de mi caja torácica—. Pero esta vez no por el sentimiento de culpa. ¿Sabes qué más hace que un corazón lata así?

Ni siquiera podía negar con la cabeza. Eso no debería estar pasando. Pero no podía liberarme del hipnótico hechizo del hermoso vampiro que tenía ante mí.

—La excitación —susurró Edmond. Se acercó aún más, y sus ojos se tiñeron de un ligero tono rojizo—. El deseo.

Tenía que apartarse de mi lado.

Tenía que apartarse en ese mismo instante o lo besaría, y eso no podía suceder bajo ningún concepto.

Le di una patada en la espinilla.

Edmond se echó hacia atrás con cara de asombro. Era la primera vez que había sido cualquier cosa menos elegante, y por un momento fue un hombre en lugar de un vampiro.

—¿Qué hay ahí arriba? —le pregunté señalando con un dedo el ala oeste.

Se me ocurrió que lo que había hecho Edmond podría ser una maniobra de despiste, que había jugado con mi deseo para distraerme de mi misión. Tendría que esforzarse mucho más.

Edmond se enderezó y su rostro volvió a ocultarse bajo la máscara de

mármol.

—No eres el primer donante que siente curiosidad por el ala oeste. Pero no eres más especial que los demás, y no serás tú la que descifre los secretos de Belle Morte.

La frialdad de su voz dolía tanto como la dureza de sus palabras, pero se lo agradecí. Me quitó los pájaros de la cabeza y me recordó quién y qué era realmente Edmond.

—He visto a alguien ahí arriba —le dije.

Dirigió la mirada a la escalera, pero su rostro permaneció impasible.

—¿Qué harás si subo?

Quizá provocarlo no era inteligente, pero estaba cansada de tropezar en la oscuridad.

—Te cogeré y te llevaré a tu habitación.

—Inténtalo y te daré patadas no solo en la espinilla —le advertí.

—Son las reglas de Belle Morte. Firmaste el contrato. Sabías dónde te metías.

—No me inscribí para que me mintieran. ¿Por qué todos fingís que trasladasteis a June? ¿Creéis que soy idiota o algo así?

Gideon y Míriam aparecieron al final del pasillo. Míriam iba tan arreglada como siempre, y varios mechones fuera de lugar de Gideon eran la única indicación de que había estado durmiendo. Por supuesto, a los vampiros no se les hinchaban los ojos ni se les ponía cara de sueño como a nosotros, los simples mortales.

—¿Qué pasa? —preguntó Gideon.

—Nada —le contestó Edmond—. Yo me ocupo.

Gideon desvió la mirada hacia el pasillo oscuro situado en la parte superior de la escalera, y un leve destello de incertidumbre le atravesó el rostro. Aparte de Ysanne, ¿alguien sabía lo que había allí arriba?

Edmond me cogió del brazo, tiró de mí por el pasillo y me alejó de los otros vampiros.

—Ysanne no ve con buenos ojos que se burlen de su autoridad, y menos los donantes. ¿Entendido?

Lo miré.

—Si no tienes cuidado, Ysanne te echará. ¿Es eso lo que quieres? —me preguntó Edmond.

Si me echaba, perdería mi única esperanza de descubrir la verdad. Pero si me limitaba a obedecer las reglas, nunca conseguiría respuestas. Contuve un grito de frustración. Todo lo que intentaba chocaba contra un muro. Quería atravesarlo, pero no sabía cómo.

Tiré del brazo y Edmond me soltó.

—Puedo encontrar el camino a mi habitación yo sola —le dije proyectando tanto hielo en mi voz como pude. Y me alejé hirviendo de rabia.

Edmond

La fría amargura del dolor y la rabia de Renie flotaban en el aire, y Edmond sintió una punzada de frustración. Mentirle así era cruel, pero no tenía elección. Estaba acercándose demasiado a cosas que no estaba preparada para entender. Quizá nunca lo estaría.

Los remordimientos le pesaban como un ancla colgada del cuello mientras veía marcharse a Renie. Era mejor así. Si lo odiaba, él reduciría la tentación.

En la oscuridad del pasillo, la feroz belleza de Renie brillaba más que nunca y atravesaba los escudos que había construido en los últimos dos siglos. Edmond había amado antes, y siempre había terminado fatal. No volvería a hacerlo. No había lugar para una persona como Renie en su vida.

Pero era difícil resistirse a ella, tan llena de vida, con una energía y una pasión que lo arrastraban. Todavía no podía creerse que de verdad le hubiera dado una patada.

Cuando se aseguró de que Renie se había marchado, volvió al pie de la escalera que conducía al ala oeste. Gideon se había ido, pero Míriam seguía allí, con expresión preocupada.

—¿Sabes lo que está pasando? —le preguntó Míriam.

—Sabes que no puedo decir nada —le contestó Edmond.

Míriam se acercó a él.

—¿Ni siquiera a mí?

Edmond no era el único vampiro de Belle Morte que cargaba desde hacía siglos con recuerdos dolorosos y un bagaje emocional de los que no podía deshacerse fácilmente, pero evitar el amor no significaba evitar las necesidades físicas. Míriam y él a veces recurrían el uno al otro para satisfacer esas necesidades, pero ambos eran conscientes de que nunca sería más que sexo.

Edmond negó con la cabeza.

—Me vuelvo a la cama. Si te apetece venir... —Míriam dejó la frase sin concluir a modo de sugerencia.

—Esta noche no.

Ella le dio unas palmaditas en el hombro antes de marcharse, que era prácticamente el gesto más cariñoso que se dedicaban.

Un instante después Isabeau emergió de las sombras del ala oeste y bajó la escalera.

—¿Qué ha sido todo eso? —le preguntó a Edmond.

—Renie estaba explorando la casa en plena noche.

Isabeau negó con la cabeza, y sus rizos castaños brincaron.

—Ysanne no debería haberla traído. Nada de esto debería estar pasando —le dijo.

—No —coincidió con ella Edmond.

Desde que se había implantado el sistema de donantes, ninguno de ellos se había enfrentado a una situación como esa, y Edmond no podía quitarse de encima la molesta sensación de que Ysanne no estaba gestionándola de la mejor manera.

Isabeau volvió a negar con la cabeza.

—Me voy a la cama.

Se marchó y Edmond se quedó observando el ala oeste. Renie no se daría por vencida hasta que supiera la verdad. Quizá lo mejor para Ysanne sería echarla, pero Renie era su única oportunidad. De lo contrario, todo habría sido en vano.

—Qué desastre —susurró Edmond.

Renie

Furiosa, volví al ala sur.

Puto Edmond, putos vampiros y puta Belle Morte.

A pesar de mi rabia, no podía olvidar cómo me había sentido cuando se inclinó hacia mí. Por un absurdo instante creí que iba a besarme y lo peor era que no lo habría apartado.

Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo para interceptar la solicitud de June antes de que la enviara, para hacer lo que fuera necesario para evitar que se convirtiera en una bolsa de sangre para una panda de vampiros. Pero no me habría escuchado.

Cerré los ojos con fuerza y parpadeé para contener mis inútiles lágrimas. A menos que la hubiera encerrado, nunca habría impedido que June viniera, y si hubiera salido de casa creyendo que yo la odiaba, quizá nunca nos habría escrito. Y nunca me habría enterado de que algo iba mal.

Entré de puntillas en mi habitación para no despertar a Roux, pero mientras me metía en la cama, ella se incorporó.

—¿Qué haces? —me preguntó, medio dormida.

—Un sueño me ha despertado y he salido a dar una vuelta.

—¿Una pesadilla?

De niña, cuando tenía pesadillas, siempre saltaba a la cama de June y se las contaba. A veces se ponía de mal humor porque la había despertado, pero siempre se le pasaba al darse cuenta de que necesitaba hablar con alguien. Si hablaba de mis sueños, ya no me asustaban. Se me encogió el corazón.

—No.

—Oooh. —Roux adoptó una expresión traviesa—. Un sueño sexy.

—No.

Roux dio una palmada en su cama.

—Detalles. Ahora mismo.

—No hay nada que contar —protesté en tono poco convincente.

—Has soñado con Edmond, ¿verdad?

—No seas ridícula. ¿Por qué iba a soñar con él? —Hasta yo era consciente de lo huecas que sonaban mis palabras.

—Mmm, vamos a ver. ¿Está buenísimo? ¿Tiene un cuerpo que Miguel Ángel le habría suplicado esculpir?

—Me da igual lo bueno que esté. Es un vampiro.

—¿Y?

Hice un gesto de frustración con las manos.

—Y no es humano. —Quizá si lo repetía lo suficiente, podría seguir convenciéndome.

—¿De verdad lo crees?

—Veamos. —La imité contando con los dedos—. Los vampiros viven para siempre. Pueden curarse heridas que matarían a los humanos. Necesitan sangre para sobrevivir. La luz del sol los mata si se exponen a ella el tiempo suficiente. Diría que están bastante lejos de ser humanos.

Roux subió las rodillas hasta el pecho.

—Pueden hacer cosas que la gente corriente no puede, pero no son otra especie.

No estaba del todo convencida.

—Y todos fueron humanos alguna vez, no lo olvides.

—Alguna vez —subrayé. Pero había sido hacía mucho tiempo, y no estaba segura de que alguno de ellos lo recordara.

—Si tanto odias a los vampiros, ¿por qué has venido? —me preguntó Roux en tono serio, poco frecuente en ella.

—No los odio.

—No has respondido a mi pregunta.

Me quedé un momento en silencio.

Los ojos de Roux me taladraban, pacientes y sin juzgarme. Estaba esforzándose por ser mi amiga, aunque yo no le había ofrecido demasiado para merecerlo. Tenía que contarle la verdad.

Y se la conté.

Después de mi explicación, Roux frunció el ceño.

—Pero si June no está aquí, ¿dónde está?

—Se lo pregunté a Ysanne, y me dijo que la habían trasladado a otra casa.

—¿Se lo preguntaste a Ysanne? —El tono incrédulo de Roux hizo que pareciera que me había atrevido a acercarme a la reina para interrogarla.

—Menos adoración a los vampiros, por favor. Ysanne me mintió. A mi

hermana le ha pasado algo.

—¿Cómo sabes que no dejó de escribiros porque estaba demasiado ocupada disfrutando de la vida aquí? ¿Estás segura de que no han rescindido su contrato?

—Por mucho que se divirtiera, no pasaría de mí. No pasaría de nuestra madre. Y si hubieran rescindido su contrato, habría vuelto a casa. Si de verdad la han trasladado, como se empeña en decir Ysanne, ¿por qué nadie fuera de Belle Morte lo sabe? ¿Por qué Ysanne no me dice en qué casa está ahora June? ¿Por qué los donantes no pueden hablar de este tema? ¿Por qué las revistas de cotilleos y los sitios web no iban a comentarlo?

—Sí, no puedo contestar a eso.

—Exacto. Ysanne está llena de mierda.

—¿Tienes alguna pista sobre lo que de verdad está pasando?

La gratitud se apoderó de mí. Le conté lo que sabía sobre el ala oeste y lo que acababa de suceder.

Roux me cogió del brazo.

—Vale, piénsalo un minuto. No puedes estar sugiriendo que Ysanne le prohíbe a todo el mundo acceder al ala oeste porque ha escondido a June allí. ¿El ala entera? ¿Para esconder a una adolescente? Lo que pase ahí arriba podría ser cualquier mierda espeluznante de vampiros, pero no me puedo creer que tenga algo que ver con June.

—¿Crees que el hecho de que prohibieran el acceso justo cuando June desapareció es solo una coincidencia?

—Quizá. —Roux jugueteó con los bordes de las sábanas—. ¿Qué tal si unimos nuestras cabezas e investigamos un poco los próximos días?

—¿Las dos?

—Claro, tú y yo. Seremos como la pandilla de Scooby, sin chicos y sin perro. Y sin furgoneta. —Sonrió—. Nosotras somos Velma y Daphne.

—Pero ¿por qué quieres ayudarme?

Roux puso los ojos en blanco.

—Obvio. Somos amigas.

Lo último que había venido a hacer aquí era amigos, pero había sucedido sin que me diera cuenta. Quizá era bueno. No sabía cuánto tiempo estaría atrapada

aquí, y una amiga me ayudaría a capear la tormenta.

Capítulo 8

Renie

Roux no era mi única amiga inesperada. Cuando por fin volví a la cama, me sumí en unas horas de sueño intranquilo hasta que Jason irrumpió en nuestra habitación y nos golpeó a las dos en la cabeza con un cojín.

—Despertad, mis amores —nos dijo.

Roux le lanzó la almohada. Jason la atrapó y bailó con ella por la habitación. No puedo asegurarlo, porque su pareja de baile era una almohada, pero parecía que el chico sabía moverse.

—¿Qué haces aquí? —quise saber.

Podría haber dormido más, pero no podía enfadarme con Jason cuando me sonreía como un niño en Navidad.

—Es viernes —me contestó.

—¿Y?

Jason me miró fijamente.

—Esta noche es el baile benéfico de Walls for All. ¿Lo habías olvidado o qué?

—Walls ¿qué?

—Claro. —Roux saltó de la cama y se puso a bailar. Giró con tanta energía que la teta izquierda casi se le escapa del camisón.

Yo seguía sin entender nada.

—¿No has echado un vistazo al calendario? —me preguntó Jason.

—¿Qué calendario?

Jason se acercó a mi mesilla de noche, abrió el cajón y sacó un pequeño

calendario de papel. Algunos días estaban marcados con letra clara e inclinada.

—Estos son todos los eventos previstos para los próximos tres meses. No me puedo creer que no lo hayas mirado.

—¿Qué hay esta noche? —le pregunté.

—La casa organiza un baile para recaudar dinero para Walls for All, una organización benéfica que ayuda a personas sin hogar.

—Vale. —Forcé una sonrisa.

Si quería quedarme en Belle Morte, tenía que interpretar el papel de un donante normal, y a un donante normal le entusiasmaría ese baile. En Belle Morte organizaban este tipo de eventos con frecuencia, en general muy exclusivos, con entradas muy codiciadas, ya que daban cabida a menos de cien personas, y casi siempre se transmitían en directo para que vladictos de todo el mundo disfrutaran del espectáculo.

Para los donantes, era nuestra oportunidad de ponernos bonitos vestidos y elegantes esmóquines, mezclarnos con los vampiros como normalmente no podíamos y codearnos con conocidas personalidades de la alta sociedad, actores, músicos y millonarios. Tuve que fingir que me interesaba.

—Vale, pues deberíamos elegir lo que vamos a ponernos. Si lo dejamos para más tarde, nos estresaremos —aseguró Jason sentándose en la cama de Roux y abrazando la almohada.

—Faltan horas para el baile —señalé.

—Pero quiero estar lo mejor posible. Quizá así Gideon se fije en mí.

Roux se sentó a su lado en la cama.

—De verdad sientes algo por él, ¿eh?

—¿Qué quieres que te diga? Me vuelven loco los ingleses rubios que están buenos.

—Sí, pero aquí no es que haya escasez de tíos buenos precisamente. Incluso los donantes están buenos. ¡Estamos rodeados de tíos buenos!

—No es solo eso. Es química. Créeme, ya me he dado cuenta de que esta casa está llena de chicos guapísimos, pero Gideon tiene algo especial. No me pidas que te lo explique. Hay otros chicos tan guapos como él, pero el que me atrae es él. —Cerró los ojos y sonrió con expresión soñadora—. Me atrae

muchísimo.

Lo entendía. Cuando yo estaba cerca de Edmond, me resultaba fácil olvidar que había otros hombres en el mundo y que él no era el único increíblemente guapo.

Roux saltó de la cama y se dirigió al armario, donde echó un vistazo a la ropa. Además de la ropa de diario y los camisones de encaje, había toda una variedad de vestidos de etiqueta.

—Este es un gran aspirante para mí —comentó sacando un vestido de terciopelo de color ciruela con piezas de encaje a cada lado—. Renie, algo en verde realzaría tu pelo.

Se me hizo un nudo en la garganta. A June le habría encantado. Cuando de niñas jugábamos a disfrazarnos, cogíamos las sábanas de nuestras camas, nos envolvíamos en ellas y nos hacíamos guantes de noche con calcetines viejos.

No era de extrañar que la gente se inscribiera para venir. Pasaban los días disfrutando de baños de burbujas, bebiendo en el bar privado, tocando instrumentos caros o realizando proyectos, todo ello vestidos con ropa de los mejores modistos, y el único precio era donar sangre. Incluso eso les parecía bueno, porque los vampiros eran muy guapos y se suponía que la sensación era muy agradable.

¿Por qué no iban a inscribirse?

—Hasta ahora, las únicas fotos que el mundo tiene de nosotros son las que nos hicieron al salir de la limusina. No estábamos en nuestro mejor momento. Así que esta noche estaremos espectaculares —dijo Roux—. Y ahora levantad vuestro bonito culo y ayudadme.

Para mi sorpresa, acabé divirtiéndome. Nos probamos seis vestidos cada una, posamos y caminamos pavoneándonos para que Jason nos diera su aprobación, y cuando por fin decidimos qué nos pondríamos, fuimos a su habitación para ayudarlo a elegir un esmoquin.

Nos saltamos el desayuno. Creía que alguien vendría a buscarnos cuando vieran que no aparecíamos, pero al parecer podíamos saltarnos las comidas si queríamos, y ningún vampiro vino a buscar un bocado matutino. También ellos debían de estar ocupados con los preparativos del baile.

—¿A alguien le apetece una copa? —nos preguntó Roux frotándose las manos.

—No son ni las doce —le contesté.

—¿Y? Es el estilo de vida de Belle Morte. ¿Y de qué sirve tener un bar gratis si nunca nos pasamos por allí?

Jason y yo nos miramos.

—Me apunto si tú también te apuntas —me dijo.

Me encogí de hombros. June seguía siendo lo más importante en mi mente, pero no podía entrar en el ala oeste durante el día, ninguno de los donantes me decía nada y no tenía sentido interrogar a los vampiros, así que bien podría pasar el tiempo con mis nuevos amigos en lugar de preocupándome.

—Pero sin pillar un pedo. Pienso estar tremendamente sexy esta noche, y borracho sería imposible —repuso Jason.

—Solo una, lo prometo —afirmó Roux.

Les sonreí.

—Quizá dos.

Cuanto más tiempo pasaba en Belle Morte, más entendía su atractivo. Ir al bar a tomar un cóctel a las once y media de la mañana era como me imaginaba que vivían las estrellas de rock.

El bar era una de las salas más pequeñas, con suelo de parqué a juego con el vestíbulo y el comedor, y papel pintado de color gris pizarra decorado con enredaderas y flores negras que convertían el espacio en una jungla monocromática. Altos taburetes rodeaban la barra de mármol negro, y detrás había una serie de estantes de vidrio llenos de todo tipo de bebidas alcohólicas que conocía, y bastantes que no. Había cajas de vidrio con relucientes cubitos de hielo y rodajas de fruta fresca. El personal debía de llenarlas con frecuencia. Junto a las cajas descansaba un libro de tapa dura con recetas de cócteles.

En el bar no había camareros, lo que me sorprendió. Dejar que los donantes se sirvieran ellos mismos me parecía jugar con fuego, pero quizá de eso se trataba. Se esperaba que siguiéramos las reglas de Belle Morte, que incluían no abusar de privilegios como la barra libre.

Roux se colocó detrás de la barra.

—¿Qué os sirvo?

Jason recorrió los estantes con la mirada.

—Algo que parezca saludable.

Roux hojeó el libro de cócteles.

—¿Cóctel de pera con jengibre y brandy? No, gracias. Oooh, pero pomelo rosa y lichi suena bien. O quizá champán con granada.

—Me quedo con lo que conozco. Un cosmo, por favor —le dijo Jason.

—Buena elección. ¿Y tú? —La mirada de Roux se desplazó hacia mí.

—Tomaré un mojito.

—Excelente.

Roux preparó las copas y después las deslizó por la barra sobre posavasos cuadrados de pizarra.

Mi estómago me recordó que aún no había comido, así que solo di pequeños sorbos. No me preocupaba fastidiar el baile por ir borracha. Lo que me preocupaba era desobedecer otra regla de Ysanne.

—Supongo que no hay nada para picar —comenté.

Roux fue rápidamente a buscar la caja de fruta y la colocó frente a nosotros.

—Creo que es para los cócteles —aventuró Jason.

—Que la rellenen. —Dio un largo sorbo de su bebida y chasqueó los labios —. Hago unos cócteles que te cagas, ¿verdad?

Jason y yo murmuramos que estábamos de acuerdo.

—Todavía no hemos hablado del pelo y del maquillaje —observó Jason.

Roux señaló su pelo pixie.

—Yo no puedo elegir mucho.

—Tonterías —aseguró Jason. Pasó los dedos por el pelo de Roux y le colocó la parte delantera hacia un lado, pero cambió de opinión y se lo alborotó todo para ponérselo de punta, como si fuera un erizo enfadado.

—Con Renie te divertirás más —le aseguró Roux.

Siempre había creído que mi pelo era mi punto fuerte. Largo y tupido con ondas naturales, de un bonito color otoñal, rojizo mezclado con cobre, y se veía aún mejor bajo la luz del sol. Los ojos de Jason se iluminaron cuando levantó parte de mi pelo y la examinó.

—Tienes una bonita caída natural, pero quizá podamos convertir estas ondas en rizos. Sin duda tienes la estructura ósea para ello.

—Pareces un profesional —bromeé.

—Estudié peluquería en la universidad.

—¿Quieres dedicarte a eso profesionalmente? —le preguntó Roux.

—Es un poco tópico, lo sé. Un chico gay que trabaja en una peluquería... Pero peinar es un arte, y me encanta hacer feliz a la gente.

—Puedes hacer arte con mi pelo. Así me ahorro hacer un desastre —le dije.

—Lo mismo te digo. Solo me lo corté para no tener que preocuparme de él —le confesó Roux.

—Felicísimo de complaceros —exclamó Jason—. Pero no me pidáis que también os maquille.

—Eso dejádmelo a mí —repuso Roux.

Sentada en el bar, con dos personas que empezaban a ser importantes para mí, sentí una chispa de algo sospechosamente parecido a la felicidad, seguida de una aguda punzada de culpabilidad.

Sentía que debería estar tirando abajo toda la mansión para encontrar a June. Pero no podía. Tenía que esperar mi momento. Debía tener cuidado.

Cuando estábamos en la segunda ronda, entraron Amit y Melissa. Amit mostraba una sonrisa soñadora y tenía marcas de una mordedura reciente en la garganta.

—Vaya, reconozco esa mirada —dijo Jason riéndose—. A alguien le han pegado un mordisco alucinante.

Amit hizo un suave sonido asintiendo.

—Phillip.

—Oh, sí, me tocó ayer.

Roux levantó su copa de champán.

—Coged un taburete y sentaos con nosotros.

Lo hicieron, pero los movimientos de Amit eran lentos, como si estuviera atravesando algo que no veíamos. ¿El efecto secundario de un buen mordisco?

Roux les sirvió un cosmopolitan a cada uno, y Amit se bebió el suyo sin perder la mirada soñadora.

De cerca, su mordedura tenía aún peor aspecto. Los agujeros estaban bastante limpios, eran dos pinchazos más entre los muchos agujeros en proceso de curación y las cicatrices esparcidas por la garganta, pero seguía sin poderme creer que de verdad alguien eligiera algo así.

Pero todo el que viera la garganta de Amit sabría que había sido donante. Incluso después de que se acabaran las entrevistas y las ofertas para *reality shows*, seguía habiendo vladictos que aprovechaban la oportunidad de hacerse fotos con un exdonante. Amit siempre tendría cierto estatus entre ellos.

Me pilló mirándolo y se pasó una mano por la mordedura, casi con amor. No pude evitar estremecerme.

—¿No te duele?

—¿Estás de broma? Nunca me había sentido tan bien.

—Es como el sexo —añadió Melissa levantando su copa para brindar con nosotros.

Pasamos una hora bebiendo y charlando. Amit pasó del cosmopolitan al martini, después al champán, y casi acabó cayéndose del taburete.

—Uf —dijo en pleno ataque de hipo—. Creo que no debemos beber justo después de que nos hayan mordido.

El aturdimiento que reflejaban sus ojos no tenía nada que ver con el placer posterior al mordisco, sino con el hecho de haber bebido demasiado. Se bajó del taburete tambaleándose.

Jason le ofreció el brazo a Amit, que lo aceptó y se aferró a él como una lapa.

—Lo llevaré a su habitación para que pueda dormir la mona antes de esta noche.

—Te echo una mano —se ofreció Melissa.

Se levantó, se pasó un brazo de Amit por los hombros y ayudó a Jason a llevarlo hacia la puerta.

Jason se detuvo, se giró y nos señaló con el dedo.

—Pero no olvidéis que vamos a prepararnos juntos. Yo os peino y vosotras me ayudáis a ponerme guapo.

—Ya eres guapo —le dijo Roux.

Jason le lanzó un beso mientras Melissa y él ayudaban a Amit a salir del bar.

Roux apuró lo que le quedaba del cóctel y dejó la copa con más fuerza de la necesaria.

—Bueno, ya es oficial. Estoy un poco alegre. Y eso que solo me he tomado un par de copas. —Saltó de su taburete—. Mmm, quizá algo más que alegre.

—Aire fresco. Así se nos pasará la borrachera —le aseguré.

La sala giró un poco cuando me bajé de mi taburete.

—Excelente idea. Tú delante.

Roux me cogió del brazo mientras salíamos del bar, lo que no nos ayudó a ninguna de las dos a caminar en línea recta. Pero me gustó. Todo este tiempo me había sentido sola con mi problema, y ya no lo estaba. Tenía a Roux, y ella no me dejaría olvidarlo.

Me dirigí a la puerta trasera, que daba al jardín. Como la vez anterior, Dexter Flynn estaba de guardia, con las manos entrelazadas.

—¿No te aburres aquí plantado día tras día? —le preguntó Roux mientras avanzábamos hacia él dando tumbos.

—No vigilo la puerta todos los días.

—Vale, pero cuando la vigilas, ¿no te aburres?

Encogió sus anchos hombros.

—Es un trabajo y pagan bien.

—Estupendo. —Roux me soltó el brazo y apoyó la mano en la cadera—. ¿Vas a dejarnos salir o tenemos que decirte «guapo, por favor» y ponerle una guinda?

Dexter esbozó una sonrisa.

—Puedes decirlo si quieres.

—Necesitamos escolta, ¿no? —dije yo.

—No es necesario. Isabeau y varios otros están fuera.

Dexter empujó la puerta, y la pálida luz del sol se derramó por el pasillo. El aire frío nos envolvió, pero las dos estábamos demasiado borrachas para sentirlo.

—Bueno, gracias, amable señor —susurró Roux.

—¡No tropecéis! —nos gritó.

—Si tropezamos, tendrás que recogernos —le contestó Roux.

Nos abrimos paso hacia el amplio césped. Los tacones de nuestras botas golpeaban contra el suelo endurecido por el invierno. El aire gélido me recorría los pulmones. Tenía que acordarme de coger un abrigo cuando salía.

Isabeau, ayudada por un par de donantes, estaba cortando el césped alrededor de un macizo de flores, y Míriam paseaba del brazo de Catherine, hablando en voz baja.

Al pasar junto a ellas, me esforcé por caminar en línea recta para que nadie se diera cuenta de que había bebido. Por desgracia, estaba tan concentrada intentándolo que no miré por dónde iba, y casi tropiezo y me caigo en un macizo de flores.

Roux soltó una carcajada.

Nos alejamos de las vampiras y nos adentramos en las sombras del muro que rodeaba el jardín.

—Bien —me dijo Roux cuando ya nadie podía oírnos—. Supongo que si quisieras contarle a Jason lo de June ya lo habrías hecho.

Suspiré y mi aliento formó una estela blanca en el aire.

—No es que no quiera. Pero me preocupa haber fastidiado tu experiencia aquí arrastrándote a esto, y no quiero hacerle lo mismo a él.

—Me pregunto si hay alguna pista en la antigua habitación de June. ¿Sabes quién era su compañera de habitación?

—No.

—Vale, pues tendremos que descubrirlo.

—¿Qué esperas encontrar?

—Probablemente nada, pero merece la pena echar un vistazo. Ayer conocí a varios donantes que llevan tiempo aquí, así que creo que puedo descubrir con quién compartía habitación June, y luego buscaremos un momento para registrarla cuando no haya nadie. La verdad es que no sé qué más podemos hacer.

—No, está bien. No se me había ocurrido.

Roux chilló de repente.

—Edmond a la derecha.

Me dio un brinco el corazón.

El sol de invierno resaltaba el tono marfileño de su piel y hacía que su pelo brillara como ónice pulido.

Isabeau se incorporó cuando Edmond se acercó a ella e intercambiaron unas palabras que no pude oír. Edmond desvió la mirada hacia mí. No creí que estuvieran hablando de mí, porque Isabeau no parecía haberse fijado en mi presencia, pero la mirada de Edmond, afilada como un diamante e igual de brillante, me paralizó.

Hasta que volvió a la casa, no se interrumpió la atracción magnética. Parpadeé y Roux gritó tan fuerte que me estremecí.

—¡¿Qué mierda ha sido eso?!

—¿Qué? Nada.

—¿Me tomas el pelo? No podía apartar los ojos de ti.

—Nunca sé lo que se le pasa por la cabeza, y después de lo de anoche, esperaba que me tratara con frialdad.

—Creo que le gustas —me dijo Roux sonriendo.

—Seguramente solo le gustó mi sabor.

Roux me agarró del brazo.

—Espera, ¿cuándo te mordió? No me lo habías dicho.

—Se me debe de haber olvidado.

—Cuéntamelo todo —me ordenó.

Roux no consiguió descubrir quién había sido la compañera de habitación de June. Todos estaban demasiado centrados en el baile que se iba a celebrar como para estar de humor para preguntas extrañas. Me aseguró que volveríamos a intentarlo al día siguiente. Quizá con resaca estarían un poco más abiertos a dejarse convencer.

Dediqué un rato a escribirle una carta rápida a mi madre, pero no mencioné a June. ¿Qué iba a decirle? No quería preocuparla hasta saber lo que estaba pasando. Además, supuse que si le comentaba mis sospechas, quien se ocupara de revisar las cartas no dejaría que la mía saliera de la mansión. Así que le escribí una carta breve y cariñosa, le dije que me lo estaba pasando bien y que esperaba impaciente el baile de esa noche.

Después llegó la noche y era hora de prepararse.

En nuestra ausencia, habían vaciado el cesto de la ropa sucia y habían cambiado las sábanas. Sabía que aquí trabajaba personal humano recogiendo la ropa sucia, cambiando la ropa de cama y rellenando todo lo que gastábamos en el baño, además de limpiar toda la mansión y preparar y recoger las comidas, pero aún no había visto a nadie, aparte de los de seguridad. Si se suponía que debían evitar que los viéramos, hacían un buen trabajo.

Me senté en mi cama y miré el vestido colgado en la puerta del armario.

Solo podía pensar en la noche del baile de graduación de June, hacía casi tres años. Habíamos encontrado un vestido en una tienda de segunda mano, un vestido largo de color negro y cubierto de diminutos cristales de imitación. Era un poco grande, pero mi madre se lo arregló con imperdibles y consiguió que le quedara como un guante. June se había recogido el pelo en un moño alto, había pedido prestado maquillaje a una amiga de la escuela, y se me llenaron los ojos de lágrimas cuando bajó para que mi madre le hiciera fotos. Parecía una adulta, estaba guapísima, y aunque era poco mayor que yo, a su lado me sentí una niña. Mi baile de graduación me parecía muy lejano. Y de repente llegó también, y no pude encontrar un vestido barato, así que acabé llevando el mismo que June.

Y ahí estaba yo, a punto de ponerme un vestido de un modisto prestigioso del que nunca había oído hablar, y todo me parecía surrealista.

Jason irrumpió en la habitación con los brazos llenos de esmóquines y una expresión de pánico en el rostro.

—¡Lo tenía todo planeado, pero he cambiado de opinión! —gritó.

—¿Por qué? —le preguntó Roux.

—Acabo de ver a Amit y está increíble. Tengo que estar más guapo que él.

—Vale, vale, cálmate. —Roux cogió la ropa de Jason y la dejó encima de la cama—. Tus damas favoritas están aquí para ayudarte cuando te da una crisis de ropa.

—Iba ponerme el que tiene adornos plateados, pero no me hará destacar lo suficiente, así que he pensado que quizá este. —Cogió un esmoquin de terciopelo rojo—. Pero es toda una declaración, y no estoy seguro de que me quede bien.

—Póntelo —le instó Roux.

Sin el menor atisbo de vergüenza, Jason se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos, se puso el esmoquin de terciopelo y posó para nosotras. El traje era bonito y el rojo intenso armonizaba con su pelo rubio, pero algo no terminaba de funcionar.

Roux lo rodeó dándose golpecitos en la barbilla con un dedo.

—Bueno, puedes ponértelo, pero si te soy sincera, parece que te lo has currado demasiado. Tiene que parecer que no has hecho ningún esfuerzo.

Rebuscó entre el montón de esmóquines hasta que encontró lo que estaba buscando.

—Jason, cariño, este lleva escrito tu nombre.

Se lo tendió, y Jason se lo puso obedientemente.

Roux silbó.

—Esto es lo que quería decir.

El esmoquin que había elegido era azul oscuro con detalles en negro. Ceñía perfectamente los músculos de Jason y resaltaba el azul más pálido de sus ojos, intenso sin ser ostentoso, llamativo sin ser exagerado.

Jason se observó en el espejo.

—Renie, ¿qué te parece?

Le respondí la verdad.

—Creo que estás buenísimo.

Sonrió.

—Pues este. Supongo que a ninguna de las dos le ha dado un ataque de pánico en el último minuto.

—¿Estás de broma? —Roux sacó su vestido del armario y lo miró con el orgullo y la admiración de una madre por su recién nacido—. La única razón por la que todavía no llevo puesta esta belleza es porque primero quiero arreglarme el pelo y la cara.

—Pues empecemos.

Jason sentó a Roux en el tocador y se puso a trabajar con peines, espuma y laca. Sus manos volaban por encima de la cabeza. Tenía razón, era un arte.

—Guau —exclamó Roux cuando terminó, e inclinó la cabeza para admirar el resultado.

Le había colocado el pelo hacia un lado para que los mechones más largos rozaran la comisura de su ojo izquierdo, y le había dado volumen ahuecándolo con sutiles puntas.

—¿Qué te parece si me peinas todos los días?

Jason sonrió y me hizo un gesto.

—Tu turno, cariño.

Mi pelo le llevó más tiempo que el de Roux, lógicamente, ya que yo tenía mucho más. Jason lo rizó, lo que pareció durar una eternidad, pero al menos no me chamuscó las orejas con el rizador. Cerré los ojos y le dejé hacer su trabajo mientras Roux se maquillaba.

Cuando volví a abrir los ojos, Jason había recogido mis rizos en un moño enorme y suelto en la nuca, del que salían tirabuzones en cascada sobre mis hombros. Parecía una ráfaga de hojas de otoño.

—Muy bonito —le dije.

Jason parecía totalmente satisfecho de sí mismo.

—Lo sé.

Roux se ocupó de maquillarme. Me dejó unos ojos ahumados y misteriosos. Lo único que quedaba era cambiarnos.

Roux gritaba de emoción mientras se ponía el vestido. Las capas de gasa oscura eran lo bastante transparentes como para ofrecer tentadores atisbos de su esbelto cuerpo, pero no tanto como para parecer indecentes, y diminutas flores rojas y blancas se extendían por la parte delantera del vestido, siguiendo el gran escote en V. Estaba increíble y lo sabía.

Cogió mi vestido de la percha y me lo tendió.

—Ya casi es la hora.

Mi vestido era una columna sin mangas de lentejuelas doradas, rojas y ámbar. Parecía que no iba a combinar con mi pelo, pero lo cierto era que resaltaba mi color y lo hacía parecer más brillante, como si me hubiera hecho reflejos.

Me miré en el espejo. El vestido se adhería a mis curvas y lanzaba mil destellos cada vez que le alcanzaba la luz.

Yo parecía el otoño.

Parecía que me hubieran sumergido en un tesoro.

Parecía en llamas.

Jason y Roux se acercaron a mí y admiraron sus imágenes en el espejo.

—Estos vampiros no sabrán la que se les viene encima —dijo Roux.

Primero llegaron los invitados humanos, contoneándose por la puerta principal con sus mejores galas y posando frente a la escalera. Aunque el baile estaba retransmitiéndose en directo, un grupo selecto de fotógrafos y reporteros se había reunido en el vestíbulo para fotografiar los outfits de todos y hacer algunas preguntas antes de que los invitados cruzaran el salón y el comedor hasta el salón de baile.

Después llegaron los vampiros, que surgieron del ala norte y bajaron la escalera como mariposas brillantes.

Por último nos tocaba a nosotros.

Quería bajar con mis amigos, pero el protocolo de Belle Morte dictaba que fuéramos de uno en uno, así que me obligué a sonreír mientras bajaba la escalera. Seguramente mi madre vería esas fotos y quería que pensara que me lo estaba pasando bien. Aunque se diera cuenta de que June no estaba en ninguna de estas fotos, podría contarle que estaba enferma y no pudo asistir.

Esperé a Roux y a Jason en la sala. Esperaba que sirvieran alcohol, porque realmente necesitaba un trago.

Entramos juntos al salón de baile.

Aquí, el suelo eran losas de mármol de color crema que formaban un dibujo de círculos concéntricos que se hacían cada vez más pequeños hasta llegar a una pieza circular en el centro del salón. Las paredes eran de estuco dorado que se extendía hasta un techo con frescos interrumpidos por dos lámparas de araña que parecían estar a punto de derrumbarse bajo el peso de los adornos de cristal. No había ventanas. Personal humano con uniformes blancos y negros se movía en silencio entre la multitud ofreciendo copas de champán a los humanos, y una orquesta, situada en un extremo, lanzaba al salón un torbellino de notas de violín. Varias personas ya se habían dividido en parejas para bailar.

Presa del pánico, cogí del brazo a Roux.

—No sé bailar.

Dudaba que fuera opcional. Eventos como estos mostraban el glamour del estilo de vida de los vampiros, y que los donantes fueran felices formaba parte de ello. Ser la torpe del baile no.

Roux frunció el ceño.

—Yo sí, pero no como se baila aquí

Jason cogió tres copas de champán de una camarera que pasaba y nos tendió una a cada una.

—Salud —nos dijo.

Chocamos las copas y di un largo trago. Las burbujas me corrieron por la garganta e hicieron que se me humedecieran los ojos.

—Tómatelo con calma —me aconsejó Jason—. Tenemos toda la noche por delante.

Melissa se acercó, champán en mano y con los ojos brillantes de emoción. Busqué a Aiden con la mirada, pero estaba al otro lado del salón, hablando animadamente con Craig y Ranesh, dos donantes que habían llegado la misma noche que yo. Eventos como estos eran la culminación de la vida en Belle Morte, cuando toda persona corriente se convertía en más de lo que había sido nunca, cuando los capullos se abrían y surgían las mariposas.

Vi a dos donantes de los que llevaban más tiempo bailando juntos en medio del salón —Hudson, con un clásico esmoquin negro, y Mei, con un *cheongsam* bordado—, y a Tamara, que bailaba con un invitado justo detrás de ellos.

Roux me dio un codazo.

—¿Crees que los rumores sobre Benjamin y Alexandra son ciertos? —me preguntó señalando con su copa de champán a los vampiros en cuestión, que bailaban muy pegados y mirándose a los ojos. Los sitios web de cotilleos llevaban casi un año especulando que algo pasaba entre la pareja, pero ninguno de los dos vampiros había confirmado nada. Quizá esta noche lo hicieran.

—No creo que los amigos se miren así —le contesté.

Más cerca de la orquesta, Étienne estaba enfrascado en una conversación con Phoebe, una vampira a la que yo veía por primera vez en persona. De repente Étienne me vio, se disculpó con ella y se dirigió hacia mí. No había avanzado mucho cuando fue interceptado por Deepika, otra vampira a la que solo había

visto en fotos. Deepika le tendió la mano, al parecer invitándolo a bailar, y él sonrió y asintió, pero mientras ella tiraba de él hacia la pista de baile, sus ojos volvieron a encontrarse con los míos. No supe interpretar su expresión.

Catherine bailaba frente a nosotros, con una mano en el hombro de Amit y la otra en su nuca. En cualquier otro momento, lo más cerca que un donante podía estar de un vampiro era alimentándolo, pero en noches como esta, podían fingir que eran iguales. Catherine hizo girar a Amit para pegar su espalda contra su pecho, le inclinó la cabeza hacia un lado y lo mordió. Amit se quedó rígido y abrió la boca en un silencioso gemido de placer. No era el único. Abigail, que formaba parte del último grupo de donantes que había entrado antes de que yo llegara, estaba pegada a Stephen, que bebía de su cuello, y Hugh se alimentaba de Michelle.

—Mierda —murmuró Roux—. Había olvidado que en estos saraos sacan los colmillos.

—¿La alimentación no era privada? —le dije yo.

Los mordiscos no duraban mucho. Catherine solo dio un sorbo.

—En los bailes las cosas cambian. Nosotros tomamos champán y ellos toman sangre, pero, como hoy ya los hemos alimentado, solo dan pequeños sorbos. También pueden beber de los invitados —nos explicó Melissa.

Señaló hacia un extremo de la pista de baile. Dos vampiros hablaban con dos invitados humanos. Phillip, con el pelo negro peinado hacia atrás, sonreía a una mujer de unos treinta años que creo que alguna vez había formado parte de un grupo musical de chicas. Inclinó la cabeza, impaciente, y dejó al descubierto su cuello. Cerca estaba Fadime, con un elaborado vestido morado a juego con el hiyab, gesticulando con las manos mientras hablaba con un hombre mayor al que no reconocí. Mientras los observábamos, ella se inclinó y hundió delicadamente los colmillos en su garganta.

—Da a los invitados la oportunidad de experimentar el mordisco de un vampiro sin tener que convertirse en donantes a jornada completa —dijo Melissa —. Creo que a algunas de estas personas les interesa más esto que la caridad.

—¿Pueden morder a cualquiera? —le pregunté.

—¿Ves a aquel tío de allí? ¿El que tiene una cinta de terciopelo atada a la

muñeca?

—Sí.

—Esas cintas significan que el invitado no quiere que le muerdan.

—Seguimos teniendo la opción de muñeca o cuello, ¿verdad? —le planteé volviendo a mirar a Fadime, que ya había dejado de beber.

—Sí, pero Ysanne prefiere que en los eventos especiales los vampiros beban del cuello. Es más sexy.

Joder.

Melissa le tendió la mano a Jason.

—¿Bailas conmigo?

—Claro.

Dejó que ella lo guiara hacia la multitud de esmóquines y faldas que se arremolinaban. A diferencia de mis pies, los suyos se movían con una habilidad experta. En la pista de baile estaba como en su casa.

—Baila muy bien —comentó Roux. Dejó su copa en la bandeja más cercana —. ¿Te apetece mover un poco el esqueleto?

—Lo de que no sé bailar lo he dicho en serio.

—Mientras no le hagamos un baile erótico a nadie, creo que podemos hacer lo que queramos. Si hacemos algo inapropiado, ya nos lo dirán.

Me terminé el champán antes de aventurarme hacia la pista de baile. Necesitaba que el alcohol me infundiera valor.

Roux me hizo girar y casi derribé a dos invitados humanos, que me lanzaron miradas glaciales. Roux tiró de mí intentando no reírse

—Vaya, es verdad que no sabes bailar.

—Te lo he dicho.

Jason y Melissa pasaron bailando, moviéndose como profesionales, pero Jason no miraba a Melissa. Miraba por encima de su cabeza, recorriendo la multitud. Supe que buscaba a Gideon. Lo entendí y se me encogió el estómago.

Pero Gideon, que estaba bailando con Isabeau, ni siquiera miraba en dirección a Jason.

—No olvides sonreír —le dijo Melissa—. Se espera que los donantes parezcan felices.

Jason consiguió esbozar una sonrisa y dejó de mirar a Gideon.

Durante un tiempo nos mezclamos con la multitud. Roux bailaba y yo balanceaba las caderas sin mover los pies para reducir las posibilidades de dar un golpe a alguien, y de momento nadie había intentado morderme el cuello.

Entonces apareció Edmond.

Capítulo 9

Renie

La multitud pareció separarse ante Edmond, que se abrió camino entre capas de lentejuelas y tul que daban vueltas. Llevaba un pantalón negro y un chaleco de damasco negro sobre una camisa blanca con corbata de encaje. Completaba el atuendo una americana con flores de lis plateadas bordadas. Habría sido un look demasiado espectacular para cualquiera, pero en Edmond era perfecto.

Estaba para comérselo, y por un momento olvidé todo lo malo que había pensado de él.

Pero enseguida volví a la realidad, lúgubre y fea a pesar de la belleza del entorno. Por muy sexy que fuera Edmond o por muy bien que vistiera, no podía confiar en él. Mi hermana seguía desaparecida.

Edmond no desvió la mirada de mí mientras se acercaba. No pareció darse cuenta de que interrumpía mi baile con Roux. Y ella, la muy traidora, se apartó y dejó que sucediera.

Edmond giró la palma de mi mano hacia arriba y recorrió mis venas con un dedo.

—¿Puedo? —me preguntó.

—¿Tengo otra opción? —le respondí yo manteniendo la sonrisa para las cámaras.

Su rostro no cambió, siguió tan hermosamente inexpresivo como siempre, pero la presión de sus dedos disminuyó.

—¿Preferirías que no lo hiciera?

Si le decía que no, me soltaría, se mezclaría con la multitud y buscaría a

algún otro donante para dar un trago. Pero yo no podría pasar toda la noche sin que me mordieran.

—Si vas a hacerlo, hazlo.

Edmond dudó y observó mi rostro, pero no perdí mi alegre sonrisa para las cámaras. Me mordió en la muñeca y me quedé rígida, como Amit cuando le había mordido Catherine, pero en mi caso era dolor, no placer. Edmond solo dio un sorbo y después lamió los pinchazos para cerrarlos.

—No quiero hacerte daño —me confesó.

—Muy bien. Esas cámaras tienen que ver que el sistema de donantes es feliz y brillante.

—No me importan las cámaras. —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando, pero todos estaban demasiado ocupados divirtiéndose—. No lo haré si te duele.

No sabía qué decir. Cada vez que creía que sabía quién era Edmond, él hacía algo que acababa con mi determinación y me dejaba herida y confundida. Sería más fácil para los dos si me tratara como a cualquier otro donante.

—Si no puedo beber de ti, ¿me concedes al menos un baile? —me dijo.

Roux, que estaba detrás de él, empezó a mover los labios como una loca: «Sí, sí, sí».

Debería haberle dicho que no, pero una oleada de calor me invadió al mirarlo a los ojos. Cuando abrí la boca, lo único que salió fue:

—No sé bailar.

—No te preocupes —me contestó Edmond. Su voz fue una caricia aterciopelada que suavizó mis dudas—. Yo sí.

Con una mano todavía sujetando la mía y la otra buscando posición en mi omóplato, Edmond me guio en una serie de pasos. Lo pisé tres veces seguidas e hice una mueca.

—Te lo he advertido.

Edmond sonrió.

—Mira lo que hago yo. Adelante con el pie izquierdo, hacia un lado con el derecho y luego juntas los pies. Después un paso atrás con el derecho, a un lado con el izquierdo y vuelves a juntarlos.

Intenté imitarlo, pero enseguida volví a pisarlo.

—No lo pienses tanto —me aconsejó—. Deja que el ritmo te lleve y no te preocupes por pisarme.

Copié sus movimientos, y en el sexto o séptimo intento pude mantener el ritmo sin pisarlo. Y me sentía bien. Estaba en un baile y estaba bailando.

Con un vampiro.

Mi sonrisa, que ya era auténtica, no una farsa para las cámaras, se atenuó. Siempre igual. Cada vez que tenía un momento de felicidad, la realidad de mi situación lo extinguía de inmediato. Cuando estaba con Edmond, las cosas parecían un poco menos malas, pero él era parte del problema.

—¿Habías estado alguna vez en algo así? —me preguntó Edmond.

—Solo en mi baile de graduación, y no estaba en la misma liga.

—¿Por qué no?

—No podía permitirme el vestido de un modisto ni nada mejor para beber que unas cuantas botellas de cerveza barata.

—Pero ¿te divertiste?

—Estuvo bien.

La música se había acelerado, y mientras me esforzaba por mantener el ritmo, casi derribé a una pareja cercana a la que vagamente reconocí como los presentadores de uno de los programas de cotilleos de vampiros que tanto le gustaban a June.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Mi hermana había desaparecido y yo estaba bailando con el vampiro que podría saber qué le había sucedido.

Edmond deslizó la mano por mi espalda, sus dedos suaves y fríos sobre mi piel desnuda.

Me estremecí.

—No hagas eso.

—¿No quieres que te toque?

Tenía la boca seca como un desierto y mi corazón estaba volviéndose loco. Seguro que podía oírlo. Quería que me tocara. No quería que se detuviera. Pero tenía que pararlo. No podía seguir cayendo ante su voz y sus ojos cuando debería

estar corriendo a toda velocidad en dirección contraria.

Lo solté.

—No quiero tener nada que ver contigo.

El rostro de Edmond se endureció y adoptó su máscara habitual.

—Como quieras.

Se alejó y me dejó en medio de la pista de baile. Miré a mi alrededor, pero nadie parecía haberse dado cuenta. Tenía que salir de ahí antes de que alguien más me invitara a bailar.

Me abría paso entre la multitud cuando alguien me cogió de la mano. Instintivamente intenté soltarme hasta que me percaté de que era Jason.

—Tenías la mirada de un ciervo deslumbrado por los faros de un coche. He pensado que te vendría bien que te rescatara —me dijo.

—Eres mi héroe.

Bailamos en silencio durante unos minutos, y mi breve lección con Edmond evitó que pisara a Jason, al menos de momento.

Entre el mar de parejas bailando se abrió un hueco y vi a Ysanne acechando en el borde de la pista de baile, como una reina observando a sus súbditos. Estaba espléndida, con un vestido sin tirantes de terciopelo negro, con un corte a un lado por el que se derramaban capas de tafetán de color ciruela. Su lápiz labial era del color de la sangre.

Al parecer, nadie se atrevía a invitarla a bailar. No podía culparlos. La señora de los vampiros destilaba poder, y aunque sonreía, sus ojos eran como el hielo.

—Parecía que estabas un poco tensa con Edmond —me comentó Jason.

—No me siento cómoda en general.

—Lo sé.

Pasamos unos minutos en silencio. La orquesta había empezado a tocar una pieza más lenta, y las parejas bailaban a nuestro alrededor con los cuerpos fusionados. Me pregunté si Edmond estaba bailando con alguien, pero enseguida me dije con firmeza que no me importaba.

—Empiezo a pensar que no has venido por el estilo de vida —me comentó Jason—. ¿Quieres que lo hablemos?

—Ahora no.

—¿Estás segura?

—Cuando esté preparada para hablar de este tema, te avisaré.

Roux estaba a cierta distancia, apretada contra un vampiro que creí que era Benjamin, aunque no estaba segura, porque tenía la cara hundida en el cuello de mi amiga. Roux tenía la boca entreabierta y suspiraba de felicidad.

—¿Lo ves? Es increíble cuando aprendes a relajarte —me dijo Jason.

—Eso no va a suceder de momento.

—Espero por tu bien que no sea cierto.

No le contesté. Un destello de flor de lis plateada atrapó mi mirada. Míriam se aferraba a Edmond como un gato. A diferencia de mí, bailaba con gracia, replicando los pasos de Edmond y moviendo todo el cuerpo con elegante sensualidad.

Los celos se encendieron en mi corazón.

—¿Puedo darte un consejo? —me preguntó Jason siguiendo mi mirada—. No te enamores de él. Aunque a los vampiros se les permitiera tener relaciones con humanos, acabaría mal. Viven eternamente. Nosotros no.

—Edmond no me atrae —le mentí.

—Seguro que no...

—Me lo dice el tío que no puede dejar de fantasear con Gideon.

—No fantaseo con él —protestó Jason.

—Claro, claro. ¿A quién intentas convencer, a mí o a ti?

Jason no me contestó.

Empezaba a sentir claustrofobia. Aunque el salón de baile era muy grande, estaba repleto de gente y todos estaban demasiado cerca de mí, empujándome con los brazos y las piernas. El susurro de las faldas y el taconeo de los zapatos resonaban en mis oídos con más fuerza que la orquesta. Cada flash de las cámaras me cegaba, como decenas de supernovas en miniatura.

Habría sido diferente si June hubiera estado conmigo. Ella tampoco sabía bailar, así que las dos nos habríamos chocado, pisado y reído por la pista comentando qué chicos estaban más buenos, y podría haberme divertido un poco.

A mi pesar, volví a mirar furtivamente a Edmond.

Míriam lo sujetaba con fuerza de la mano y lo sacaba de la pista de baile en dirección a la entrada del salón.

No debería importarme.

Pero me importaba.

Si June hubiera estado aquí, me habría asegurado que era un hijo de puta que no me llegaba a la suela del zapato y que si elegía a otra persona, él se lo perdía. El recuerdo de su voz era tan intenso que giré la cabeza, convencida de que la vería a mi lado.

No estaba a mi lado, por supuesto, y de repente no pude más. No podía bailar, sonreír y fingir que todo estaba bien cuando no lo estaba.

—Necesito tomar un poco el aire —jadeé. Me separé de Jason y salí a toda prisa de la pista de baile.

Durante los eventos sociales, la seguridad era más estricta que nunca. Los invitados no podían salir del salón de baile salvo para ir a un baño del primer piso, escoltados, por supuesto. Como casi todo el mundo, yo estaba al corriente del caso de Annabel Montrose, una joven de la alta sociedad a la que sus padres habían comprado una entrada para un baile en Belle Morte en una subasta benéfica hacía dos años, y en menos de una hora la habían echado porque la pillaron husmeando por la mansión. Los vídeos del ataque que le dio todavía circulaban en las redes sociales.

Pero estas reglas no se aplicaban a los donantes, así que nadie me detuvo cuando salí del salón de baile.

Edmond

Edmond se apoyó contra la pared junto a la sala de música, con las manos enredadas en el pelo de Míriam mientras ella le desabrochaba el chaleco y le abría la camisa. Sentía la suavidad de su lengua recorriéndole el pecho, pero él no estaba por la labor. Míriam estaba muy guapa esa noche, cubierta de satén negro, con sus ojos enormes y seductores, pero los pensamientos de una donante de pelo rojizo le habían clavado las garras en la cabeza.

No podía quitarse la imagen de Renie esa noche, su precioso pelo recogido, a excepción de unos cuantos rizos sueltos, que besaban sus hombros desnudos, y

su vestido brillante, que se aferraba a las suaves curvas de su cuerpo.

Enfadado, intentó apartarla de su mente. Tenía a una despampanante vampira lista para llevárselo a la cama y solo podía pensar en Renie y en cuánto deseaba que estuviera en el lugar de Míriam.

—Para —susurró apartando suavemente a Míriam.

Acostarse con ella podría distraerlo, pero seguiría pensando en Renie, imaginando sus labios sobre los de él, su lengua sobre su piel y sus piernas alrededor de sus caderas. Entre Míriam y él nunca había habido nada más que sexo casual, pero aun así le parecía muy injusto acostarse con ella cuando estaba pensando en otra mujer.

Míriam lo miró fijamente. Sus ojos brillaban rojos contra su piel morena.

—¿Qué pasa?

Él negó con la cabeza, incapaz de explicarse.

Míriam suspiró y se llevó una mano al pecho.

—Menos mal que no me ofendo fácilmente. Ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión.

Edmond la observó volviendo al baile.

Renie no era la primera donante que lo había tentado, pero nunca había sido más que una atracción fugaz. Cada vez que se preguntaba si quizá, solo quizá, podría volver a arriesgar su corazón, recordaba a las mujeres a las que se lo había entregado.

Recordaba lo que les había pasado.

Edmond cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Todo el mundo quería la inmortalidad, porque la consideraban algo maravilloso y mágico que los haría felices para siempre.

No entendían la carga que podía llegar a ser. La inmortalidad significaba vivir para siempre, con cada mal recuerdo y cada estúpido error, cada traición y cada herida emocional. Pero tenían que experimentarlo para entenderlo.

Se pasó las manos por la cara para borrar todo rastro del beso de Míriam. Si volvía al baile, actuaría como si nada hubiera pasado, pero no quería volver. Renie estaba allí.

Recordar la suave calidez de su omóplato bajo la palma de su mano mientras

bailaban hizo que le emergieran los colmillos y le dolieran las encías. El pequeño sorbo de su sangre no había bastado para llenar un vacío que pedía más a gritos. Los vampiros eran depredadores, siempre ansiaban sangre, pero Edmond no recordaba la última vez que había anhelado a alguien así.

La deseaba. Se suponía que no debía suceder. Se suponía que debía mantenerse imparcial y alejar a Renie de la verdad mientras Ysanne así lo quisiera, pero de alguna manera la ferocidad y la vulnerabilidad de Renie se habían introducido debajo de su piel.

Edmond se dirigió a la biblioteca, donde sabía que podría estar tranquilo y solo. Pero cuando abrió la puerta y entró, se dio cuenta de que había alguien allí.

Renie.

Renie

Edmond se quedó en la puerta, paralizado. Obviamente no sabía que yo estaba aquí, porque su expresión de sorpresa fue auténtica, pero eso no hizo que me alegrara de verlo.

Yo había llegado a la biblioteca buscando un pequeño rincón de Belle Morte donde descansar, lejos de los bailes de caridad, los colmillos y las cámaras. Lejos de Edmond. Pero se las había arreglado para encontrarme, aunque no estuviera buscándome.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Edmond no parecía darse cuenta o no le importaba que su chaleco y su camisa estuvieran abiertos y dejaran al descubierto la suave y pálida piel que se tensaba sobre los músculos de su pecho y su estómago.

—Incluso los vampiros necesitan alejarse de las multitudes de vez en cuando —me contestó Edmond.

Miré deliberadamente su pecho desnudo.

—Sí, estoy segura de que por eso te has marchado del baile. ¿Dónde está Míriam?

Edmond se llevó las manos a los botones y se los abrochó rápidamente. Me habría decepcionado perder una vista tan deliciosa de no haber sido Edmond. Se sentó a mi lado en el sofá y levanté los pies para formar una barrera de tacones

de aguja entre nosotros.

—¿Por qué te has marchado?

—No lo sé, Edmond, quizá ha tenido algo que ver con mi hermana. Ya sabes, esa sobre la que me mientes.

Desvió la mirada.

—¿Por qué no puedes decírmelo? —le interrogué.

Nada.

—Bien. Como quieras. Descubriré la verdad contigo o sin ti.

Un tenso silencio se instaló entre nosotros, pero ninguno de los dos hacía el menor intento de moverse.

—¿Te gusta leer? —me dijo Edmond por fin.

Me encogí de hombros.

—Claro.

Se inclinó sobre el respaldo del sofá y pasó los dedos por los lomos encuadernados en cuero que se alineaban en los estantes.

—Leer era un lujo que tuve que descubrir mucho más tarde. Cuando era humano no sabía leer ni una palabra.

—¿Por qué no? —le pregunté, curiosa, a mi pesar.

Nunca me había considerado un ratón de biblioteca, pero no podía imaginarme a mí misma sin saber leer.

Edmond sonrió con cierta amargura.

—Los campesinos franceses no necesitaban leer. Bastante difícil era ya seguir vivo.

No podía imaginarme a Edmond como campesino, menos aún cuando estaba sentado a mi lado con ropa que costaba una fortuna, en la mansión a la que llamaba su hogar, llevando una vida de sibarita.

Edmond sacó un libro del estante. Sus dedos recorrieron la cubierta en relieve con algo parecido a la reverencia.

—Descubrí los libros cuando ya me había convertido en vampiro, y desde entonces los amo.

Me sorprendió su sinceridad. Una de las razones por las que siempre había estado convencida de que los vampiros eran diferentes de los humanos era por el

estilo de vida que llevaban. Como tantas celebridades antes que ellos, habían perdido el contacto con la realidad. Creía que seguramente, dado que se dedicaban a organizar bailes, disfrutaban de fama mundial y se cubrían de sedas y diamantes, no recordaban su vida como humanos.

Pero Edmond miraba el libro que tenía en las manos como si fuera algo nuevo y mágico. Casi nadie valoraba especialmente los libros, pero para Edmond seguían siendo un lujo.

—¿Por eso te pusiste el nombre de un personaje literario? —planteé.

Edmond levantó la mirada, sorprendido.

—*Quoi?* ¿Crees que mi nombre no es real?

—Me parece mucha casualidad que tengas exactamente el mismo nombre que un personaje de un libro famoso, ¿Edmond Dantès? No es precisamente un nombre corriente.

—¿Y no te has planteado que el personaje pudiera llevar mi nombre?

—¿Es así? ¿De verdad te escapaste de una cárcel?

De nuevo esa débil y amarga sonrisa.

—He escapado de sentencias de muerte, pero nunca me encarcelaron en el Château d'If.

Supuse que se refería a la cárcel del libro. Quizá debería leerlo.

—¿Y por qué el personaje lleva tu nombre?

—Conocí a Alexandre Dumas allá por el siglo XIX y pasamos una noche comentando ideas para la novela que estaba escribiendo. No me enteré de que había utilizado mi nombre para su protagonista hasta unos años después, cuando encontré por casualidad un ejemplar del libro. Nunca volví a ver a Dumas, pero *El conde de Montecristo* sigue siendo uno de mis libros favoritos.

Por mucho que me fascinara vislumbrar al verdadero Edmond detrás de la máscara de vampiro, una cosa en concreto que había dicho no dejaba de darme vueltas en la cabeza.

Conoció a Dumas en el siglo XIX.

¿En el siglo XIX?

Saber que los vampiros habían vivido mucho tiempo no planteaba problemas cuando solo se trataba de algo abstracto, pero yo estaba fantaseando con besar a

Edmond. Que no fuera humano ya no me parecía tan problemático como su edad.

—Perdona, pero ¿cuántos años tienes?

Me miró un buen rato con una expresión que no pude interpretar.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—*Si tu insistes* —murmuró en francés—. Nací en la Francia rural en 1648.

Sentí el pecho como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol. Me había asustado cuando Edmond había mencionado el siglo XIX, pero había nacido más de ciento cincuenta años antes.

¿Cómo iba a esperar entenderlo? Si todos los vampiros eran tan viejos, no era de extrañar que a veces trataran a los humanos como inferiores. Para ellos éramos niños.

—Me tengo que ir —le dije levantándome tan deprisa que casi tropecé con el dobladillo de mi vestido.

La expresión de Edmond se oscureció.

Aunque seguía resentida con él, me sentí como una auténtica mierda. No me parecía que Edmond hablara de sí mismo con frecuencia. Acababa de intentar abrirse a mí, y yo se lo pagaba huyendo.

Pero no pude detenerme.

Salí corriendo de la biblioteca sin mirar atrás.

Edmond

No la culpó por huir. Había muchos vampiros mayores que él, pero a veces a él mismo le costaba aceptar cuánto tiempo había vivido y cuánto había visto, y eso que lo había vivido él.

Pero, aunque no la culpó, algo duro y frío se retorció en su pecho. No era dolor ni vergüenza, quizá una mezcla de ambos. Le había contado algo personal sobre sí mismo, y ella había huido. Aunque no era la primera vez que intentaba abrirse y se lo lanzaban a la cara.

Renie no era Charlotte. Tenía que recordárselo a sí mismo.

Pero no importaba. Nunca podría haber nada entre Renie y él, sintiera lo que

sintiese.

Y en cuanto descubriera la verdad sobre el ala oeste, los odiaría a todos.

Capítulo 10

Renie

Edmond era casi cuatrocientos años mayor que yo. Esta idea resonaba en mi mente mientras salía corriendo de la biblioteca.

Yo era una niña comparada con él. Peor aún, era... un embrión. Era el brillo en los ojos de mi tatarabuelo, generaciones antes de que me concibieran.

En lo más profundo de mí, tan profundo que me costaba admitirlo, por un extraño momento había olvidado que Edmond era un vampiro de siglos de edad y había intentado pensar en él como en un hombre con el que quizá podría tener una relación.

Me detuve y apoyé una mano en la pared. Sentía una extraña sensación de opresión en el pecho, un grito o un sollozo que me hacía sentir como si me hubiera tragado una piedra.

—Debería darte vergüenza, Irene Mayfield —me dije—. Viniste aquí para encontrar a June, no para hacerle ojitos a un... cadáver.

La palabra sonó fea y salvaje, pero era la verdad. Por guapo que fuera, Edmond era un cadáver que, por medios que estaban más allá de lo que los humanos podíamos entender, seguía caminando y necesitaba sangre humana fresca para sobrevivir. Había muerto hacía cientos y cientos de años.

Su corazón nunca volvería a latir.

Su piel nunca sería cálida.

No era humano.

Si June estuviera aquí, me diría que fuera a por el vampiro sexy a saco. Pero no estaba.

¿Había mencionado alguna vez a Edmond? Podía verla, sentada en el suelo de nuestra habitación, hojeando las revistas de vampiros que le había dado una amiga porque no podía permitirse comprarlas, charlando conmigo sobre todos los vampiros, pero yo no le hacía caso porque mi disconformidad con los vladictos me parecía más importante que su entusiasmo. No me podía creer que hubiera sido tan egoísta.

De repente quería arrancarme el vestido de alta costura para que las lentejuelas se esparcieran por la moqueta como arena. Necesitaba aire más que nunca, y solo había una forma de conseguirlo.

Esa noche Dexter no estaba de guardia en la puerta trasera. Un chico rubio ocupaba su lugar. Giró los ojos hacia mí mientras me acercaba él y empezó a sonreír, pero recibió una mirada furiosa como respuesta.

—Necesito salir —le comuniqué.

—Lo siento, señora, pero ningún donante puede salir sin escolta.

Apreté los dientes, frustrada.

—Todo el jardín está rodeado por un enorme muro. ¿Qué mierda crees que pasará si salgo sin que nadie me coja de la mano?

No quería a un puto escolta. Quería estar sola para intentar poner en orden el lío de mi cabeza.

—Lo siento, señora, pero son las reglas. —Su voz era tan suave y falta de entonación como la de un vampiro. Quien entrenara a los guardias de seguridad había hecho un buen trabajo con este.

Estaba a punto de pelearme con él físicamente para salir cuando un brazo se deslizó a través del mío y una voz fría dijo:

—Yo escoltaré a la dama.

Étienne me lanzó la sonrisa más cálida que había visto en un vampiro. Era una expresión tan humana que, en lugar de apartar el brazo, dudé.

El guardia se encogió de hombros, empujó la puerta y se hizo a un lado para que pasáramos.

Pensé en decirle a Étienne que se fuera a cagar, pero entonces no me permitirían salir. Necesitaba de verdad tomar el aire, aunque no era lo mismo salir acompañada, pero Étienne no tenía ninguna culpa. Al final, estaba

demasiado cansada y confundida para discutir, así que le dejé que me llevara al jardín.

Bajo la luz plateada de la luna, el muro parecía de un negro sólido, como si hubiera sido tallado de un bloque de sombras. Los árboles, desnudos por el invierno, se aferraban al cielo nocturno. Sus ramas eran siluetas más oscuras contra un fondo salpicado de estrellas.

Había caído una helada y nuestros pies crujían sobre la hierba. Mi aliento salía en gruesos penachos blancos. En cuestión de segundos me castañeteaban los dientes. Étienne colocó amablemente la americana de su esmoquin sobre mis hombros.

—Gracias —murmuré. Pero de repente me quedé rígida—. Por favor, no me muerdas —le pedí sin pensarlo dos veces.

—¿Qué te hace pensar que voy a morderte?

Jugueteé con las solapas de su americana.

—Como me buscabas ayer, he pensado...

Étienne no dijo nada y levanté los ojos hacia él. Miraba al frente. Su perfil estaba tan inmóvil que podría haber sido una estatua de hielo.

—No quería morderte. Solo quería verte a solas.

—¿Por qué?

Se le tensó la mandíbula, como si estuviera ocultando algo.

Esperé.

—Quería verte a solas para que pudiéramos hablar de June —me confesó—. Quiero ayudarte a descubrir qué le pasó.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Las lágrimas me ardían en los ojos y me las sequé. Étienne me abrazó, y mi primera reacción fue apartarlo, pero me sentí tan bien entre sus brazos que por un momento me desplomé sobre él. Después me solté para limpiarme otra lágrima.

—No trasladaron a June, ¿verdad? —le dije.

—No lo creo, no.

—¿Está en el ala oeste?

Étienne dudó.

—Ysanne no confía tanto en mí como en Edmond e Isabeau, y aunque llevo mucho tiempo viviendo en esta casa, no entiendo todo lo que sucede entre sus paredes. Pero... no creo que esté allí arriba.

—¿Por qué?

Otra larga pausa.

—Hay algo que quiero mostrarte.

Étienne me condujo alrededor del borde afilado de la mansión y después hacia el muro hasta que llegamos a un gran roble con ramas que parecían dedos nudosos aferrándose al cielo. Se detuvo.

—June debió de desaparecer en algún momento de su última noche aquí. La vi justo después de cenar, cuando se dirigía a su habitación con unos amigos. Pero a la mañana siguiente se había ido, y lo único que dijo Ysanne fue que la habían trasladado a otra casa y que no debíamos hablar de este tema.

—¿Y por qué lo haces? ¿No vas a meterte en problemas?

—Si me pillan, sí. Pero algo está pasando en Belle Morte y no puedo fingir lo contrario. Prohibieron el acceso al ala oeste el día después de la desaparición de June, y además está esto. —Señaló.

Mi respiración formó un grueso nudo en mis pulmones. En el lado izquierdo del árbol, justo en la base del tronco, había un gran montón de tierra removida.

—¿Qué... qué es esto?

Una ráfaga de viento amargo silbaba a través del jardín, y las ramas del roble chocaban entre sí haciendo un ruido como de huesos entrechocando.

Observé la boca de Étienne moviéndose para contestarme y me preparé para la terrible verdad.

—No lo sé —confesó.

Se me escapó el aliento en un jadeo, y lágrimas furiosas me quemaron los ojos, pero parpadeé para apartarlas. Llorar no me llevaría a ninguna parte.

—Apareció tres días después de que June desapareciera. Le pregunté a Ysanne al respecto, pero me dijo que no era asunto mío. Le pregunté a Isabeau, ya que pasa mucho tiempo aquí, y su respuesta fue la misma —me explicó Étienne.

Quería acercarme al árbol, pero al mismo tiempo no me atrevía.

—Dime que no es lo que parece —susurré con voz grave—. Por favor, dime que no es una tumba.

—No lo sé.

Lo miré y vi que tenía miedo. Nunca antes había visto a un vampiro asustado.

—No lo sé —repitió en voz baja y frustrado—. Vengo a echar un vistazo de vez en cuando, y la tierra siempre está recién removida, como si alguien la cavara una y otra vez.

Mi mente intentaba encajar las piezas a toda velocidad.

—Pero si está recién cavado, no puede ser una tumba, ¿verdad?

—No se me ocurre ninguna razón por la que alguien necesite cavar una tumba —admitió Étienne—, pero el hecho es que esto no estaba aquí antes de que June desapareciera, y ahora lo está. Quizá me equivoque. Quizá sea pura coincidencia.

—No puede ser, y menos que coincida también con lo del ala oeste.

Étienne inclinó la cabeza para indicarme que estaba de acuerdo.

Volvía a soplar el viento, que hacía ondear la camisa de Étienne contra su cuerpo, pero los vampiros no parecían sentir el frío. Fui remotamente consciente de que se me había puesto la piel de gallina, pero apenas podía sentir nada más que una rabia creciente que me quemaba por dentro.

—Hay una forma de saber lo que pasa —le dije, y me dirigí hacia el árbol.

Étienne me cogió la mano y tiró de mí hacia atrás mirando a derecha e izquierda para ver si había alguien más por allí. Los guardias de seguridad siempre patrullaban alrededor de la casa por si fans enloquecidos o antivampiros violentos intentaban escalar el muro —ya había sucedido alguna vez—, pero si estaban por allí, no los veía ni los oía.

—¿Qué haces? —me preguntó bajando la voz.

—Voy a desenterrar lo que haya aquí.

Étienne me miró como si me hubiera vuelto totalmente loca. Quizá así era. Una corriente de horrible energía recorría todo mi cuerpo haciendo que me sintiera temblorosa, ligeramente desconectada de mí misma y tan llena de rabia

que creí que podría derribar Belle Morte con mis propias manos.

No era la tumba de June.

No podía serlo.

Pero ¿y si lo era?

Intenté soltarme de Étienne, pero tenía la fuerza de un vampiro de su lado.

—Renie, para. Piensa —me dijo.

—Has dicho que querías saber qué le pasó a mi hermana —repliqué.

—Sí, pero no podemos atacar sin pensar en las consecuencias. Ysanne va a... —Se interrumpió, con el rostro sombrío.

—Le tienes miedo, ¿verdad?

—Sería idiota si no se lo tuviera.

Me soltó por fin y me tambaleé hacia atrás intentando aspirar todo el aire posible para calmar la tormenta interior.

—Renie, ¿no te has dado cuenta de que varios donantes se han marchado de Belle Morte desde que desapareció June, y ninguno ha dicho una palabra al respecto en el exterior? La influencia de Ysanne no se limita a esta casa. —Étienne me cogió las dos manos—. No digo que no podamos desenterrarlo, pero no podemos hacerlo ahora. Ysanne se percatará si no volvemos pronto al baile, y no le va a gustar. No podemos arriesgarnos.

Tenía razón, aunque me fastidiaba. Probablemente Ysanne sabía que había interrogado a otros donantes, y casi seguro que Edmond le había dicho que había estado husmeando en el ala oeste, así que ya estaba en la cuerda floja. Si me echaba de la casa, no habría forma de volver a entrar.

Quería gritar, llorar y romper algo. Quería ponerme de rodillas y desenterrar la verdad, por sombría, fea y devastadora que fuera, porque al menos así lo sabría. Apreté la mandíbula. Si había sucedido lo peor, al menos podría despedirme. Y me aseguraría de que a June se le hiciera justicia.

Ysanne no se saldría con la suya.

—Tenemos que volver al baile y actuar como si nada. Sé que es muy difícil, pero no nos queda otra opción —me dijo Étienne—. Descubriremos la verdad, Renie, te lo prometo, pero no puede ser esta noche.

Asentí una sola vez.

—Gracias.

Me cogió de la mano mientras volvíamos a la mansión, pero el gesto no tenía nada de romántico. Ambos habíamos estado solos queriendo saber la verdad, y en ese momento nos teníamos el uno al otro y necesitábamos ese consuelo. Pero me soltó antes de que entráramos. Incluso ese contacto estaba prohibido entre vampiros y donantes.

Entramos en el salón de baile y mis ojos traicioneros se fijaron de inmediato en Edmond, que estaba a un lado, observando a todos bailar. Me miró y su rostro se endureció. Supuse por qué: seguía llevando sobre los hombros la americana de Étienne, que además estaba a mi lado.

Levanté la barbilla y miré a Edmond directamente a los ojos. No sentía por Étienne lo que sentía por Edmond, pero Étienne había sido sincero conmigo. Iba a ayudarme.

—¿Te apetece bailar? —me preguntó Étienne.

—¿Por qué no?

Una malvada parte de mí se sintió satisfecha por el hecho de que Étienne me llevara a la pista de baile, donde Edmond podría vernos.

A veces Edmond actuaba como si sintiera algo por mí, a veces parecía que intentaba abrirse a mí, pero me había visto romperme en pedazos intentando llegar al fondo de ese misterio y no había hecho nada por ayudarme. Si verme bailar con Étienne le hacía daño, no era ni una milésima parte del daño que me había hecho él a mí.

Étienne no era tan buen bailarín como Edmond, aunque sí lo suficiente para guiar mis pasos, así que no hice demasiado el ridículo y solo le pisé dos veces.

Mi estómago era una bola grasienta de náuseas, pero me las arreglé para sonreír y actuar como una donante normal, como si el miedo por mi hermana no fuera un peso constante y apremiante en el fondo de mi mente.

No podría decir cuánto agradecí la oferta de Roux de ayudarme a resolverlo, pero ella no tenía la influencia que tenía Étienne. Era un vampiro de Belle Morte y me ayudaría a descubrir la verdad. Por primera vez desde que había llegado a la mansión, me pareció que la situación no era del todo desesperada.

Étienne se llevó mi mano a la boca y miró fijamente y con avidez las venas

que formaban delicadas líneas azules debajo de mi piel. No me pidió permiso, pero la pregunta estaba en sus ojos, y asentí.

«Relájate», me dije.

Pero no pude. Cuando Étienne me mordió, el dolor me subió por el brazo y me puse rígida.

A mi pesar, volví a mirar a Edmond. Me devolvió la mirada con expresión tempestuosa. Él había dejado de beber en cuanto se había dado cuenta de que me hacía daño. Étienne no se detuvo, aunque quizá no sabía que me dolía. Y si lo sabía, era el único que no me había mentido sobre June, y eso significaba más para mí que el pequeño gesto de Edmond.

Volví a desviar la mirada.

El resto del baile pasó volando. Bailé un poco más con Étienne y después Jason vino a traerme una copa de champán y nos interrumpió. Bailé un rato con él y después busqué a Roux entre la multitud y me quedé con ella el resto de la noche.

Nadie que nos mirara pensaría que yo estaba fantaseando con estrangular a Ysanne con su vestido y quemar la mansión con ella dentro.

Cuando el baile acabó por fin, Roux y yo volvimos a nuestra habitación. Roux se tambaleaba ligeramente sobre sus altos tacones.

En cuanto cerramos la puerta, se quitó los zapatos y el vestido, que dejó tirado en el suelo. En ropa interior, se sentó en el tocador y empezó a desmaquillarse. Un tatuaje adornaba su hombro izquierdo, un dibujo serpenteante de enredaderas de espinas y rosas. No lo había visto antes.

—¿Dónde os habéis escapado Étienne y tú? —me preguntó lanzándome una mirada traviesa.

—Necesitaba tomar el aire y Étienne ha venido a ver si estaba bien.

—Y luego tuvo el gesto caballeroso de darte su americana. —Roux agitó las pestañas—. ¿Quién dijo que la caballerosidad había muerto? Aunque... —Giró en su asiento, casi se cayó al suelo y después me lanzó una mirada interrogante —. ¿Qué pasa con Edmond?

—No quiero hablar de él —le contesté rotundamente.

Mis traicioneras hormonas seguían bailando cuando pensaba en él, y no

quería que lo hicieran. Edmond me había mentido. Vale, quizá nunca había dicho explícitamente que no sabía nada sobre June, pero nunca había intentado ayudarme. Me había dejado flotando en la oscuridad y se había quedado mirando mientras Ysanne me mentía en la cara. Era lo mismo que si me hubiera mentido él mismo.

—¿Y no ha pasado nada con Étienne? ¿No tienes nada jugoso que contarme? —me preguntó Roux volviendo a girarse hacia el espejo.

Étienne no sabía que ya se lo había contado todo a Roux. No sabía que Roux ya estaba planeando ayudarme, y quizá debería habérselo consultado antes de contarle lo de esta noche, pero Roux estaba dispuesta a arriesgar su irrepetible experiencia en Belle Morte por ayudarme a encontrar la verdad.

No podía mentirle.

—Quería hablar de June.

Roux se giró hacia mí. No había terminado de limpiarse el maquillaje, y el rímel corrido la hacía parecer un panda asustado.

—¿Qué? ¿Lo ha admitido?

Le conté lo que había sucedido en el jardín.

Roux se quedó pálida.

—No sé qué decir.

Me senté en mi cama y levanté las rodillas hasta el pecho. Las lentejuelas de mi vestido me pinchaban la barbilla.

—Tengo que cavar esa tumba.

—Pero... no puede ser una tumba.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, ¿qué sabemos de verdad sobre los vampiros?

—No, mira, si un vampiro de Belle Morte se dejara llevar y matara a un donante, ¿no se habrían esforzado más por esconder el cuerpo? ¿Y por qué iban a seguir prohibiendo el acceso al ala oeste?

—No lo sé —le contesté, frustrada—. Por eso tengo que desenterrarlo. Tengo que saber qué es.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pero, Renie... —Roux se sentó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros—. Supongamos que es una tumba. ¿Te das cuenta de que podrías desenterrar los restos de tu hermana? Y todavía seguirán siendo restos. ¿De verdad estás preparada para algo así?

Mi cabeza se llenó de imágenes de huesos y carne podrida, y se me revolvió el estómago. Pero ¿qué más podía hacer? Ysanne nunca me diría la verdad voluntariamente.

—No tengo elección —le dije, y Roux asintió, como si hubiera sabido que era lo que iba a decirle.

—Pues de acuerdo. Saldremos a escondidas mañana antes de que todos se despierten y veremos qué podemos desenterrar.

—¿Qué? No, no te estoy pidiendo que lo hagas.

—No me lo has pedido. Me he ofrecido yo.

—Roux, no puedes.

—Oye. —Roux me señaló con el dedo—. Dije que te ayudaría y no voy a echarme atrás.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Roux había venido por el estilo de vida de los donantes y estaba arriesgándolo todo por mí. Agradecía todo lo que hiciera por mí y agradecía tenerla.

No había muchas personas en el mundo que ayudarían a un amigo a desenterrar un cadáver.

Capítulo 11

Renie

A pesar de sus buenas intenciones, Roux estaba como un tronco cuando me desperté al amanecer del día siguiente.

Yo había dormido mal. Mi cerebro evocaba imágenes de June levantándose de su tumba, con los ojos rojos y sangre chorreando entre sus labios agrietados. Me arañaba intentando tirarme al suelo, y cuando le rogué que se detuviera, lloró lágrimas de sangre y me suplicó que la salvara.

Me desperté con náuseas, pero dentro de mí seguía latiendo una determinación de acero. Había llegado el día.

Cuando sacudí a Roux, gimió y me apartó.

—Lárgate —murmuró escondiéndose entre las sábanas.

Quizá debía dejarla. Era problema mío, no suyo, y no se merecía la mierda en la que nos meteríamos cuando Ysanne se diera cuenta de que habíamos cavado esa tumba.

Entonces Roux apartó las sábanas y parpadeó como un búho. Había dormido profundamente, apenas había cambiado de posición en toda la noche, así que apenas se había despeinado. Su rostro estaba pálido sin el maquillaje, lo que hacía que el piercing de rubí que llevaba en la nariz pareciera aún más brillante.

—Vamos a ello, ¿no?

—Solo si quieres —le dije.

Me apretó la mano.

—No voy a fallarte.

Esta vez ambas recordamos abrigarnos con jerséis, abrigos y botas.

—Primer problema —me dijo Roux mientras salíamos sigilosamente de nuestra habitación—. No tenemos palas.

—Ese no es el primer problema.

—¿Cuál es?

—Intentar excavar una tumba con los guardias de seguridad siguiéndonos.

—Cierto, la escolta. ¿Cómo vamos a solucionarlo?

—Esperaba que pudieras distraerlos.

—¿Por qué yo? —me preguntó.

—Porque yo no sé coquetear para salvar mi vida.

—No creo que coquetear funcione, de verdad, y menos con la cantidad de tiempo que te llevará excavar una tumba.

—¿Tienes una idea mejor?

—Quizá deberíamos esperar a Étienne.

Se me volvieron a saltar las lágrimas y me presioné los ojos con las palmas de las manos.

—No puedo. Necesito saberlo, Roux.

La noche anterior, Étienne me había recordado que debíamos tener cuidado. Seguía siendo cierto, pero después de mis pesadillas, después de que mis miedos hubieran tenido horas para retorcerse, crecer y extenderse, no podía pasar otro día fingiendo que no pasaba nada.

Era tan temprano que casi todo el mundo en Belle Morte seguía durmiendo, lo que nos daba un pequeño margen de tiempo en el que solo tendríamos que preocuparnos por los guardias de seguridad. Si esperábamos, perderíamos ese margen.

—Le tiene mucho miedo a Ysanne. ¿Y si cambia de opinión y decide no ayudarnos? —le planteé.

Roux se preparó mentalmente.

—Pues adelante.

El guardia de la puerta trasera se sorprendió al vernos. No lo conocía, pero me alegré de que no fuera Dexter Flynn, porque sospechaba que no habría sucumbido a los encantos de Roux.

—Es un poco temprano para estar levantadas, ¿no? —nos dijo.

Roux lo deslumbró con su mejor sonrisa.

—No necesitamos dormir mucho para estar guapas.

—Ya lo veo —convino devolviéndole la sonrisa.

—Oye. —Roux se acercó sigilosamente a él—. Estamos un poco mareadas después de lo de anoche, así que nos vendría muy bien un poco de aire fresco. Sé que necesitamos escolta, pero puedes venir con nosotras, ¿no?

Se le iluminó la cara. Tenía poco más de veinte años, no era mucho mayor que nosotras, y se pasaba el día rodeado de mujeres guapas, tanto humanas como vampiras. Pero las vampiras estaban fuera de su alcance, y las humanas normalmente solo tenían ojos para los vampiros. ¿Había una regla sobre relaciones entre guardias de seguridad y donantes? Si la había, a este tío no parecía importarle demasiado

—Claro, puedo acompañaros. Pero dejadme que llame a alguien para que se ocupe de la puerta.

Unos minutos después, Roux y yo nos aventurábamos en el jardín, con el guardia siguiéndonos como un cachorro ansioso. Aunque íbamos abrigadas, el aire helado de enero nos impactó. Zarcillos de hielo nos azotaban la piel y se enroscaban alrededor de nuestros cuerpos como dedos fríos.

La escarcha había teñido de blanco la hierba, y cristales de hielo brillaban en las ramas de los árboles. El sol era una mancha pálida en un cielo aún más pálido, y nubes tenues lo cruzaban como un velo. Se me encogió el estómago. Habría sido bastante difícil cavar sin herramientas cualquier otro día, pero ¿cómo iba a hacerlo en un día como este? Pero esperar a que mejorara el tiempo podría llevar semanas.

Roux se detuvo y cogió del brazo al guardia mientras le describía el baile de la noche anterior con vívidos detalles y le contaba lo maravilloso que había sido, excepto por la falta de hombres de verdad. Le doraba la píldora, se reía y le tocaba los bíceps, pero él parecía encantado. Lo más importante era que no me miraba.

Me alejé de ellos y me dirigí al roble. Pareció fulminarme con la mirada. Los nudos y agujeros de la madera eran como ojos furiosos, y las raíces parecían más altas, más expuestas, una telaraña de gruesos dedos aferrándose a sus secretos.

Con herramientas o sin ellas, llegaría al fondo de todo esto.

O eso pensé.

Todas las buenas intenciones y toda la determinación del mundo no cambiaban el hecho de que el suelo estaba congelado. Intenté hundir los dedos, pero la tierra revuelta era tan dura y estaba tan fría como el mármol. Cambié de rumbo, me senté y empecé a raspar trozos de tierra con los tacones. Nada. Volví a cambiar a las manos e intenté desesperadamente escarbar el suelo, pero se me astillaban y se me rompían las uñas, y me dejé las yemas de los dedos en carne viva.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos cuando una sensación caliente y asquerosa me aguijoneó la parte posterior de la garganta. Me había pasado toda la noche dando vueltas y más vueltas, aterrorizada por lo que podía encontrar, y llegado el momento no encontraría nada porque mis estúpidas manos no podían atravesar el estúpido suelo duro.

—Oye, ¿qué crees que estás haciendo?

El guardia estaba detrás de mí, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Roux estaba detrás de él, retorciéndose las manos, pero no podía culparla. Me había dicho que no funcionaría.

—Para ahora mismo —me dijo el guardia.

No le hice caso y seguí golpeando la tumba. Me había arrancado una uña, me sangraba y los bordes duros de las piedras y la tierra congelada se me clavaban en la zona dolorida, pero no me detuve.

—¡Oye! —El guardia me agarró de un brazo, pero lo empujé. La indecisión cruzó su rostro. Seguramente primero de Seguridad Vampírica no cubría evitar que chicas enfadadas desenterraran posibles tumbas.

No volvió a tocarme, pero oí el chasquido al desabrocharse la radio del cinturón. Seguro que iba a llamar para pedir ayuda, y entonces Dexter Flynn y un equipo aparecerían para sacarme de la tumba. Y después Ysanne me echaría de la casa, y nunca sabría qué mierda le había pasado a June.

La desesperación y la frustración me hicieron dar puñetazos contra el suelo helado, con algo a medio camino entre el grito y el llanto atrapado en la garganta.

Entonces me llegó una voz suave con acento francés que no quería oír:

—Permíteme que yo me ocupe.

No miré a Edmond cuando se agachó a mi lado. No podía soportar ver su cara.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó en un tono sorprendentemente amable.

—Sé que no trasladasteis a June —gruñí—. Podéis mentir todo lo que queráis, hijos de puta, pero lo sé, y voy a descubrir qué mierda le habéis hecho.

Mi respiración era irregular, me desgarraba los pulmones, y me dolía el pecho por la presión de la emoción acumulada.

Edmond apoyó la mano en la mía, pero la aparté.

—¡No me toques!

—Renie —me dijo tan desesperantemente tranquilo como siempre—. ¿De verdad crees que si hubiéramos matado a tu hermana, seríamos tan poco cuidadosos como para enterrarla en una tumba poco profunda en nuestro jardín?

Roux había dicho lo mismo, pero ¿estaba Edmond diciendo la verdad o era otra artimaña para despistarme?

—Puedes seguir excavando si no me crees —añadió.

Si era un truco, no lo veía, y ya no tenía más remedio que continuar. En cuanto Edmond le contara a Ysanne lo que estaba haciendo, no tendría una segunda oportunidad. Escarbé de nuevo la tierra congelada, pero me llevaría todo el día excavar más de unos centímetros. Roux se arrodilló y me ayudó.

—*Merde*. —La sombra de Edmond se movió mientras me apartaba las manos—. Déjame a mí.

Aunque no tuviera una pala, su fuerza vampírica le permitía abrir el suelo con relativa facilidad. Si hubiera estado en cualquier otra situación, habría disfrutado viendo a Edmond ensuciarse las manos, pero el miedo era una ola negra que crecía cada vez más en mi pecho.

No sabía a qué le temía más: a que Edmond estuviera diciendo la verdad y June no estuviera aquí, o a que me mostrara el cuerpo de mi hermana para que dejara de mirar.

—Espera, ¿qué es eso? —dijo Roux señalando.

Me dio un vuelco el corazón. Entre los oscuros terrones de tierra emergían formas blanquecinas.

Huesos.

Roux jadeó y me agarró del brazo, pero yo ya me había acercado a mirar.

—Son demasiado pequeños para ser humanos. ¿Qué son?

Edmond no me contestó. Se limitó a seguir cavando.

Aparecieron más formas entre la tierra: plumas y mechones de pelo rojizos, cuencas de ojos vacías y bocas abiertas, miembros rígidos por la muerte. Al final, Edmond se retiró para que viéramos el contenido de la tumba en su espeluznante totalidad.

Los cuerpos de varios zorros estaban entrelazados con los cadáveres de varios pájaros y muchos otros restos demasiado secos para identificarlos.

No era June.

—¿Qué mierda es esto? —le pregunté.

Edmond no me miró a los ojos. Miró hacia la tumba de animales.

—Te dije que no encontrarías lo que estabas buscando.

—Deja de decir gilipolleces crípticas. Puedes fingir que no sabes nada, pero estás lleno de mierda y nada me impedirá descubrir qué le pasó.

Me puse de pie y corrí antes de que pudiera contestarme. Si June no estaba enterrada fuera, solo podía estar en un lugar: el ala oeste.

En la mansión hacía calor, así que me quité el abrigo y lo tiré al suelo mientras volaba por el pasillo.

Al girar una esquina, me choqué con Jason. Se tambaleó y me agarró por los brazos para estabilizarnos a ambos.

—Vaya, cariño, ¿dónde está el fuego?

Le aparté las manos y corrí por el pasillo sin mirar atrás. Jason me llamó, pero sus palabras fueron ruido blanco. La verdad estaba ya muy cerca.

Casi había llegado. Tenía ante mí la escalera que conducía al ala prohibida cuando unos brazos fuertes como el hierro me agarraron por la cintura y tiraron de mí contra un pecho duro.

—¡Suéltame! —chillé retorciéndome en los brazos de Edmond.

Si hubiera pensado con claridad, me habría dado cuenta de que lo que estaba

haciendo no iba a facilitarme las cosas, pero solo podía pensar en los terribles sueños que había tenido sobre June y en el miedo que me carcomía por dentro desde que había dejado de escribirnos.

Pisé a Edmond, pero no reaccionó.

—No te saldrás con la tuya —grité con lágrimas desesperadas quemándome los ojos—. Me da igual la edad que tengáis los vampiros y que os creáis mejores que nadie. No podéis tratar a las personas así.

Roux y Jason aparecieron de repente, ambos con idénticas expresiones de sorpresa. Roux movió los pies como si quisiera correr a salvarme, pero no supiera cómo.

—¿Qué significa esto? —La voz de Ysanne chasqueó el aire como un látigo.

—Sé que estáis mintiendo sobre June —le espeté.

Los ojos color escarcha de Ysanne se posaron en Edmond.

—Repito, ¿qué significa esto? —Mordió cada palabra con voz de hielo.

Dejé de luchar. Era inútil. Intentar escapar de los brazos de Edmond era como intentar romper un bloque de acero.

—No sé por qué mentís, pero mentís —dije intentando calmarme—. ¡Pensé que la habíais enterrado junto a ese roble, pero allí solo hay un montón de animales muertos! ¡Eso solo significa que la verdad está en algún lugar de tu puta mansión!

—¿Y cómo sabes que hay animales muertos enterrados junto al árbol?

Creía que no era posible que la voz de Ysanne sonara más fría, pero esta pregunta demostró que me equivocaba. La temperatura pareció caer en picado y las palabras murieron en mi garganta.

Pero Ysanne no necesitaba palabras. Miró a Edmond. No pude ver su rostro, pero la respuesta a la pregunta de Ysanne debía de estar escrita en su expresión.

Un gruñido contorsionó el rostro de Ysanne y convirtió esa belleza helada en una máscara animal. Rápida como un parpadeo, se abalanzó hacia nosotros. Edmond me empujó para apartarme. Caí al suelo mientras Ysanne agarraba a Edmond por el cuello y lo golpeaba contra la pared. Sus pies colgaban a varios centímetros de la moqueta.

Ysanne estaba rabiosa. Su rostro era terrible. Le brillaban los colmillos, que

estaban extendidos. Edmond era un vampiro, no necesitaba respirar, pero eso no significaba que Ysanne no pudiera arrancarle la garganta.

Era la primera vez que vislumbraba la verdadera fuerza detrás de la compostura fría y la ropa a medida, la primera vez que veía a la bestia esforzándose por liberarse de la fachada humana.

La claridad y el miedo formaron una cuchilla afilada que cortó la neblina de ruido que había llenado mi cabeza desde que había visto lo que realmente había en esa tumba.

Me puse de pie.

—No le hagas daño.

Ysanne no mostró ninguna señal de haberme oído, y aunque no se movió, algo en su manera de contenerse me hizo pensar que estaba intentando controlar su lado salvaje. Podía matar a Edmond fácilmente, y él lo aceptaba. Se quedó colgando a su merced, como si confiara en ella incondicionalmente.

—Por favor.

Tiré de la manga de Ysanne, y ella me apartó de un manotazo.

Tenía una fuerza increíble. Me derribó. Un lado de mi cara golpeó la pared y aterricé sobre la moqueta.

Las luces se atenuaron en los bordes de mi conciencia y no recuerdo nada más.

Edmond

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Edmond Dantès había tenido miedo de verdad, así que cuando vio que Ysanne empujaba a Renie, cuando Renie se dio un golpe en la cabeza y cayó al suelo, la explosión de miedo detrás de sus costillas lo sobresaltó. Llevaba tanto tiempo encerrado en la seguridad de Belle Morte que el miedo casi le parecía extraño. O quizá no extraño, ya que había conocido lo suficiente de él como para varias vidas, sino como algo inactivo durante mucho tiempo que solo estaba volviendo a la vida.

No podía apartar los ojos de Renie, que estaba tirada en el suelo, pálida. Roux y Jason estaban paralizados. Roux tenía la boca abierta. Esperaba por su bien que tuvieran el sentido común de no acercarse.

No recordaba la última vez que Ysanne había perdido los estribos, aunque no había olvidado lo peligrosa que podía ser cuando lo hacía. Llevaba años siendo vampira cuando él era un chico humano, y la depredadora que había en ella estaba profundamente arraigada en su psique. Era un tigre cazador, hermoso e impredecible, y cuando atacaba, lo hacía con dientes y garras. Cuando atacaba, hacía daño.

Pero a Edmond no le importaba estar en peligro. Su único pensamiento era Renie.

—*Imbécile* —gruñó Ysanne. La habitual suavidad de su voz dio paso a la aspereza—. ¿Cómo te atreves a dejar que se acerque tanto? No estoy lista. ¿Y a mis espaldas? ¿En qué estabas pensando?

Le apretó la garganta con más fuerza, tanta que, si hubiera sido humano, podría haberle partido el cuello. Edmond no le ofreció resistencia. Eso solo habría empeorado las cosas.

—Explícate. —Ysanne lo sacudió.

Edmond señaló la mano de Ysanne, alrededor de su garganta, la mano que estaba aplastándole la laringe. Ella lo soltó y él aterrizó limpiamente, con gracia de vampiro.

—Renie cree que June está muerta. Es cruel seguir ocultándole la verdad.

Ysanne se volvió hacia Jason y Roux.

—Si sabéis lo que os conviene, tanto vosotros como la chica desapareceréis de mi vista.

Se apresuraron a obedecer, y Edmond luchó contra el impulso de ayudarlos. Quería coger a Renie en brazos, llevarla a su habitación y asegurarse de que Ysanne no le hubiera causado ningún daño permanente. Pero hacer caso omiso de Ysanne tendría graves consecuencias. Edmond no habría sobrevivido tanto tiempo si no hubiera sabido qué batallas elegir.

Cuando los humanos se fueron, Ysanne volvió a centrar su atención en Edmond.

—¿Por qué esta traición, *vieil ami*? —Sus ojos aún ardían, rojos de ira, pero había tristeza en su voz.

El sentimiento de culpa se apoderó de él, rápido y agudo. Ysanne y él se

conocían desde hacía cientos de años y se habían apoyado en momentos terribles. A lo largo de los siglos, terminaran donde terminasen, siempre volvían a encontrarse y siempre estaban allí cuando el otro más los necesitaba.

Como señora de Belle Morte, Ysanne no podía mostrar favoritismo por Edmond abiertamente, pero él sabía cuánto confiaba en él. A Ysanne nunca se le había ocurrido que se pondría en su contra.

—Perdóname —se disculpó—, pero Renie necesita saberlo. No deberíamos haberla traído si no estabas lista. Cuanto más tiempo la mantengas en la oscuridad, peor serán las cosas. Es mejor decirle la verdad y lidiar con las consecuencias.

—No sabrá nada que yo no quiera que sepa.

—Se ha acercado demasiado a la verdad por sí misma.

El rostro de Ysanne se endureció. La depredadora se movía bajo su piel.

—¿Por sí misma? Tú se lo has mostrado.

—Solo porque ya estaba cavando. Estaba convencida de que el cuerpo de su hermana estaba enterrado debajo de ese árbol, y era mejor acabar con esa idea que dejarla que continuara.

—De entrada, ¿por qué ha ido allí a cavar?

—No lo sé.

Ysanne lo miró fijamente un buen rato. La depredadora se desvaneció, la bestia volvió a enroscarse para dormir, y ella extendió una mano hasta su cara y le acarició la mandíbula.

—Dime, Edmond —le dijo, y aunque su expresión era relajada, él captó el hielo que seguía cubriendo sus palabras—. ¿Por qué te preocupas tanto por esta donante? ¿Por qué esta *petite fille* se ha metido debajo de tu piel?

Señalar que, a sus dieciocho años, Renie no era una niña pequeña, sería morder el anzuelo que Ysanne le tendía. Edmond no era tan tonto.

—No se trata de Renie. Se trata de lo que es mejor para todos. Buscando la verdad causará más problemas, y si lo hace, la gente puede empezar a hacer preguntas. Sabes que todo el mundo tiene ya curiosidad. ¿Quieres echar leña a ese fuego?

Ysanne se quedó en silencio, escuchando.

—No olvides que fuiste tú la que quiso mantenerlo en secreto, y no puedes hacerlo si Renie sigue así. Tal como están las cosas, tampoco puedes echarla de la casa. Puede que yo no entienda ese fenómeno de internet, pero en las manos equivocadas puede convertirse en un arma. Bastante tenemos con que Renie se dedique a hacer preguntas en Belle Morte. Imagina lo que pasaría si hiciera esas preguntas ante todo el mundo.

—Necesito más tiempo para controlar la situación.

—Creo que es un error.

Ysanne sonrió, esbozó una sonrisa poco frecuente que mantenía oculta para el mundo, porque prefería proyectar la imagen de la vampira de hielo.

—*Mon garçon d'hiver* —murmuró volviéndole a acariciar la cara.

Había cariño en el gesto, pero solo cariño. El amor había florecido entre ellos en el pasado, pero a estas alturas compartían un vínculo más profundo y antiguo, un vínculo que había empezado con un chico huérfano asustado, una vampira hambrienta herida y una casa solitaria en el campo francés en pleno invierno.

—Debes tener fe —siguió diciéndole Ysanne—. Admito que no contaba con que la chica fuera tan insistente, pero pronto sabrá la verdad. Aunque no es seguro para ella.

Eso, más que cualquier otra cosa, hizo que Edmond asintiera. Por mucho que le doliera seguir con las mentiras, no podía ver a Renie herida. Haría lo que había dicho Ysanne. Intentaría guiar a Renie a través de la tormenta hasta que Ysanne encendiera la luz y le permitiera ver.

Y entonces una tormenta muy distinta la golpearía.

Capítulo 12

Renie

Recuperaba la conciencia gota a gota, como astillas punzantes que hacían estallar ráfagas de dolor en mi cabeza. Abrí los ojos y de inmediato, en cuanto la luz de la lámpara me atravesó el cerebro, volví a cerrarlos.

—Ayyy —gemí.

El colchón se hundió a mi lado y la voz de Roux se filtró a través del dolor.

—Abre los ojos y dime cuántos dedos ves.

Abrí un ojo.

—Tres.

—Buena chica. Ahora dime cómo te llamas.

—¿Qué? —La miré con los ojos entrecerrados. Roux se cernía sobre mí y tapaba la lámpara con la cabeza.

—Son primeros auxilios para los que han perdido el conocimiento al recibir el ataque de un vampiro enfadado —me dijo en tono preocupado—. Dime cómo te llamas.

—Irene Mayfield.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. ¿Ahora vas a preguntarme mi peso y mi talla?

Una aliviada sonrisa se dibujó en el rostro de Roux.

—Perdona, pero tenía que asegurarme de que no te había revuelto el cerebro.

Me pasó el brazo por debajo de la espalda y me ayudó a sentarme. La mandíbula y la mejilla me latían de dolor.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —le pregunté.

—Solo unos minutos. Ysanne nos ha dicho que te quitáramos de su vista, así que Jason y yo te hemos traído aquí. Tienes suerte de que no te haya roto la mandíbula.

—Nada de esto habría pasado si hubiera sido sincera conmigo.

—Si a June la ha asesinado uno de los vampiros de Ysanne, nunca lo admitirá.

—Pero ¿por qué me dejó venir a Belle Morte? ¿Por qué no rechazó mi solicitud?

Roux se mordió el labio con expresión preocupada.

—Sí, lo cierto es que no tiene sentido.

—¿Dónde está Jason? —le pregunté al darme cuenta de que no estaba con nosotras.

—No le han permitido quedarse.

Me alarmé.

—No le han hecho daño, ¿verdad?

—No, pero Ysanne ha dicho que te encerraran con llave y que Jason no podía quedarse con nosotras.

Salté de la cama e intenté abrir la puerta. Estaba cerrada, como había dicho Roux.

—Mierda —susurré apoyando la cabeza contra la madera.

Había estado muy cerca de la verdad y probablemente ya nunca tendría otra oportunidad. Ysanne me echaría y las puertas de Belle Morte se cerrarían para mí para siempre. Pasaría el resto de mi vida sin saber qué le había pasado a mi hermana.

—Supongo que Ysanne está decidiendo mi castigo —le dije.

—Seguramente.

—¿Te harán algo a ti?

Roux tiró de mis sábanas. Parecía avergonzada.

—No les he dicho que te había ayudado. Lo siento, pero estaba tan asustada al ver lo que te había hecho Ysanne...

—Me alegro de que no se lo hayas dicho. Es mi lucha, no la tuya.

—Y un huevo. Te dije que ayudaría, ¿no?

—Pero no me dijiste que también te tirarías a un pozo de mierda. Mira, Roux, te agradezco muchísimo tu ayuda, no sabes cuánto, pero no viniste por esto y no puedes perder tu estancia aquí por mi culpa.

—Ahora ya no es tan sencillo. Aunque dejara de ayudarte, aunque Ysanne te echara y nunca volviera a verte, no puedo fingir que todo está bien. No puedo disfrutar de la cultura vampírica si sé que está pasando algo turbio.

—Pero si tú también estás encerrada, seguramente Ysanne sospeche que me ayudaste.

Podía hacer frente a cualquier castigo que se le ocurriera a Ysanne, pero no podía soportar la idea de que Roux sufriera también.

—No. Ysanne envió a Dexter para que te encerrara y se suponía que yo debía marcharme con Jason, pero le pedí a Dexter que me dejara quedarme. No quería que te despertaras sola.

Volví a la cama y la abracé.

—¿Qué he hecho para merecer una amiga como tú?

—Has tenido suerte, supongo.

Roux me contó que Ysanne les había obligado a marcharse antes de haber podido enterarse de algo útil, pero que Edmond había comentado que yo creía que June estaba muerta y que era cruel ocultarme la verdad.

—No quiero darte falsas esperanzas, pero me da la impresión de que June no está muerta —me dijo—. Aunque no lo entiendo. Si está viva, ¿por qué tanto secreto?

—Las respuestas tienen que estar en el ala oeste.

Antes de que pudiéramos seguir comentándolo, oímos un suave clic.

Miramos hacia la puerta y Roux entrecerró los ojos.

—¿Ha sido eso la...?

—Alguien acaba de girar la cerradura de la puerta.

Esperamos a que alguien entrara y nos dijera lo que estaba pasando, pero nadie entró y el silencio se prolongó, espeso como el alquitrán. Salté de la cama y me acerqué a la puerta. El pomo giró suavemente y la puerta se abrió sin hacer ruido.

—¿Hay alguien ahí? —me preguntó Roux.

Me asomé al pasillo, medio esperando ver a Edmond, pero estaba vacío. Solo los cuadros de las paredes me miraban con ojos insondables.

—Creo que alguien quiere que la pandilla de Scooby descubra la verdad —le dije.

Roux se levantó de la cama, se dirigió a mí y miró por encima de mi hombro hacia el pasillo desierto.

—Muy bien, Velma, ¿cuál es el plan?

—¿Por qué soy Velma? Tú eres la inteligente.

—Sí, pero Daphne es más alta.

No podía discutírselo.

—Voy al ala oeste.

Roux me apoyó la mano en el hombro para evitar que saliera corriendo de la habitación.

—Renie, cariño, es una locura. Acabas de intentarlo y mira lo que ha pasado.

—Lo sé, pero por eso tengo que hacerlo ahora. Es mi última oportunidad. Y obviamente alguien quiere que termine lo que empecé, o no habría desbloqueado la puerta.

—Pero no sabes quién lo ha hecho. Podría ser una trampa.

—¿Qué sentido tendría? Ysanne tiene toda la casa en un puño mortal, y yo estoy donde ella quiere que esté, apartada. No necesita tenderme una trampa. Si me quiere fuera de la casa, puede rescindir mi contrato.

—Aun así, me preocupa.

—A mí también, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Se me acaba el tiempo.

El suspiro de Roux me alborotó el pelo.

—Entonces voy contigo.

El ala oeste nunca me había parecido tan lejana.

Recorrimos sigilosamente los pasillos del ala sur pegándonos a las paredes y escondiéndonos detrás de estatuas y muebles, o entrando en habitaciones vacías cada vez que oíamos que alguien se acercaba. Mis nervios estaban tan tensos que creí que iban a romperse, a deshilacharse como una cuerda vieja, y mi estómago era una dura bola de tensión.

Casi habíamos llegado a nuestro destino cuando de pronto Étienne apareció

por una esquina. Intenté esconderme, pero era demasiado tarde. Ya nos había visto. Abrió los ojos como platos al ver mi cara magullada, y su expresión se oscureció. Parecía enfadado.

—¿Quién te ha pegado?

—Ysanne, pero estoy segura de que ha sido un accidente.

—Un accidente —repitió en tono escéptico.

—Mira, ahora no tengo tiempo para hablar de esto.

Aunque era poco probable que hubiera otro momento.

Étienne nos observó a Roux y a mí.

—¿Por qué te ha pegado? ¿Qué está pasando?

Roux y yo intercambiamos miradas, y Roux se encogió de hombros.

—Vamos a descubrir la verdad.

De repente pareció entenderlo.

—Has vuelto al árbol, ¿verdad? Sin mí.

—Creí que le tendrías demasiado miedo a Ysanne para ayudarme —le confesé.

Étienne emitió un suave sonido de frustración.

—Quizá ahora entiendas por qué tengo miedo.

—Entonces supongo que no has sido tú el que ha abierto la puerta de nuestra habitación hace un momento —le dijo Roux.

—¿Qué? ¿Por qué estabais encerradas?

—Étienne, por favor, te prometo que te lo explicaré todo cuando pueda, pero solo tengo una oportunidad de entrar en el ala oeste, y tiene que ser ahora —le pedí.

—¿El ala oeste?

Mierda. No pretendía que se me escapara.

Étienne me observó un buen rato con mirada inquieta.

—¿Entiendes a lo que te arriesgas?

Me toqué la mejilla magullada.

—Sí, claro.

Étienne cerró los ojos, y si hubiera sido humano, seguramente habría respirado hondo.

—Bien. Pues mejor que nos pongamos manos a la obra.

—¿Tú también? Tú no vienes.

—Claro que voy.

—Es muy peligroso. Lo peor que puede hacer Ysanne conmigo es rescindir mi contrato, pero tú vives aquí. Si te pones en su contra, se ocupará de que nunca lo olvides.

Se suponía que los vampiros no debían castigar físicamente a los donantes, aunque se podría decir que Ysanne acababa de saltarse esta regla, pero nada impedía que castigaran a otros vampiros.

—Te pido como amiga que te quedes al margen. Si no encuentro lo que estoy buscando, si algo sale mal y me echan, necesito saber que al menos hay una persona que sigue buscando la verdad —le dije.

Cómo se pondría en contacto conmigo si yo ya no estaba en Belle Morte, no lo sabía, pero ya cruzaríamos ese puente cuando llegáramos a él.

Étienne pareció preocupado.

—Deja que vaya yo solo —me pidió.

Negué con la cabeza.

—Es esencial que Ysanne no sepa que estás metido en esto.

—No me gusta nada todo esto —admitió Étienne.

—A mí tampoco, pero ya hemos perdido demasiado tiempo hablando. Confía en mí, por favor.

Asintió a regañadientes.

Roux y yo dejamos atrás a Étienne y seguimos avanzando hacia el ala oeste.

—¿Qué crees que hará Ysanne si se entera de que nos está ayudando? —me preguntó Roux.

—Nada bueno.

—Pero no lo matará, ¿verdad?

—Creo que no tenemos ni idea de lo que es capaz de hacer Ysanne. No puedo pedirle a Étienne que corra ese riesgo.

Tampoco quería que Roux corriera ese riesgo, pero ella era humana, como yo, así que lo peor a lo que nos enfrentaríamos sería a la rescisión de un contrato. Aun así, no pude evitar decirle:

—Sería mejor que volvieras a la habitación.

Roux resopló.

—Y una mierda. Estamos en esto juntas. —Me señaló—. Y no me repitas lo que acabas de decirle a Étienne. Como amiga, puedes pedirme que vuelva a la habitación todas las veces que quieras, pero te digo, como amiga, que no voy a irme a ninguna parte.

Casi habíamos llegado cuando de repente Roux tiró de mí hacia atrás.

«Mira», me indicó moviendo los labios.

Isabeau subía la escalera principal con un bulto envuelto en una manta bajo el brazo. Giró a la derecha en dirección al ala oeste.

—Pensé que no se permitía subir a nadie —susurró Roux.

—Apuesto a que la persona a la que vi la última vez era ella.

—Pero ¿qué está haciendo?

No podía responder a esa pregunta.

Fuera lo que fuese, pareció durar una eternidad. Cada segundo que pasaba, más convencida estaba de que alguien descubriría que nos habíamos escapado de nuestra habitación y volverían a encerrarnos, pero esta vez con un guardia en la puerta.

—A ver si se da prisa —musité con las extremidades temblando de ansiedad.

Roux me apretó el hombro. El sonido de su respiración era una presencia reconfortante detrás de mí.

Isabeau reapareció por fin corriendo por el pasillo como si estuviera impaciente por alejarse del ala oeste. El bulto envuelto en la manta estaba manchado de sangre fresca.

Roux me apretó el hombro, pero ninguna de las dos se atrevió a decir nada con Isabeau tan cerca. Los vampiros tenían un oído finísimo. Incluso cuando ya había desaparecido por la escalera, esperamos un momento para asegurarnos de que la zona estaba totalmente despejada antes de lanzarnos al ala oeste.

El pasillo y la pequeña escalera a la que conducía estaban sumidos en la oscuridad también durante el día. Las luces estaban apagadas, y las lámparas no eran más que esculturas de metal forjado y bombillas oscuras. Hicimos una pausa al llegar a la escalera y observamos otro pasillo que se perdía en las

sombras.

—¿Estás segura? —me preguntó Roux.

—En absoluto.

Empecé a subir la escalera.

Nos detuvimos al llegar arriba. El pasillo estaba decorado como toda Belle Morte: papel aterciopelado y cuadros de personajes históricos en las paredes. Los cuadros parecían aún más siniestros en la oscuridad, como si fueran fantasmas atrapados entre los marcos de madera tallada, abandonados para que acumularan polvo en esta lúgubre mansión. El aire olía a rancio y a humedad, pero también me llegaba un rastro de algo acre, algo que no podía identificar.

Roux se estremeció.

—Este lugar es espeluznante.

Incluso su susurro sonó demasiado fuerte. Había algo opresivo en el ambiente, como si no hubiera sido alterado en mucho tiempo, aunque Isabeau acabara de estar aquí.

Pasé los dedos por el marco de un cuadro al pasar y se levantó polvo. Estaba claro que nadie limpiaba esta zona.

Roux me agarró del brazo, muy pálida.

—¿Has oído eso?

En cuanto lo dijo, lo oí: un ruido metálico que resonó débilmente en el pasillo. Se me erizó el vello de la nuca y un escalofrío me recorrió la columna.

—¿Qué es eso? —susurró Roux.

—No lo sé.

Esperé a que me dijera que ya había tenido suficiente y que quería volver, pero no me lo dijo. Me cogió de la mano y apretó tan fuerte que me dolió. Le devolví el apretón.

Quizá estaba totalmente equivocada. Quizá no tenía nada que ver con June, e Ysanne tenía una buena razón para mantener a todos alejados de aquí. Pero ya no podía dar marcha atrás.

Las puertas se sucedían en las paredes a ambos lados. Suponía que daban a las habitaciones en las que los vampiros que venían de visita se habían alojado una vez, pero el ruido procedía del final del pasillo, donde una pesada puerta de

madera estaba bloqueada desde el exterior. Volví a oír el ruido metálico, más fuerte esta vez.

Me sentía como si me hubieran sumergido en hielo. Temblaba cuando extendí la mano hacia la gruesa barra de hierro que cerraba la puerta desde el exterior. Roux contenía la respiración, pero aun así me ayudó a levantar la barra de hierro de los soportes.

La dejamos en el suelo frente a nosotras, como marcando sin darnos cuenta una especie de línea divisoria. Todavía no era demasiado tarde para dar marcha atrás, pero en cuanto atravesáramos esa línea de metal, lo sería.

La atravesé.

Roux quiso seguirme, pero la detuve.

—Quédate aquí.

—Pero no sabes lo que hay ahí dentro.

—Precisamente por eso.

Si era peligroso, no quería que Roux estuviera en medio, pero decírselo no iba a echarla atrás. Necesitaba otra excusa.

—Necesito que vigiles. No sé lo que voy a encontrar, pero no podemos arriesgarnos a que Isabeau vuelva y nos pille.

Roux miró dubitativa hacia el pasillo.

—No creo que vuelva.

—No puedo correr ese riesgo. Quédate aquí. Si viene alguien, me avisas.

Respiré hondo, abrí la puerta y entré en la habitación.

La puerta se cerró detrás de mí con un ruido sordo. Sonó como si se hubiera cerrado una tumba y se me puso la piel de gallina. Me rodeé el pecho con los brazos mirando el fondo de la habitación. Como las ventanas estaban cubiertas con persianas y no había luz artificial que ahuyentara las sombras, era casi imposible ver nada. Un olor rancio y metálico flotaba en el aire, y se me revolvió el estómago.

Una especie de bloque ocupaba el centro de la habitación, pero no pude descifrar qué era. Algo se movió. Una figura de pie frente al bloque. Volví a oír el tintineo metálico. Entendí que eran cadenas.

Se me hizo un nudo en la garganta y me costó respirar.

—Oh, Dios mío —susurré mientras mis ojos se acostumbraban a la ausencia de luz.

Aunque la habitación estaba a oscuras, habría reconocido esa silueta en cualquier sitio.

Por fin había encontrado a mi hermana.

Capítulo 13

Renie

Cuando me imaginaba que encontraba a June, no era así. No iba vestida con harapos ni estaba encadenada a una especie de repisa gigante en una habitación oscura que apestaba a muerte.

—¿June? —Se me quebró la voz.

Hizo un ruido ahogado. Al acercarme me di cuenta de que la habían amordazado.

La rabia me quemó por dentro.

Mi dulce hermana había venido a esta casa porque adoraba a los vampiros, porque creía que eran lo más fascinante que le había pasado al mundo, ¿y esto era lo que le habían hecho?

Corrí hacia ella, le quité la mordaza de la boca y le sujeté la cara con las dos manos.

—Oh, Dios mío, estaba tan preocupada por ti...

Un gruñido salió de la garganta de June y la miré a los ojos.

A unos ojos rojos como la sangre.

El tiempo pareció detenerse mientras luchaba por entender lo que estaba pasando. Entonces June se abalanzó hacia mí gruñendo y rechinando los colmillos. Ya estaban totalmente extendidos, largos y letales, con puntas afiladas como dagas.

—No —susurré. Las lágrimas me nublaron los ojos mientras retrocedía tambaleándome.

Pensar que habían asesinado a June había sido un infierno que no le desearía

a nadie, pero esto... Esto era peor. Mi hermana era una vampira, pero no una vampira cualquiera. Era como un animal salvaje, con la cara blanca como la leche y cubierta de sangre, sangre seca con costras alrededor de la boca. Los colmillos le habían cortado los labios y por la barbilla se le derramaba sangre fresca que se unía a las manchas oxidadas de su ropa harapienta.

Muchas veces había pensado que los vampiros eran monstruos, pero al menos siempre parecían humanos. June era de verdad un monstruo: salvaje, con sangre coagulada y tirando frenéticamente de las cadenas.

—June, soy yo, tienes que conocerme. —Las lágrimas me resbalaban por las mejillas, calientes y punzantes.

Se lanzó hacia delante. Las cadenas le habían dejado las muñecas en carne viva y ensangrentadas. Ya entendía por qué Ysanne no permitía que nadie entrara al ala oeste. Pero ¿era Ysanne la responsable? ¿O estaba encubriendo a uno de sus amigos?

Una de las cadenas que sujetaban las muñecas de June se soltó. Restos astillados de sus uñas cortaron el aire. No conseguiría descubrir lo que había pasado si mi hermana convertida en vampira se liberaba y me destrozaba.

Corrí hacia la puerta.

Un fuerte ruido resonó en la habitación cuando la segunda cadena se soltó de la estructura de madera, y la que había sido mi hermana quedó libre. En la milésima de segundo previa a que cayera sobre mí, logré entender que ya no era June y que, si no me defendía, me haría pedazos.

En la pared de mi izquierda había un espejo colgado. Lo solté del gancho y lo lancé contra la cabeza de June. Trozos de vidrio se esparcieron por el suelo brillando débilmente.

June apenas redujo la velocidad.

Saltó y se colocó entre la puerta y yo.

—¿Renie? —La voz de Roux al otro lado de la puerta.

—¡No entres! —le grité—. No entres, joder.

June avanzó. Retrocedí hasta que choqué contra la estructura de madera situada en medio de la habitación. La rodeé para utilizarla como escudo.

—Renie, por favor, ¿qué está pasando? —Roux sollozó al otro lado de la

puerta.

—Quédate fuera. Por favor.

Hice una finta hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y June siguió mis movimientos como un animal salvaje, con las cadenas colgando de sus muñecas ensangrentadas.

Aproveché la oportunidad y corrí hacia la puerta.

June cayó sobre mí antes de que hubiera llegado y a punto estuvo de clavarme los colmillos en la mejilla.

Le di un codazo en la cara y clavé las uñas en la moqueta para arrastrarme. El dolor atravesó las uñas que me había roto y las yemas de los dedos que me había dejado en carne viva excavando lo que creía que era la tumba de June.

June gruñó y su saliva me salpicó. Olvidé que había sido mi hermana y que yo había estado dispuesta a dejarlo todo por encontrarla. Se había convertido en un monstruo salvaje que me mataría si no salía de allí. Luché contra ella con todas mis fuerzas, la golpeé con torpeza y le di patadas donde pude.

Me las arreglé para quitármela de encima, pero se aferró a mi tobillo y me arrancó una bota. Eché hacia atrás el otro pie y le di una patada en la cara. June se tambaleó, rodó por el suelo y volvió a ponerse en cuclillas. Chasqueaba los dientes y la sangre se le derramaba por la barbilla mientras se cortaba los labios en tiras.

Yo estaba demasiado asustada para llorar.

La puerta estaba justo detrás de mí. Mientras me ponía de pie, un trozo de vidrio del espejo roto se me clavó en el talón, atravesó el calcetín y se hundió en mi carne. Empecé a sangrar.

June se quedó inmóvil, con las fosas nasales dilatadas. Se le pusieron los ojos aún más rojos, y sus labios destrozados se separaron de los enormes colmillos.

Las pesadillas que había tenido la noche anterior no eran nada comparadas con la aterradora realidad.

Los terribles ojos de June se clavaron en la sangre que me empapaba el calcetín. Se incorporó y voló por el aire como un enorme gato cazando.

Edmond interceptó su salto. Un poderoso brazo se estrelló contra su pecho y

la lanzó al suelo. June hizo un ruido que fue a la vez no humano y diferente del que pudiera hacer cualquier otro animal.

Una mano tiró de mí y al levantar la mirada vi el rostro tenso de Isabeau. Con el otro brazo retenía a Roux.

Edmond ayudó a June a levantarse. Ella le arañó los brazos con sus uñas destrozadas, y la sangre brotó, rojo rubí contra la palidez de su piel. Me sorprendió ver su sangre. Lo hacía parecer más humano.

Todavía me sangraba el pie y June podía olerlo. Giró la cabeza hacia mí con los ojos rojos saltones. Pegó un grito e intentó abalanzarse sobre mí, pero Edmond le pasó un brazo por la garganta y la arrastró hacia atrás. Los músculos se abultaron bajo su piel.

Podría haber apretado con fuerza y romperle el cuello, pero intentaba contenerla sin hacerle daño. ¿Eran órdenes de Ysanne o lo hacía por mí?

Entonces entró Ysanne con una expresión tan fría que casi creí que la escarcha acribillaría las paredes. Su vestido de color crema y sus tacones de aguja la hacían parecer una estrella en la alfombra roja, no una vampira con la fuerza de Superman.

Pero se acercó a June, se la arrebató a Edmond con una mano y la arrastró por la moqueta. June gruñó y se retorció, pero Ysanne era una fuerza imparable. Arrastró a June hasta la estructura de madera, le colocó las cadenas alrededor de los brazos y las aseguró con tanta fuerza que por ambos lados le sobresalía la carne, y los eslabones de metal le desgarraban la piel.

Después se giró hacia nosotros y la furia glacial de su rostro me recordó que June no era lo único peligroso que había en la habitación. Ni siquiera era lo más peligroso.

—Tú. —Me señaló con un dedo pálido—. A mi despacho. Ahora.

—Quizá podrías darle un momento para limpiarse la herida. —Edmond señaló mi pie ensangrentado, y las fosas nasales de Ysanne se ensancharon.

—Muy bien —contestó secamente—. Pero si ponéis a prueba mi generosidad, haré que los vigilantes de seguridad os arrastren hasta mi despacho. —La mirada que le dirigió a Edmond fue una mezcla de acero y hielo—. A los dos.

—¿Y esta? —Isabeau todavía tenía una mano en el pecho de Roux para mantenerla a raya. Roux fue lo bastante inteligente como para no contraatacar.

Ysanne lanzó una mirada desdeñosa a Roux, como si solo mereciera un segundo de su tiempo.

—Quítala de mi vista.

Isabeau sacó a Roux de la habitación antes de que pudiera protestar, e Ysanne siguió a Isabeau apuñalando la moqueta con los tacones.

June se había calmado, quizá porque se había dado cuenta de que en la habitación había un depredador superior a ella, pero cuando Ysanne se marchó, empezó a retorcerse de nuevo. Ni siquiera había sido consciente de que Ysanne había vuelto a amordazar a June, aunque sin duda lo había hecho. Los labios desgarrados de June empaparon la mordaza de rojo y se me revolvió el estómago.

Ni mis peores pesadillas podrían haberme preparado para esto. Aunque me hubiera planteado la posibilidad de que se hubiera convertido en vampira —¿y por qué mierda no se me había ocurrido?—, la habría imaginado como una de las hermosas, elegantes y crípticas criaturas que adornaban los pasillos y los salones de baile de Belle Morte, no como esa... cosa voraz y enloquecida por la sangre.

Me di la vuelta, como si eso pudiera borrar la terrible imagen que se me había quedado grabada en los ojos, pero la cara de mi hermana me perseguiría durante el resto de mi vida.

El dolor de mi pie cobró vida y se abrió paso entre la adrenalina que lo había contenido. Intenté dar un paso apoyándome en las puntas de los pies y apreté los dientes de dolor. No me atrevía a sacar el trozo de vidrio estando June en la habitación.

Edmond se acercó a mí, me pasó un brazo alrededor de los hombros y se inclinó como si fuera a levantarme, pero le aparté las manos de un golpe.

—Renie, intento ayudarte.

—No me toques. Lo sabías, ¿verdad?

Edmond se quedó en silencio. Desvió la mirada hacia el despojo en el que se había convertido mi hermana, colgando de las cadenas y todavía lanzando

gruñidos ahogados desde detrás de la mordaza ensangrentada.

—Todo este tiempo sabías exactamente lo que le había pasado y dónde estaba. ¿Te pareció divertido verme dar vueltas como una idiota intentando descubrir la verdad?

—Claro que no. —Su voz era un susurro suave.

—¿Y por qué lo hiciste? —La pregunta salió en un grito entrecortado.

A pesar de mis sospechas, había creído que los momentos que habíamos compartido eran reales, pero me había ocultado este terrible secreto desde el principio.

Edmond cerró los ojos. Parecía dolorosamente humano.

—¿Quieres que te lo explique ahora o prefieres que antes te ayude a limpiarte el pie? Ysanne no ha amenazado en vano cuando nos ha dicho que haría que los guardias de seguridad nos arrastraran hasta su despacho.

—Bien. —Cojeé hacia la puerta mordiéndome la lengua cada vez que un paso me lanzaba descargas de dolor por la pierna.

—Es ridículo, no puedes andar así.

—No quiero que me cojas.

Quizá era infantil rechazar su oferta de ayuda, pero temía que si me cogía en brazos, la rabia que sentía hacia él se desvanecería y nunca querría que me soltara.

—No voy a cogerte. —Edmond me pasó un brazo alrededor de la cintura para sujetarme—. Apóyate en mí. Será más fácil.

Quería rechazarlo también, pero no era buena idea cabrear a Ysanne más de lo que ya lo había hecho. Así que dejé que Edmond soportara mi peso mientras yo salía cojeando de la habitación. Habría sido más fácil y rápido dejar que me cogiera en brazos, pero me dolía demasiado el corazón para permitírselo.

No había tiempo para ir a mi dormitorio, así que Edmond me llevó a una habitación vacía que había al final del pasillo.

En cuanto pude, me aparté de él.

—Fue alguien de esta casa, ¿no? Uno de vosotros, hijos de puta, convirtió a mi hermana en vampira. Me soltaste toda esa mierda sobre por qué ya no convertís a personas en vampiros, y desde el principio sabías que la habían

convertido.

—Sí —me dijo Edmond.

—¿Quién lo hizo? ¿Quién?

Edmond señaló la cama.

—Siéntate, por favor. Ysanne te lo explicará todo en un minuto.

—Vete a la mierda.

Pero me senté, porque el pie me dolía mucho y de repente estaba demasiado agotada y emocionalmente exprimida como para quedarme de pie.

Edmond se agachó frente a mí, me levantó suavemente el pie y me quitó el calcetín ensangrentado. Un ligerísimo tono rojo tiñó sus ojos mientras observaba las gotas de sangre cayendo al suelo.

—¿Vas a ayudarme o solo vas a disfrutar de la vista? —Mi voz era ácida.

Me miró apretando los labios, supuse que para ocultar que le estaban creciendo los colmillos.

—Te va a doler.

—Lo sé, lo sé. Pero adelante.

Eché la cabeza hacia atrás para no verlo y apreté la colcha con las manos.

Edmond me sujetó el pie con una mano y extrajo el trozo de vidrio. Aunque hice grandes esfuerzos por evitarlo, un grito de dolor atravesó la apretada barrera de mis labios.

—Lo siento —se disculpó Edmond.

—¿Hay por aquí un botiquín de primeros auxilios o algo así?

—No es tan grave como parece —me dijo Edmond observando mi talón con desapego clínico y hambre de vampiro a partes iguales—. Puedo ocuparme yo, si me dejas.

Estaba demasiado cansada para protestar.

—Como quieras.

Edmond me pasó la lengua por el talón. El dolor disminuyó, volvió a lamerme el pie, y su lengua cerró el corte tan limpiamente como había cerrado las marcas de pinchazos en mi muñeca.

Luego me cogió las manos, presionó las yemas de mis dedos en su lengua y me curó las heridas que me había hecho intentando cavar la tierra.

Quería colocar las rodillas contra el pecho, pero todavía tenía el pie manchado de sangre.

—June no es una vampira normal, ¿verdad?

—Es una rabiosa.

—¿Qué mierda es eso?

—¿Recuerdas que te dije que no todos los humanos que se convierten en vampiros sobreviven a la transición? En raras ocasiones, algunos de los que sobreviven se convierten en... otra cosa. La sed de sangre los consume y los convierte en bestias.

Recordé la rabia que había visto en la cara de Ysanne justo antes de que me dejara inconsciente, la sombra de un depredador moviéndose bajo su piel. ¿Qué pasaría si todo rastro de humanidad desapareciera y solo quedara el depredador?

Pasaría lo que le había pasado a June.

—Los rabiosos no son frecuentes, pero sí letales. Solo los mueve su necesidad de sangre y nunca están satisfechos. Solo existen para matar. Es otra de las razones por las que ya no creamos nuevos vampiros, porque siempre conlleva el riesgo de que el humano se convierta en rabioso en lugar de en vampiro. No nos lo podemos permitir.

Completé el resto de las piezas.

—Por eso Ysanne encerró a June en el ala oeste.

—Intentaba mantener al resto de la casa a salvo.

—¿Por qué no me lo contó?

—Eso te lo tiene que explicar ella.

Me trajo calcetines limpios de un tocador situado en la esquina. Una bota todavía estaba en la habitación con June, pero prefería pasar el resto de mi vida descalza antes que volver a buscarla. Me quité la otra bota y me puse el par de calcetines limpios.

Edmond me tendió una mano, pero lo ignoré y, tras un momento incómodo, la retiró.

—Siento que hayas tenido que descubrirlo así. Ysanne te habría dicho la verdad tarde o temprano, pero no debería haber sido así.

—No deberías haberme mentido.

—Supongo que saber que nunca quise hacerlo no hará que te sientas mejor.

—No, no hace que me sienta mejor.

Por una vez, el rostro de Edmond no estaba impasible, pero no habría sabido definir su expresión.

—¿Sabes qué es lo peor? Parece que crees que haber descubierto que mi hermana es una rabiosa es mejor que haber descubierto que estaba muerta. Pero, Edmond, es peor. —Lo miré, incapaz de evitar que las lágrimas resbalaran por mis mejillas—. Mi hermana está sufriendo y no tengo ni idea de cómo ayudarla. Es un monstruo.

—Admito que la situación se manejó mal...

—Pero no se lo dirás a Ysanne, ¿verdad?

Se quedó en silencio.

Claro que no se lo diría. Haría lo que ella le dijera, como un buen cachorrito.

—¿Estás lista? —me preguntó Edmond.

Deseé tener agallas suficientes para mandarlo a tomar por culo, pero Ysanne no iba de farol. Mejor ir a su despacho por propia voluntad a que Dexter o cualquiera de sus guardias me llevara a rastras.

—Vamos —respondí.

Salté de la cama y salimos de la habitación.

Cuando llegamos, Ysanne estaba sentada detrás de su mesa, tan tranquila y serena como siempre, sin un solo mechón de su pelo rubio fuera de lugar. Me costaba creer que fuera la misma mujer que me había derribado, que había levantado a Edmond como si no pesara nada y que había manejado a June como un juguete.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Sentaos —nos ordenó Ysanne señalando las sillas frente a su mesa.

Me senté.

—Seré sincera contigo, Renie —me dijo Ysanne, y solo con eso me sorprendió. Casi esperaba que intentara que me tragara más tonterías—. Tu hermana fue feliz aquí durante la mayor parte de su estancia. Era una donante modelo.

—¿Y después?

Ysanne suspiró y juntó las manos encima de la mesa.

—Y luego la asesinaron.

La última palabra me golpeó como una bofetada. Me había centrado tanto en el horror de lo que había encontrado que no había caído en la cuenta de que para convertirse en vampira June había tenido que morir.

June había muerto.

La rabia casi me ahogó.

—Lo sabías desde el principio y me mentiste en la cara. ¿Quién lo hizo? ¿Quién narices le hizo esto a mi hermana?

Ysanne miró a Edmond.

—Debo confesar que no lo sé.

Una risa incrédula se me escapó de la garganta, e Ysanne entrecerró los ojos.

—No lo sabes —repetí.

—Eso he dicho.

—Oh, fantástico. Se supone que debes saber todo lo que sucede en tu casa, pero asesinaron a mi hermana aquí y no sabes quién lo hizo.

Edmond hizo un ruido de advertencia, pero no le hice caso. A Ysanne parecía no afectarle mi arrebato.

—El que convirtió a June no previó que podría volverse rabiosa. Es una suerte que yo la encontrara y la encerrara en el ala oeste antes de que hubiera podido hacer daño a alguien.

La June a la que yo había conocido no habría hecho daño a una mosca, pero la cosa que estaba encadenada en el ala oeste no era mi hermana. Estaba muerta y un monstruo se había introducido en su cuerpo.

—Encontraré al responsable, y cuando lo haga, recibirá su castigo —siguió diciendo Ysanne.

No podía imaginar ningún castigo suficiente.

—Cuando alguien se vuelve rabioso, debemos matarlo. Los rabiosos son tremendamente peligrosos y matarán a todo aquel con el que se crucen, tanto humanos como vampiros. Cuando tu hermana despertó de la muerte, se convirtió en una amenaza para todos los que viven en esta casa y para muchas más personas fuera de ella. Cualquier otro vampiro la habría matado nada más

encontrarla, pero creí ver destellos de cordura en ella. Por eso te traje aquí. Quizá fue una tontería y una ingenuidad —dos palabras que nunca creí que escucharía a Ysanne aplicarse a sí misma—, pero esperaba que pudieras sacar a June del borde del abismo. ¿Te das cuenta? Si pudieras traspasar la sed de sangre, llegar a lo que pueda quedar de June, habría esperanza para todos los rabiosos. —Ysanne se miró las manos entrelazadas—. Volverse rabioso no es solo algo que puede pasarle a una persona cuando acaban de convertirla. Puede pasarle a cualquier vampiro, en cualquier momento. Algunos vampiros de la casa han perdido amigos en el pasado por esta razón, pero con June vi la oportunidad de salvar a futuros rabiosos.

Me desplomé en mi asiento.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—El estado de June se deterioró poco antes de que llegaras. Los atisbos de cordura que había vislumbrado se perdieron debido a la sed de sangre. No era seguro dejar que te acercaras a ella hasta que tuviera claro que estaba bajo control.

Volví a reírme. Mi risa sonó áspera y amarga. Qué puta ironía. Ysanne me había hecho pasar por un infierno y todo había sido un intento equivocado de protegerme.

—Sé lo que piensas de los vampiros, pero puedo asegurarte que me hago responsable de mis donantes. Cuando se entregan a mí, están poniendo su vida en mis manos. —Ysanne me miró fijamente—. Defraudé a tu hermana y después la encerré con la vana esperanza de que pudiera retener lo suficiente de sí misma para que pudieras llegar a ella.

—Bien, y no se trataba de que quisieras encubrir que habías dejado que un donante se convirtiera en rabioso. Apuesto a que sería una mancha negra en tu expediente si el consejo se enterara. Por no hablar de los medios de comunicación.

La tensión crujió en la habitación, e Ysanne apretó las manos. Edmond, que estaba a mi lado, se puso tenso.

—Quizá haya algo de eso, pero no fue la única razón. —Por un brevísimo instante Ysanne pareció cansada y un destello de humanidad se deslizó a través

de su gélido aspecto—. Me siento responsable de lo que le pasó a June. Se suponía que aquí iba a estar segura.

Quería tirárselo a la cara, pero su tono sincero me detuvo. Quisiera o no, la creía.

—Tomé una decisión, Renie. Quizá fue arriesgada, pero ahora no puedo cambiarla. Si June se hubiera escapado de Belle Morte, habría dejado una estela de muerte por donde hubiera pasado. No puedes imaginarte la carnicería que puede hacer un rabioso hasta que lo has presenciado por ti misma. Son una amenaza para todos, pero si pudiéramos revertir lo que les sucedió, ningún vampiro tendría que temer volverse rabioso. Tragedias como la de June podrían evitarse. Pero yo no llego a ella. Hablaba de ti a menudo. Si puede reaccionar a alguien, creo que ese alguien eres tú.

No sabía qué decir.

—Nos afecta a todos. Si podemos revertir el proceso, no habrá que asesinar a los vampiros que se vuelvan rabiosos y no serán un peligro para los humanos. Si puedes llegar a June, si puedes ayudarla a recuperar su mente perdida, recuperarás a tu hermana.

—Pero seguiría siendo una vampira, ¿verdad? —dije amargamente.

—Correcto. La conversión no puede revertirse: solo la muerte puede liberar a un vampiro de esta vida. Pero ¿no es mejor tener a June como vampira que tener un cuerpo pudriéndose en la tierra?

Odiaba que tuviera razón.

—Seguiré investigando hasta que sepa quién es el responsable. El culpable no escapará a la justicia, tienes mi palabra —me aseguró Ysanne.

La creí. Ysanne no buscaría al asesino de June para vengarla, sino porque alguien había incumplido gravemente una de sus reglas y no permitiría que se saliera con la suya.

—¿Por qué no mandas a los donantes a casa si June es tan peligrosa? —le pregunté.

—Porque entonces el consejo se enteraría de que algo va mal.

Sonreí ligeramente.

—Así es. Aquí dentro eres la ley, pero fuera de Belle Morte solo eres una voz

más en el consejo.

—La única voz que quiere salvar a tu hermana en lugar de destruirla —me recordó Ysanne en tono áspero.

Tenía razón.

—¿Y si yo no hubiera solicitado ser donante? ¿Qué habrías hecho?

—Habría encontrado otra manera de traerte. Lo importante ahora es si vas a ayudarnos o no —respondió Ysanne.

Observé su rostro impasible y sus ojos fríos, y miré a Edmond, que seguía en silencio a mi lado.

—Es la única forma de salvar a mi hermana. No tengo elección.

—No estoy obligándote a nada. Pero si no la ayudas, nadie más podrá hacerlo.

—Nada como un pequeño chantaje emocional para conseguir lo que quieres —murmuré.

Ella sonrió mostrando los colmillos.

—Una cosa que debes aprender sobre mí, Renie, es que estoy muy acostumbrada a conseguir lo que quiero.

Me apostaba lo que fuera a que sí.

—Haré lo que sea necesario —aseguré.

No esperaba que Ysanne sonriera y no me decepcionó. Un breve movimiento de la cabeza fue lo único que recibí antes de que desviara la mirada, de repente más fría, hacia Edmond.

—Le mostraste a Renie cosas para las que no te había dado permiso. Según las reglas de esta casa, burlarte de tu señora es un delito punible.

Estaba claro que no era una novedad para Edmond, y me pregunté cuánto había arriesgado por mí. Parte de la rabia que sentía hacia él se redujo.

—Sin embargo, por lo que a mí respecta, tus acciones no constituyen una infracción pública, así que estoy dispuesta a dejar correr el tema. Pero, *mon garçon d'hiver*, la próxima vez no seré tan indulgente. Te agradecería que no me pusieras en esa situación. —Las palabras de Ysanne gotearon carámbanos y luché contra el impulso de temblar.

Edmond se limitó a asentir.

Volví a preguntarme por su historia. ¿De verdad Ysanne postergaba el castigo por las razones que había dicho o tenía algo que ver con lo que significaban el uno para el otro, en ese momento o en el pasado? En cualquier caso, sospeché que Étienne no habría conseguido el salvoconducto que tenía Edmond. Había hecho lo correcto no dejándolo venir con nosotras.

—Ahora bien —expuso Ysanne—, encerré personalmente a June en el ala oeste por la terrible amenaza que podría representar para esta casa. No ha sido un accidente que se soltara hoy ni que alguien abriera la puerta de tu dormitorio. Alguien ha aflojado deliberadamente las ataduras de June, pero ¿ha sido la misma persona que la convirtió o alguien más pretende beneficiarse de todo esto?

—Supongo que lo único positivo es que ha sucedido cuando Isabeau y yo estábamos allí para evitar que hiciera daño a alguien —comentó Edmond.

—¿Y cómo te has enterado de que estábamos allí? —le pregunté.

—Fui a tu habitación para ver cómo estabas y descubrí que te habías ido. Supe de inmediato dónde estabas y fui detrás de ti. Me crucé con Isabeau en el camino.

—Ha sido una enorme casualidad que estuvieras allí —apuntó Ysanne—. Pero me interesa más saber por qué alguien lo hizo.

Tanto ella como Edmond me miraron y me sentí como si estuviera bajo un foco.

—¿Qué? —dije sin entender.

Ysanne me lanzó una mirada fría, aunque no exenta de simpatía.

—Renie, creo que alguien puede haber intentado matarte.

Capítulo 14

Renie

Luché contra el impulso histérico de reírme. Esto no estaba pasando en serio, ¿verdad?

Pero no me reí. Hundí la cara en las manos y me concentré en respirar profunda y uniformemente. Edmond se acercó y entre los dedos vi que su mano se contraía, como si estuviera luchando contra el impulso de consolarme.

—¿Por qué iba alguien a querer matar a Renie? —Una nota grave de indignación se enroscó en las palabras de Edmond.

—Si lo supiera, sabría quién es el responsable, pero, sinceramente, no entiendo por qué esta chica podría preocupar a nadie —dijo Ysanne.

Puse los ojos en blanco.

—Quizá —siguió diciendo— alguien descubrió lo que yo pensaba hacer con June y Renie, y no le gustó. Quizá liberó a June para que no pudiera ayudarla. —Ysanne frunció el ceño delicadamente—. O quizá aquí está pasando algo más grave que aún no puedo ver. Y no me gusta.

No pude evitarlo.

—Sí, debe de ser una putada que la gente te oculte secretos, la verdad.

Ysanne me lanzó una mirada gélida.

—Quizá sencillamente alguien no está de acuerdo con cómo tratas a June —repuse.

—¿Te importaría explicarme qué tienen que ver las condiciones de vida de June con que alguien te quiera muerta?

Vale, no podía darle una respuesta. Pero eso no me impidió replicar:

—Se merece algo más que cadenas y harapos.

Puede que June fuera un monstruo, pero aun así sufría. Y si lo que decía Ysanne era cierto, quizá no había perdido del todo a mi hermana. Quizá una parte de June seguía existiendo en esa locura enloquecida por la sangre.

—La he instalado lo más cómodamente posible sin comprometer la seguridad de nadie, y le dan de comer dos veces al día. Creo que, dadas las circunstancias, ha tenido mucha suerte. —Ysanne habló en un tono frío y entrecortado.

—¿Que le dan de comer? Creía que los donantes no podían... Oh. —De repente lo entendí—. La tumba de animales.

El bulto que Roux y yo habíamos visto llevar a Isabeau hasta el ala oeste era el animal que iban a dar de comer a June. Cuando terminaba, enterraban los cuerpos en el jardín. Aunque otros vampiros y donantes quisieran saber qué estaba pasando, no desafiarían a Ysanne preguntándoselo, y, como todo sucedía dentro de los muros de Belle Morte, el mundo exterior no sabía nada.

Debería alegrarme de que Ysanne no dejara que June se muriera de hambre, pero cuando me imaginaba a mi hermana desgarrando la garganta de algún pobre zorro o gato callejero, las náuseas me revolvían el estómago.

Ysanne me clavó una mirada penetrante.

—¿Y por qué fuiste a cavar junto a ese árbol? ¿Por qué creías que encontrarías algo?

Pensé en Étienne, pero nunca lo traicionaría.

—Parecía una tumba, y eso me hizo sospechar. ¿Por qué enterráis los restos en el jardín? ¿Por qué no os deshacéis de ellos con cualquier desperdicio de comida de la cocina? —le pregunté.

—Mi personal no sabe nada de lo que ha estado pasando, y preferiría que siguiera siendo así. Es un asunto de vampiros, y lidiamos con las cosas a nuestra manera —me contestó Ysanne, y en sus ojos brilló un pálido fuego—. Puede que todavía no tenga todas las piezas, pero llegaré al fondo de este asunto.

—Quiero ayudar a encontrar al asesino de June —le dije.

—Es mi trabajo, no el tuyo. Estás aquí para centrarte en ayudar a June a mejorar.

—Bien. ¿Cuándo empiezo?

—Hoy no, desde luego. Necesitas tiempo para digerirlo todo y June necesita tiempo para calmarse.

—¿Se supone entonces que debo esperar hasta que digas que está lista?

—Creo que es lo mejor.

No estaba de acuerdo, pero ¿qué sentido tenía discutir con ella? Ysanne siempre se creía más lista que los demás, aunque, en mi opinión, había tomado unas decisiones de mierda.

La vampira movió una mano hacia mí.

—Ahora puedes marcharte.

Me molestó que me diera permiso, pero no iba a esforzarme por seguir en su compañía. Salí del despacho y Edmond me siguió.

—Ven conmigo —me indicó, y yo estaba demasiado cansada para protestar.

Me llevó a la sala de alimentación donde me había mordido por primera vez y se quedó de pie a mi lado mientras yo me sentaba en la *chaise longue*.

Me incliné sobre mis rodillas.

—Supongo que no puedo contárselo a nadie.

—Supones bien. No podemos arriesgarnos a que la noticia llegue al consejo.

—¿De verdad matarían a June?

Volví a pensar en lo que sabía sobre las demás casas. Había tres más en Inglaterra: Nox, dirigida por Jemima Sutton; Lamia, dirigida por Charles Abbott, y Midnight, dirigida por Henry Baldwin. Y había una en Irlanda: Fiaigh, dirigida por Caoimhe Ó Duinnín. Fiaigh y Midnight eran más grandes que Belle Morte, pero ¿quería eso decir que sus respectivos señor y señora tenían más poder en el consejo?

—Eso creo. El consejo reunió las casas, instauró el sistema de donantes y estableció las reglas que ahora seguimos todos los vampiros. Todo vampiro de toda casa debe responder ante su señor o señora si infringe estas reglas, pero si cualquiera de los señores o señoras las infringe, debe responder ante el consejo.

Eso significaba que no podía decirle ni una palabra a Étienne, que era el único que había sido sincero desde el principio. Odiaba la idea de mentirle, pero ¿y si le decía la verdad y él la llevaba al consejo? Era demasiado arriesgado.

Edmond se sentó en la *chaise longue* a mi lado, grácil y lánguido como un gato.

—Cuando los vampiros aceptamos mostrarnos al mundo, juramos que solo se crearían nuevos vampiros en casos de emergencia absoluta, y la creación tendría que proponerse al consejo para que diera su aprobación.

—Creía que no se podían crear nuevos vampiros bajo ningún concepto.

—Toda regla tiene sus excepciones, pero no lo decimos. De lo contrario, todos los donantes que vinieran imaginarían que podrían ser esa excepción.

Supuse que tenía sentido.

—Ysanne no convirtió a June, así que no es responsable de ese crimen, pero no lo notificó al consejo y ha incumplido una regla importante al permitir que June viva.

—Pero Ysanne está intentando evitar que los vampiros se vuelvan rabiosos en el futuro, o recuperar a todos los que ya lo son. ¿No es algo bueno?

—Al margen de sus intenciones, al albergar a June está incumpliendo una de las reglas que ella misma ayudó a establecer. El consejo no lo verá con buenos ojos si se entera.

No me había planteado que Ysanne pudiera estar arriesgándose por el bien de June. No es que lo hiciera por el bien de June, pero podría haber matado a mi hermana en el acto y no lo había hecho. Había puesto en peligro su reputación para darle a June otra oportunidad en la vida y para darme la oportunidad a mí de recuperar a mi hermana. Quizá lo hacía por el bien de los vampiros, no de los humanos, pero aun así su decisión me beneficiaba.

Suspiré.

—Todavía no entiendo por qué no me dijo la verdad.

—Porque June se deterioró drásticamente. Cuando llegaste a Belle Morte, era una bestia salvaje.

—Todavía lo es —le dije pensando en el brillo enloquecido de los ojos de June cuando me atacó.

—Ysanne temía que si veías a June como es ahora, solo la vieras como un monstruo. Y te negaras a intentar ayudar.

Habría dicho que Ysanne era cínica, pero sus temores no estaban lejos de la

verdad. Cuando vi en qué se había convertido June, no dudé en romperle un espejo en la cabeza. Si alguien me hubiera dicho antes de verla que podía intentar ayudarla, no estoy segura de si lo hubiera creído. Todavía no estaba segura. ¿Cómo iba a traspasar esa loca sed de sangre?

—Ysanne no tenía intención de engañarte para siempre. Pero si te hubiera dicho desde el principio que tu hermana estaba rabiosa, consumida por el impulso de destruir a todos en esta casa, ¿qué habrías hecho?

Volví a suspirar y lancé una considerable ráfaga de aire.

—Habría insistido en ver la verdad por mí misma.

—E Ysanne no te lo habría permitido por las razones que ya te he comentado. Si te decía que June estaba rabiosa, pero se negaba a dejar que la vieras, se exponía al chantaje. Podrías haberla obligado a decirte la verdad o correr el riesgo de que se lo contaras a toda la casa e intentaras asegurarte de que el consejo se enterara.

Por mucho que me gustara la idea de tener poder sobre Ysanne...

—¿De verdad cree que la habría chantajeado?

—¿Puedes culparla por no correr ese riesgo? Si imagina los peores resultados es porque ha tenido cientos de años para presenciar lo peor de la naturaleza humana.

Me rodeé los pies con las manos y me froté los pulgares por encima de los calcetines nuevos.

Quizá era un buen momento para comentar lo de la posibilidad de que alguien en esta casa me quisiera muerta, pero en cuanto me decidí a hablar, las palabras se convirtieron en un nudo en mi garganta. No podía hablar de este tema todavía. Hablar lo convertiría en algo demasiado real, y no podía lidiar con eso además de con todo lo demás.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le dije con la intención de cambiar de tema. Necesitaba pensar en algo que no fuera June para darle a mi maltrecho cerebro la oportunidad de procesar todo lo que acababa de descubrir.

—Hoy no he sido otra cosa que sincero contigo.

—¿Qué te ha llamado Ysanne en su despacho?

Arqueó una ceja sin saber a qué me refería.

—Te ha llamado algo en francés.

—*Mon garçon d'hiver*.

—¿Qué significa?

Edmond sonrió, algo nostálgico.

—Significa «mi chico de invierno».

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Me llamaba así cuando era humano.

Me giré hacia él.

—¿Ysanne te conoció cuando eras humano?

No sé por qué me sorprendió tanto. El sistema de donantes se había implantado hacía solo unos años, por lo que era razonable suponer que los vampiros podrían haber tenido amigos o incluso relaciones con humanos antes de convertirse en el centro de atención.

Edmond asintió con la mirada perdida.

—Tenía dieciocho años y vivía a la intemperie en Gascuña cuando conocí a Ysanne. Dos años antes, una oleada de la peste negra había barrido mi pueblo y había matado a toda mi familia y a la chica con la que iba a casarme. Me quedé sin nada. Durante dos años luché por sobrevivir en el bosque y evité la civilización por si se producía otra plaga. Y una amarga noche de invierno conocí a mi primer vampiro.

—Ysanne.

—Ella ya era inmortal y lo bastante rica como para viajar con un convoy de guardias. Pero los tiempos eran desesperados para los campesinos franceses, y ni siquiera los guardias de Ysanne pudieron impedir que una banda de ladrones los atacara una noche. Ysanne resultó herida, y sus guardias masacrados, pero, aunque mató a sus atacantes, no pudo beber su sangre.

—¿Por qué no?

—Estaban infectados de peste. Beber sangre enferma no nos mata, pero puede ponernos enfermos. Ysanne me encontró escondido cerca, olió que mi sangre estaba limpia y me pagó para que le dejara beber.

—Fuiste el primer donante —le comenté, asombrada.

—Supongo que sí. —Edmond pareció un poco sorprendido, como si hasta

ese momento no se lo hubiera planteado—. Cuando Ysanne se dio cuenta de que me moría de hambre y de que no sobreviviría otro invierno, se compadeció de mí y me llevó a una de sus fincas en el campo. Vivimos juntos durante un duro invierno, los dos solos. —Sonrió al recordarlo—. Nos hicimos amigos. Ella bebía mi sangre y a cambio cazaba comida para mí y me protegía de los ladrones que venían a husmear a nuestra puerta.

Intenté imaginarme a Edmond como un chico hambriento de mi edad, acurrucado en una casa con Ysanne mientras fuera rugían el hielo y la nieve. Deslicé la mano hasta mi muñeca y acaricié la zona donde me habían mordido. Desde la primera vez, me enfurecí para mis adentros con los vampiros por no entender cuánto podía doler, pero me equivocaba. Lo entendían porque algunos de ellos lo habían vivido. Edmond había sido una vez como yo. De repente lo vi bajo una luz totalmente distinta.

—¿Te habla deliberadamente en francés o no se da cuenta?

—Un poco las dos cosas, tanto ella como yo. No aprendí ni una palabra de inglés hasta que emigré aquí por primera vez, pero retomé mi lengua materna al volver a Francia.

—Pero naciste francés, así que ¿por qué ahora hablas casi siempre en inglés? Prácticamente has perdido el acento.

—Supongo que sí. Pero no es sorprendente teniendo en cuenta que me instalé en Inglaterra hace más de doscientos años.

Eso explicaba por qué vivía aquí y no en una casa francesa como De Sang o Dans l’Ombre.

—¿Por qué te marchaste de Francia?

—Porque casi pierdo la cabeza en la guillotina —me contestó Edmond. Su acento francés pareció más fuerte en esa última palabra, y una sombra cruzó sus ojos—. Después de que escapara de la cuchilla, Ysanne y yo huimos de París y viajamos por Europa hasta 1802, cuando volví a Francia e Ysanne decidió establecerse en Italia. Pero el imperio napoleónico no era de mi agrado. Quería una vida tranquila, y Gran Bretaña estaba fuera del control francés, así que regresé aquí. Aún viajaba de vez en cuando, pero Inglaterra se había convertido en mi hogar.

—Siempre he querido viajar —le dije—, pero ni siquiera he salido del país. Cuando era niña no podíamos permitirnos ir de vacaciones, y creo que por eso mi madre animó a June a que viniera aquí, para que conociera una vida que de otro modo nunca tendría.

Y June la había conocido, pero no como mi madre quería. Parpadeé para contener las lágrimas.

—Aunque la salve, June no podrá irse de vacaciones, ¿verdad?

—No como cuando era humana, pero a medida que se haga mayor, resistirá más el sol.

—Pero nunca podrá pasar el día tomando el sol en la playa, ¿no?

—No —admitió Edmond.

—Yo solía buscar en Google fotos de destinos de vacaciones e imaginaba que algún día iría con June, aunque sabía que nunca podríamos permitírnoslo. Ahora me parece una tontería.

—No creo que lo sea —me dijo Edmond amablemente.

—Sí, lo es. Haga lo que haga, June nunca recuperará su antigua vida. Todo lo que soñaba, todo por lo que trabajaba... ha desaparecido.

—¿Para qué trabajaba?

—June era una soñadora. Quería ser una estrella del pop, aunque cantaba como un gato moribundo. Quería aprender a tocar un instrumento para formar parte de una banda, pero no podíamos permitírnoslo. Quería ser modelo, actriz, presentadora de televisión... Solo quería que la vieran. Antes de venir, estuvo trabajando en un bar, intentando reunir dinero para ir a la universidad, y el dinero que iba a ganar como donante la habría ayudado.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Con qué sueñas? —me preguntó Edmond.

—¿Además de con viajar? Con nada.

—¿Qué hacías antes de venir a Belle Morte? ¿Trabajabas?

—Mi padre se marchó cuando yo era muy pequeña, y mi madre se deslomaba a trabajar para mantenernos, pero nunca hemos tenido lujos. Aunque June es una soñadora, yo siempre he tenido que ser más práctica. No tengo ningún talento especial ni aspiraciones vocacionales, y necesitamos dinero, así que tengo que trabajar donde pueda. Los últimos meses he estado haciendo de

canguro para niños de varios vecinos.

—¿Te gusta?

—¿Sinceramente? Lo odio. La verdad es que no soy nada maternal —admití.

Edmond sonrió un poco.

—¿No has tenido que dejar a nadie atrás al venir aquí?

—¿Como un novio?

—Sí.

Negué con la cabeza.

—No, no tengo novio desde hace tiempo.

¿Eran imaginaciones mías o Edmond pareció alegrarse?

—Así que tú y Míriam... No sois...

—No.

—¿Ysanne y tú habéis sido alguna vez más que amigos? —le pregunté.

No estaba del todo segura de querer saber la respuesta, pero cuanto más hablábamos, más tranquila me sentía.

—Sí, pero no cuando era humano. Me desperté una mañana en la casa en la que vivíamos y ella se había marchado. Pasaron trece años antes de que volviera a verla.

—¿Qué pasó?

—Después de varios años solo, me dirigí a París, pero las carreteras estaban plagadas de ladrones e Ysanne ya no estaba para protegerme. Cuando llegué a la ciudad, estaba herido y medio muerto de cansancio.

Al mirarlo, tan guapo y tranquilo, con el pelo cayéndole sobre un hombro, no podía imaginarlo así, dando tumbos por las calles de un París que nada tenía que ver con la ciudad que era hoy en día.

—A los pocos minutos de llegar, vi a una banda de matones siguiendo a un chico en un callejón. Con las últimas fuerzas que me quedaban intenté advertírselo, pero él no necesitaba mi ayuda. Era un vampiro, y les arrancó la garganta a sus atacantes.

Era el lado de los vampiros que siempre había temido, el depredador salvaje detrás de la pátina civilizada. Se controlaban para encajar en la sociedad moderna, pero hubo momentos en que no lo hicieron.

Por otra parte, esos hombres eran ladrones en el mejor de los casos, asesinos en el peor, así que quizá no debería juzgar a nadie que se defendiera de ellos.

—El vampiro se llamaba François, un noble francés —siguió contándome Edmond—. Intrigado por el joven campesino que había intentado ayudarlo, me ofreció una nueva vida como vampiro. Acepté. Me convertí en compañero de François y durante unos años fui más feliz de lo que lo había sido desde Ysanne.

Sentí que se acercaba un gran «pero».

—Pero François se volvió descuidado y violento. Ahora reconozco que eran los primeros signos de que estaba volviéndose rabioso, pero en aquel entonces no lo sabía, y él me había salvado de una vida miserable, así que hice la vista gorda. Otros parisinos no la hicieron. —Los ojos de Edmond se oscurecieron—. En 1680 una turba invadió nuestra casa y mató a François. Conseguí escapar y esconderme en las calles, y cuando necesité alimentarme, elegí lo que pensé que era un blanco fácil: una mujer joven sin escolta, que resultó ser Ysanne. Como París estaba alerta por nuestra especie, huimos de la ciudad. Viajamos por Francia como amigos durante tres años hasta que al final nos convertimos en amantes.

El agudo aguijón de los celos me pilló por sorpresa. «No seas tan idiota», me reñí. Claro que Edmond tenía ex... tenía casi cuatrocientos años.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Diez años. En 1685 nos trasladamos a Inglaterra y vivimos allí hasta que volvimos a Francia, donde nos establecimos como nobles ricos y vivimos una vida de lujo. Pero al final la relación se apagó y nos separamos amistosamente.

—Pero ¿seguisteis siendo amigos?

—En realidad, no volví a verla hasta 1721. Nos reunimos como amigos, pero poco después seguimos por caminos separados. Pasarían décadas hasta nuestro siguiente reencuentro, a la sombra de la Revolución francesa. La siguiente vez que nos separamos fue la última vez que la vi hasta el siglo XXI, cuando me localizó y me contó sus planes de sacar a la luz a los vampiros. Fuimos amantes solo durante uno de nuestros periodos juntos, pero hemos sido amigos durante todo este tiempo, incluso durante los largos años en que no nos vimos. Siempre he sabido que podré contar con ella, y viceversa.

Lo asimilé en silencio, sin saber si me sentía mejor sabiendo que Ysanne y Edmond habían sido pareja, o peor porque lo sabía, aunque hubiera acabado hacía muchísimo tiempo. Pero si no quería saber, no debería haber preguntado. Lo había hecho solo por distraerme, pero en cuanto Edmond se calló, June volvió a mi mente y me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el corazón.

—Supongo que por eso te confió lo que le había pasado a June —deduje.

—Ysanne, Isabeau y yo somos los únicos que lo sabemos —me dijo.

—Y la persona que la convirtió —añadí en tono amargo—. ¿De verdad Ysanne no sabe quién fue?

Edmond negó con la cabeza.

—Ni siquiera yo estoy al tanto de su investigación, pero si supiera quién es el culpable, ya habría tomado medidas.

—Pero ¿sospecha de alguien? ¿Y tú?

Volvió a negar con la cabeza.

—Supongo que eso significa que tampoco sabes quién podría quererme muerta. —Suspiré.

Los ojos de Edmond lanzaron destellos rojos.

—No, pero si vuelve a intentarlo, tendrá que vérselas conmigo.

Miré sus brazos, que June le había arañado. Los cortes ya casi habían desaparecido, y en aquel momento no pareció darse cuenta.

—Dime una cosa más, Edmond, y quiero la verdad. ¿Existe realmente una posibilidad de salvar a June?

Edmond me miró fijamente a los ojos.

—Lo siento, pero no lo sé.

Capítulo 15

Renie

Cuando por fin volví a mi habitación, Roux estaba esperándome con la cara tensa y pálida de ansiedad. Después de que casi me matara de un abrazo, se lo conté todo. Edmond me había advertido que no lo hiciera, pero Roux ya sabía demasiado y no podía ir al consejo, como era el caso de Étienne. Lo único que no le conté fue que alguien podría estar intentando matarme. Quizá era una tontería, pero lidiar con la realidad del destino de June ya era bastante difícil. Pretender entender cualquier otra cosa era demasiado aterrador.

Tampoco le conté nada sobre el pasado de Edmond. Él había compartido esos secretos conmigo y no se lo pagaría tratándolos como cotilleos.

Una oleada de cansancio se apoderó de mí. ¿Cómo era posible que hubiera sido esa misma mañana cuando había querido desenterrar lo que creía que era la tumba de June? Me daba la impresión de que habían pasado días.

Mi intención era echarme una siestecita, pero en cuanto apoyé la cabeza en la almohada, me sumí en el negro olvido.

June acechaba mis pesadillas. Era una criatura salvaje con garras, dientes y ojos rojos brillantes que me persiguió a través de las sombras de mi mente hasta que me desperté sobresaltada en una maraña de sábanas. Sentía los ojos grumosos, como si los tuviera cubiertos de arena.

—Mierda —murmuré cuando vi la hora que era. Casi las once de la mañana... del día siguiente. Había dormido... En realidad no sabía cuántas horas, porque no sabía a qué hora me había ido a dormir. Demasiado para una siesta.

Me levanté poco a poco de la cama. Aunque había dormido mucho, seguía

sintiéndome como si llevara una semana sin descansar. Me dolía la zona de la cara que me había golpeado contra la pared, y varios moratones me coloreaban los codos, que me había golpeado cuando June me había tirado al suelo. La cama de Roux estaba vacía. Seguramente había ido a desayunar. Si me daba prisa, llegaría antes de que se hubiera acabado toda la comida.

Me duché y me vestí a toda prisa, me apliqué corrector en la mandíbula y me observé en el espejo. No había cubierto del todo los moratones, pero si alguien me preguntaba, le diría cualquier chorrada, como que me había caído estando borracha.

En mis ojos había una mirada dura que no reconocí: horror atemperado por una férrea determinación. El mundo que tanto admiraba mi hermana la había masticado y escupido, la había despojado de todo lo que la hacía humana y había dejado en su lugar una pesadilla.

Pero había una posibilidad de que yo hiciera algo.

—Te prometo que no me rendiré. Encontraré la manera de ayudarte —dije mirando mi imagen como si estuviera hablando con June.

Renie Mayfield no incumplía sus promesas.

Casi me choco con Étienne al salir de mi habitación. Sus manos en mis hombros detuvieron el choque.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—He venido a verte. —Miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie—. Renie, ¿qué pasó en el ala oeste?

Sentí una punzada de culpabilidad. Había tenido muchas cosas en la cabeza, pero aun así debería haber encontrado tiempo para informarle.

Pero no podía.

Esbozó una sonrisa triste.

—Ysanne no te deja contárselo a nadie, ¿verdad?

—Lo siento —me lamenté.

Era la única persona que me había dicho la verdad cuando llegué y yo no podía hacer lo mismo con él.

—No es culpa tuya —murmuró—. Solo dime una cosa: ¿sabes lo que le pasó a June?

—Todo irá bien —le dije, y esperaba de corazón que fuera cierto.

—¿Me dirás la verdad cuando puedas?

—Serás el primero en saberla, te lo prometo.

Un movimiento llamó mi atención y me sobresalté. Un par de habitaciones más allá se había abierto una puerta sin que nos diéramos cuenta. Melissa estaba allí, mirándonos con dureza. ¿Qué había oído?

—Tengo que irme —le comuniqué a Étienne, y él asintió.

No miré a Melissa cuando pasé corriendo.

Desayuné rápidamente en el comedor y después me dirigí al despacho de Ysanne. Isabeau estaba saliendo cuando llegué.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Sé que es mucho por asimilar, pero ten fe en Ysanne.

Hice una mueca e Isabeau frunció el ceño.

—¿No me crees? —me preguntó de nuevo.

—Como has dicho, es mucho por asimilar.

—Ysanne es una buena líder y está haciendo lo que cree que es mejor para su gente. Debes entenderlo.

—No estoy cuestionando su liderazgo.

—No con tus palabras, pero tus ojos cuentan otra historia.

Desvié la mirada.

—No olvides cuánto tiempo ha vivido Ysanne. Ha tomado decisiones que nunca entenderías, y sientas lo que sientas por ella, al menos deberías respetarla.

Un suave resplandor iluminó el rostro de Isabeau. ¿Ysanne tenía una admiradora?

Entré en el despacho. Edmond ya estaba allí, con los brazos cruzados y las cejas dibujadas sobre sus ojos oscuros, que se iluminaron solo un instante cuando entré.

—No es buena idea —me dijo Edmond.

—¿El qué? —le pregunté.

—Que empieces a trabajar con June tan pronto.

—No sabes si estoy aquí por eso.

La mirada que me lanzó fue lo más parecido a un «Oh, por favor» que creo que podría lanzar un vampiro.

—Renie, si algo eres, es decidida. Ahora que sabes por qué estás aquí, no vas a quedarte sentada esperando a que te digan que June está lista.

Quizá me conocía mejor de lo que yo creía. No sabía si alegrarme o no.

—Tienes toda la razón. No voy a quedarme sentada.

—Aunque sabes que June no está en condiciones —repuso Edmond.

Miré a Ysanne, sentada detrás de su mesa, pero ella observaba a Edmond con expresión indescifrable.

—¿No debería decidirlo yo? —señalé.

—El objetivo de ocultarle la verdad a Renie era que June es demasiado peligrosa para que esté con ella en este momento —expuso Edmond a Ysanne—. Renie no iba a intervenir hasta que estuviéramos seguros de que June está bajo control. —Su rostro era tan inexpresivo como el de ella, pero había un claro matiz de frustración en su voz.

Edmond tenía razón. Observé a Ysanne deseando en silencio que me mirara.

—Mira, sé que solo queréis que esté a salvo —dije—, pero debería decidirlo yo. Es mi vida, y June es mi hermana.

Era mi hermana. Ya apenas entendía lo que era.

Ysanne colocó las dos manos en la mesa, con las palmas hacia abajo, y las miró como si las respuestas estuvieran escritas en su pálida piel.

—Tienes razón, Edmond, pero ahora Renie lo sabe todo.

Me inmovilizó con una mirada astuta, como si intentara ver de qué era capaz. Le devolví una mirada que en silencio decía que para ella podría ser solo una donante, pero que tenía un corazón de acero y no iba a dar un paso atrás.

—Ya ha demostrado lo obstinada que es, y sería una tontería suponer que se quedará de brazos cruzados hasta que yo le permita intervenir —aseguró Ysanne.

Obstinada o no, Ysanne podría impedirme ver a June si realmente quisiera. Podría tenerme encerrada. Si me salía con la mía, sería solo porque ella así lo quería.

—Sigo pensando que no es buena idea —insistió Edmond.

El más leve atisbo de una sonrisa rozó los labios de Ysanne y recordé lo que Edmond me había dicho el día anterior. Él había besado esos labios. Había visto a la reina de hielo apasionada y desatada, suponiendo que Ysanne fuera capaz de sentir pasión.

—Has dejado muy claros tus sentimientos —le dijo Ysanne—. Pero June no ha mostrado signos de mejora en los días que Renie lleva aquí. No tiene sentido pedirle que espere a algo que quizá nunca suceda.

—¿Y quieres echarla a los lobos?

Los ojos de Ysanne le lanzaron una mirada de advertencia, y Edmond se calló. Me sentí como un ciervo paralizado entre dos tigres.

—¿No tengo voz en esto? —le pregunté.

Ysanne volvió a mirarme como antes, como si estuviera sopesando mi valor.

—Di lo que piensas.

—Estoy de acuerdo contigo. —Nunca creí que diría algo así—. Si June no va a mejorar, no empezar a trabajar con ella es perder el tiempo, y podríamos desperdiciar nuestra única oportunidad de salvarla.

—En última instancia, la decisión es mía —replicó Ysanne alisándose la parte delantera de la blusa, aunque no tenía ni una sola arruga. Seguramente a su ropa le daba miedo arrugarse—. Creo que ya hemos perdido bastante tiempo.

—¿Y qué pasa con el peligro que corre Renie? —le preguntó Edmond.

Ysanne se encogió de hombros, un movimiento aún más elegante que cuando lo hacía Edmond.

—Como ha dicho, la decisión es suya.

Solo porque ella lo permitía, por supuesto.

—Además, nos aseguraremos de que tenga refuerzos. —Ysanne señaló a Edmond—. Tú, por supuesto. Y yo.

Me sorprendió tanto que casi me caí de la silla. Esperaba que Ysanne enviara a machacas a hacer el trabajo sucio mientras ella se quedaba allí y observaba con mirada autoritaria.

—Me gustaría contar con un par de manos más para asegurarnos de que nadie corra el riesgo de acabar herido. —Ysanne me miró, y el hielo de sus ojos pareció ablandarse—. Tampoco quiero que June acabe herida.

—Es un poco tarde para eso —murmuré, e Ysanne apretó los labios.

Debería haber mantenido la boca cerrada, porque era cierto que Ysanne parecía estar poniendo de su parte, pero ¿creía que un pequeño gesto compensaría lo que había sucedido?

Aunque todo funcionara, que era mucho decir, June seguiría siendo una vampira. Su vida nunca volvería a ser la misma. Viviría para siempre y yo al final me moriría. Me dolía el corazón.

—Confío plenamente en Ludovic de Vauban. No dirá una palabra a nadie —dijo Edmond.

Ysanne no lo cuestionó. Se limitó a asentir.

Me pregunté por qué Ysanne no había dejado que Isabeau se uniera a nosotros. Ella ya lo sabía todo. ¿Por qué introducir a otro vampiro cuando Isabeau estaba disponible y podía ayudarnos? Pero sabía que Ysanne no me contestaría si se lo preguntaba.

Envolví el miedo y la negatividad que me agobiaban y los metí en un pequeño rincón en lo más profundo de mí. Si no lo hacía con la convicción de que iba a funcionar, no tendría ninguna posibilidad.

Funcionaría. No se me ocurría ninguna otra alternativa.

Después de tanto tiempo especulando sobre el ala oeste, me parecía raro ir con Ludovic, Edmond e Ysanne sin tener que preocuparme de que alguien intentara detenerme.

—Todavía no sé lo que se supone que debo hacer —confesé apresurándome para seguir el ritmo de Ysanne. ¿Cómo podía caminar tan rápido con esos tacones?

—Sinceramente, yo tampoco —dijo la vampira sin mirarme.

—Fantástico. Debes de tener alguna idea. De lo contrario, no habrías planeado todo esto.

—Tienes que intentar llegar a cualquier parte de June que aún pueda recordar quién era.

—Pero ¿cómo?

Ysanne se detuvo y se quedó recta como una espada. Irradiaba oleadas heladas de desaprobación.

—Tú la conoces, así que deberías saber cómo llegar a ella.

Miré la espalda de Ysanne.

—No. La conocía. Gracias a uno de tus vampiros, ya no.

Edmond intervino antes de que Ysanne se girara y me acribillara con su letal mirada ártica.

—Piensa en lo que harías si June hubiera perdido la memoria —me sugirió.

No me parecía un buen plan, pero era mejor que las no respuestas de Ysanne.

—¿Hemos acabado la charla? —preguntó Ysanne. Si no hubiera sido una vampira, creo que habría dado golpecitos al suelo con el pie.

El pasillo que conducía a la prisión de June parecía mucho más corto sin la inquietud de lo que iba a encontrarme agobiándome. Ya sabía exactamente lo que había en aquella habitación, y me aterrorizaba.

No era demasiado tarde para echarme atrás. Ysanne podía obligarme a entrar en la habitación con June, pero no podía obligarme a hacer nada más. Aunque haría lo que fuera necesario por ayudar a June.

Empujé la puerta y volví a entrar en la habitación para enfrentarme a eso en lo que se había convertido mi hermana.

Saber lo que me iba a encontrar no lo hizo más fácil, y menos cuando Ysanne encendió las luces y la crudeza de la habitación fue del todo evidente. June estaba de pie, todavía encadenada a la enorme estructura de madera, con los brazos en carne viva y la mordaza cubierta de sangre.

Al verme se movió y un gruñido salió de su garganta.

Me quedé paralizada y el corazón se me subió a la boca y latió salvajemente contra mis dientes. ¿Cómo demonios iba a conseguir que esta criatura recordara quién había sido?

Los tres vampiros que estaban detrás de mí se quedaron en silencio como estatuas, pero el peso de sus ojos en mi espalda era como un trío de láseres. Avancé poco a poco intentando distanciarme de ellos, aunque sin acercarme demasiado a June.

Tenía la boca tan seca como si hubiera hecho gárgaras con arena y me costaba decir una palabra.

—Hola..., June... —Tosí y volví a intentarlo—. Soy yo, Renie.

Nada. Solo otro gruñido hambriento y el traqueteo de las cadenas, que June ponía a prueba.

Di un paso hacia atrás involuntariamente. Mientras veníamos, Ysanne me había asegurado que había revisado y vuelto a revisar las cadenas para que no volvieran a soltarse, pero las veía saliendo disparadas de la estructura de madera y a June lanzándose hacia mí.

—Sé que esto debe de ser muy difícil para ti, pero tienes que recordar quién eres. Tienes que recordarme —le dije.

June se revolvió moviendo la cabeza de un lado a otro. El repugnante repiqueteo de las cadenas hizo que me rechinaran los dientes. Sus ojos brillaban como el fuego del infierno, más rojos que la sangre que formaba costras en su barbilla.

Giré la cabeza y miré a los vampiros, que me observaban con ojos y rostros inexpresivos.

—Escuchad, no sirve de nada que os quedéis ahí mirando. Me siento presionada.

—¿Qué esperabas que hiciéramos? —repuso Ysanne.

—No sé, quizá quedaros fuera, en la puerta. Dadme un poco de espacio.

Negó con la cabeza y me pregunté cómo se las arreglaba para que no se le moviera ni un solo mechón de pelo.

—Es muy peligroso.

—Creía que habías dicho que estaba bien sujeta.

—Lo sabotearon una vez, y no permitiré que vuelva a suceder —replicó Ysanne.

—Bien, pero ¿tenéis que estar aquí los tres? Parece una exhibición.

Sabía que estaban aquí para asegurarse de que no me hiciera daño, pero el objetivo principal era que recurriera al vínculo que había compartido con June en la vida para llegar a ella. No podría hacerlo con tanta gente mirando.

—¿Tienes una idea mejor? —El rostro de Ysanne reflejaba tantas emociones como el mármol, pero su voz era afilada como una daga y sus ojos eran como el hielo. Sin duda la estaba molestando.

—Sí. Ludovic y tú esperáis fuera, y Edmond se queda conmigo.

Edmond levantó una ceja y pasó la mirada de Ysanne a mí. Ella entrecerró los ojos, pero no se negó rotundamente, así que seguí adelante.

—Edmond puede manejar a June si algo va mal, y aunque no pueda, June no podrá salir si estáis en la puerta.

Seguía sin parecer convencida.

—Déjame intentarlo —le supliqué—. No puedo recordarle a mi hermana quién es si estoy rodeada de gente de la que no me gusta siquiera que me mire.

Edmond apretó los labios, pero no supe si estaba conteniendo la risa o alguna otra cosa. Tardé un momento en ajustar la mente y la boca, y me mordí la lengua. Acababa de decirle a Ysanne que no me gustaba. Ella no podía impedirme pensarlo, pero decírselo a la cara era otra historia.

Y por la mirada que me lanzó, como si yo fuera una cucaracha, lo sabía.

—Todo irá bien, *vieille amie* —murmuró Edmond—. Estaré con ella todo el tiempo.

La boca de Ysanne se estrechó hasta convertirse en una línea delgada.

—Muy bien. Pero si sospechas que algo va mal, aunque sea por un segundo, me llamas.

—Por supuesto.

Esperé a que ella y Ludovic hubieran salido antes de volver a hablar. Su oído vampírico seguramente les permitiera oír todo lo que dijéramos, pero no tener la presión de sus ojos sobre mí era muy diferente.

—¿Cómo acabas de llamarla? —le pregunté a Edmond por hacer tiempo y no tener que enfrentarme de nuevo a mi monstruosa hermana.

—Vieja amiga.

Al menos no era una expresión muy cariñosa.

Las cadenas de June sonaron detrás de mí y me recordaron que estaba intentando posponer lo que había venido a hacer, pero no me atrevía a mirarla. Edmond se acercó a mí, me apoyó las manos en los hombros y me giró suavemente hasta colocarme frente a June.

—Si no estás lista, podemos volver otro día —me dijo en tono amable.

June se tambaleó. La cabeza le caía sobre los hombros, y de su garganta salían silenciosos gemidos. Verla así me provocó una rápida punzada de dolor en

el corazón. Cuando no intentaba matarme, estaba claro que sufría mucho.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y Edmond me apretó los hombros.

—Llora si lo necesitas —me dijo.

—No puedo desmoronarme ahora.

—Puedes, *mon ange*. Si te desmoronas, te ayudaré a recomponerte.

Por un aterrador y abrasador momento, lo único que quería era cerrar los ojos, fundirme contra su pecho y tirar de sus brazos para que me rodearan. Intenté decirme a mí misma que todavía estaba enfadada con él por haberme ocultado lo de mi hermana, pero era imposible pensar con claridad cuando su presencia me rodeaba, suave y excitante. El ligero peso de sus manos en mis hombros hizo que sintiera un hormigueo en la piel.

—No —susurré y me aparté—. No.

Edmond dejó caer las manos a los costados lentamente y me observó con su habitual inescrutabilidad. Quizá no me sentiría tan en conflicto con este hombre si pudiera adivinar lo que estaba pensando.

Volví a darle la espalda, me coloqué frente a June y me pasé los brazos alrededor del estómago. Tenía que olvidar que estaba rabiosa e intentar recordarla como había sido. Si no lo conseguía, ¿cómo iba a esperar que lo consiguiera ella?

—Debes de estar sorprendida de verme aquí. —Señalé la habitación que nos rodeaba—. Vaya, ¿Belle Morte? No es exactamente mi lugar favorito del mundo. Lo sé, lo sé, crees que es mejor que Disneyland y Cadbury World juntos, así que debes de haberlo pasado genial aquí... Toda esa ropa bonita, los bailes elegantes y las cenas exquisitas. Apuesto a que era lo que siempre habías soñado.

Ella me devolvió la mirada mordiendo la mordaza. Tenía el pelo enredado en mechones apelmazados alrededor del cuello y las orejas. Su piel era más pálida que la de un vampiro y tenía las mejillas hundidas, casi cóncavas. Lo que Isabeau le había estado dando de comer no era suficiente. Pero Ysanne había dicho que los rabiosos nunca estaban satisfechos. Si era cierto, hiciera lo que hiciese Isabeau, June siempre tendría hambre.

Me sentí mal pensando en los alimentos caros y nutritivos que los donantes comían tres veces al día. A eso se había apuntado June. No a esto.

—Apuesto a que jamás se te había pasado por la cabeza que pondría un pie en esta mansión. —Empecé a reírme, pero mi risa se convirtió en un sollozo.

Los ojos rojos de June estaban fijos en mi cara. Arrastraba los pies por la moqueta, como un zombi, pero los brazos le colgaban flácidos de las cadenas.

No intentaba matarme, lo cual era una gran mejora respecto de nuestro anterior encuentro.

—Tampoco a mí se me había pasado por la cabeza que estaría aquí, pero lo estoy. He venido por ti, June. Tienes que saberlo. Pese a lo que te hayan hecho estos vampiros, sigues siendo mi hermana y no voy a rendirme. Voy a salvarte.

Di otro paso adelante mirando el rostro que, a pesar de todo, conocía tan bien. Seguía siendo mi June, la chica con la que había compartido toda mi vida. Volvería a ser esa chica, vampira o no.

June había dejado de mover los pies. Todo su cuerpo de vampira se quedó inmóvil. Creí que estaba llegando a ella.

Me equivoqué.

—Renie...

El resto del grito de advertencia de Edmond quedó ahogado por el gruñido de June al abalanzarse sobre mí. Las cadenas se mantuvieron firmes y devolvieron su cuerpo a su lugar, pero yo tropecé al retroceder.

Corrí directamente hacia el pecho de Edmond, que me abrazó y me acarició el pelo. Me murmuró algo en francés con una voz suave y reconfortante, aunque no entendí ni una palabra.

La puerta se abrió y Ludovic dijo:

—¿Va todo bien?

—Un pequeño contratiempo. —La voz de Edmond sonaba más profunda porque yo tenía el oído pegado a su pecho.

La puerta volvió a cerrarse.

—¿Estás bien? —me preguntó Edmond inclinando suavemente mi cabeza hacia atrás con una mano.

Levanté la mirada hacia él, hacia esos ojos que normalmente eran duros y brillantes como diamantes, pero que se suavizaron cuando me miró.

El traqueteo de las cadenas de June me hizo dar un respingo, justo en el

momento en el que casi sucumbía al hechizo de Edmond y a punto estuve de partirme la cabeza contra su barbilla.

—Soy idiota. Creía que podía hacerlo —susurré. Me volví y miré las manchas ensangrentadas de los brazos de June, donde las cadenas le habían destrozado la piel.

—No seas tan dura contigo misma. Nadie esperaba que avanzaras mucho el primer día.

—Pero... no soporto verla así.

—Te entiendo.

—No, no me entiendes. —Me giré hacia él, de repente furiosa, y June se movió detrás de mí, quizá nerviosa por la oleada de rabia que inundaba la habitación—. ¿Cómo mierda vas a entenderme? No es tu hermana. Está sufriendo, no puedo ayudarla y no tienes ni idea de lo que es eso.

Edmond me miró con expresión crispada.

—Perdí a toda mi familia. He perdido a casi todos a los que alguna vez amé. He visto a más amigos ir a la tumba de los que cualquier ser humano podría ver en toda su vida. He visto cosas que no puedes imaginar y he vivido cosas que tus peores pesadillas no podrían evocar. No me digas que no sé lo que es.

La rabia en su voz se quebró y brotó el dolor, que le atravesó el rostro como una sombra.

La vergüenza fluyó sobre mi piel e hizo que me picaran los ojos. Menos mal que había roto el único espejo de la habitación, porque no habría soportado ver mi imagen. El dolor y la pérdida no eran monopolios míos.

—Lo siento —me disculpé en voz baja, y en los ojos de Edmond se atenuó la rabia—. Soy una egoísta, pero solo veo lo que le está pasando a mi hermana, y me está destrozando.

—Lo sé. —Me indicó con un gesto que me acercara y, a mi pesar, fui hacia él—. Vuelve a intentarlo —murmuró apoyando las manos en mis hombros.

Lo intenté.

Le recordé a June nuestras discusiones por su obsesión con los vampiros y los amigos vladictos. Conseguí recordar esas peleas con humor, y no era fácil, pero Edmond me consolaba constantemente y me recordaba que no estaba sola.

Aunque era un vampiro y formaba parte de la casa que había permitido que le pasara esto a June, aunque me había engañado, no podía odiarlo.

Pero al rato quedó claro que mis palabras no tenían ningún efecto. June empezó a ponerse cada vez más nerviosa, mordía salvajemente la mordaza e intentaba liberarse de las cadenas. En sus pies descalzos vislumbré manchas brillantes salpicadas de sangre que se había hecho al frotar la moqueta intentando soltarse. Al ser una vampira, deberían haberse curado casi de inmediato, pero, como se movía constantemente, las heridas se abrían una y otra vez.

No pude soportarlo más. La desesperación me aplastó el corazón y lo apretó hasta atenazarme. Las paredes de esa horrible habitación se abalanzaron sobre mí hasta que apenas pude respirar.

—Tengo que salir de aquí —dije.

Corrí hacia la puerta sin darle a Edmond la oportunidad de responder, empujé a Ysanne y a Ludovic, y hui por el pasillo hacia la escalera.

El traqueteo metálico de las cadenas de June me siguió todo el camino.

Capítulo 16

Edmond

El pelo de Renie se rizaba como la cola de un cometa mientras huía, y Edmond la observó alejarse.

Los ojos de June se clavaron en él. Tenía la mordaza empapada de saliva de color oxidado. Los vampiros se alimentaban solo de humanos, pero los rabiosos pillaban todo lo que podían. Si June se soltaba, iría a por él exactamente igual que a por Renie.

Edmond negó con la cabeza y salió de la habitación.

Renie le había dicho que era más cruel desde que sabía la verdad que cuando creía que June estaba muerta, y empezaba a entender que tenía razón. Al decirle que había una posibilidad de salvar a June, le habían dado esperanzas, que podrían ser lo más cruel de todo. Renie se aferraría a esa idea el mayor tiempo posible, y si todo se desmoronaba, la decepción la destruiría. Quizá no deberían haberle dado esperanzas.

Pero no lo había decidido él.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ysanne mientras él cerraba la puerta y dejaba a June encerrada.

—No ha funcionado.

Ysanne pareció molesta y sus fosas nasales se ensancharon.

—No podemos esperar milagros de inmediato —le advirtió Edmond—. Renie todavía tiene mucho que aceptar y debemos darle tiempo para que se adapte.

—Tenemos tiempo de sobra para que vuelva a intentarlo —dijo Ludovic.

Edmond asintió y ambos observaron a Ysanne esperando su reacción.

Era su cruzada. La decisión final estaba en sus manos. Pero no era tan tonta como para pensar que un solo día alejaría la rabiosa sed de sangre de la mente de June. Sería una lucha larga y sombría, y Renie tenía que estar a la altura de ese desafío.

Edmond creía en ella. Desde el momento en que Renie llegó a Belle Morte, dejó claro que no se dejaría intimidar ni asustar, y rechazó rotundamente las mentiras que Ysanne había intentado que se tragara. Edmond no esperaba su intensidad, su determinación, ni que pareciera tan viva.

No era más que un pez pequeño en un estanque grande, pero creaba olas importantes, y Edmond se había dado cuenta. Había algo especial en Renie Mayfield. No había que subestimar a una persona con tanta vida, valor y pasión.

Pero toda esa pasión se había fundido en dolor, y verlo en los ojos de Renie hizo que algo le doliera en el lugar donde una vez había latido su corazón. No podía ayudarla a salvar a June, pero podía asegurarse de que no estuviera sola en el intento.

Al menos podría ser lo que ella necesitaba: un amigo.

Renie

Tenía la sensación de que Edmond vendría a por mí y me alegré cuando lo hizo. El enfado hacía que me temblaran las manos y que mis pies quisieran correr.

La verdad era que no quería descargar aún más mierda sobre Roux, pero necesitaba a alguien con quien hablar, así que cuando Edmond apareció detrás de mí, solo le dije:

—Sígueme.

Lo llevé a la biblioteca. Me alegré de que estuviera tan vacía como siempre y me dirigí directamente al sofá más cercano, pero en cuanto me senté, me levanté de un salto. Estaba demasiado nerviosa para quedarme quieta.

Edmond se sentó.

—No lo consideres un fracaso —me dijo siguiendo con la mirada mis breves e irritados movimientos—. Considéralo el principio.

—No quiero hablar de este tema.

Había sido una tontería creer que podría superar la sed de sangre tan rápido, pero no había podido evitar esperarlo.

De repente la realidad se desplomaba como si la golpeara un mazo de demolición. Tendría que hacerlo todos los días. Tendría que entrar en una habitación horrible que apestaba a muerte y ver en qué se había convertido June todos los días.

Edmond apoyó el brazo en el respaldo del sofá, con los pálidos dedos colgando.

—Puedo quedarme en silencio si lo deseas.

—No, háblame.

—¿De qué?

—De cualquier cosa. Tengo que dejar de pensar en June. —De pronto se me ocurrió—. Háblame de Ludovic.

Edmond no cuestionó mi extraña solicitud, y menos mal, porque no habría sabido qué contestarle. Ludovic era un extraño para mí, pero era amigo de Edmond, alguien de quien podía hablarme. Y necesitaba llenarme la cabeza con algo que no fuera mi hermana.

—Conocí a Ludovic en 1916, en el frente occidental —me contó Edmond.

—¿Te refieres a la Primera Guerra Mundial?

Asintió.

Miré boquiabierta al vampiro, que no parecía mucho mayor que yo.

—¿Luchaste en la Gran Guerra?

—Puedo asegurarte, *mon ange*, que no tuvo nada de grande.

Por una vez me quedé sin palabras. Había aprendido todo lo que sabía sobre la guerra de trincheras en la escuela, la falsa propaganda a la que se había recurrido para animar a los jóvenes a alistarse, y la brutal y sangrienta realidad que descubrieron cuando lo hicieron. Conocer a una persona que hubiera visto y sobrevivido a eso era increíble en cualquier circunstancia, pero el hecho de que Edmond todavía tuviera exactamente el mismo aspecto que había tenido entonces me descolocaba. Era casi imposible imaginar que de verdad hubiera visto todo aquello hasta que lo mirabas a los ojos. Podía perfeccionar la máscara

inexpresiva, pero cuanto más lo miraba, más vislumbraba las sombras residuales de los horrores del pasado.

—No podía alimentarme de mis compañeros soldados, así que me vi obligado a beber de las ratas. Siempre había muchas y eran lo bastante pequeñas para que nadie me viera matándolas.

Me imaginé los cuerpos peludos, gordos e hinchados sobre los cadáveres, chillando y corriendo por el barro y la masacre, y se me revolvió el estómago.

—Ludovic había vivido en Inglaterra desde 1879. Cuando estalló la guerra, decidió luchar por el que se había convertido en su país. Yo era el primer vampiro al que veía en mucho tiempo.

—Sobrevivisteis juntos a la guerra.

Los vampiros se curaban mucho más rápido que los humanos, pero ni siquiera ellos podían sobrevivir a todo. Arriesgaban su vida cuando se alistaban, como cualquiera de los soldados que se apiñaban en aquellas horribles trincheras.

Edmond se quedó un momento en silencio, con la mirada perdida.

—A duras penas —dijo por fin.

Yo seguía caminando de un lado a otro, pero ya no estaba tan nerviosa. Movía los pies por encima de la moqueta en lugar de intentar clavarla en el suelo.

—Una noche cayó una bomba en nuestra pequeña zona de las trincheras. Tres hombres volaron en pedazos en el acto y otro resultó gravemente herido.

—¿Ludovic?

Edmond levantó los ojos hacia los míos, y la crudeza que vi en ellos era como si estuviera reviviendo toda la pesadilla.

—Yo.

Miré al hombre increíblemente hermoso que tenía ante mí, y una vez más intenté imaginarlo como algo por debajo de la perfección.

—¿Qué pasó?

—Mis heridas eran demasiado graves para curarse por sí solas, y la sangre de rata no bastaba. Puede que no entiendas lo que voy a contarte, pero no te lo voy a ocultar. Necesitaba sangre humana para recuperarme, más de la que cualquier

persona podría dar sin morir. Así que Ludovic hizo lo que sintió que tenía que hacer.

»Mató a alguien.

No debería haberme sorprendido. Siempre había predicado sobre lo poco que la gente sabía de los vampiros y sobre lo que muchos de ellos podrían haber hecho en el pasado. Pero Ludovic siempre parecía muy tranquilo, incluso amable, para ser un vampiro.

Podía imaginarlo mordiendo a alguien.

No podía imaginarlo matando a nadie.

—Ese día otro soldado había resultado gravemente herido. —La voz de Edmond era plana y firme, sin inflexiones—. Ludovic lo mató y me alimentó con su sangre.

Dejé de caminar por fin y me senté junto a Edmond en el sofá, con cuidado de no acercarme demasiado.

—¿El tipo habría muerto de todos modos?

No sería tan grave si Ludovic simplemente hubiera acelerado el camino de un moribundo y le hubiera robado sus últimas horas para que Edmond pudiera vivir.

—Nunca lo sabremos. Quizá habría sobrevivido o quizá estaba a las puertas de la muerte. Yo no estaba en condiciones de hacer preguntas. Después Ludovic se negó a hablar del tema. Cuando terminó la guerra, desapareció.

—¿Por qué? Creía que erais amigos.

—Lo éramos. Pero incluso los vampiros podemos quedarnos traumatizados por los horrores de la guerra. Yo ya había luchado en dos guerras, la de sucesión española y la de sucesión polaca, pero Ludovic no. Cuando por fin salimos de aquellas trincheras, se derrumbó y no volví a verlo hasta 1980. Para entonces, ambos habíamos tenido tiempo para aceptar lo que habíamos visto y hecho, y retomamos nuestra amistad. Desde entonces hemos sido inseparables.

—¿Qué hiciste después de la guerra?

Había querido que me hablara simplemente para poder concentrarme en algo que no fuera June, pero lo que estaba contándome me interesaba de verdad.

—Me convertí en una especie de recluso. Casi todos los vampiros hemos

vivido un infierno u otro, y a veces es demasiado para nosotros. Ludovic era el único amigo de verdad que había tenido en mucho tiempo, y sin él estaba totalmente solo. No tuve fuerzas para luchar en la Segunda Guerra Mundial, así que fui a Irlanda en busca de Caoimhe.

—¿La señora de Fiaigh? —le pregunté pensando en la única casa de vampiros de Irlanda.

—Sí. La había conocido en el siglo XIX y hacía mucho tiempo que no la veía, pero eso no significa demasiado cuando eres inmortal. Volví a Irlanda porque necesitaba a un amigo y no sabía en qué otro lugar encontrarlo. Pero no di con ella. Desesperado, fui a Italia esperando en vano hallar a Ysanne, pero resultó tan escurridiza como Caoimhe.

Como yo era una de las pocas personas a las que conocía que no idolatraba a los vampiros, sabía algo sobre sentirse sola. Pero la peor soledad que jamás había sentido palidecía en comparación con la experiencia de Edmond, con cientos de años y sin un amigo en el mundo. No podía imaginarme a mí misma viajando por el mundo buscando desesperadamente un rostro conocido, ni entender la tremenda decepción que debió de sentir Edmond cuando no pudo localizar a sus viejos amigos.

Edmond me sonrió ligeramente, como si lo que estaba contándome no fuera tan importante.

—Al final volví a Inglaterra y viví solo hasta que me reuní con Ludovic.

No me extrañaba que Edmond se hubiera enfadado cuando lo había acusado de no entender mi dolor. La vergüenza volvió a invadirme las mejillas, aunque ya me había disculpado.

Pero no se trataba solo de eso. ¿Cuántas veces había juzgado a Edmond por ser vampiro y lo había considerado inferior porque no era humano? Había luchado en la guerra por este país y había arriesgado su vida por proteger a personas inocentes de los lobos hambrientos que merodeaban en nuestras costas. ¿Qué demonios me daba derecho a menospreciarlo?

Nunca había pensado que Belle Morte empezaría a dejar al descubierto las grietas de mi carácter.

—Haces que me dé cuenta de lo mucho que no sé —le dije.

—Hay cosas que es mejor que no sepas.

«Como la posibilidad de que alguien utilice a mi hermana para intentar matarme», pensé.

Levanté las rodillas y apoyé en ellas la barbilla.

—No puedo creerme que lucharas en una guerra mundial. Si te hubiera conocido cuando todavía iba a la escuela, mis trabajos de historia habrían sido brillantes.

—Incluso podría haberte mostrado una pequeña parte.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando explotó la bomba, un trozo de metralla se me introdujo en el costado. Todavía sigue ahí.

—Me tomas el pelo.

—En absoluto.

Me giré y me moví hacia delante para acercarme a él.

—¿Estás diciéndome que llevas un trozo de metralla en el cuerpo desde hace más de cien años?

Me lanzó una sonrisa casi burlona y un rayo de calor me atravesó el estómago. Cuando me sonreía así, me olvidaba de casi todo.

—¿Quieres la prueba? —Edmond empezó a desabrocharse la camisa.

Se me secaba la boca a medida que, poco a poco, descubría la suave extensión de su pecho. Tenía la piel impecable, marfil perfecto solo interrumpido por una tenue sombra de pelo oscuro por debajo del ombligo, que desaparecía en los pantalones. Olvidé totalmente que Edmond quería mostrarme algo y contemplé como una idiota su hermoso pecho.

—¿Renie? —me dijo en tono divertido.

—¿Eh? ¿Qué? —balbuceé desviando los ojos de su cuerpo.

Edmond cambió de posición y colocó su costado izquierdo hacia mí. Y allí, estropeando esa piel perfecta, había una protuberancia de un dedo de longitud.

Antes de haber podido plantearme si era buena idea o no, extendí la mano y la toqué. Su piel estaba fresca, pero no fría, y era suave y tentadora como la seda. La metralla era un bulto duro, inflexible bajo mis dedos.

—¿Qué es? —le pregunté.

—No lo sé. Estaba demasiado ocupado desangrándome para descubrirlo.

—¿Por qué nunca te la quitaste?

Siendo vampiro, podría arrancarla y dejar que la herida se curara.

Edmond miró el único defecto de su torso esculpido.

—No quise. Los vampiros no tenemos cicatrices. Podrían torturarnos casi hasta la muerte, pero cuando nos curamos, nuestro cuerpo no muestra signos de lo que hemos pasado.

—Lo dices como si fuera malo.

—Cuando vives para siempre, puede serlo. ¿Te imaginas lo que es no cambiar nunca el lienzo de tu piel? Podemos cambiar el pelo y la ropa, pero nuestro cuerpo sigue siendo el mismo. Las cicatrices no siempre son malas. A veces son recuerdos. —Tocó la metralla bajo su piel—. La mantengo como recordatorio constante de dónde he estado y qué he hecho.

Una vez más, recorrí con los dedos lo que probablemente era un trozo de metal incrustado para siempre en el costado de Edmond, y de golpe pude imaginarlo herido en la guerra, su cuerpo destrozado y ensangrentado se desvanecía, y esos ojos brillantes se apagaban.

Lo que Ludovic había hecho no era necesariamente lo correcto —la vida de Edmond no era más valiosa que la de otro soldado—, pero ¿podía asegurar que yo no habría hecho lo mismo en su lugar?

Yo era tan egoísta como cualquiera, probablemente tan capaz de hacer cosas oscuras para salvar a las personas a las que quería, así que no podía juzgar a Ludovic por la decisión que había tomado hacía mucho tiempo, en una pesadilla en la que los humanos se reducían unos a otros a bultos retorcidos de carne.

De repente me di cuenta de que seguía tocando a Edmond, de que mis dedos acariciaban la metralla de arriba abajo. Nuestros cuerpos casi se tocaban, y retiré la mano como si su piel estuviera al rojo vivo.

Edmond siguió el movimiento y se inclinó hacia mí con una gracia casi inhumana. Me colocó una mano en la mejilla.

Por un instante cerré los ojos. Hacía más con las yemas de los dedos en mi mejilla que cualquier otro hombre en toda mi vida.

Pero...

—No puedo... —susurré apartándome.

Esta vez no me siguió, sino que se quedó quieto, con los ojos oscuros e insondables, mientras yo retrocedía poco a poco.

—No podemos hacerlo —repuse.

Edmond se echó hacia atrás y se apoyó en el sofá como si no hubiéramos estado a un centímetro de besarnos.

—Tienes razón —me contestó, y sentí una descarga de decepción.

—Pero gracias —le dije—. Por todo.

Apenas había pensado en June desde que habíamos entrado en la biblioteca, y aunque volvía a aparecer en mi agotado cerebro, no sentía el mismo pánico aplastante ni la misma desesperación que cuando había salido corriendo del ala oeste. Edmond me había calmado.

Edmond empezó a abotonarse la camisa.

La puerta se abrió y entró Ludovic. Pasó la mirada de Edmond a mí con rostro inexpresivo.

—Debería marcharme —me dijo Edmond poniéndose de pie.

—¿Nos vemos mañana?

Entre nosotros no podía haber nada, pero quería que estuviera conmigo cuando fuera a ver a June.

Se detuvo y giró la cabeza hacia mí, aunque dirigió la mirada a los estantes de libros que estaban por encima de mi cabeza.

—Por supuesto. Te veré por la mañana, Renie.

Los dos sabíamos que así tenían que ser las cosas. ¿Y por qué verlo alejarse hizo que me sintiera como si algo dentro de mí se rompiera?

Edmond

Por un momento casi había perdido el control y no sabía si estaba asqueado o asombrado consigo mismo. Debería asquearle que, después de cientos de años, no pudiera controlarse ante un par de ojos bonitos, pero no podía dejar de asombrarse de que, a pesar de todo, su magullado y maltrecho corazón aún pudiera sentir así.

Pero no quería que lo hiciera.

Había jurado no volver a amar.

El sexo casual era una cosa, simplemente satisfacer una necesidad física. No era lo que sentía con Renie, al menos no era solo lo que sentía cuando estaba con ella. Ella hacía que todo pareciera más brillante y mejor, y alisaba las cicatrices que arrastraba en su interior.

Apoyado contra la pared, fuera de la biblioteca, pasó distraídamente los dedos por la metralla y trazó el recorrido que habían hecho las yemas de los dedos de Renie.

—No puede ser —le advirtió Ludovic.

Edmond no insultó la inteligencia de su amigo fingiendo que no sabía de qué le estaba hablando.

—Estoy cortando los hilos, créeme.

Ludovic asintió e inclinó la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared.

—Los dos sabemos cómo acaba.

Los recuerdos se desplegaron en la mente de Edmond: Lucy, infectada de peste y arrojada a una fosa común; el asco y el horror en el rostro de Charlotte cuando arrastró a una muchedumbre ante su puerta; Marguerite, muriendo en sus brazos; Elizabeth, envejeciendo feliz sin él.

Aunque las relaciones entre humanos y vampiros no estuvieran prohibidas, ¿cómo podría Renie sentirse cómoda sabiendo que ella envejecería y moriría, y él no? Aunque la civilización se convirtiera en polvo y dejara solo a los vampiros en pie en las ruinas, Edmond seguiría teniendo exactamente el mismo aspecto. Viviría para siempre, pero las vidas humanas acababan demasiado rápido. Tendría que verla morir.

Las relaciones entre humanos y vampiros sencillamente no tenían finales felices, y eso no iba a cambiar porque Renie hubiera entrado en su vida.

No podía funcionar.

Y no podía convertirla, por supuesto.

Solo se podía convertir a personas en casos de emergencia. Enamorarse no contaba. Además, en cierta ocasión Edmond había intentado convertir a una mujer a la que amaba y no había acabado bien. No volvería a hacerlo.

Renie se merecía a un hombre humano que le diera todo lo que quería.

Cuando se marchara por fin de Belle Morte, no miraría atrás. Se enamoraría, se casaría, formaría una familia y viviría una feliz vida mortal mientras Edmond seguía encerrado en el pequeño refugio que Belle Morte había creado.

—Los humanos que desean ser como nosotros no tienen ni idea de en qué se meterían —murmuró.

—Solo ven la fantasía tonta, el sueño de la inmortalidad. Ni siquiera se imaginan nuestra realidad —corroboró Ludovic—. Las mortales no son para nosotros, viejo amigo. Son demasiado frágiles, demasiado delicadas y demasiado fáciles de romper.

Lo dijo de corazón. Ludovic conocía el dolor de la pérdida tan bien como Edmond.

—No se romperá mientras yo esté aquí —le dijo Edmond—. Pero tampoco me romperá a mí.

Endurecería su corazón contra la chica que ni siquiera entendía el efecto que tenía sobre él. Cuando por fin llegara el momento, se alegraría de dejarlo atrás, se alegraría cuando no fuera más que un recuerdo.

Y ella sería solo un recuerdo para él, pero sería un recuerdo brillante, un tesoro secreto que guardaría en el lugar donde una vez latía su corazón, y recordaría la caída de su pelo y el intenso brillo de sus ojos.

Así la recordaría, incluso cuando ya estuviera muerta.

A la mañana siguiente, cuando fueron al ala oeste, Renie no mencionó el hecho de que casi se habían besado el día anterior ni actuó como si nada hubiera cambiado.

Pero Edmond tenía que hacerlo.

Tenía que ser frío y distante con ella y alejarla, porque había llegado el momento de aceptar que no podría quedarse con ella.

Entraron en la habitación de June y cerraron la puerta. Dejaron a Ludovic haciendo guardia fuera, esta vez acompañado por Isabeau.

—¿Por qué ha venido Isabeau cuando Ysanne no quería que se uniera a nosotros? —le preguntó Renie arrugando la frente.

—No lo sé —le contestó Edmond en tono plano y distante, como si estuviera hablando con un extraño.

Renie lo miró sorprendida, pero June gruñó, y Renie se centró en su hermana.

Pasó dos horas frente a June hablando, contándole historias de su infancia y adolescencia, las peleas que habían tenido y cómo se habían reconciliado después. A su pesar, Edmond estaba pendiente de cada palabra y escuchaba el desarrollo de esa vida tan corriente, lo único que nunca podría tener.

Pero nada de lo que dijo surtió ningún efecto.

Cuando se le secó la garganta y no pudo seguir hablando, se puso de pie y se acercó a Edmond.

—Supongo que hoy no es el día.

—No pareces decepcionada —no pudo evitar decirle Edmond, aunque no la miró.

—Ya no me hago ilusiones de conseguirlo de la noche a la mañana. Exigirá tiempo y paciencia.

—Efectivamente.

Renie jugueteó con sus mangas.

—¿Por qué estás tan raro?

—No lo estoy.

—Madre mía, ¿es por lo que pasó ayer?

—Ayer no pasó nada.

—Vale, ¿es por lo que no pasó ayer?

Edmond se sintió frustrado. Había estado solo tanto tiempo que no sabía cómo lidiar con esta situación, y obviamente no la manejaba bien. Decirse a sí mismo que tenía que alejarla por el bien de ambos era mucho más fácil cuando ella no estaba frente a él.

—¿Qué mierda te pasa, Edmond? —le preguntó.

—¿No crees que es mejor así?

Renie apretó la mandíbula.

—Creo que estás siendo un gilipollas. Que no podamos estar juntos no significa que tengas que ser así.

—Es lo mejor —insistió. Y quizá lo fuera, pero eso no aliviaba el dolor de que Renie lo mirara así.

—Hablas como Ysanne. Pero duele mucho más viniendo de ti.

—No es lo que quería...

—¿Y qué quieres? —En sus ojos brillaron la rabia y el dolor.

A ella. La deseaba más de lo que nunca había deseado a nadie, pero no podía tenerla, y no encontraba las palabras para decírselo. Pero intentar mantenerla a distancia no estaba funcionando, y tampoco sabía cómo decírselo.

Renie resopló, pasó por delante de él y salió de la habitación.

Renie

Vampiro imbécil.

Lo que había entre nosotros parecía más profundo e importante que mera química, y aunque no podíamos actuar en consecuencia, podíamos ser amigos.

No me había dado cuenta de lo mucho que significaba su amistad para mí hasta que me la retiró.

Las lágrimas me nublaron los ojos y me detuve en medio del pasillo. Era ridículo... ¿Llorar por un chico con el que nunca había tenido una oportunidad?

Edmond tenía razón, aunque no quería que la tuviera. No me quedaría en Belle Morte una vez que hubiera salvado a June, así que quizá cortarlo cuanto antes nos ahorraría a los dos un incómodo adiós más tarde.

No podía imaginarme despidiéndome de Edmond.

Hacía solo unos días que lo conocía, pero algo de ese guapo vampiro se me había metido debajo de la piel. Quería escuchar más historias suyas, saber más de su pasado. Quería besar sus pálidos labios y pasar los dedos por su pelo oscuro como la medianoche.

Fui a la biblioteca. Estaba tan felizmente vacía como siempre. Los libros me miraban desde sus pulidos estantes. Recorrí despacio la sala concentrándome en que cada paso fuera exactamente igual.

No podía controlar toda la situación, pero sí cómo me sentía al respecto y cómo reaccionaba. Salvaría a June, por mucho tiempo que me exigiera y por difícil que me resultara, y si Edmond quería alejarme, que se fuera a la mierda. No lo necesitaba. Me dolía, pero no duraría para siempre. Cuando me marchara de la casa, no volvería a verlo. Seguiría adelante, encontraría a alguien a quien

pudiera amar y que pudiera amarme a mí. Edmond podría quedarse en su lujosa mansión, a las órdenes de la gélida Ysanne, rodeado de un sinfín de guapas donantes, hasta que dejara de recordar mi cara.

Me picaban los ojos.

—Oh, por el amor de Dios —murmuré pasándome los dedos, enfadada—. Sé fuerte, Renie.

—Sigues hablando sola, por lo que veo.

Casi se me salió el corazón por la boca cuando la suave voz me rozó como el terciopelo. Edmond estaba frente a la puerta con sus oscuros ojos clavados en mí.

Se me secó la boca y todo pensamiento huyó de mi cerebro. Cuando estaba lejos de él, olvidaba el poderoso efecto que tenía sobre mí, y cada vez que volvía a verlo me golpeaba como si fuera la primera.

—*Mon ange*, ¿qué estás haciendo conmigo? —susurró Edmond.

Cruzó la habitación en tres zancadas, sin darme la oportunidad de responder, y luego su boca estaba sobre la mía.

Capítulo 17

Renie

Todo mi cuerpo se convirtió en líquido.

Nada en el mundo podría haberme preparado para la sensación de los labios de Edmond. Me aferré a sus hombros para que no me fallaran las piernas. La electricidad recorrió todas las fibras de mi cuerpo e hizo que mis terminaciones nerviosas soltaran chispas.

Nadie me había besado así jamás.

No sabía que era posible que te besaran así.

El movimiento de su lengua sobre la mía, el gruñido en su garganta cuando me atrajo con más fuerza hacia él... Me perdí en un mar de sensaciones. Me ahogaba en Edmond.

Rocé con la lengua sus duros colmillos, y la realidad atravesó la deliciosa niebla en la que flotaba. Estaba besando a un vampiro. Pero no pude parar.

Cuando nos separamos para respirar, yo jadeaba, temblaba y ardía de puro deseo. Los ojos de Edmond brillaban rojos, como dos charcos de rubíes fundidos. Eso hacía que su piel pareciera más pálida, y sus pómulos, más afilados.

—¿Qué...? ¿Por qué...? —Me sentía borracha o drogada, como si tuviera la cabeza llena de algodón, y los labios me hormigueaban con la increíble huella de Edmond.

Edmond parecía un poco avergonzado, una expresión que nunca pensé ver en su rostro.

—Perdóname, *mon ange*. No he podido evitarlo.

—Muérdeme —le susurré con una imprudencia salvaje apoderándose de mí.

Me miró sin entender.

Era incapaz de explicar lo que se me pasaba por la cabeza. Me mantenía en equilibrio sobre un precipicio, abrumada por la urgencia de saltar y hundirme en el abismo para ver qué me esperaba allí. Solo podía pensar en labios, dientes y brillantes ojos rojos. Quería algo más que los besos de Edmond.

—Muérdeme —le repetí acercándole la mano al rostro.

Todo ese momento me parecía un sueño, algo salvaje, apasionado y totalmente desconectado de la realidad, como si pudiera hacer cualquier cosa y no fuera a tener consecuencias.

Edmond me cogió la muñeca. Tenía los colmillos totalmente extendidos, relucientes y afilados como navajas. Por una vez me fascinaron. Quería el placer que tanta gente decía que esos dientes proporcionaban.

Esta vez me relajaría.

Esta vez...

Edmond me mordió y grité de dolor.

No, no, no era justo. Se suponía que ya no iba a dolerme. Lo quería, así que ¿por qué mi estúpido cuerpo se tensó como si Edmond me desafiara a una pelea a muerte?

Selló rápidamente los pinchazos y retrocedió, la luz roja de sus ojos se extinguió y la pasión quedó sustituida por una mirada sombría. A pesar del increíble beso que acabábamos de darnos, seguía sin relajarme lo suficiente para que él me mordiera sin que me doliera una barbaridad.

Por extraño que parezca, sentí que debía disculparme por fastidiar el momento, pero no había sido culpa mía. El corazón estaba dispuesto, pero la carne no quería saber nada.

Lo miré. Estaba frente a mí, con la camisa arrugada por donde yo la había agarrado. Yo tenía los labios hinchados por sus besos.

—¿Qué hay entre nosotros? —le pregunté.

Me cogió la mano y deslizó el pulgar por mis nudillos.

—Ojalá lo supiera.

—Pero tú también lo sientes, ¿verdad? —No era posible que me hubiera

besado así sin sentir la electricidad crepitante que compartimos.

—*Oui*. —Me pasó los labios por la mano—. Me digo a mí mismo que debo alejarme de ti, pero no puedo.

Dios, no teníamos esperanza. Ninguno de los dos tenía la fuerza necesaria para mantenernos alejados. Entre nosotros había un cable invisible que nos unía incluso cuando intentábamos evitarlo.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

—No podemos hacer nada, *mon ange*. Ambos sabemos la realidad de esta situación.

Saberlo no impedía que doliera.

—Tengo que mantenerme alejada de ti —le dije retirando la mano.

Era lo último que quería, pero cuanto más nos involucráramos, más difícil sería terminarlo. Teníamos que parar antes de que alguno de los dos se metiera demasiado. Pasé por alto la voz interior que me gritaba que ya me había metido demasiado y que luchaba por mantenerse a flote.

—*Mon dieu*, tienes razón. —Edmond se medio giró y se pasó una mano por la cara—. Me digo a mí mismo que no puedo tenerte, pero cada vez que me doy la vuelta vuelvo a estar en tus brazos.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —bromeé intentando aligerar el ambiente.

No sonrió.

—Pero no puedo estar contigo.

—Lo sé, lo sé. Las reglas de Ysanne.

—Ojalá fuera la única razón. —Me acarició la mejilla. Sentí su mano más fría que nunca contra mi piel sonrojada.

No era justo que pudiera ver cuánto lo deseaba, en mi rubor, en mi corazón palpitante, cuando yo tenía que limitarme a adivinar lo que se le pasaba por la cabeza a menos que decidiera contármelo.

—Renie, soy un vampiro. Las vidas humanas son muy cortas para nosotros.

Me dolía el pecho, y la amenaza de las lágrimas me quemaba los ojos. ¿Cómo podría funcionar una relación entre nosotros? No podíamos quedarnos en la mansión, así que Edmond tendría que forjar una nueva vida en el mundo real, donde sería el objetivo de fans enloquecidos y violentos movimientos

antivampiros.

Aunque consiguiéramos escondernos del resto del mundo, yo sería cada vez más mayor, mientras que él siempre estaría así... perfecto.

Al final me moriría.

Edmond no.

No era justo para ninguno de los dos.

El ardiente y acuciante deseo que sentía por él no bastaba para anular la realidad.

—No quiero que dejes de ayudarme con June —le pedí.

—Si ese es tu deseo, *mon ange* —murmuró—. Pero antes de irme debo hacer una cosa.

Me cogió la cara con ambas manos y me besó. Fue un beso prolongado y tierno. Cerré los ojos y memoricé su sabor.

Era nuestro último beso.

Los dos días siguientes fui a ver a June por la mañana. Edmond estuvo conmigo y, aunque rara vez hablábamos y nunca nos tocábamos, su presencia me daba fuerzas. Pero mi determinación se desmoronaba.

June no mejoraba.

Ninguna de mis palabras sirvió de nada.

—Tenemos que intentar otra cosa —le comenté a Edmond cuando salíamos del ala oeste el segundo día.

—¿Alguna sugerencia?

Lo llevé al primer piso y después a la sala de alimentación vacía más cercana. Apoyado contra la pared del fondo había un sofá de terciopelo. Fui directa a él.

—Bien —le dije—, necesito saber más sobre vampiros y rabiosos, porque todavía hay muchas cosas que en realidad no entiendo.

Edmond se acomodó a mi lado, tan lánguido y hermoso como siempre.

—¿Qué te gustaría saber?

—¿Por dónde empezar? —Intenté organizar las preguntas que se me agolpaban en el cerebro—. ¿Necesitáis dormir?

—¿Qué te imaginas que hacemos en nuestros dormitorios sino dormir? —

Edmond parecía divertido.

—No sé. Solo necesito tener una imagen más clara de cómo funcionan los vampiros y los rabiosos.

—Podemos pasar más tiempo que los humanos sin dormir, pero lo necesitamos. Por lo que sabemos, los rabiosos lo necesitan aún menos.

—¿Por qué?

—No podemos preguntárselo, pero la teoría de Ysanne es que no pueden dormir porque su necesidad de sangre los impulsa desesperadamente.

—No te imagino durmiendo —le dije sin pensar.

Edmond se limitó a sonreír.

—Dijiste que te alimentaste de ratas durante la guerra. ¿La sangre humana es mejor para vosotros o simplemente sabe mejor?

—No podemos vivir de sangre animal indefinidamente. Necesitamos mucha más cantidad de la que necesitaríamos de un humano, pero no nos alimenta igual. Nos guste o no, siempre tenemos que volver a la sangre humana. Cuando Ysanne descubrió a June, no la alimentó en absoluto con la esperanza de que el hambre le afectara. Pero rápidamente quedó claro que solo consiguió que empeorara.

—¿Los rabiosos mueren de la misma manera que los vampiros normales?

—Sí.

—¿Cómo?

Ysanne no me habría confiado esta información. Edmond lo hizo.

—Exponiéndonos a la luz del sol durante demasiado tiempo, quemándonos, decapitándonos o apuñalándonos en el corazón. También podemos morir por heridas graves si no tenemos acceso a sangre fresca. Como los humanos, dejamos un cadáver, a menos que nos dejen al sol, donde acabamos convertidos en cenizas.

—Espera, ¿morís si os apuñalan en el corazón?

—Sí.

—Pero vuestro corazón no late.

—No.

—¿Y cómo puede mataros que os apuñalen ahí?

Edmond abrió las palmas de las manos.

—¿Podéis llorar? —le pregunté.

—Podemos, pero nos cuesta mucho más que a los humanos. —Esperó un momento antes de añadir—: Y nuestras lágrimas son rojas.

—¿En serio?

Asintió.

—Pero vuestra saliva no lo es. —Me habría dado cuenta si lo fuera.

—Correcto.

Me moví en el sofá intentando darle sentido a todo.

—¿Qué pasa con el sudor? ¿Podéis sudar?

—No lo creo. Somos más resistentes a las temperaturas extremas que los humanos. Seguramente tendríamos que estar en el Ártico para que nuestros colmillos empezaran a castañetear, y si podemos sudar, no puedo imaginarme el calor que deberíamos tener.

—Entonces no necesitáis ducharos.

—Técnicamente no, pero creo que la ducha moderna es uno de los mejores inventos de la humanidad.

No necesitaba pensar en Edmond en la ducha, de verdad.

—June siempre decía que tenía derecho a ducharse primero porque era la mayor, y luego tardaba una eternidad mientras yo estaba sentada en la cocina, abrazada a mi toalla y preocupándome por si perdía el autobús a la escuela. Más de una vez me di por vencida y me lavé con una esponja en el fregadero —le dije.

Solía enfadarme mucho, pero en ese momento habría dado cualquier cosa por volver a oírla desafinar en la ducha.

—Imagínate tener que chapotear en un río helado porque las duchas aún no se habían inventado —me comentó Edmond sarcásticamente.

—Acabas de decir que no sentís el frío.

—Lo sentía cuando era humano.

—Así que ¿la capacidad de sentir frío desaparece cuando te conviertes en vampiro?

—Eso parece.

—¿Qué más desaparece? ¿Podéis seguir...? —Hice un gesto vago y Edmond levantó una ceja.

—¿Qué me estás preguntando? —repuso, aunque creo que lo sabía.

—¿Podéis seguir practicando sexo?

—¿Por qué crees que no íbamos a poder?

—Vuestro cuerpo no funciona de la misma manera que el nuestro. Por lo que sé, vosotros no tenéis el flujo sanguíneo necesario para que se levante.

—Puedo asegurarte que sí.

—Bueno, es práctico.

Edmond torció los labios.

—Sin duda lo agradezco.

—Seguro que sí.

Se rio y no pude evitar reírme yo también.

—Pero los vampiros no necesitáis ir al baño, ¿verdad?

—No.

—¿Nunca?

—No.

—No tiene sentido. Si bebéis sangre, debería salir por algún sitio.

Edmond se encogió de hombros.

—Y sangráis —le dije recordando que June le había arañado el brazo—. Incluso podéis desangraros hasta morir. Pero nunca bebéis mucho de un humano a la vez, así que ¿cómo podéis tener suficiente sangre en el cuerpo como para desangraros hasta morir?

—Sinceramente, no lo sé.

—Si sudarais, ¿saldría rojo? —le pregunté.

Inclinó la cabeza.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Cierto, pregunta estúpida.

La sonrisa de Edmond se ensanchó, como si supiera lo que tenía en mente.

—Las lágrimas son nuestros únicos fluidos corporales que salen rojos, si es eso lo que estás preguntándote.

—No era eso —murmuré, pero no soné nada convincente.

Una larga pausa.

—Pero no tiene sentido —solté por fin—. Si vuestra saliva es normal, ¿por qué vuestras lágrimas son rojas? ¿Cómo es posible que necesitéis beber sangre, pero no utilizar el baño? Si no necesitáis que vuestro corazón lata, ¿cómo podéis morir de una puñalada en el corazón?

—Del mismo modo que podemos estar muertos y no muertos al mismo tiempo. Renie, ni siquiera los vampiros entendemos cómo y por qué funcionamos. Somos cosas imposibles.

Intenté asimilarlo.

—Bien, ¿y en qué se diferencian los rabiosos de los vampiros?

—Necesitan más sangre que nosotros, pero nunca se sacian. Duermen muy poco, pero no parece afectarles. No pueden hablar.

Lo pillé al vuelo.

—¿Por qué?

Volvió a encogerse de hombros.

—¿Qué pasó con François? ¿De repente un día no supo hablar?

—Si se hubiera vuelto totalmente rabioso, sí, creo que habría perdido la facultad de hablar, pero lo mataron antes de que llegara a ese punto.

—¿Cuánto tardó en volverse rabioso?

—Se deterioró en cuestión de semanas.

—Pero June se volvió rabiosa en cuanto se despertó como vampira.

—A veces ocurre. Una persona puede volverse rabiosa al instante, o pueden pasar años, décadas o incluso siglos. En realidad no entendemos cómo sucede, pero puede pasarle a cualquiera en cualquier momento.

—¿Podría pasarte a ti? —le pregunté con el estómago encogido.

Edmond se miró las manos.

—En teoría sí. Pero es poco frecuente.

—¿Nadie ha examinado a rabiosos?

—Nunca hemos tenido la oportunidad. Hasta el sistema de donantes, los vampiros no teníamos ningún tipo de sociedad. Desde siempre, los humanos tienen la desagradable costumbre de temer lo que no entienden y matar lo que temen. Ningún vampiro podía quedarse demasiado tiempo en un lugar, porque la

gente que nos rodeaba empezaba a darse cuenta de que nunca comíamos ni envejecíamos, o de que podíamos hacer cosas que los humanos normales no podían. Hasta que Ysanne nos sacó a la luz, la mayoría de los vampiros llevábamos vidas muy solitarias. Si alguno de nosotros descubría a un rabioso, nuestro deber era matarlo, tanto para proteger a todos a los que podría matar con su desenfreno como para evitar que más personas supieran de nuestra existencia.

—Supongo que por eso los vampiros lo mantuvisteis en secreto incluso después de que el mundo supiera que existíais.

—Ysanne creía que era lo mejor.

—Por supuesto. ¿No pensó que la medicina moderna podría ayudar?

—¿Nunca te has preguntado por qué nos escondemos en nuestras casas? —me planteó Edmond. Su mirada oscura me paralizó—. Para muchos de nosotros, es el hogar estable que nunca pudimos tener como vampiros, rodeados de nuestra especie, pero también es para protegernos. ¿Crees que eres la única persona que se pregunta cómo funcionamos? ¿Crees que no hay personas que aprovecharían la oportunidad de cortarnos en pedazos y examinarnos? ¿O que los movimientos antivampiros no nos masacrarían si pudieran? Nos quedamos en nuestras casas porque así estamos a salvo, y hasta cierto punto eso significa mantener la distancia con las personas. Ysanne considera que los rabiosos son un asunto de vampiros, y solo los vampiros podemos lidiar con eso.

En este caso, probablemente tenía razón. El mundo podría no haber aceptado a los vampiros tan rápido si hubiera sabido de la existencia de los rabiosos.

Repasé mentalmente todo lo que había aprendido y revisé toda la información como si de alguna manera fuera a ayudarme con June.

—Los vampiros tenéis preferencias a la hora de morder, ¿no? ¿Y la sangre joven sabe mejor que la vieja?

Edmond asintió.

—¿Eso significa que la sangre de personas diferentes sabe diferente? ¿Los rubios saben diferente de los morenos, por ejemplo? ¿Los hombres saben diferente de las mujeres?

—Sí. Tu sangre, por ejemplo, es lo más exquisito que he probado en mi vida —me dijo Edmond. Su ligero acento francés me acarició.

Tragué saliva e intenté concentrarme.

—¿Alimentar a June con mi sangre podría servir de algo?

Edmond frunció el ceño mientras lo pensaba.

—La verdad es que no lo sé.

—Pero ¿merece la pena intentarlo?

—Merece la pena plantearle la sugerencia a Ysanne —me contestó con cautela.

Salté del sofá y le cogí la mano.

—Pues vamos. Vamos a hablar con ella.

Capítulo 18

Renie

—Rotundamente no —dijo Ysanne reclinándose en la silla detrás de su mesa.

La miré intentando tragarme la descarga de rabia en mi pecho.

—¿Ni siquiera podemos discutirlo?

—Es demasiado peligroso. Nada enloquece a los rabiosos más rápido que la sangre fresca.

Lo había visto yo misma cuando me corté el pie en la habitación de June, pero eso no significaba que no mereciera la pena intentarlo.

—¿Y si de alguna manera reconociera mi sangre? —le pregunté.

—¿Cómo? Nunca la ha probado —señaló Ysanne.

Miré a Edmond, que estaba sentado a mi lado, y él levantó un poco las cejas.

—Edmond me ha explicado muchas cosas sobre vampiros y rabiosos —le confesé.

—¿De verdad? —Ysanne le lanzó a Edmond una mirada fría.

—Si nadie sabe cómo o por qué los vampiros se vuelven rabiosos y no hay forma de predecir a quién le sucederá, entonces no puedes estar segura de que no vaya a funcionar. ¿Alguien lo ha intentado?

Ysanne tardó un momento en contestar, como si estuviera sopesando qué decirme.

—Una vez me hablaron de una mujer humana que intentó alimentar con su sangre a su marido rabioso con la esperanza de curarlo. No funcionó. Al contrario, le dio la fuerza necesaria para liberarse de la habitación en la que ella

lo había encerrado. La asesinó a ella y a sus hijos.

Vaya.

Resistí el impulso de volver a mirar a Edmond. Era mi lucha.

—¿Y si ese rabioso solo necesitaba más tiempo? ¿Y si necesitaba la sangre de su esposa con más regularidad para que funcionara? No sabes lo que habría pasado si no se hubiera liberado —señalé.

Ysanne no pareció convencida, pero seguí presionando.

—Si de verdad quieres ayudar a June, tienes que estar dispuesta a intentarlo todo.

—Muy bien —concedió Ysanne—. Lo intentaremos a tu manera.

—Gracias.

La sorpresa cruzó su rostro, rápida como un parpadeo.

—¿Cómo lo haremos? Es demasiado peligroso permitir que June muerda a Renie —planteó Edmond.

Estuve de acuerdo.

—¿Puede alguien de la enfermería sacarme sangre? Podemos dársela a June en una taza o algo así.

—Suponiendo que alguien esté dispuesto a correr el riesgo de acabar herido por acercarse tanto a ella —dijo Ysanne.

—Yo lo haré —se ofreció Edmond.

Quise cogerle de la mano, pero no podía, por supuesto.

—Pues de acuerdo —convino Ysanne posando su fría mirada en mí—. Supongo que deberías ir a la enfermería.

—¿Estás seguro de que te parece bien? —le pregunté a Edmond mientras volvíamos al ala oeste. Ludovic e Isabeau nos seguían, como de costumbre.

Edmond llevaba en una bolsa de plástico unos trescientos mililitros de sangre mía, y cada vez que yo la miraba, me mareaba un poco. Nunca me había considerado aprensiva, pero era mi sangre, y el hombre por el que sentía algo estaba a punto de alimentar con ella a mi hermana.

—No me hará daño —me aseguró, pero no pude evitar preguntarme si esa alegre confianza era solo para tranquilizarme.

Ludovic e Isabeau no dijeron nada.

Se quedaron en la puerta cuando entramos, y mis nervios empezaron a flaquear al enfrentarme de nuevo al monstruo que se había metido en el cuerpo de mi hermana.

Tuve que quedarme atrás cuando Edmond se acercó a June. Primero revisó las cadenas para asegurarse de que estaban bien atadas, y después le quitó la mordaza y abrió la bolsa de sangre.

June se volvió loca.

Empezó a dar golpes a las cadenas, que tintineaban, a gruñir y a rechinar los dientes con los ojos enrojecidos. Edmond le sujetó la mandíbula con una mano y la obligó a abrir la boca para poder verterle mi sangre en la garganta. Yo no quería verlo, pero no me permitiría desviar la mirada.

Edmond vertió la mitad de la bolsa en la boca de June y la soltó. Ella intentó morderle, y poco faltó para que le clavara los colmillos en la mano.

—¿Y si no funciona? —le pregunté.

—Intentamos otra cosa. No vamos a rendirnos.

Lo miré. Era más hermoso de lo que nadie tenía derecho a ser. No era su lucha, pero la trataba como si lo fuera y se negaba a dejarme sola en esto. Algo ardió en mi corazón. Lo deseaba.

—Quizá podría leerle sus libros favoritos o ponerle sus programas favoritos —propuse apartando los ojos de él.

—Merece la pena intentarlo todo, pero esperemos y veamos antes si esto funciona.

No funcionó.

Los dos días siguientes fui a ver a June y observé a Edmond dándole de comer más sangre mía en bolsas, pero no hubo signos de mejoría, hasta que tuve que admitir a regañadientes que Ysanne tenía razón.

Había llegado el momento de intentar otra cosa.

Como no tenía teléfono, tuve que pedirle a Ysanne que me consiguiera un ordenador portátil para ponerle a June sus programas favoritos. Me aseguró que Dexter se ocuparía de todo, y un día después yo estaba sentada en el suelo de la habitación de June con las piernas cruzadas, añadiendo capítulos de *Friends* a la lista de reproducción.

Si no funcionaba, pondría su música favorita, y si no funcionaba, buscaría los libros que nos leía mi madre cuando éramos niñas. Y si tampoco eso funcionaba, pensaría en otra cosa.

La pantalla parpadeante llamó la atención de June. Ladeó la cabeza y sus gruñidos amordazados se desvanecieron ante el sonido de las risas enlatadas.

¿Cuántos sábados habíamos pasado en el sofá, en pijama, viendo reposiciones de nuestros capítulos favoritos y repitiendo las mejores frases? Nunca nos poníamos de acuerdo sobre las palomitas —a mí me gustaban dulces, pero June insistía en que fueran saladas—, así que enseguida dejamos de compartirlas y cada una se apoyaba su cuenco en el regazo.

June no volvería a comer palomitas. Pero si pudiera salvarla, podríamos volver a acurrucarnos en ese sofá a ver nuestro programa favorito.

Edmond se rio de repente y yo levanté la vista. Estaba a mi derecha, desde donde podía ver tanto a June como el portátil, y observaba la pantalla con absoluta fascinación.

—¿Nunca lo habías visto? —le pregunté.

—No. —No apartó la mirada de la pantalla. Le brillaba la cara y tenía los labios entreabiertos en una sonrisa de la que no creo que fuera consciente.

Había pensado en Edmond como guapo, molesto, sexy e imposible, pero era la primera vez que solo podía describirlo como adorable.

Me dio un vuelco el corazón.

¿Cuán diferentes habrían sido las cosas si él fuera un humano normal? Lo habría llevado a casa para que conociera a mi madre y a June, y esta se habría indignado porque nunca hubiera visto *Friends*. Seguramente lo habría arrastrado en el acto hasta el sofá y lo habría obligado a verlo. Más tarde, cuando ya se hubiera ido, se habría burlado de mi mal gusto para los novios.

Por un fugaz momento la imagen fue tan real que casi podía tocarla.

Entonces June se movió, las cadenas tintinearon y la imagen desapareció.

Pasé horas reproduciendo un capítulo tras otro, repitiendo las frases que siempre repetíamos, pero por primera vez no me hicieron reír.

Casi había olvidado que la vida en Belle Morte seguía como siempre para todos los demás. Los donantes tocaban música o pintaban mientras yo intentaba

salvar a mi hermana rabiosa. El día después del fracaso de *Friends*, Roux me recordó que esa noche iba a celebrarse otro baile benéfico en la mansión. A diferencia de la última vez, no podíamos elegir un vestido del armario, porque se trataba de un baile de máscaras, lo que significaba que habían enviado toda una variedad de outfits a nuestra habitación.

—Tendría que haberle echado un vistazo. —Sentada en mi cama, saqué el calendario de eventos sociales del cajón de mi mesilla de noche y hojeé las páginas. Los días se desdibujaron hasta parecer manchas de tinta.

—Has tenido cosas más importantes de las que preocuparte —señaló Roux.

Volví a dejar el calendario en el cajón.

—Ojalá no tuviera que ir. Técnicamente, ni siquiera soy donante.

Aunque había alimentado a un par de vampiros en los últimos días, había sido solo para que nadie sospechara mi verdadero objetivo.

—¿Por qué no le preguntas a Ysanne si puedes saltártelo? —me sugirió Roux dejando un vestido de satén encima de su cama.

—No me dejará. El resto del mundo tiene que creer que no pasa nada, así que tengo que fingir ser una donante normal, como todos los demás.

Roux dejó de revisar los vestidos que colgaban del armario y se sentó a mi lado.

—Vale, no quiero parecer insensible, pero quizá ese baile te siente bien y te ayude a distraerte. Te vendría bien un descanso —me dijo.

Ojalá mi decisión más importante del día fuera qué iba a ponerme para el baile en lugar de qué más podría hacer para llegar a June, porque absolutamente nada estaba funcionando.

—Me siento como una mierda de persona solo por pensar en la posibilidad de divertirme mientras June sufre —le confesé.

—Si June estuviera aquí, ¿qué te diría que hicieras?

Me reí y me salió como un resoplido lloroso.

—Me diría que me pusiera el vestido más bonito, que bailara con el vampiro más sexy y que me divirtiera como nunca.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Roux en tono amable.

Parpadeé para quitarme las lágrimas.

—Voy a intentar divertirme.

Roux me abrazó.

—Lo necesitas. Ahora vamos a elegir nuestros vestidos.

—Elijo este —aseguró cinco minutos después con la cara resplandeciente.

Era una pasada de vestido. La parte de arriba era transparente, con flores tejidas estratégicamente en el pecho, y caía hasta una falda de seda de color vino. Tenía una máscara a juego adornada con flores diminutas.

—Vas a estar muy sexy —le dije.

Roux sonrió.

—Lo sé.

Rebusqué entre los vestidos de satén, seda, terciopelo y tul, con cristales brillantes, con cintas y pieles, pero no encontré ninguno que saltara y gritara: «¡Llévame a mí!».

Hasta haber descartado el quinto vestido no me di cuenta de que estaba buscando uno que creyera que le gustaría a Edmond. Normalmente no elegiría mi ropa en función de lo que le gusta a mi chico, pero las cosas no eran tan simples.

Quería que los ojos de Edmond se encendieran de deseo cuando me viera. Quería ver en su rostro que sentía por mí lo que yo sentía por él. Era casi cruel, considerando que ambos estábamos de acuerdo en que no podía haber nada entre nosotros, pero solo era humana.

—Oh. —Me quedé sin aliento cuando encontré lo que estaba buscando.

Estaba hecho de plumas de pavo real, entretejidas para formar un vestido corto y ceñido con una espectacular cola de plumas, y lo completaba una máscara, también de plumas. Era lo más bonito que había visto jamás.

—Guau. —Roux se acercó a mí—. Vas a estar increíble.

—¿Sabes qué? —La cogí del brazo sin dejar de mirar mi vestido—. Yo también lo creo.

Jason apareció para hacer magia con nuestro pelo. A Roux le dejó el pelo de punta y convirtió el mío en una masa imponente de rizos.

En cuanto me puse el vestido, no me reconocí en el espejo. No solo estaba guapa, sino que parecía... de otro mundo, como una reina de las hadas salida

directamente del mito y la leyenda.

El vestido de color vino de Roux, que estaba a mi lado, contrastaba con el mío de plumas.

Al vernos así, entendía por qué el mundo estaba tan fascinado con la cultura vampírica. Eran los dioses y las diosas de los viejos reyes y reinas de los cuentos de hadas, criaturas bellas y eternas. Enfatizaban lo mediocres que éramos los humanos, cómo vivíamos y moríamos en un abrir y cerrar de ojos, mientras que los vampiros seguían y seguían, observaban el ascenso y la caída de civilizaciones, y veían el mundo girar.

Jason estaba maravillosamente gótico con un esmoquin de raso, una corbata de encaje sobre la camisa y una larga chaqueta de terciopelo en lugar de una americana de esmoquin. Sus ojos brillaban detrás de una máscara negra adornada con cuentas de ónix.

—Queridas, estáis exquisitas —aseguró—. Las bellas del baile. —Me guiñó un ojo y se alisó la corbata—. Además de mí, por supuesto. —Extendió un brazo hacia cada una de nosotras—. ¿Vamos?

Nos encontramos con Melissa junto a la puerta de nuestra habitación. Su vestido era metálico, una columna de plata fundida pegada a su cuerpo, y su máscara, que parecía haber sido moldeada con metal delicadamente batido, brillaba sobre su piel oscura.

Nos sonrió, pero su sonrisa me pareció vacía, como si lo hubiera hecho por cumplir.

—Estás increíble —le dijo Roux.

—Gracias. —Melissa me miró—. A June le habría encantado este baile.

El comentario iba con segundas, aunque no sabía por qué. Fingí alisar las plumas de mi vestido e intenté no mirarla a los ojos.

Pero Melissa no se dio por vencida.

—Bueno, estoy segura de que está divirtiéndose en otra casa, ¿verdad?

—Claro —murmuré.

—Creo que deberíamos irnos ya —comentó Roux señalando hacia el pasillo.

—Voy con vosotras —dijo Melissa.

Sentí sus ojos ardientes en mí hasta que llegamos a la escalera.

Los invitados ya habían pasado al salón de baile, y los vampiros bajaban al vestíbulo para que les hicieran fotos.

Los nervios formaron una bolita en mi estómago. Esperaba no tropezar con los tacones, pisar la cola del vestido o dejar un rastro de plumas detrás de mí. De repente me imaginé que las plumas se desprendían del vestido y revoloteaban en el aire hasta quedarme delante de las cámaras sin nada más que los tacones y la máscara.

Casi me ahogué de la risa. Al menos Edmond se fijaría en mí, sin duda.

No lo veía por ninguna parte, y debajo del nudo nervioso de mi estómago se extendía algo más, una sensación de desenfreno temerario. No era fácil saber quién era quién debajo de las máscaras, lo que tenía algo de salvaje y despreocupado.

Vladictos de todo el mundo estarían observando e intentando adivinar quién estaba detrás de cada máscara. Seguramente se habían organizado apuestas. Seguramente alguno lo había convertido en un juego de beber.

Se me encogió el corazón. June se pegaba a la pantalla del televisor cuando retransmitían algo así, y tuiteaba y mandaba mensajes con entusiasmo a sus compañeros vladictos.

Ninguno de sus amigos sabía que había muerto.

Llegó mi turno de bajar la escalera. Sonreí y posé lo más guapa que pude para las cámaras, pero sentía el estómago hueco. Necesitaba venir a este baile para distraerme, pero me sentía como una mierda por haberme puesto un vestido y divertirme mientras June se pudría en las oscuras profundidades del ala oeste.

En el salón de baile colgaban miles de bombillitas, que lo convertían en un mar de luz brillante. Como la vez anterior, una orquesta ocupaba el rincón más alejado, y personal humano iba de un lado a otro con bandejas de plata llenas de copas de champán, todos uniformados y con máscaras. La orquesta y el equipo de grabación eran los únicos rostros descubiertos en la sala.

Una vampira pasó rozándome y creí reconocer el pelo rizado de Isabeau, aunque era difícil estar segura, porque llevaba un peinado enrevesado. Llevaba un vestido blanco salpicado de perlas, la cara cubierta con una máscara tachonada de perlas y una pequeña corona de perlas en el pelo.

Jason me cogió del brazo.

—Oh, madre mía, ¿has visto a Gideon esta noche?

No pude ver cuál de los vampiros era hasta que Jason lo señaló. Estaba bastante guapo con un traje de terciopelo negro sobre una camisa blanca con volantes, y una máscara de encaje negro le cubría los ojos.

—Corre, baila conmigo —me susurró Jason.

Vi de reojo una cámara apuntando hacia nosotros, así que sonreí e intenté no apuñalar los pies de nadie con mis tacones de aguja.

—¿Está mirando? —me dijo Jason con los ojos fijos en mi rostro.

—Me lo tapa tu hombro.

Jason me hizo girar y vislumbré brevemente a Gideon hablando con un vampiro que llevaba una máscara con forma de murciélago. No miraba hacia nosotros.

Intenté pensar en algo más esperanzador que decirle, pero la expresión decepcionada de Jason me dio a entender que no había necesidad. Ya había visto que Gideon no nos prestaba la más mínima atención.

—¿No fuiste tú el que me dijo que no me encariñara? —le pregunté.

Jason hizo una mueca, aunque quizá fue porque acababa de pisarlo.

—Es fácil dar consejos, pero no tanto seguirlos, ¿sabes?

Sí, lo sabía. Ni siquiera podía seguir mis propios consejos.

—Sé que soy idiota por suspirar por alguien que apenas me mira, pero no puedo evitarlo. El corazón quiere lo que quiere —siguió diciéndome Jason.

Y cuando el corazón decidía que quería algo, no era fácil negárselo. Prueba de ello era la sensación de haber recibido una patada en el pecho cada vez que recordaba que Edmond nunca podría ser mío.

Jason suspiró y me apoyó contra su pecho para que nadie se diera cuenta de lo mal que bailaba yo. Intenté recordar lo que Edmond me había enseñado, pero lo único que recordaba de esa noche era la cercanía de su cuerpo, la suavidad de la palma de su mano presionada contra mi omóplato y el brillo oscuro de sus ojos cuando me miraba.

—Me digo a mí mismo que Gideon no me importa, pero cada vez que lo veo es como si me derritiera. Sé que es una tontería cuando aquí hay tantos humanos

que están buenísimos, pero no puedo evitarlo.

—¿Por qué te atrae tanto? —le pregunté. Quizá si Jason me explicaba por qué se había encaprichado de Gideon, podría entender por qué me había encaprichado yo de Edmond.

—Ojalá lo supiera. No es que Edmond, Ludovic, Phillip y todos los demás vampiros de esta casa no estén buenos que te cagas, pero quiero a Gideon. No creo que estas cosas tengan explicación.

Giramos en círculos lentos y Jason tiró aún más fuerte de mí para evitar que tropezara con alguien. Pensándolo bien, quizá ese vestido no había sido la elección más inteligente. La cola de plumas pesaba más de lo que parecía, y tenía que apartarla todo el rato para no tropezar ni hacer tropezar a nadie. Aun así, estaba guapísima.

—¿Crees en el amor a primera vista? —me dijo Jason.

La pregunta me pilló por sorpresa.

—No creo que sea tan sencillo.

Me costaba calibrar la reacción de Jason detrás de su máscara.

No podía ser tan sencillo. El amor se desarrollaba con el tiempo. No era algo que sucedía cuando dos personas se conocían. El dolor sordo en mi pecho no era porque me hubiera enamorado de Edmond, sino porque había algo entre nosotros que podría ser especial si tuviera la oportunidad de florecer. Y me dolía saber que nunca sabríamos lo especial que podría haber sido.

Jason dejó de bailar. Esbozó una ligera sonrisa.

—¿Qué? —le pregunté.

Asintió por encima de mi hombro.

—Creo que alguien quiere colarse.

La presencia de Edmond me estremeció y me giré lentamente para mirarlo.

Tenía la intención de actuar como si no pasara nada, de disfrutar de la expresión de su rostro mientras lo deslumbraba con mi increíble y poco práctico vestido, pero mi boca se abrió por su cuenta.

Edmond llevaba un pantalón azul con adornos dorados y un chaleco con brocado dorado debajo de una chaqueta de seda bordada con un sutil estampado de hojas y flores entrelazadas. Llevaba el pelo atado en la nuca y su rostro estaba

parcialmente oculto bajo una máscara azul oscuro. Era un estilo extravagante y tan anticuado que ni siquiera podía adivinar en qué época se inspiraba, pero estaba más guapo que nunca.

Mi vestido de pavo real ya no me parecía tan maravilloso.

Al menos hasta que lo miré a la cara y vi el fuego en sus ojos... El asombro y el deseo se mezclaron, y su mirada ardió hasta ponerme la piel de gallina.

—Baila conmigo —me dijo.

—No podemos —susurré.

Hizo un gesto hacia la multitud de bailarines enmascarados.

—Esta noche podemos ser quienes queramos.

Mi miedo a ser imprudente retrocedió. Escondida detrás de la máscara, no tenía que ser Renie Mayfield, la chica que no podía estar con el vampiro al que deseaba. Podría ser el misterioso pavo real que bailaba con el hombre más guapo del salón y no se sentía culpable por ello.

—Dolerá el doble cuando tengamos que dejar de bailar —le dije.

Me cogió la mano y sentí sus suaves dedos contra los míos.

—No puedo imaginar algo que duela más que no poder bailar contigo estando tan guapa.

Lo miré a los ojos y me perdí.

Capítulo 19

Renie

Edmond me deslizó una mano por la cintura, me presionó hacia él y disfruté de la dureza de su cuerpo contra el mío y de la fría presión de la palma de su mano en mi espalda, ambos buscando la manera de encajar a la perfección.

Las plumas de mi vestido susurraban contra el suelo de mármol.

—Estás increíble —murmuró Edmond devorándome con los ojos.

—¿Como para comerme? —bromeé.

Se rio entre dientes, aunque ambos sabíamos que todavía no podía relajarme cuando me mordían.

Las inquietantes notas de un violín flotaban por el salón formando un vals, por cortesía de una flauta, hasta que más violines se sumaron en una evocadora melodía que incluso yo reconocí.

—¿La conoces? —me preguntó Edmond observando mi rostro.

—Es la *Danse macabre* —le dije. A Roux le habría impresionado que lo supiera.

—La danza de la muerte —susurró Edmond haciéndome girar en un círculo vertiginoso antes de volver a acercarme y estrecharme contra él con tanta fuerza que jadeé—. ¿Conoces la historia de esta música?

Negué con la cabeza cuando el ritmo se intensificó. Las faldas de colores brillantes formaban círculos giratorios a mi alrededor mientras los bailarines aceleraban el paso.

—Cuenta la leyenda que la Muerte aparece cada Halloween a medianoche y llama a los muertos para que salgan de sus tumbas y bailen para ella. Al

amanecer, cuando canta el gallo, los muertos deben volver a sus tumbas hasta el año siguiente.

Había algo espeluznantemente apropiado al respecto, y no solo que los que estaban bailando la danza de la muerte estaban muertos, literalmente. El baile de máscaras daba la oportunidad de ser otra persona. Nos daba a Edmond y a mí la oportunidad de bailar juntos y disfrutar a fuego lento de la tensión sexual que ambos sentíamos.

Pero era solo por una noche. Antes de que amaneciera, el baile terminaría, nos quitaríamos las máscaras y tendríamos que volver a ser quienes éramos.

Un xilófono acompañaba el torbellino de violines, que me hacía pensar en un traqueteo de huesos. Miré el salón de baile imaginando a los bailarines despojados de todas sus galas, y de la carne también, hasta que solo quedó una multitud de esqueletos saltando alrededor de una pista de baile.

Se me puso la piel de gallina en los brazos.

Edmond me pasó los dedos por la cara y mis labios se abrieron. No nos atrevíamos a besarnos, pero había algo extrañamente excitante en no ceder a lo que de verdad queríamos.

Volvió a hacerme girar, pero esta vez me acercó para que mi espalda quedara pegada a su pecho. Mi corazón latía como loco, pero el suyo no había latido en siglos. Era algo que me molestaba de los vampiros, pero con Edmond apenas me daba cuenta.

Sus labios rozaron un lado de mi cuello, con demasiada suavidad como para llamarlo un beso, pero lo suficientemente fuerte como para que lanzara escalofríos por todo mi cuerpo.

—*Je vous veux comme aucune autre* —me susurró con una mano apretada contra mi estómago. La otra me acariciaba las venas del cuello, se movía hacia mis hombros desnudos y se deslizaba suavemente por mi clavícula.

Yo tenía la boca tan seca que apenas podía hablar.

—¿Qué quiere decir?

—Te deseo como a ninguna otra. —Me rozó el lóbulo de la oreja con la lengua y tragué saliva.

Estábamos jugando a un juego arriesgado, dando por sentado que nadie nos

reconocería detrás de las máscaras, pero era parte de la emoción. Podíamos coquetear, provocarnos en público y excitar a los fans, que disfrutarían de cada segundo grabado y alimentarían la imagen de sexualidad decadente que contribuía a la arrolladora popularidad de los vampiros. Dolería mucho por la mañana, pero el momento presente era demasiado excitante como para resistirse.

Los labios de Edmond se desplazaron hasta mi cuello, lo besó y deslizó la lengua por él. Se me aceleró el pulso, que aleteó como un pájaro atrapado.

Acerqué las caderas a las suyas con un sugerente balanceo y él respondió mordisqueándome el cuello. Sentí un ligerísimo pinchazo de sus colmillos, y la sombra de la excitación se agitó dentro de mí.

Me inclinó hacia atrás hasta que creí que iba a tocar el suelo con la cabeza, y me sostuvo así, aguantando sin esfuerzo mi peso con una mano mientras sus ojos me recorrían ardiendo de deseo. Mis pechos estaban a punto de salirse del vestido, y no me importaba. Edmond me levantó y deslizó la mano por debajo de mi espalda.

Detrás de su máscara, sus ojos brillaban rojos como rubíes.

Vi a Melissa en los brazos de un vampiro al que no pude identificar con su máscara. Ella inclinó la cabeza hacia un lado sin que se lo pidiera, y él le hundió los colmillos en la garganta. Entre la multitud vislumbré a Fadime dándose un festín con Jason, y a Étienne inclinado sobre una chica de espaldas a mí.

De repente quise que Edmond me mordiera.

Cuanto más lo veía, más entendía lo sensual que podía ser, el juego de labios, lengua y dientes, la confianza que tenías que depositar en alguien.

Cogí de la mano a Edmond.

—Ven conmigo.

Lo llevé a la biblioteca, donde aún persistían los fantasmas de nuestra conversación y los frágiles lazos que habíamos tejido se aferraban al aire silencioso. Los libros no nos juzgaban ni nos advertían que esta relación nunca podría existir.

Cuando la puerta se cerró y los libros eran nuestros únicos testigos, le quité la máscara a Edmond. Sus ojos ardían al rojo vivo.

—No podemos, *mon ange*.

—Conozco las reglas, Edmond, pero puedes beber de mí. —Incliné la cabeza hacia atrás dejando al descubierto mi garganta—. Así que bebe.

—*Non*. Te duele.

—Me da igual.

Cuando estaba detrás de mi máscara, con mi vestido de plumas, sentía que podía decir o hacer cualquier cosa. Podía sacar a la luz cualquier deseo secreto, probar todo aquello por lo que sentía curiosidad y trazar un nuevo territorio.

—Por favor, Edmond. Lo quiero.

Me giró la mano para colocar la muñeca hacia arriba, pero la retiré y la oculté detrás de la espalda.

—Ahí no —susurré.

Tragué saliva y sus ojos siguieron el movimiento, centrados en mi garganta. Por imposible que pareciera, su mirada se volvió aún más roja.

Edmond me sujetó el cuello con una mano y deslizó primero los dedos y luego la lengua por el punto óptimo. La tensión que tanto conocía me recorrió los músculos, pero fue fugaz, un susurro de miedo barrido por una ola de seguridad. Por primera vez lo quería de verdad.

Sus labios se separaron y sus colmillos se extendieron. ¿Cómo había tardado tanto en apreciar lo hermosos que eran? Cuando se inclinó hacia mi garganta, cerré los ojos.

Un agudo pinchazo me atravesó el cuello cuando hundió los colmillos, y la frustración me hizo cerrar los ojos con fuerza. Creía que esta vez estaba relajada. Lo quería de verdad...

El dolor se desvaneció y un placer exquisito brilló en su lugar.

—Oh, Dios mío —murmuré.

Edmond bebió mi sangre, y cada succión de su boca encendía luces detrás de mis párpados. Un núcleo fundido de puro placer palpitaba dentro de mí. ¿Era esto lo que había estado perdiéndome todo este tiempo? No me extrañaba que la gente se volviera adicta a los mordiscos de los vampiros.

Agarré los hombros de Edmond con la cabeza colgando hacia atrás. Cuando me fallaron las piernas, me sujetó sin apartar la boca de mi cuello. Suaves jadeos brotaban de mis labios al ritmo de sus succiones. Si así iba a sentirme siempre,

podría morderme todos los días. Dos veces al día. Tantas veces al día como pudiera sin que me muriera desangrada.

Cuando su boca abandonó mi garganta, gemí consternada. Seguía sintiendo las piernas como gelatina, pero no importaba, porque Edmond no tenía intención de soltarme. Me pasó la lengua por las marcas de los colmillos para sellarlas, y otra sacudida de placer me recorrió todo el cuerpo.

—No quiero que nadie más me muerda jamás —susurré cuando recuperé la voz.

Aunque había sido increíble, no sería capaz de relajarme así con nadie más, y, por extraño que pareciera, me alegré. Lo que acababa de compartir con Edmond era especial. No quería repetirlo con nadie más.

Edmond me besó suavemente y probé un poco de mi sangre en su lengua. Quizá debería haberme disgustado, pero en ese momento no me pareció nada desagradable.

—Podría quedarme aquí para siempre —confesé mirándolo.

El rojo de sus ojos se había atenuado, pero seguían encendidos, como en llamas.

—Para siempre es mucho tiempo.

Quería volver a besarlo, quitarle la ropa y explorar cada parte de él. Pero ni siquiera yo era tan imprudente. Le había dado lo que podía, pero esto era un sueño. Cuando acabara esa noche, también acabaría el sueño. No debíamos cruzar una línea de la que no podríamos regresar.

Mientras volvíamos al baile, Edmond con la máscara puesta de nuevo, me negué a pensar en el poco tiempo que teníamos. El baile aún no había terminado y tenía la intención de disfrutar cada segundo.

A la mañana siguiente fui al ala oeste con Edmond, y ambos actuamos como si no hubiera pasado nada. Le leí a June revistas de vladictos que un guardia de seguridad me había conseguido. Tiempo atrás, June las habría leído detenidamente, habría devorado todos los cotilleos sobre los vampiros y observado las fotos. Entonces yo le leía los cotilleos y sujetaba las revistas para que pudiera ver las fotos intentando pasar por alto una creciente sensación de desespero. Nada funcionaba y no sabía qué hacer.

Al día siguiente volvimos otra vez y le leí libros que creía que le gustarían. Un día después le puse tres películas de Disney seguidas con la esperanza de despertar algún recuerdo de nuestra infancia.

Nada.

El mejor momento del día era el tiempo que pasaba con Edmond después de haber estado con June, cuando íbamos a la biblioteca o a alguna sala de alimentación.

A veces me mordía, pero por lo demás procurábamos no tocarnos. Él me contaba más historias de su pasado, y yo le ponía al corriente de cómo había cambiado el mundo durante el tiempo que él había estado en Belle Morte. Edmond no estaba familiarizado con la tecnología básica que se había convertido en parte de la vida cotidiana de los humanos: ordenadores, internet y teléfonos. Me resultaba extraño explicárselo a una persona que había visto y experimentado tanto, pero me gustaba saber muchas cosas que él no sabía.

—No puedes hablar en serio —le dije un día, sentados en nuestro habitual sofá de la biblioteca—. ¿Solo hace unos veinte años que te manejas con la electricidad?

—Viví varias vidas antes de que se inventara, y muchos vampiros creían que no duraría.

—Pero existe desde hace más de cien años.

De todo lo que me había contado, esto era lo que más me costaba creer. La electricidad era una parte fundamental del mundo, algo que ni siquiera sabía que daba por sentado hasta que conocí a una persona que recordaba un mundo sin ella.

—Sí, y yo existo desde hace cuatro veces más.

Negué con la cabeza, asombrada.

—Hay tantas cosas que quiero mostrarte...

Pretendía ser un comentario frívolo, pero la cara de Edmond se ensombreció. Ninguna de esas tecnologías existía en Belle Morte, así que solo podría mostrárselas cuando abandonara la mansión. Pero en cuanto eso sucediera, no me permitirían volver.

Desde que salí de la limusina la primera noche, había deseado que llegara el

día de marcharme. De repente una parte de mí esperaba que ese día no llegara demasiado pronto.

—¿Crees que las casas de los vampiros tendrán ordenadores alguna vez? —le pregunté.

Abrió los ojos mínimamente, y fue la expresión más cercana al pánico que le había visto nunca.

—¿De verdad han venido para quedarse?

—Los ordenadores forman parte de la vida cotidiana, Edmond. Los utilizamos para todo.

Puso cara larga.

—¿Los señores y las señoras de las otras casas son tan antitecnología?

Edmond se rio y quise envolverme en ese sonido.

—Algunos son peores. Caoimhe seguramente rechazaría la electricidad en favor de la luz de las velas si pudiera.

No se me escapó su tono de confianza al mencionarla, y el frío dedo de los celos me recorrió. Siempre había estado muy feliz con lo que veía en el espejo, pero Caoimhe era preciosa, incluso para los estándares de los vampiros.

¿Edmond y ella habían sido solo amigos o hubo algo más? No debería importarme, pero quería saberlo.

—Así que... ¿Ysanne es la única señora con la que has estado? —Hice una mueca nada más decirlo—. Ha sido demasiado obvio, ¿verdad?

Sonrió sarcásticamente.

—Sí. ¿De verdad quieres saberlo?

—Ya me dijiste que Ysanne y tú hacíais guarradas, así que creo que podré soportar que me hables de tus otras novias.

—Caoimhe y yo tuvimos una relación sentimental en el siglo XIX. La había conocido mientras viajaba por Irlanda.

Bueno, era yo la que se lo había preguntado. No era culpa de Edmond que el dedo de los celos se hinchara de repente y se convirtiera en hielo dentro de mí.

Caoimhe era guapa, inmortal y dirigía una casa de vampiros.

Ysanne era guapa, inmortal y dirigía una casa de vampiros.

Yo era una donante humana que ni siquiera podía salvar a su propia hermana.

—Voy a tener que hablar mucho para estar a la altura —murmuré.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Edmond, esa sonrisa deslumbrante y sincera que parecía guardar solo para mí.

—Renie Mayfield, ¿estás celosa?

—¡No! —respondí demasiado rápido.

Siguió sonriendo.

—Vale, quizá un poco, pero no puedes culparme. Las dos son poderosas y sorprendentes, y van a vivir para siempre.

—Y mis relaciones con esas dos mujeres empezaron y terminaron un par de cientos de años antes de que tú nacieras.

Ay. Edmond lo había dicho para tranquilizarme, pero lo único que consiguió fue volver a despertar mis antiguas preocupaciones. Edmond era cientos de años mayor que yo. Incluso después de que se alimentara de mí, a veces olvidaba que era un vampiro, y a menudo no pensaba en su edad. De vez en cuando lo recordaba y lo pasaba por alto, y otras veces la realidad me golpeaba como un mazo.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Ya te dije que...

—Quiero decir que cuántos años tenías cuando moriste.

Era una pregunta que me había preocupado varias veces. Edmond no podía evitar ser inmortal, pero no tenía claro si quería saber cuánto mayor que yo era en años humanos.

Edmond miró al suelo durante tanto tiempo que pensé que no iba a contestarme.

—Casi lo había olvidado —me dijo por fin—. Tenía veintidós años.

Parecía imposiblemente joven sabiendo cuántos años había llegado a tener después de morir. Eran sus ojos. Contenían las sombras de cada amor y cada pérdida que había sufrido, de todos los horrores que había visto.

¿Cuánto había llegado a experimentar como humano?

Me incliné hacia delante y junté las dos manos en mi regazo para no caer en la tentación de acariciarle el pelo.

—Dime otra cosa. —Hasta ese momento no se me había ocurrido

preguntárselo, pero en cuanto se me pasó por la cabeza tuve que hacerlo—. ¿Cómo fue morir?

Edmond estaba tan quieto que podría haberse convertido en piedra. Sus ojos me taladraron como pequeños guijarros duros en la perfecta escultura de su rostro. ¿Había cruzado una línea?

—No importa. Olvida que te lo he preguntado —balbuceé.

—No, está bien. —Su voz tenía una cualidad curiosa, más lenta y menos aterciopelada de lo normal. Sonaba extrañamente humana y sorprendentemente joven—. Es solo que llevaba mucho tiempo sin pensar en eso.

No podía imaginar que mi propia muerte no fuera algo en lo que pensara a menudo, pero también era verdad que nunca la había experimentado.

—Dolió —me dijo Edmond por fin, todavía con esa voz suave—. ¿Sabes lo bien que te sientes cuando un vampiro te muerde? Cuando muerden para matar, no te sientes así. Te drenan la sangre, y duele.

Tragué saliva y me toqué el cuello. Era lo que le había pasado a June. Había muerto con dolor, a kilómetros de distancia de su familia.

—Cuando estás a un latido de la muerte, el vampiro te alimenta con su sangre. —La voz de Edmond se convirtió en un susurro, y parecía tan vulnerable que quise abrazarlo—. Luego empiezas a convertirte. A veces tardas días, estás atrapado en una sed de sangre que no te imaginas. Todo está oscuro, y te hundes tanto en la oscuridad que crees que nunca volverás a salir, que te quedarás atrapado en algún lugar entre la vida y la muerte.

Cerró los ojos y su dolor se apoderó de mí. No pude evitar cogerle de la mano. Estaba claro que no recordaba esos momentos desde hacía mucho tiempo, y de repente temí que se hundiera en ellos y no pudiera encontrar la salida. Le sujeté la mano para que no se perdiera.

—Lo siento —susurré.

Edmond sacudió la cabeza para escapar de ese recuerdo.

—En el momento en que te despiertas, sabes que ya no eres humano. Intentas recordar quién eras como humano, pero cuanto más vives, más te cuesta.

—Por eso nunca te has quitado la metralla, ¿verdad? Te recuerda a cuando

eras humano, no al vampiro perfecto en el que te has convertido.

Si nuestra conversación no hubiera sido tan sombría, quizá se habría burlado de mí por llamarlo perfecto.

—Cuando vas a vivir para siempre, es fácil olvidar que todavía pueden matarte. Llevo esa metralla para recordar que, aunque soy un vampiro, no debo alejarme demasiado de ser humano. Las cicatrices de mi vida humana me recuerdan cómo era antes de convertirme en vampiro.

—¿Cicatrices?

Edmond se levantó y se desabrochó la camisa. Era solo la segunda vez que le veía el pecho, y por un momento lo único que pude hacer fue contemplar su belleza. Parecía una escultura de mármol bajo la luz de la luna, con todos los músculos definidos y todas las líneas perfectas excepto por la pequeña protuberancia de la metralla.

Entonces se dio la vuelta y jadeé...

—Oh, Edmond.

La suave piel de su espalda estaba marcada por una serie de cicatrices, tanto leves y blancas sugerencias de viejas heridas como líneas gruesas y desiguales de tejido cicatrizado.

Me puse de pie y acerqué suavemente la mano a la cicatriz más larga. Edmond se tensó al sentir las yemas de mis dedos, como si esperara que las retirara. Era tan hermoso físicamente que de alguna manera esas heridas parecían un error, como si alguien hubiera hecho un grafiti en una obra de arte.

—¿Te hicieron estas heridas de camino a París?

—No, estas son más viejas. —Su boca adquirió una forma amarga—. Como te dije, había muchos ladrones en el camino y no tenía a nadie que peleara conmigo. Las heridas que me hicieron de camino a París se curaron cuando François me convirtió. Si no hubiera sido por él, esas heridas me habrían matado. Fue la única vez que agradecí haber nacido campesino.

—¿Por qué?

—Porque nadie me echaría de menos cuando me convirtiera en vampiro. Así empezamos la vida muchos de nosotros, como campesinos, esclavos, huérfanos..., los peldaños más bajos de la sociedad. A nadie le importaba lo que

nos pasara o ni siquiera se daban cuenta si desaparecíamos.

Quizá por eso la riqueza, la moda y el lujo significaban tanto para muchos vampiros, porque en sus inicios habían sido muy pobres.

—François era noble, ¿verdad?

Edmond se encogió de hombros y se volvió a poner la camisa, lo que ocultó las cicatrices de su pasado.

—Correcto.

—Debe de haber sido un shock para ti pasar de campesino a príncipe prácticamente de la noche a la mañana.

Edmond se giró con expresión nublada.

—Un shock, *oui*, que acabó llevándome por un camino oscuro.

Esperé pacientemente a que me lo explicara.

—A principios del siglo XVIII, después de que Ysanne y yo nos separáramos, me encontré sin amigos y sin hogar. Para entonces había perdido a tantas personas que no le veía sentido a nada y empecé a odiar la vida que había elegido. Incluso contemplé el suicidio.

No soportaba pensar que alguna vez hubiera estado tan solo y se hubiera sentido tan infeliz.

—Cada vez más desilusionado de la vida, volví a París. —Me lanzó una mirada solemne y firme—. En cuanto me instalé en la ciudad, empecé una vida codiciosa y egoísta como parte de la aristocracia francesa. Me permitía todo lo que quería, olvidaba mis raíces humildes y pasaba por alto que pisoteaba a los campesinos, aunque yo hubiera sido uno de ellos. Bebía en exceso y maté a dos personas inocentes.

Me estremecí al escucharlo, aunque Edmond solo estaba confirmando lo que siempre había sospechado de los vampiros: que tenían un pasado empapado en sangre, sombras de horrores que se aferrarían a ellos por mucho que se alejaran.

—Pero nunca fui feliz. Y cuanto más infeliz me sentía, más me permitía, desesperado por llenar el vacío que había dentro de mí.

Se quedó en silencio, observando la biblioteca como si viera los libros encuadernados en cuero, los sofás afelpados y las lámparas de cristal por primera vez.

—¿Qué cambió? —Quería que siguiera contándome.

—La Revolución francesa.

Sus palabras me estremecieron y me evocaron imágenes de guillotinas ensangrentadas, cestas llenas de cabezas cortadas y multitudes pidiendo a gritos la sangre de las personas que las habían oprimido durante tanto tiempo.

—Si hubiera prestado atención, habría visto que los cimientos de la sociedad se movían bajo mis pies. Pero era demasiado egoísta y demasiado idiota, y de repente era demasiado tarde. Una turba me sacó a rastras de mi casa y la dejé porque sentí que era mi hora de morir. Odiaba en lo que me había convertido. Pero cuando estaba en la carreta, me golpeó la muy humana conciencia de que no quería morir. Podría hacer algo con mi vida, pero no si me convertía en una víctima más de aquella espada vengadora.

—¿Cómo escapaste?

—No era difícil para un vampiro.

—Entonces encontraste a Ysanne y huisteis de París juntos —deduje recordando lo que me había contado anteriormente.

—Así que ahora ya sabes que he hecho cosas terribles —me dijo Edmond mirándome fijamente a los ojos—. No estoy orgulloso, pero no puedo cambiarlo. Y no puedo fingir que a veces no he sido el monstruo que antes creías que era.

Su expresión no cambió, aunque su voz se entrecortaba mientras sacaba a relucir esos viejos recuerdos. Le devolví la mirada sin dejar de darle vueltas a lo que me había dicho. Hacía tiempo que no pensaba en los vampiros como monstruos, y se debía casi exclusivamente a mi vínculo con Edmond. De pronto era él quien me recordaba que mis peores sospechas sobre los vampiros eran en parte ciertas.

¿Podría seguir mirándolo de la misma manera?

Dirigí la mirada a las manos de Edmond y las imaginé cubiertas de sangre. Nunca podría justificar lo que había hecho, y tampoco él llegaría nunca a perdonarse a sí mismo. Pero ¿no había sufrido ya bastante? Sería muy fácil juzgarlo, pero yo nunca había estado en su lugar. Nunca sabría cómo te sientes siendo inmortal o a qué podría llevarte serlo.

Entonces me di cuenta de que siempre había pensado en los vampiros como

otra especie. Se parecían a nosotros y hablaban como nosotros, pero no eran nosotros.

Lo cierto era que nunca había caído en la cuenta de que todos los vampiros habían sido humanos alguna vez.

Todos habían amado y perdido, sufrido y prevalecido.

Llevaban mucha historia dentro y toda una vida de cicatrices en el alma.

—No hay soledad más grande que la inmortalidad —murmuró Edmond.

Otra razón por la que Ysanne y el consejo habían creado este sistema de casas y donantes, para que los vampiros nunca tuvieran que estar solos. Podían vivir juntos en sus extravagantes refugios, seguros entre los suyos.

—¿Alguna vez has lamentado haberte convertido en vampiro? —le pregunté.

—Cada vez que he enterrado a alguien a quien amaba o he buscado un amigo y me he dado cuenta de que no tenía ninguno.

—Si pudieras retroceder en el tiempo a la noche en que François te mató, ¿seguirías eligiendo esto?

—Sin la menor duda.

—¿A pesar de todo lo que acabas de contarme?

—No lo entenderías sin haber vivido la vida que yo viví como humano. Los campesinos estaban lisiados por el trabajo duro, siempre a punto de morir de hambre. Sus hijos tenían más probabilidades de morir que de vivir. Morían por miles de cólera, viruela, tuberculosis, gripe, malaria, fiebre tifoidea y disentería. Si vivieras así y alguien te ofreciera una salida, ¿no la aceptarías? ¿Aunque supieras que también te esperan tiempos oscuros?

—Visto así, sí, seguramente la aceptaría —admití—. Siempre he intentado agradecer lo que tengo porque sé que mi madre ha trabajado muy duro toda su vida para sacarnos adelante a June y a mí. Pero no puedo negar que a veces me da envidia ver a personas que tienen más, ni que a veces me imagino una vida en la que no tuviéramos que escatimar y ahorrar. De vez en cuando envidiaba incluso a June por tener sueños cuando yo no tenía ninguno. Sentía que debería tenerlos, pero al mismo tiempo no tenía sentido, porque creía que nunca podría perseguirlos.

Nunca se lo había contado a nadie. Edmond estaba desnudándome su alma y

mostrándome todas las partes oscuras y feas de su pasado, las cosas que mantenía ocultas para el resto del mundo. Yo había juzgado y criticado a los vampiros, solo había visto sus defectos, pero ni por un momento había pensado en los horrores que podrían haberlos llevado a ser vampiros.

Me incliné hacia delante y lo besé suavemente en los labios.

Edmond no solo estaba mostrándome las partes feas de sí mismo, sino que, sin darse cuenta, también estaba descubriéndome las mías.

Capítulo 20

Renie

Me senté en la cama de Roux y me miré los pies. Roux estaba apoyada en las almohadas, con la espalda contra la cabecera y un pie en la rodilla de la otra pierna.

—¿Estás diciéndome que puedes haber estado equivocada sobre los vampiros todo este tiempo? —me preguntó.

—Estoy empezando a entender que hay mucho más en ellos de lo que creía.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? Mmm... ¿Edmond, por casualidad?

—¿Por qué lo dices?

Puso los ojos en blanco.

—No estoy ciega, Renie. Veo cómo os miráis. Cada vez que estáis cerca, os flotan corazoncitos por encima de la cabeza.

La mayor parte de lo que Edmond me había contado me lo llevaría a la tumba. Los secretos que había compartido conmigo eran regalos, pequeños tesoros que valoraba y que no iba a devaluar contándoselos a otra persona, ni siquiera a la persona a la que empezaba a considerar mi mejor amiga.

Pero eso no significaba que no pudiera contarle nada.

—Edmond me ha dicho que muchos vampiros vienen de orígenes pobres. Me cuesta imaginar cómo sería su vida en aquel entonces y cuánto debieron de sufrir algunos de ellos antes de tomar la decisión de convertirse en vampiros.

—Tendrías que vivirlo para entenderlo —coincidió conmigo Roux haciéndose eco de lo que había dicho Edmond.

—Siempre he pensado que no he tenido una vida fácil. June y yo

dependíamos de lo que no querían amigos y vecinos porque no podíamos permitirnos comprar ropa nueva. Comíamos comida barata, íbamos andando a la escuela y vivíamos en una casita de mierda que siempre olía a humedad. Pero ¿comparada con cómo vivía Edmond a mi edad? Yo era una puta princesa. No sé lo que es sufrir, pero he pasado la mitad de mi vida juzgando a vampiros que han sufrido.

Dios, dicho así, me parecía un milagro que Edmond soportara mirarme.

—No seas tan dura contigo misma, Renie. No puedes sentirte culpable por haber sentido que has tenido una vida de mierda solo porque has descubierto que alguien ha tenido una vida más mierdosa que la tuya. Siempre hay alguien que ha tenido una vida peor que la nuestra.

Tenía razón. No podía cambiar todo lo malo que había pensado en el pasado, al igual que Edmond siempre tendría las manos manchadas de sangre. Pero la autocompasión no me servía de nada, y deprimirme en mi habitación quejándome de que mi vida de mierda no había sido tan mala era autocomplacencia.

—Y ahora... —me dijo Roux mirándome fijamente—, ¿vas a contarme qué está pasando entre Edmond y tú? Estabais el uno encima del otro en el baile de máscaras.

—¿Te diste cuenta?

—Sí, tengo estas cosas maravillosas llamadas ojos.

Había llegado el momento en el que o me sinceraba y le contaba la verdad, o me la guardaba dentro y mantenía a Edmond en secreto.

Había podido contar con Roux desde que había llegado a Belle Morte. Se había unido a mi cruzada sin pensar en su seguridad y había sacrificado una experiencia única en la vida en una casa de vampiros por mí. No hacía mucho que la conocía, pero ya había demostrado ser la mejor amiga que había tenido nunca y se merecía la verdad.

Así que se la conté.

Una sonrisa diabólica se extendió por el rostro de Roux.

—¿Es algo así como una relación secreta?

—No.

Pero... ¿no lo era? Edmond me hacía sentir cosas que nunca antes había sentido. Hacía que se me acelerara el corazón y se me secara la lengua, y su mordisco me proporcionó un placer que ningún otro vampiro habría podido proporcionarme. Los momentos que pasábamos juntos eran como pequeños regalos, no menos preciosos por ser intangibles.

Roux inclinó la cabeza hacia un lado y me miró con complicidad.

—¿De verdad?

—No lo sé. Viene conmigo todos los días a ver a June, y si podemos, después pasamos tiempo juntos.

—¿Haciendo qué?

—Hablando.

Roux no se desanimó por la ausencia de detalles jugosos. Seguramente entendía las pequeñas cosas que crean atracción entre dos personas. No era solo algo físico. Eran los secretos que se comparten, las sonrisas que se intercambian, las pequeñas partes del alma que se dejan al descubierto para que la otra persona las vea.

Nunca debe subestimarse la importancia de hablar.

—Me cuenta muchas cosas que no le cuenta a nadie, Roux.

Una pequeña punzada de celos me atravesó al pensar que seguramente Ysanne y Caoimhe también sabían todas esas cosas de él. De hecho, sabían más. Ysanne había tenido años para conocerlo. Conocía sus historias, sus sonrisas, el sonido de sus carcajadas y la sombra de su dolor. Conocía cada centímetro de su pálido y perfecto cuerpo, había pasado sus manos y sus labios por su piel, por las líneas y ángulos que le daban forma. Habían compartido cosas que yo nunca podría compartir con él, y en ese momento la odié.

—Nunca había sentido algo así por nadie —le confesé.

El rostro de Roux se suavizó. No me trató con condescendencia por estar diciéndole las mismas cosas que me había dicho ella desde el principio: que nunca podríamos estar juntos, que yo era épicamente idiota por implicarme en esta historia y que nunca tendríamos un final feliz.

—¿Crees que él siente lo mismo?

Levanté las manos en un gesto de impotencia y las dejé caer.

—¿Quién sabe? Pero no importa. No puede durar, así que no tiene sentido especular sobre quién siente qué.

—Oh, sí, la regla que prohíbe las relaciones entre vampiros y humanos. —Se calló un momento—. A lo mejor te pide que te quedes.

—Claro, como que Ysanne iba a permitirlo.

—Vale, hablemos hipotéticamente —me dijo Roux moviendo las manos como si rechazara los decretos de Ysanne—. Si Edmond te pidiera que te quedaras, ¿qué harías?

La pregunta se quedó flotando en el aire. Era lo último en lo que quería pensar, pero mentiría si dijera que no se me había pasado por la cabeza.

—No, no me quedaría —le contesté.

Roux parecía decepcionada.

—¿Qué haría Edmond cuando yo tuviera canas y arrugas, y las tetas me llegaran al ombligo? —le pregunté.

—El amor es algo más que apariencia física.

—Estoy de acuerdo con el sentimiento, pero nunca querría que Edmond se quedara atrapado cuidando a una anciana.

—Siempre podría convertirte en vampira.

—No seas ridícula. La regla sobre no convertir a humanos existe por algo.

—Le pasó a June —señaló Roux.

—Sí, y mira cómo le ha ido —le dije con amargura.

Por un brevísimo instante pensé en cómo sería ser una vampira, que el mundo supiera mi nombre y hordas de fans siguieran obsesivamente mis movimientos en internet. Me imaginé viviendo en Belle Morte y pasando mis días en una inconsciencia decadente. Entonces me imaginé bebiendo la sangre de donantes soñadores, y esa estúpida fantasía se convirtió en una pesadilla de sangre y dientes.

—¿Cuánto tiempo se supone que vas a seguir trabajando con ella? —me preguntó Roux.

—El tiempo que sea necesario.

Roux se mordió el labio con ojos inquietos.

—Pero ¿no hay límite de tiempo? O sea, ¿qué pasa si nada funciona?

Se me quedó todo el cuerpo helado, porque era una posibilidad que me había negado a plantearme.

—Pues...

—No me hagas caso. No sé lo que estoy diciendo —me dijo Roux.

—Pero...

Roux me puso un dedo en los labios.

—Nada de peros. Olvida lo que te he dicho. Tengo fe absoluta en ti. Vas a salvar a June.

Sentí una repentina oleada de cariño por esta chica.

—Me alegro de tenerte en mi vida —le confesé.

—Lo mismo digo. Pase lo que pase, siempre seré tu hombro para llorar.

—Si no rescinden tu contrato antes que el mío.

—Entonces te esperaré fuera.

—¿Y si lleva mucho tiempo?

—Entonces esperaré mucho tiempo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Me senté en el borde de mi cama y metí los dedos entre las sábanas de satén. Roux estaba dándose un largo baño. Había dejado la puerta abierta, como siempre, y nubes de vapor con aroma a rosas entraban en la habitación.

Hubo un tiempo en el que June era la persona a la que le contaba mis problemas con los chicos. Fue antes de que se obsesionara con los vampiros, antes de que mi negativa a seguirle el rollo abriera una brecha entre nosotras, pero si las cosas no hubieran llegado a ese punto y las dos siguiéramos viviendo en casa, habría podido contar con ella si la hubiera necesitado. Al margen de nuestras diferencias, éramos hermanas, y eso siempre estaría ahí.

Esta era exactamente una situación por la que June lo habría dejado todo. Pero no podía hablar con ella porque los vampiros la habían convertido en un monstruo. Y no podía dejar de pensar en lo que me había dicho Roux. ¿Y si no podía salvarla? ¿Qué mierda pasaría entonces?

De repente necesitaba verla, aunque ya no era la June a la que quería y recordaba.

Pero no podía ir al ala oeste por mi cuenta. No podía pedírselo a Edmond.

Eran las dos de la mañana, y a esas horas incluso los vampiros solían estar en la cama. Aunque hubiera sabido dónde estaba su habitación, los donantes no podíamos entrar en el ala norte, y teniendo en cuenta el desesperante superoído de los vampiros, no podría colarme.

¿E Ysanne? ¿Se había ido a la cama a la misma hora que todos los demás o estaba demasiado ocupada haciendo lo que fuera que hiciera la señora de la casa?

No podía imaginarme a Ysanne acurrucada en la cama, con el pelo alborotado y un pijama en lugar de su ropa a medida, pero si no estaba dormida, seguramente la encontraría en su despacho.

Asomé la cabeza por la puerta del baño. Roux estaba casi escondida debajo de un montículo esponjoso de burbujas, con los ojos cerrados. Su cara era la imagen de la felicidad absoluta.

—¿Roux?

Entreabrió un ojo.

—¿Estás bien?

—Tengo que ir a ver a June.

Abrió el otro ojo de golpe y se sentó. Sus hombros emergieron de las burbujas.

—¿Ahora?

—Sí.

No podía explicar por qué de repente me parecía tan importante. Era como si me aferrara al recuerdo de lo que June y yo habíamos sido, de lo que podríamos volver a ser, pero si esperaba demasiado, ese hilo podría desenredarse y deslizarse entre mis dedos.

—Voy contigo —se ofreció Roux.

Hice un gesto para detenerla cuando empezó a levantarse. Se quedó inmóvil a mitad de camino. Parches de piel asomaban entre la cubierta de burbujas.

—No puedes ir sola.

—Voy a pedirle a Ysanne que venga conmigo —repuse.

—Seguramente esté en la cama, como todos los demás.

—Lo sé, pero merece la pena comprobarlo.

Roux me observó.

—Sé que no eres tan idiota como para ir a ver a June sola —me dijo.

—Confía un poco en mí.

Roux suspiró y volvió a hundirse en la bañera.

—Vale, ve a verla, pero si no está, vuelve directamente.

—Sí, mamá.

Me tiró burbujas.

La dejé disfrutando de su baño y me dirigí al despacho de Ysanne.

Enseguida su puerta estaba frente a mí, y otra vez temblaba de nervios. No lo llevaba tan mal cuando tenía a Edmond, incluso a Ludovic o Isabeau, como amortiguadores entre Ysanne y yo, pero esta noche estaba sola. Sentí un hormigueo en la cara al recordar el dolor. Los moratones que me había hecho al golpearme contra la pared ya eran débiles marcas que podía ocultar fácilmente debajo de una ligera capa de maquillaje, pero el recuerdo estaba más arraigado. No debía olvidar que había una bestia dentro de Ysanne, algo antiguo, volátil y peligroso.

Respiré hondo y llamé a la puerta.

Silencio. El corazón me latía en los oídos, y la tensión me pinchaba la piel. No soportaba temer a Ysanne y no soportaba que pudiera hacerme sentir así sin hacer ni decir nada.

—*Entrez*.

Entré en el despacho.

Ysanne estaba sentada detrás de su mesa, con el pelo perfectamente liso. Isabeau estaba apoyada en un extremo de la mesa y evitó mirarme.

—Un poco tarde para que estés levantada, ¿no? —me dijo Ysanne.

Fui directa al grano.

—Quiero ver a June.

¿Me lo imaginé o Isabeau estaba un poco tensa?

—Claro. ¿Por qué otra razón estarías aquí? —replicó Ysanne.

La pregunta no necesitaba respuesta, así que me quedé frente a su escritorio, cambiando torpemente el peso de un pie a otro.

—¿Por qué es tan importante que sea ahora? —me preguntó Ysanne.

—Simplemente.... necesito verla.

De repente me parecía una tontería. Me sentí como una niña pidiéndole a Ysanne cosas molestas e innecesarias.

Isabeau se levantó de la mesa.

—Mejor os dejo solas —murmuró, y salió del despacho.

Ysanne me miró fijamente.

¿Cómo explicar la necesidad de ver a mi hermana a una mujer que había vivido durante siglos y seguramente había olvidado lo que había sido para ella ser humana?

—Por favor —le pedí—. No puedo ir sola.

Se reclinó en su silla sin dejar de mirarme a los ojos.

—No es propio de ti pedir permiso para nada. Normalmente sales disparada sin tener en cuenta las reglas de mi casa.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco.

—Nunca me enfrentaría a un rabioso sola.

Frunció el ceño y me pregunté si era su versión de poner los ojos en blanco.

—Por favor —le repetí intentando apelar a lo mejor de ella, si es que tenía algo bueno—. Necesito ir.

Esperaba que se negara. Al fin y al cabo, era tarde, e incluso Ysanne necesitaba dormir, así que me pilló por sorpresa que me dijera:

—Muy bien.

Era extraño estar en esa habitación con Ysanne en lugar de con Edmond. No se colocó a mi lado cuando me acerqué a June, sino que se quedó frente a la puerta como una guapa guardaespaldas.

Me senté en el suelo e intenté ver, más allá de la figura cubierta de sangre que gruñía frente a mí, a la chica que había sido June.

—La verdad es que no sé por qué estoy aquí —le dije—. Roux y yo estábamos hablando y me ha recordado a las veces que hablábamos nosotras. Podía contarte cualquier cosa y nunca me juzgabas, pero creo que yo no hacía lo mismo contigo.

Pasé las manos por el suelo. Las fibras de la moqueta me hicieron cosquillas en las yemas de los dedos.

—Debería haberte apoyado más cuando empezaste a seguir a los vampiros.

No me había dado cuenta hasta que llegué a Belle Morte. No había querido enfrentarme a ello. Pero no podía seguir fingiendo.

—Nunca entendí por qué te gustaban tanto, pero debería haberte apoyado de todos modos, como me habías apoyado tú. ¿Recuerdas lo que me dijiste el día antes de venir a Belle Morte? Habíamos discutido y me preguntaste por qué no podía alegrarme por ti. No sé por qué no podía.

June arrastró los pies por la moqueta y las cadenas tintinearon. Sus ojos brillaban rojos en la oscuridad.

—Te echo de menos, June. Aunque te aparté, nunca quise que te fueras muy lejos. Y ahora te has ido a un lugar al que no puedo seguirte. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Quiero traerte de vuelta.

Esos ojos rojos se clavaron en mí y su boca mordió la mordaza. En su garganta se formaron débiles gemidos.

—¿Recuerdas tu primer beso? Tenías trece años. Él se llamaba Ryan Miller y lo conociste en la escuela. Hablabas de él todos los días, ¿recuerdas? Cada mañana te pasabas horas peinándote, intentando decidir en qué se fijaría, y te dije que, si de verdad querías llamar su atención, deberías afeitarte la cabeza.

June se había reído y me había lanzado el cepillo. Yo no dejaba de hacerle bromas sobre su chico, pero, aunque nunca entendí lo que veía en Ryan Miller, le gustaba y yo me alegraba por ella. ¿Por qué lo olvidaba cuando se trataba de vampiros?

Después de tres semanas obsesionada con Ryan, llegó corriendo al final de un día de clase, con los ojos brillantes de emoción, y me gritó al oído que la había besado detrás de las estanterías de la biblioteca.

Me alegré mucho por ella, incluso sentí un poco de envidia, porque mi primer enamoramiento real no había sido correspondido.

—Dijiste que duraría para siempre, y en ese momento lo parecía, ¿verdad? Cuando tienes trece años y crees que estás enamorada, parece una eternidad. No te imaginas que se esfumará en unas semanas.

June lloró cuando Ryan y ella cortaron, pero solo lo que tardé en salir corriendo y comprar un tarro de helado con galletas. Después me confesó que en

el fondo se sentía aliviada porque había empezado a enamorarse de un chico de su clase de lengua.

—Siempre me trataste como a una amiga, no como a tu hermana. Hablábamos de los chicos que nos gustaban, hacíamos planes para que se fijaran en nosotras y charlábamos toda la noche sobre cómo iban nuestras relaciones. Normalmente con brownies y helado.

June gimió y sus dedos se convirtieron en garras mientras intentaba soltar las cadenas. Me costaba mucho mirarla e imaginarme a la chica dulce y guapa que había sido antes de venir aquí, así que miré al suelo y seguí arrastrando los dedos por la moqueta.

—Y ya no podemos hablar de estas cosas.

Quería contarle que estaba enamorándome hasta las trancas de alguien al que probablemente no podría tener, y que no sabía qué hacer, pero de ninguna manera podía decírselo delante de Ysanne.

A menos que fingiera hablar de otro donante. Si no decía nombres ni contaba nada concreto, Ysanne no tendría motivos para dudar.

—Lo último que esperaba cuando vine aquí era conocer a un chico, pero el caso es que así ha sido. No soporto no poder hablar de esto contigo, June. No soporto no poder pedirte consejo.

June sacudió la cabeza de un lado a otro. El pelo, como cuerdas apelmazadas, le azotó la cara. Un olor rancio a sangre vieja y podredumbre emanaba de su cuerpo.

—Ojalá pudieras conocerlo —le dije intentando fingir que estábamos en casa, en nuestra habitación, como cuando éramos niñas: ropa sucia tirada por el suelo, pósteres en las paredes y el olor a brillo de labios de cereza barato flotando en el aire.

Nos quejábamos muchas veces de que nuestra habitación era diminuta, de que nuestras camas estaban demasiado juntas, sin ninguna posibilidad de privacidad, pero al mirar hacia atrás me daba cuenta de que algunos de mis recuerdos más felices estaban allí.

—No es como cualquier chico al que haya conocido. Por un lado, es guapísimo. —No es que no hubiera salido antes con chicos guapos, pero ninguno

de ellos estaba a la altura de Edmond—. Pero no me gusta por eso.

Mi mente me mostró la hermosa imagen del pecho desnudo de Edmond, y una sonrisa tentó mis labios.

—Vale, no es la única razón. Es muy reservado, pero conmigo se abre. Puedo ver al verdadero... —Me detuve para no decir el nombre de Edmond— chico debajo de la fachada. Creo que necesita hablar conmigo y no soporto pensar que no podamos marcharnos de Belle Morte juntos. Si me voy antes que él, ¿con quién va a hablar?

June ni siquiera me miraba. Tenía la cabeza colgando y arrastraba los pies por la moqueta.

—Oh, June —susurré con los ojos empañados por las lágrimas—. ¿No entiendes nada de lo que digo? ¿No hay nada en ti que me recuerde?

Su única respuesta fue un gruñido ahogado.

Me presioné los ojos con las manos y apreté los dientes, frustrada. Luchaba y luchaba, pero no ganaba ni un centímetro de terreno y empezaba a perder la fe.

Entonces Ysanne lo empeoró mucho.

—Deseaba creer que se podía hacer algo con esta situación, pero quizá no ha sido más que una ilusión por mi parte. Quizá no hay forma de recuperar a los rabiosos. —A pesar de la sombría naturaleza de sus palabras, su voz no había cambiado.

Me giré y descubrí que se había acercado a mí tan silenciosamente que no la había oído moverse. Se detuvo frente a mí con los brazos cruzados sobre su blusa de seda. Su cara era una luna pálida en la oscuridad.

—¿Qué pasará si no podemos salvarla? —le pregunté.

Ysanne me miró con cara inexpresiva.

—Con los rabiosos solo se puede hacer una cosa.

El sentido de sus palabras se estrelló contra mí. Si no podía salvar a June, Ysanne la mataría.

Capítulo 21

Renie

Me puse de pie.

—No puedes hacerlo.

Ysanne me devolvió la mirada y me di cuenta de lo absurdas que eran mis palabras. Esta era la casa de Ysanne. Podía hacer lo que quisiera.

Técnicamente, June ya estaba muerta, así que, ¿a quién iba a importarle que Ysanne volviera a matarla?

Pero June seguía siendo mi hermana. La desesperación que había sentido hacía un momento quedó ahogada por una repentina oleada de protección. No, todavía no había conseguido avanzar, pero necesitaba más tiempo.

—No puedes matarla.

—Puedo, si la considero una amenaza para mi casa.

—Ya es una amenaza —repliqué.

Quizá no era el comentario más inteligente, pero Ysanne ya había puesto en peligro Belle Morte dejando a una rabiosa aquí. Así que no podía recurrir a lo peligrosa que era June como razón para sacrificarla porque las cosas no iban como ella quería.

Intenté imitar su mirada gélida.

—Es mi hermana y no dejaré que le hagas daño.

—Mi querida niña, ¿de verdad crees que podrías detenerme?

No podría, y en el fondo, en una parte de mí que se ponía enferma solo de pensarlo, sabía que Ysanne quizá tenía razón. June era peligrosa. Si volvía a soltarse, alguien podría morir.

Pero matar a June no resolvería todos nuestros problemas.

—Quizá en lugar de preocuparte por lo que puede pasar con June, deberías intentar descubrir quién la mató —le dije.

La expresión de Ysanne se endureció y resistí la tentación de dar un paso atrás.

—Es exactamente lo que he estado haciendo, como bien sabes...

—Pero aún no has encontrado a su asesino. Necesitas más tiempo, y yo también.

—Llevas ya dos semanas y no has avanzado ni un centímetro. ¿Cuánto tardarás en quedarte sin recuerdos y cosas bonitas que decirle?

—Es mi hermana.

—Soy consciente de ello —me contestó Ysanne—. Pero la seguridad de mi gente es lo primero, y eso no va a cambiar por ti. Te daré una semana más, y si sigues sin hacer avances, tendré que cumplir con mi deber como señora de esta casa y destruir la amenaza.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las duras líneas del rostro de Ysanne no se suavizaron. A ella no le importaba que perdiera a mi hermana. Y en realidad la parte oscura que había en mí lo entendía.

Ella hablaba de la vida de todos en Belle Morte en comparación con alguien que ya estaba muerto. Estaba tomando la decisión que cualquier buen líder tomaría, pero aun así la odiaba por ello.

De repente no pude soportar seguir a su lado.

La dejé atrás y recorrí el pasillo con lágrimas resbalándome por las mejillas.

Roux estaba en la cama cuando volví a nuestra habitación, pero ¿cómo iba a dormir yo después de lo que acababa de decirme Ysanne?

Supongo que siempre había sabido que era una posibilidad, pero no me había permitido planteármela y me había centrado en mi absoluta determinación de salvar a June.

Pero ¿y si no podía?

De repente esa sombría realidad me miraba a la cara. Tenía que reconocerlo. Pero no sabía cómo.

¿Se suponía que debía decirle a Ysanne que tenía razón, que yo había

fallado, y luego quedarme al margen y dejar que matara a June?

Tras haber pasado un par de horas dándole vueltas y vueltas, salté de la cama —ni siquiera me había molestado en quitarme la ropa— y salí de nuestra habitación sin hacer ruido.

La casa estaba tranquila y en silencio cuando salí del ala sur y bajé la escalera en dirección a la puerta que daba al jardín, pero me detuve cuando mis oídos captaron el débil sonido de alguien llorando.

Pensé que venía de la sala de alimentación que había a mi izquierda, pero fui a mirar y estaba vacía. Debía de ser en la puerta de al lado, en la primera de las dos salas de arte.

Abrí la puerta con cuidado. Melissa estaba sentada de espaldas a mí. Sus hombros temblaban cuando ahogaba los sollozos y giraba algo entre las manos una y otra vez. Aiden estaba sentado a su lado, frotándole la espalda.

—¿Melissa? —dije avanzando un paso.

Pegó un bote y casi se le cayó lo que tenía en las manos.

—¿Qué haces aquí? —dijo Aiden en tono crispado.

—He oído a Melissa llorar. ¿Estáis bien?

—Como si te importara —murmuró Aiden sin dejar de frotarle la espalda a Melissa.

—¿Qué es eso? —pregunté mirando lo que Melissa tenía en las manos.

Lo levantó.

—Iba a ser un cuenco de barro. Lo hizo June.

Sentí el estómago como si hubiera tragado agua helada y avancé por la sala con los ojos fijos en el cuenco, si es que podía llamarse así. Era una cosita deforme y llena de bultos. En la arcilla ya dura todavía se veían huellas dactilares.

Me temblaron las manos al tocarlo, al pasar los dedos por donde habían estado los de June.

—Esculpir no era precisamente su punto fuerte —afirmó Melissa, y no pude evitar reírme.

—En su defensa debo decir que nunca lo había hecho.

—Sabía que no se le daba bien, pero lo disfrutaba —comentó Melissa

acariciando el borde del cuenco.

Se me contrajo la garganta. Partes de June habían florecido entre estas paredes, y yo nunca las conocería.

Melissa dejó el cuenco en el estante de madera más cercano.

—¿Qué está pasando? —me preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas la tonta —me soltó Aiden. Melissa apoyó la mano en su brazo y él se calló.

—Primero trasladan a June —expuso Melissa—, pero se supone que todos debemos mantenerlo en secreto. Luego llegas tú, aunque se supone que en la casa no puede haber dos miembros de la misma familia a la vez, y empiezas a hacer preguntas.

—Es solo que no estaba segura de...

Aiden levantó la mano para interrumpirme.

—No participas en ninguna de las actividades y apenas has hecho amigos. He preguntado a otros donantes, y la mayoría de las veces nadie sabe a qué dedicas tu tiempo. Un par de personas me han dicho que te han visto entrar y salir del despacho de Ysanne, y Amit insiste en que te ha visto salir del ala oeste con Edmond, aunque se supone que nadie puede estar allí.

—Hace unos días hablaste con Étienne —me dijo Melissa—. Parecía una conversación bastante intensa y oí el nombre de June, así que entiendo que lo que está pasando tiene que ver con ella.

—¿Cómo vamos hasta ahora? —me preguntó Aiden.

No dije nada.

—Me pareció raro que June se marchara sin decir ni una palabra, pero confié en Ysanne. Después apareces tú y todo empieza a ser raro de verdad —siguió diciendo Melissa—. June era amiga mía y quiero saber qué mierda está pasando.

Me dolía el corazón por ella, pero no podía contárselo, como no había podido contárselo a Étienne y a Jason. La única razón por la que se lo había contado a Roux era porque ella ya sabía demasiado.

—Melissa —empecé a decir, pero me detuve. No hacía tanto tiempo que la había traído aquí para interrogarla, y ahora nuestros papeles se habían invertido

y no lo soportaba—. Lo siento —me disculpé.

Su expresión se relajó un poco.

—¿Es porque no quisimos hablar contigo cuando llegaste?

—No. Es porque... no puedo.

Creí que iba a gritarme, pero sus hombros se desplomaron.

—Bien —convino en tono tranquilo—. Vámonos, Aiden.

Él me miró.

Los vi salir de la sala sin poder evitar sentirme como una mierda. Pero ¿qué se suponía que debía hacer?

Estaba tan perdida en mis miedos y frustraciones que olvidé que no podía salir sin escolta, así que tuve que frenar en seco al llegar a la puerta, custodiada, como siempre, por un miembro de seguridad con su uniforme negro.

Mierda, mierda y mierda.

Las estúpidas reglas de Ysanne me encerraban estuviera donde estuviese e hiciera lo que hiciese. Era como si siempre estuviera justo detrás de mí, echándome el aliento en la nuca.

—¿Puede alguien salir conmigo? —le pregunté a la mujer de la puerta, que me miró un poco raro. Quizá no estaba acostumbrada a que los donantes quisieran salir cuando ni siquiera había amanecido.

—No es necesario. Edmond e Isabeau están fuera —me dijo.

Dudé. Obviamente, quería hablar con Edmond sobre lo que había pasado, pero no tenía previsto hacerlo entonces, y sin duda no lo haría delante de Isabeau, que seguramente defendería en todo a Ysanne.

La guardia de seguridad me abrió la puerta y esperó. El aire frío entró en la casa.

—¿Quieres salir o no? —me preguntó al ver que no me movía.

—Sí —murmuré, y salí al jardín.

El aire era amargo, y por un momento no pude respirar. Me detuve en seco y aspiré una bocanada de aire helado.

Era una noche clara, con el cielo azul aterciopelado, pero las estrellas empezaban a desvanecerse y el mundo palidecía en el horizonte, donde no tardaría en salir el sol. Varios pájaros saltaban en lo alto del muro que rodeaba la

mansión. El resto del jardín estaba en silencio e inmóvil, como un cuadro.

No vi a Edmond ni a Isabeau.

Respiré hondo varias veces intentando calmarme. Aunque la situación parecía desoladora, aún no había terminado. Ysanne quería que yo lo consiguiera por lo que significaba para los vampiros, así que no lo cancelaría de inmediato.

Aún me quedaba tiempo.

Pero ¿qué podía hacer en la semana que me quedaba? Ysanne tenía razón. En las últimas dos semanas June no había mejorado, así que ¿qué más podía intentar?

Me dirigí al roble sin darme cuenta y de repente me detuve. Edmond e Isabeau estaban sentados en un banco de piedra a la sombra de la pared de la mansión. Se callaron en cuanto me vieron. El rostro de Isabeau mostraba simpatía, pero no pude descifrar la expresión de Edmond.

Isabeau murmuró algo, después se levantó y se marchó. Edmond se acercó a mí. La luz previa al amanecer le daba un aspecto increíblemente hermoso. Las sombras resaltaban la nitidez de sus pómulos, la negrura de su pelo y el brillo diamantino de sus ojos.

—¿Estás bien, *mon ange*?

—No —susurré. Me ardían los ojos.

Quería que me abrazara.

No quería que me tocara.

Estaba muy cansada.

—He ido al ala oeste con Ysanne y... —No seguí hablando.

El rostro de Edmond era solemne, con los ojos muy tristes. Me miró como si supiera que mi corazón se estaba rompiendo.

—Ya lo sabes, ¿no? ¿De eso estabas hablando con Isabeau? —Me alejé antes de que hubiera podido contestarme y me dirigí al banco de piedra donde habían estado sentados.

La adrenalina se acumulaba en mi pecho y me hacía temblar.

Edmond se deslizó detrás de mí, silencioso como un susurro, y me giré hacia él.

Quizá él se movió primero o quizá fui yo. No estaba segura. Lo único que

sabía era que estábamos abrazados, besándonos con una pasión que me dejó sin aliento. Edmond me empujó contra la pared de la mansión y presionó su cuerpo contra el mío. Me volví loca, desatada por el placer. Le sujeté el cuello con las manos, deslicé una pierna alrededor de sus caderas y lo apreté más fuerte contra mí. El fuego chisporroteaba entre nuestras lenguas danzantes.

Nunca había besado así. Nunca había sentido que quería más de un hombre. Introduje las manos por debajo de su camisa, y las yemas de mis dedos recorrieron la protuberancia de metralla antes de deslizarse por su estómago y su pecho. Apoyé una mano donde antes latía su corazón. Sentí su piel fría. Quería calentarla con mis manos, con mi lengua...

Edmond interrumpió el beso. Me agarró de las muñecas y las sujetó por encima de mi cabeza. Yo estaba sin aliento, con la piel sonrojada, y mi corazón latía con fuerza, pero él estaba tan callado y pálido como siempre. De repente me pregunté si los vampiros de verdad funcionaban en la cama o si habían pasado tanto tiempo siendo estatuas impasibles que ya no recordaban lo que era soltarse.

Pero no podía ser cierto. Edmond no estaba sin aliento, como yo, pero sus ojos brillaban de deseo. El bulto duro de sus pantalones presionaba contra mí. Mis labios estaban hinchados por la fuerza de nuestros besos, pero quería más. Quería bebérmelo como si fuera vino, arrancarle la ropa y explorar cada parte de su cuerpo con cada parte del mío.

Lo deseaba tanto que me asustaba.

—Basta —susurró Edmond. Su mirada oscura me recorrió y se detuvo en mi pecho y en mis labios—. No podemos, Renie.

Lo sabía tan bien como él, pero no podía pensar con claridad. El placer era una niebla espesa que me invadía la cabeza, y lo único en lo que podía pensar era en lo exquisito que sabía Edmond y en la agradable sensación que experimentaba al acariciarlo. Lo único en lo que podía pensar era en seguir degustándolo.

—Consigues que quiera perderme, y no puede ser —me dijo Edmond.

Seguía tan cerca de mí que nuestra respiración se habría mezclado, si él respirara. Pero el arrollador deseo que me había desgarrado se había calmado, y de pronto lo quería lejos de mí.

—Suéltame —le susurré, y me soltó.

Por un momento ninguno de los dos se movió.

—Ysanne te lo ha contado antes que yo —le dije.

—Sí —me contestó.

Una horrible sensación de temblor se hinchó en mi pecho y luché por articular las palabras.

—No podemos dejar que lo haga.

—Renie...

—¿Y si hubiera alguna manera de sacar a June de aquí? Debe de haber algún lugar en el que podamos esconderla, algún lugar en el que esté a salvo...

—Renie...

—... Tiene que haberlo, porque no vamos a darnos por vencidos...

—Renie.

Me detuve. Tenía un nudo en la garganta, que estaba en carne viva.

Edmond me cogió las manos y me frotó los nudillos con sus fríos dedos.

—Oh, Dios mío. Estás en el bando de Ysanne, ¿verdad? —susurré.

—No se trata de bandos.

—Pero estás de acuerdo con ella.

Edmond sopesó sus palabras.

—Creo que debemos prepararnos para lo peor.

—Me dijiste que no te rendirías.

—Lo sé, pero, Renie, nada funciona. June no ha mejorado y puede que debamos enfrentarnos al hecho de que no mejorará. No podemos tenerla escondida para siempre y es demasiado peligroso moverla.

—¿Y se supone que debo dejarla morir?

Edmond cerró los ojos.

—Daría cualquier cosa por poder hacer algo, pero no puedo.

—No dejaré que Ysanne la mate —gruñí apartando las manos de él.

—¿Y qué sugieres? —Su tono era amable, y por alguna razón solo consiguió que me enfadara más—. ¿En qué punto vas a aceptar que no podemos ayudarla?

—Nunca lo aceptaré. Y creía que me apoyabas.

—Te apoyo, pero June es peligrosa y está sufriendo. Si no puedes ayudarla...

—Edmond no terminó la frase.

No era necesario.

Una humillación espesa y caliente me revolvió las tripas y se me llenaron los ojos de lágrimas. June y yo habíamos pactado una vez que, por mucho daño que nos hiciera un chico, no lloraríamos delante de él, pero no pude evitarlo.

No había imaginado que Edmond estaría de acuerdo con Ysanne, y darme cuenta fue como si un cuchillo se me deslizara entre las costillas. Miré al cielo. Las estrellas casi habían desaparecido, solo eran tenues marcas plateadas sobre un cielo que se iluminaba rápidamente.

—Vete a la mierda, Edmond —le dije—. Vete a la mierda.

Eché a correr y me rodeé el pecho con los brazos, tanto para protegerme del frío como para sofocar la furiosa adrenalina que me estremecía.

A la mierda Ysanne.

A la mierda Belle Morte.

A la mierda Edmond.

Nadie se llevaría a mi hermana.

Capítulo 22

Edmond

Las palabras de Renie resonaron en su mente, agudas e indignadas. No la culpaba. Le había dado esperanzas y de repente se las quitaba y la dejaba sin nada. Pero no tenía otra opción.

Nunca debería haberse acercado a ella. Así no le habría hecho tanto daño. Cuando Renie llegó, estaba decidido a mantenerla a distancia, pero ella derribó todas sus defensas y tiró de él con su pasión y su rebeldía. Precisamente por eso no debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. A pesar de toda esa pasión, Renie seguía siendo muy frágil y quebradiza.

Los humanos ardían con intensidad, pero duraban poco y se extinguían con la misma facilidad.

Varios rostros pasaron por su mente: Lucy, Charlotte, Marguerite, Elizabeth. Cada una de las mujeres a las que había amado. Cada una de las mujeres a las que había perdido.

Había jurado que nunca volvería a enamorarse. Construiría un muro alrededor de su corazón, lo endurecería con hielo y nunca permitiría que nadie con intenciones románticas lo traspasara. Pero de alguna manera Renie lo había conseguido. Había encontrado las grietas de su armadura y se había deslizado a través de sus zonas más vulnerables.

Algo en esa chica había prendido un fuego dentro de él, y cada vez que intentaba apagarlo, volvía a la vida, más ardiente y feroz que nunca.

Edmond se llevó una mano a la boca, se pasó los dedos suavemente por los labios y recordó la dulzura de la boca de Renie. Sabía que no podía quedarse con

ella, pero no sabía cómo dejarla ir.

Ysanne caminaba por los alrededores de la mansión. Una leve brisa atravesó el jardín haciendo revolotear su pelo rubio. Su forma de vestir y las cosas que le gustaban habían cambiado, pero seguía siendo la misma vampira de belleza etérea que había salvado a un chico huérfano hacía unos cientos de años.

—¿Qué pasa si matas a June? —le preguntó.

—No lo sé —admitió Ysanne.

—¿Echarás a Renie? ¿O la dejarás aquí hasta que sepamos quién está detrás de todo esto?

—Aún no lo he decidido.

—¿Estás segura de que alguien quería matarla? Han pasado diez días y no ha habido otro intento.

—Sospecho que es porque habéis estado pasando mucho tiempo juntos. Hay pocos vampiros en esta casa que se atrevan a pelear contigo.

—Pero ¿por qué querría alguien ver muerta a Renie? No tiene sentido.

—No te corresponde a ti darle sentido. Me corresponde a mí, y lo haré.

—En ese caso, quizá deberías darle a Renie más tiempo.

La mirada de Ysanne se agudizó.

—Dime una cosa, *mon garçon d'hiver* —le dijo.

Edmond esperó.

—No hay nada entre la chica Mayfield y tú, ¿correcto? —La voz de Ysanne adquirió un tono como de acero—. Porque me cuesta creer que incumplirías nuestras reglas así.

En un mundo que trataba a los vampiros como a dioses, Edmond había perdido la costumbre de sentirse culpable. Pero desde que Renie había llegado a Belle Morte, se había visto obligado a volver a familiarizarse con este sentimiento. Primero, por ocultarle la verdad sobre June, después, por cómo la había tratado, y, por último, por tener que mentir a su vieja amiga.

—Por supuesto que no —le contestó con un regusto amargo en la boca.

—Bien, porque sabes por qué no puede ser —repuso Ysanne—. Los humanos nos admiran y nos adoran, pero al final siempre nos dejan.

Una nota de dolor tiñó su voz, y Edmond supo que no le mostraría esa

vulnerabilidad a muchas personas.

Contempló el jardín, la escarcha que brillaba en cada brizna de hierba y el hielo que formaba dibujos como de encaje en las ramas desnudas de los árboles. Los vampiros apenas podían sentir el frío, y cuando estaba con Renie, le costaba olvidar que el mundo no era sol y luz.

—Hacía este frío cuando nos conocimos —comentó Edmond, cambiando de tema.

—Más aún.

Había sido hacía mucho tiempo, pero él aún recordaba los montones de nieve que cubrían la tierra, el viento que atravesaba como un cuchillo sus harapos hasta su cuerpo hambriento, el momento de horror y alivio en que supo que no sobreviviría.

Entonces había aparecido Ysanne, un ángel salpicado de sangre en la nieve.

Nunca olvidaría el invierno que pasaron en aquella casa, la vampira y el chico del que se había apiadado, acurrucados frente al fuego mientras el viento aullaba fuera.

—Hay algo que quiero preguntarte —le dijo Edmond.

No sabía por qué nunca se lo había preguntado. Tal vez había temido su respuesta.

—¿Por qué me dejaste? —le preguntó.

Ella se quedó rígida y su rostro se tensó hasta convertirse en una dura máscara.

La suya había sido una extraña amistad que les había beneficiado a ambos. El chico alimentaba a la vampira con sus venas, y la vampira cazaba para el chico. Pasaban los gélidos días hablando y jugando, y habían forjado un sólido vínculo.

Pero una mañana, cuando la primavera había atravesado el frágil dominio del invierno, Edmond se despertó y descubrió que Ysanne se había marchado. No había ningún mensaje, ningún aviso, solo la desaparición de la única persona amiga que había tenido en el mundo.

—Porque tuve miedo —le contestó Ysanne.

Era lo último que esperaba que le dijera. Ysanne no solía admitir que tenía

miedo, ni siquiera ante él.

—Si de verdad quieres saberlo, *mon cher*, temía que nuestra amistad estuviera convirtiéndose en algo más.

No era ninguna novedad para Edmond. Había sido un chico solitario, hambriento y asustado, a la deriva en un mundo al que no le importaba si vivía o moría. Ysanne era hermosa, inmortal... y había aparecido para salvarlo casi por arte de magia. Habría sido raro no enamorarse de ella. Pero nunca sospechó que ella hubiera sentido lo mismo. La había adorado como a una especie de heroína y para su joven mente no era posible que ella le correspondiera.

—Veía cómo me mirabas, y en las últimas semanas que pasamos juntos me di cuenta de que corría el riesgo de sentir lo mismo —le dijo Ysanne.

—¿Tan malo habría sido?

Acabaron en la cama de todos modos, solo que varias décadas después.

—Para mí sí. Temía que encontraras el camino a mi corazón, y no estaba preparada. La muerte de mi marido... todavía era muy reciente. —Ysanne le cogió la mano—. Pero me arrepiento de haberte abandonado. Pensaba en ti a menudo y me preguntaba qué pasaría si volvía a encontrarte, y después el destino te trajo de vuelta a mí.

—¿Nunca pensaste en convertirme?

—No. Lo único que vi fue a un chico que podía entrar en mi corazón, y en ese momento no podía permitirlo. Tuve que dejarte porque me dio mucho miedo quedarme contigo.

Edmond no tenía claro si ella había dado muestras de una fuerza que a él le faltaba cuando estaba cerca de Renie, o si había sido la cobardía lo que la había llevado a escabullirse por la puerta un día y dejarlo durmiendo y solo.

Los ojos de Ysanne se nublaron, una rara muestra de verdadera emoción.

—Quizá fue egoísta, pero de ser así, desde entonces he pagado con creces el precio de mi egoísmo.

Edmond le cogió la otra mano y se la apretó.

—*Assez!* Las pérdidas que has sufrido fueron tragedias, no una expiación por los errores del pasado.

Esta era la parte que Ysanne nunca mostraba al mundo, las partes que aún le

dolían por el amor y la pérdida, con ecos vulnerables y humanos.

—Perdóname por habértelo comentado —le dijo Edmond—. No era mi intención abrir viejas heridas.

Ysanne le colocó las manos a ambos lados del rostro y le dio un beso suave y frío en la frente.

—No es necesario que te perdone, mi querido y viejo amigo.

Ninguno de los dos volvió a mencionar a Renie. Ysanne confiaba en que le había dicho la verdad, y él no podía decirle que estaba traicionando esa confianza.

Incluso los viejos amigos tenían sus secretos.

Capítulo 23

Renie

No volví a mi habitación. No habría podido dormir y no era justo despertar a Roux, así que fui a mi refugio habitual, la biblioteca, e intenté quemar parte de la horrible energía que había acumulado recorriendo la sala de un lado a otro. Las lágrimas habían desaparecido y solo sentía rabia, que chocaba con el miedo hasta que sentí que iba a explotarme el pecho.

Pero al rato las lágrimas regresaron y la rabia se esfumó dejándome vacía y agotada. Me derrumbé en el sofá más cercano y me acurruqué como una bola.

—No me rendiré, June. No me rendiré —susurré.

Había otra forma de ayudarla, solo que aún no la había encontrado. Pero la encontraría. Solo necesitaba descansar los ojos...

Me desperté sobresaltada por un grito suave, y por un momento de vértigo no recordé dónde estaba. La biblioteca se hizo nítida a mi alrededor, me desplomé en el sofá y hundí las palmas de las manos en los ojos mientras recuperaba la conciencia.

No tenía ni idea de qué hora era, pero necesitaba una puta copa.

El bar estaba vacío.

No hice caso de los libros de recetas, eché un poco de hielo en un vaso y me inventé un cóctel. Había cenado hacía bastante rato, así que sabía que debía controlarme, pero no me importaba.

Di un codazo a las pinzas que había utilizado para el hielo, que cayeron ruidosamente al suelo.

—Mierda —murmuré inclinándome para recogerlas.

Jason asomó la cabeza por la puerta.

—¿Estás bien? He oído un ruido.

—Estoy bien.

Me senté en un taburete y tomé un sorbo de mi cóctel personal. Un fuerte choque de sabores me golpeó la boca e hice una mueca. Quizá debería haberme limitado al libro de recetas.

Pero quizá mi cóctel era lo bastante fuerte para adormecer el dolor de mi pecho.

—Empiezas a beber pronto —comentó Jason acercándose a mí.

—No tengo nada mejor que hacer.

—Uf, no suena muy bien. —Me pidió que le acercara el taburete que estaba a mi lado y se giró para que estuviéramos cara a cara—. ¿Qué pasa?

—Nada. Todo.

—Vamos, cariño, escupe. —Me apoyó una mano en la rodilla y me dio una palmadita.

—No puedo.

—Mmm. —Jason tamborileó con los dedos en la barra de mármol—. Secretos, ¿eh? Quizá yo también debería darme a la bebida.

Levanté mi vaso hacia él.

—Sí, deberías.

—¿Quieres hacerme uno como el tuyo?

Salté del taburete y rodeé de la barra.

—Es nuevo. Lo llamo «el especial de Renie».

—Suena sexy.

—Oh, lo es.

Preparé otra copa, hasta donde pude recordar, y la deslicé por la barra. Jason probó un trago y palideció.

—Dios, ¿qué le has echado?

—De todo. A medida que bebes, mejora.

Dio otro sorbo con los labios fruncidos, como si estuviera chupando un limón.

Volví con él al otro lado de la barra y choqué mi vaso con el suyo.

—Salud.

—¿Vas a contarme qué está pasando?

Bajé la mirada hacia las profundidades de color rosa anaranjado de mi bebida.

—No soy idiota, Renie —agregó en tono amable—. Sé que no eres una donante normal. Algo pasa contigo, Edmond, Ysanne y el ala oeste. Roux ya me ha dicho que no puede hablar de eso, y no pasa nada. Pero estoy aquí si quieres hablar. Ya sabes lo que dicen: «Las penas compartidas son menos penas».

—Aun así, serían penas más grandes de las que puedo manejar —murmuré —. Y lo siento, pero todavía no puedo hablar de este tema.

Nos quedamos un rato en un agradable silencio, bebiendo, y cuando vaciamos los vasos, me levanté de un salto y volví a llenarlos. Una agradable calidez se extendía por mi cerebro, y la tensión de mis extremidades se fundía a medida que el alcohol tomaba el mando. No solía emborracharme tan rápido, pero no había comido y el cóctel era muy fuerte. No obstante, no me contuve y preparé dos más.

—Tienes razón, cada vez están mejor —convino Jason.

Volvimos a brindar, di un largo trago y dejé que el alcohol me inundara y eliminara toda la rabia y la incertidumbre.

—Pues te contaré mi triste historia. Gideon todavía no me ha pedido beber de mí. Quizá debería rendirme —me dijo Jason.

—Dijiste que no ibas a encariñarte.

—No me estoy encariñando. Solo quería saber cómo era su mordisco.

—Seguramente igual que el de cualquier otro vampiro.

—No, creo que sería mejor con Gideon, como el sexo es mejor con alguien que de verdad te gusta.

Sus palabras me hicieron pensar en la perfecta amplitud del pecho de Edmond, en cómo mis terminaciones nerviosas se ensanchaban cuando me besaba, y giré la cabeza para ocultar el color que me subía por las mejillas.

Darle sangre a Edmond y besarlo superaba todo lo que había experimentado, así que el sexo con él seguramente sería mejor que cualquier relación que hubiera tenido.

—Quizá sea mejor que nunca lo descubras —le comenté; y mis palabras iban tanto por Jason como por mí—. Si se hubiera alimentado de ti y hubiera sido increíble, te sería más difícil no encariñarte. Es muy fácil escuchar a tu corazón en lugar de a tu cabeza, pero estamos hablando de vampiros. No somos más que un punto en su radar. Pueden sustituirnos fácilmente por cualquier otro de los miles de aspirantes a donantes que vociferan en la puerta.

Jason parecía alicaído, pero no tenía sentido endulzar la verdad. Me sentía como si me hubieran pisoteado el corazón. No quería que Jason pasara por lo mismo.

—Pero no los necesitamos —le dije—. Pueden seguir escondiéndose del mundo en sus malditas mansiones, y nosotros dos podemos aspirar a algo mejor.

—¿Mejor que Gideon? —Jason pareció horrorizado.

—Mejor que cualquier vampiro.

Di un largo trago, como si eso fuera a ayudarme a creerme lo que acababa de decir. Jason me observó.

—No soy psiquiatra, pero supongo que te sientes mal por un vampiro.

Quizá fue porque estaba borracha, o quizá estaba harta de mantenerlo oculto, pero de repente lo solté.

—Edmond y yo hemos tenido una especie de relación secreta, pero tiene que terminar porque él es un hijo de puta y no está de mi lado. Los vampiros no pueden estar con los humanos, y voy a envejecer y morirme mientras él seguirá joven y guapo para siempre.

Jason me miró con los ojos muy abiertos y se me revolvió el estómago. No debería haberlo dicho.

—Sabía que te gustaba Edmond... Sinceramente, no te culpo... Pero ¿de verdad teníais algo? Joder.

Le cogí la mano.

—No puedes decírselo a nadie, por favor. Excepto a Roux, que ya lo sabe.

Puso los ojos en blanco.

—Pues claro que no voy a decírselo a nadie. ¿Me tomas por un cotilla? —Esperó un momento y después sonrió con picardía—. ¿Vas a soltar los detalles jugosos o tengo que suplicártelo? Porque te lo suplicaré.

Me reí y le di un golpecito con el pie.

—La verdad es que no hay nada tan jugoso.

—¿No habéis bailado el tango en horizontal?

—Ni de lejos.

—Qué decepción. Siempre me he preguntado cómo sería el sexo con un vampiro. —Su sonrisa traviesa dio paso a una expresión soñadora—. Apuesto a que es increíble.

—O quizá es una mierda como un piano. Quizá por eso los vampiros y los donantes no pueden estar juntos, porque si alguna vez un donante descubre lo malos que son los vampiros en la cama, su imagen se rompería en pedazos.

Sin duda era el cóctel el que hablaba.

—Oh, por favor. Han tenido cientos de años para perfeccionar sus movimientos. ¿De verdad crees que Edmond no es bueno en la cama?

Quise mentir, pero las palabras se negaban a salir.

—Creo que seguramente me destrozaría la posibilidad de acostarme con cualquier otro hombre del planeta. Por eso me alegro de que nunca hayamos llegado tan lejos.

—Apuesto a que Gideon también es bueno en la cama.

—Brindemos por los idiotas de los vampiros, excelentes amantes de los que nunca gozaremos —dije levantando mi vaso.

—Sí, señora. —Jason golpeó su vaso contra el mío con tanto entusiasmo que casi se cae del taburete—. Seguro que conocen todas las posiciones del *Kamasutra* y alguna más.

—Y seguro que son todos tan flexibles que solo pueden hacer la mitad de los movimientos con otros vampiros.

—Probablemente tengan mazmorras BDSM en el ala norte.

—O columpios sexuales en todos los dormitorios.

Los dos resoplamos de risa. Me sentaba bien reírme, y el nudo de mi pecho se aflojó un poco, aunque solo fuera por un momento.

Dos donantes, Ranesh y Abigail, entraron en el bar, ambos con marcas de mordeduras frescas y expresiones soñadoras. Jason los saludó con la mano y Abigail le devolvió el saludo, pero su mano flácida le colgaba de la muñeca.

—¿Está bien? —murmuré.

«Aturdimiento por mordida», me contestó moviendo los labios. Le lanzó otra mirada a Abigail mientras ella se metía detrás de la barra y observaba las botellas de los estantes de vidrio con la intensa concentración de alguien que está borracho o drogado.

—Debería tener cuidado —me susurró Jason—. Últimamente se pone así cada vez que la muerden. Corre el riesgo de volverse adicta, y si eso sucede, la echarán de aquí.

—¿Qué susurráis vosotros dos? —nos preguntó Ranesh sentándose en la barra.

—Nada —le contestó Jason. Me miró y me hizo un gesto con los ojos en dirección a la puerta.

Asentí. Nos terminamos las bebidas y saltamos de los taburetes, pero antes de salir de la sala me incliné por encima de la barra y cogí una botella de tequila del estante.

—Creo que no se pueden sacar botellas del bar —me dijo Abigail arrastrando las palabras.

Fingí no haberla oído.

Apenas habíamos salido del bar cuando abrí la botella y le di un trago. El tequila me quemó la garganta y me hizo toser. Jason cogió la botella y le dio a su vez un largo trago.

—Mierda, vamos a pillar un buen pedo —me dijo.

—Nos falta poco —le contesté.

—Mierda —susurró Jason de repente, y vi a Gideon dirigiéndose hacia nosotros.

Le cogí la botella de tequila, me la metí debajo de la chaqueta y crucé los dos brazos sobre mi pecho.

Jason se pasó los dedos por el pelo y se alisó la camisa. Mientras Gideon se acercaba, se puso muy recto. Pero Gideon se limitó a mirarme de manera extraña, sin dedicarle una sola mirada a Jason. En cuanto se hubo marchado, Jason se desinfló como un globo triste.

—¿Soy invisible? —me preguntó.

Miré hacia abajo.

—Creo que quizá lo he distraído.

Al tener los brazos cruzados sobre la botella que sostenía contra mi pecho, parecía que estuviera agarrándome las tetas.

Jason sonrió al verlo, pero su sonrisa fue triste. El pobre chico lo tenía chungo con Gideon.

—Mierda —murmuró mirando hacia donde se había ido Gideon, aunque el vampiro ya había desaparecido—. ¿Por qué me pone más cachondo que cualquier otro chico al que haya conocido? Quiero evitarlo, pero no puedo.

—Eso son los vampiros para ti. Ojalá pudiera decirte algo más positivo, pero acabo de salir de eso.

—Cierto. —Jason me metió la mano en la chaqueta y recuperó el tequila—. Los dos necesitamos animarnos y sé cómo hacerlo. —Señaló el pasillo con la botella haciendo un gesto teatral—. A tu habitación.

La idea de Jason de animarnos resultó ser un desfile de moda improvisado que consistía en sacar todas las prendas del armario y ver qué nos sentaba mejor.

Seguimos bebiendo tequila mientras nos cambiábamos de ropa.

Después de ponerme un vestido de terciopelo con adornos de piel, Jason intentó peinarme, pero estaba demasiado borracho para hacer su magia habitual, se rindió a la mitad y me dejó con un recogido muy peculiar.

Se había quedado en calzoncillos e intentaba meterse en uno de mis vestidos, de encaje verde oscuro con escote corazón. Le costó colocárselo en las caderas, pero no conseguía subírselo por el pecho, y al final se oyó un desgarro y el vestido subió hasta la mitad de su torso, rozándole los pezones.

Se observó en el espejo.

—¿Qué te parece? ¿Demasiado puta?

Me reí.

Se recogió la falda y se dirigió al otro extremo de la habitación.

—Y ahora —anunció— tenemos la última creación de la mundialmente famosa Renie Mayfield, modelada por el siempre fabuloso Jason Grant.

Caminó pavoneándose por una pasarela imaginaria, haciendo pucheros y moviendo la cabeza.

Me reí tanto que casi se me sale el tequila por la nariz. Me dolían las costillas y me sentía muy bien. No recordaba la última vez que me había reído tanto.

En mitad del desfile de Jason, entró Roux.

Jason se quedó inmóvil, con un pie levantado en el aire.

—Damas y caballeros, parece que hemos sufrido una pequeña interrupción.

—Hum... ¿qué estáis haciendo, chicos? —nos preguntó Roux mirando la ropa tirada por el suelo.

—Un desfile de moda —le contesté ofreciéndole el tequila—. ¿Quieres participar?

Frunció ligeramente el ceño mirándome con mi vestido con ribetes de piel y a Jason con el suyo rasgado, y torció los labios.

—¿Estáis borrachos?

—Solo un poco —le respondió Jason colocando el pulgar y el índice a un centímetro de distancia.

—Chist, no se lo digas a nadie —añadí presionándome los labios con un dedo.

Roux cerró la puerta.

—¿Habéis robado el tequila del bar?

—No —le contesté.

Me miró fijamente.

—Quizá sí —me corregí.

Jason eligió ese momento para dar una vuelta. La falda de encaje ondeó a su alrededor y quedó a la vista el enorme desgarro que había hecho en el costado del vestido.

Roux chasqueó la lengua.

—Vaya, lo has destrozado. ¿Y si Renie quisiera ponérselo mañana?

La miré frunciendo el ceño.

—¿Mañana?

—No revisas tu calendario de eventos, ¿verdad? Jemima Sutton, señora de Nox, vendrá de visita mañana con un reducido séquito, así que tendremos un pequeño encuentro con ellos para darles la bienvenida.

Me burlé.

—Para haber vivido tanto tiempo, ya podrían encontrar cosas más interesantes que hacer que vestirse como muñecas para fiestas interminables. Toda la cultura vampírica es ridícula.

—Parece que no te importa ponerte su cultura —me dijo Roux en tono suave pero firme señalando mi vestido y la ropa que había tirada a mi alrededor formando un mar de seda, gamuza, terciopelo y cristales—. Y parece que no te importa beberte su cultura.

Me callé.

—Perdónanos. Los dos tenemos el corazón roto —le explicó Jason. Abrió exageradamente los ojos y se llevó una mano a la frente como si fuera a desmayarse. Por desgracia, tropezó con la falda y se estrelló contra la cama de Roux.

Roux volvió a mirarme.

«¿Edmond?», me preguntó moviendo los labios.

Asentí, incapaz de hablar de June todavía. Preferí fingir que se trataba solo de un tío que me había roto el corazón, sin explicarle por qué me lo había roto.

La expresión de Roux se suavizó.

—Supongo que no puedo dejar que mis amigos hagan una fiesta sin mí. —Me quitó la botella de la mano y dio un trago.

—Tienes que vestirte bien si quieres participar. Es el estilo vampiro —dijo Jason, que estaba tirado en el suelo. La falda le cubría la cabeza, como un velo de novia.

—No hay problema.

La ropa de Roux probablemente costaba una fortuna, como todo lo demás en la casa, pero se la quitó y la lanzó a una esquina como si fueran trapos viejos. En ropa interior, se agachó y rebuscó entre las prendas del suelo.

Jason se levantó y la aplaudió.

Pasamos la mañana en una nube de tequila y vestidos, fingiendo que éramos celebridades caminando por la alfombra roja, inventándonos entrevistas y representando escándalos de celebridades. Era ridículo, pero evitaba que pensara en June, así que no quería que terminara nunca.

—¿Sabéis lo que nos falta? —nos preguntó Jason arrastrando las palabras y

mirándonos desde el suelo. Se había caído hacía diez minutos y no había podido volver a levantarse. Yo lo habría ayudado si no hubiera estado tan mareada.

—¿Qué? —repuso Roux.

—Música. Ya hemos desfilado por la alfombra roja y hemos celebrado la ceremonia de los Oscar. Ahora nos toca la fiesta.

Roux, sentada en el suelo a mi lado, se miró las manos, que tenía apoyadas en el regazo.

—Supongo que... No, olvidadlo.

—¿Que olvidemos qué?

—Pues... quizá podría cantar para vosotros. —Roux, que nunca se ponía nerviosa, retorcía las manos en el regazo y no levantaba la mirada.

—¿Eres cantante? —le preguntó Jason.

Ella sonrió ligeramente.

—Desde hace mucho tiempo.

Jason intentó sentarse y volvió a desgarrar la tela de su vestido. Ya no habría manera de salvar ese pobre vestido. Parecía que no podía colocar las piernas en la posición correcta, y al final se dio por vencido y decidió que lo mejor que podía hacer era tumbarse en el suelo, entre un mar de encaje verde.

Roux respiró hondo, todavía incapaz de mirarnos a los ojos.

No sé qué esperaba, pero cuando empezó a cantar *The Sound of Silence*, su bonita voz grave me pilló totalmente por sorpresa. Aunque un par de notas fluctuaron al principio, porque estaba muy nerviosa, enseguida adquirió confianza y su hermosa voz fluyó fácilmente de sus labios.

Hacia la mitad de la canción, levantó la mirada y nos lanzó una tímida sonrisa.

Jason levantó los puños cuando Roux terminó.

—¡Otra, otra!

Roux dudó solo un segundo antes de empezar a cantar una versión lenta y grave de *True Colors*.

Cuando terminó, Jason se había quedado dormido encima de mi destrozado vestido. De entre las arrugadas capas de encaje surgían ronquidos ahogados.

Roux sonrió y negó con la cabeza.

—Demasiado tequila.

También yo estaba bastante mareada. El alcohol se retorcía como un nido de serpientes en mi estómago. Cada vez tenía más claro que sería buena idea echarme una siestecita.

—Le has contado a Jason lo de Edmond, ¿verdad? —me dijo Roux.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición femenina.

—Seguramente no debería haberlo arrastrado a esto —murmuré.

Pero ya no podía cambiarlo.

—Deberíamos esperarlo cuando salgamos de aquí. No quiero perderos de vista a ninguno de los dos —declaró Roux.

Asentí.

Había una amarga ironía en el hecho de que esa casa se hubiera llevado a mi hermana, pero me hubiera dado a dos amigos con los que nunca había contado.

—Creo que estoy a punto de desmayarme, pero quiero que sepas que tengo suerte de teneros a los dos —le dije—. Y no lo digo porque esté borracha.

—Lo sé.

Roux añadió algo sobre alegrarse de haberme conocido, pero yo ya estaba hundiéndome en un sueño ebrio, profundo y tranquilo.

Capítulo 24

Renie

Según Roux, que lo sabía de buena tinta por Melissa, Jemima venía a comentarnos la posibilidad de hacer una versión británica de *Vampire Dates,* un programa estadounidense en el que personas competían para ganar una cita con un vampiro. En Estados Unidos tenía mucho éxito, y al parecer se había producido una avalancha de solicitudes de donantes desde que se había estrenado el primer capítulo, hacía dos años, pero no me imaginaba a ninguno de los vampiros de Belle Morte participando. Si se hacía realidad, le deseaba buena suerte al que consiguiera una cita con Ysanne.

Los vampiros de Nox, Jemima y otros cinco, llegaron a media tarde del día siguiente. No entendía por qué ella necesitaba un séquito para hablar con Ysanne de un programa de televisión, pero quizá sus vampiros tenían amigos en Belle Morte.

Ysanne, flanqueada por Isabeau y Edmond, esperaba para saludar a sus invitados en el vestíbulo. Ludovic, Míriam, Étienne, Catherine y Phillip formaban una fila detrás de ella. Los donantes nos reunimos en la escalera y tuve la impresión de que pretendían que nos vieran, pero que no nos oyeran.

Jemima era más baja que Ysanne. Era una mujer delicada que aparentaba unos dieciséis años, con una cascada de pelo rubio y piel de porcelana. Le tendió una mano a Ysanne para que se la estrechara y su muñeca era tan delicada como el cristal hilado.

—Bienvenida a Belle Morte, vieja amiga —le dijo Ysanne—. Nos sentimos honrados por vuestra presencia.

Jemima sonrió, e incluso su sonrisa era delicada.

—Nos sentimos honrados por estar aquí.

—Estoy segura de que todos tenéis sed, así que servíos de mis donantes. —Ysanne hizo un gesto con la mano hacia nosotros. Bien podría haberle dicho a Jemima que disfrutara del snack bar, porque eso éramos en Belle Morte.

Nox era la segunda casa de vampiros más importante de Inglaterra, y aunque yo no conocía el protocolo cuando se recibían visitas, seguramente Jemima sería la primera en elegir el menú.

Se acercó a la escalera y nos recorrió con la mirada hasta que sus ojos se detuvieron en mí.

—Me llevaré a esa guapa jovencita —anunció.

Amit me lanzó una mirada de envidia y tuve que esforzarme para no poner los ojos en blanco. A los demás donantes seguro que les pareció un gran honor.

—Irene, acompaña a Jemima a una de nuestras habitaciones privadas, por favor —me dijo Ysanne.

Bajé los escalones para reunirme con Jemima.

La llevé a la sala de alimentación del piano. Se sentó con elegancia en la *chaise longue* mirándome con unos ojos que habían visto más de lo que yo podía imaginar. No sabía cuántos años tenía, pero si dirigía Nox, tenía que ser una de las vampiras con más edad, quizá incluso a la par de Ysanne.

Me había sorprendido saber que Edmond solo tenía veintidós años cuando murió, pero o Jemima se había conservado asombrosamente bien en vida, o era una adolescente cuando murió.

Por alguna razón, eso me hizo sentir un tanto incómoda.

Sus viejos ojos parecían totalmente fuera de lugar en un rostro más joven que el mío.

Me incliné junto a la *chaise longue* y Jemima sonrió amablemente.

—Debe de ser un poco raro para ti.

—¿Raro?

—Te acostumbras a los vampiros con los que vives, y luego llegan extraños a tu casa y no sabes qué hacer con ellos.

Belle Morte no era mi casa, pero no tenía sentido decírselo.

Me senté al lado de la vampira. Me sentía como la primera vez que me habían mordido. Los nervios y la inquietud se enroscaban con fuerza en mi estómago.

Jemima deslizó la mirada por mi garganta, y un hambriento destello rojo le iluminó los ojos.

—Hum, prefiero la muñeca —le dije levantando la mano. Solo a Edmond le permitía morderme la garganta, aunque suponía que eso ya había terminado.

Asintió amablemente y me cogió la mano.

—Estás muy tensa. Debes relajarte o te dolerá. —Jemima parecía preocupada.

Se inclinó sobre mi muñeca. Sus fosas nasales se dilataron cuando captó el olor de la sangre bombeando bajo mi piel. Sus labios se abrieron y mostraron unos colmillos alargados y afilados como dagas.

Mientras me mordía, cerré los ojos. El dolor que ya conocía me recorrió e intenté no pensar en lo diferente que había sido con Edmond.

Jemima bebió hasta saciarse y selló la herida con delicados movimientos de la lengua.

—Gracias.

¿Había oído bien? Hasta ese momento nadie me había dado las gracias por mi sangre.

Jemima parecía una señora más amable y benévola que Ysanne. Ojalá June hubiera solicitado ser donante en Nox en lugar de en Belle Morte.

—¿Estás deseando que llegue esta noche? —me preguntó Jemima.

En cuanto sus vampiros hubieran bebido de los donantes de Belle Morte, desaparecerían con Ysanne para hablar de sus cosas hasta la fiesta de la noche. Suponía que después volverían a su casa. Antes habrían podido quedarse en el ala oeste, pero mientras June estuviera allí, ya no era posible.

—Claro —respondí.

Una pequeña línea apareció entre las cejas de Jemima.

—No pareces convencida.

Por un momento de locura pensé en contárselo todo. No sabía qué les pasaba a los miembros del consejo que incumplían las reglas, pero me gustaba la idea de

que le quitaran el título a Ysanne. Si ya no dirigía la casa, no tenía autoridad para decidir el destino de June. Jemima parecía razonable. Quizá podría explicarle lo que habíamos intentado con June. Quizá lo entendería. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero me la mordí. Jemima parecía razonable, pero no sabía nada del resto del consejo y no podía jugar con la vida de June.

—Solo estoy cansada —le mentí—. Estaré bien esta noche.

Jemima pareció tranquilizarse y volví a desear que June hubiera ido a Nox y no a Belle Morte. Pero los deseos no sirven de nada.

Me puse de pie.

—Debería marcharme.

—Te veré esta noche —me dijo Jemima.

Edmond

Cuando los vampiros de Nox se habían ido a las salas de alimentación con los donantes a los que habían elegido, nadie se dio cuenta de que Edmond se escabullía del vestíbulo.

Suponía que debería alegrarse de que hubiera sido Jemima la que había elegido a Renie, en lugar de uno de los tres vampiros que había traído con ella, pero no le gustaba la idea de que nadie mordiera a Renie aparte de él.

No había olvidado el primer momento en el que ella se había relajado por fin, su suave cuerpo se había fundido contra él y había jadeado cuando él le succionó la sangre. Quizá era egoísta por su parte, pero quería ser el único que le diera ese placer.

Cuando llegó al pasillo que conducía al ala oeste, oyó pasos detrás de él, se giró y vio a Ludovic siguiéndolo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Ludovic.

—No lo sé —le contestó Edmond con sinceridad.

—¿Lo sabe Ysanne?

—No hay nada que saber. —Se quedó un instante en silencio—. Pero no, no lo sabe.

—Vas a ver a la rabiosa, ¿verdad?

Edmond se detuvo y miró fijamente a su amigo.

—Sigue teniendo nombre.

Ludovic le devolvió la mirada con la misma firmeza.

—Ya no es June Mayfield. No queda nada humano en ella, y nunca lo habrá.

Edmond quiso protestar, por Renie, aunque hubiera destrozado lo que había entre ellos al admitir que había perdido la esperanza de salvar a June.

Pero no dijo nada.

Se dirigieron juntos a la habitación a oscuras de June, entraron y se colocaron frente a la lamentable criatura que había sido la hermana de Renie. El aire estaba impregnado del olor a sangre fresca que salía de las muñecas de June, que intentaba librarse de las cadenas.

—Lo mejor para ella sería sacarla de esta desgracia —dijo Ludovic.

—Lo sé. Pero destruirá a Renie.

—También la destruirá darle falsas esperanzas continuamente.

—Quería de verdad que funcionara, tanto por todos nosotros como por Renie. Imagina lo que pasaría si pudiéramos salvar a los rabiosos.

—Yo nunca me habría convertido en vampiro —reflexionó Ludovic.

Su vida humana había terminado violentamente tras ser atacado por un rabioso.

Edmond pensó en François. Cuando François empezó a volverse agresivo y a matar, en lugar de tomar solo la sangre que necesitaba, Edmond no había entendido que estaba volviéndose rabioso.

Y había tenido miedo.

François no había sido del todo un padre, pero quizá sí un mentor. O tampoco eso, pero había sido el hombre que le había dado a Edmond un mundo muy alejado de su fría, brutal e implacable vida humana. Cuando su naturaleza empezó a cambiar, Edmond no supo qué hacer.

Después, una multitud enfurecida se ocupó del problema por él.

Edmond suspiró pasándose los dedos por el pelo. Los recuerdos adquirían forma en su mente y el peso del pasado lo agobiaba.

No había entendido lo que le había pasado a François hasta que se reunió con Ysanne. Ella juntó las piezas del rompecabezas y le habló de la amenaza de los rabiosos.

Le enseñó que el único rabioso bueno era el rabioso muerto. y cientos de años después ella misma pasaba por alto su propio consejo.

June gruñó y sacudió las cadenas, lo que devolvió a Edmond al presente. Observó a June. En sus ojos brillaba una locura sangrienta, sus manos encadenadas se curvaban en garras, y la sangre corría por sus muñecas, donde los grilletes rozaban capas de piel.

Sintió por ella más lástima que nunca.

Dio un paso hacia ella.

—Podría acabar con esto —murmuró. Ludovic lo miró fijamente—. Podría matar a June ahora, y todo acabaría.

—Renie nunca te lo perdonaría —le dijo Ludovic—. Y no creo que quieras eso. Te importa, ¿verdad?

—Sí —le confesó Edmond—. Estoy loco, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Renie estaba tan llena vida que casi bastaba para hacer que el corazón de Edmond, muerto desde hacía mucho tiempo, empezara a latir de nuevo.

Pero no fue solo esa pasión lo que lo atrajo. Era su actitud: obstinada, desafiante y absolutamente decidida. Era cómo reaccionaba a los vampiros. Casi todo el mundo trataba a los de su especie con asombro y adoración, y aunque ser una celebridad inmortal tenía innegables ventajas, también era un agobio que el mundo viera solo al vampiro, nunca al hombre.

Lo idolatraban, pero estaba solo.

Renie no trataba a los vampiros como a humanos normales, pero tampoco los trataba como a dioses. Eso hizo que Edmond la viera como a una mujer más que como a una donante.

No había mirado a nadie así en todos los años que había existido Belle Morte.

—Pero no sería tan cruel —dijo dando otro paso hacia June.

—Renie no lo verá así —le señaló Ludovic.

De repente Edmond recordó a Charlotte.

Cuando la conoció, aún no llevaba cincuenta años siendo vampiro. Hacía varios meses que su relación con Ysanne había acabado y estaba solo en el mundo. Charlotte había irrumpido en su vida, era una dulce campesina pecosa y

con rizos oscuros, y Edmond se había enamorado tanto de ella que incluso le contó lo que era. Creyó que lo entendería.

Se equivocó.

Charlotte llevó hasta su puerta a una multitud tan inflamada de rabia mojigata y fervor religioso como ella. Iba en cabeza cuando se reunieron ante su casa. Sus hermosos ojos brillaban de odio y los labios que tantas veces había besado se retorcían de asco.

—*Monstre!* —le escupió, una palabra que, como el ácido, le había atravesado el corazón.

Se había desnudado ante esa mujer, y ella lo había entregado a una turba que lo quería muerto. El hecho de que hubiera escapado físicamente ileso no había atenuado el dolor de la traición de Charlotte.

Había pasado mucho tiempo desde aquella noche, pero Edmond no podría soportar ver a otra mujer que le importaba volverse contra él con aquel odio en los ojos.

A lo largo de los años, cada vez que se había enamorado de una mujer, había acabado mal, ya fuera porque ellas habían muerto, lo habían dejado o lo habían traicionado. Renie no sería diferente, pero no poder tenerla no significaba que pudiera soportar que ella lo odiara.

Quizá al final no había tanta diferencia.

No era más que un viejo vampiro solitario con demasiadas cicatrices en el corazón y demasiadas manchas oscuras en el alma. Renie se merecía algo mejor.

Edmond le dio la espalda a June.

—No puedo hacerlo.

—No te corresponde a ti. Ysanne puso todo esto en marcha, así que si alguien va a matar a June, debería ser ella —repuso Ludovic.

—Es lo que tiene previsto hacer. Ha perdido la fe en esto.

—¿Cuándo lo hará?

—Pronto.

—¿Qué pasará entonces? Todavía queda por explicar la muerte de June, e Ysanne se ha complicado todavía más. Tendrá que contarle al consejo lo que sucedió.

—No me ha dicho lo que piensa hacer —le dijo Edmond.

Ludovic negó con la cabeza.

—Siempre he dicho que la verdad saldría a la luz.

—Pero teníamos que intentarlo.

—Lo sé. —Ludovic le apretó el hombro a Edmond—. Es mejor no empeorar las cosas enredándote con una donante.

Edmond se lo había negado a Ysanne porque a ella le correspondía hacer cumplir las reglas de su casa, pero no tenía que fingir con Ludovic.

—Sé que no puedo quedarme con ella —admitió—. Pero es lo que quiero.

—Si Ysanne va a matar a June, el tiempo de Renie aquí casi ha terminado —aseguró Ludovic.

Edmond soltó una carcajada y June se revolvió en sus cadenas y gruñó con suavidad.

—Créeme, soy muy consciente.

Se quedaron en silencio y durante un rato observaron a June. Después Ludovic volvió a apretarle el hombro a Edmond.

—Deberíamos marcharnos antes de que alguien se dé cuenta de nuestra ausencia.

Abrió la puerta y Edmond se detuvo antes de salir y miró a June, que colgaba de la estructura de madera en el centro de la habitación. Apenas la había conocido durante el tiempo que había vivido en la casa como humana, nunca la había mordido, y de repente sentía una tristeza profunda y dolorosa por esta chica.

—Lo siento —le dijo.

June gruñó.

Edmond cerró la puerta.

Capítulo 25

Renie

Estuve en piloto automático durante las horas previas a esa noche.

Era un evento pequeño e informal, sin invitados, sin cámaras, pero se esperaba que los donantes nos arregláramos, así que me puse un vestido de cóctel hasta la rodilla, salpicado de cristalitos, y me senté en silencio mientras Jason me peinaba. Desde fuera nadie se daría cuenta de que algo andaba mal, pero por dentro todo estaba retorcido y enredado.

¿Qué dirección tomar?

Intenté decirme a mí misma que debía pensar en positivo, pero un fracaso tras otro con June había reducido a jirones mi optimismo. Era como si estuviera llegando al final de un largo y duro camino, y supiera que no iba a gustarme lo que me esperaba al final, pero no tuviera otro lugar adonde ir.

¿Qué iba a decirle a mi madre?

Cuando estuvimos listos para la fiesta, bajamos al comedor. Al parecer, el salón de baile se reservaba para eventos más formales. Habían colocado a un lado la enorme mesa de caballetes que normalmente dominaba el centro de la sala, y en ella habían dispuesto bebidas para los humanos. No había personal aparte del de seguridad, y tampoco había orquesta, aunque alguien había traído un piano. Fadime estaba sentada a él y sus dedos volaban sobre las teclas. Su hiyab con bordados dorados reflejaba la luz de la araña del techo. Míriam estaba bailando con uno de los vampiros de Nox, aunque no pude distinguir con quién, y Étienne hablaba con Catherine en una esquina.

Aiden y Melissa bailaban juntos. Ella estaba riéndose hasta que entré, y en

ese instante la risa desapareció de sus labios.

En algún momento tendría que saber la verdad. Todo el mundo tendría que saberla.

¿Cuál era el plan de Ysanne al respecto?

Roux enseguida vio a un vampiro de Nox al que siempre había querido conocer, pero yo quería evitar en la medida de lo posible las conversaciones triviales, así que Roux y Jason fueron a presentarse mientras yo iba directa a las bebidas.

Casi había llegado cuando un vampiro al que no reconocí se detuvo frente a mí. Un cosquilleo me recorrió la espalda mientras me miraba de arriba abajo, como si fuera algo que estuviera planteándose comprar, y después, sin previo aviso, me agarró y me acercó a él para morderme. Me quedé tan en shock que no pude hablar, tan paralizada por el dolor que no pude moverme.

¿Estaba pasando de verdad?

El vampiro solo bebió un poco de mi sangre, el equivalente para él a dar un sorbo de champán, y me soltó bruscamente. Me llevé la mano a la garganta tambaleándome.

—¿Qué mier...? —No llegué a terminar la frase.

Ysanne, con un vestido rojo ceñido con el que parecía que la hubieran sumergido en sangre, se acercó y me agarró del brazo.

Sin molestarse en mirarme, se dirigió al vampiro.

—Adrian, espero que estés divirtiéndote.

—En efecto —le contestó—. Que nunca se diga que la señora Ysanne no sabe atender a sus invitados.

Ysanne sonrió amablemente, pero no me soltó el brazo. En lugar de arriesgarme a mirarla, miré al suelo.

Ysanne no me soltó hasta que Adrian se hubo alejado mirando a los demás donantes con la misma hambre fría con la que me había mirado a mí. Tiré el brazo hacia atrás y me froté la zona donde sus dedos me habían dejado marcas.

—Espero no tener que advertirte que te comportes —me dijo Ysanne en voz lo bastante baja como para que solo yo pudiera oírla, pero con un toque de escarcha—. Jemima y su séquito son nuestros invitados y deben ser tratados con

el mayor respeto.

—Deberían preguntar antes de morder —le repliqué.

—Los donantes no pueden negarle sangre a ningún vampiro bajo este techo —me recordó Ysanne enfatizando la palabra «donantes».

Sabía leer entre líneas. Yo no había venido aquí para ser donante, pero era imperativo que nadie lo supiera, y menos un vampiro de Nox. Por agradable que fuera Jemima, ninguno de nosotros podía arriesgarse a que descubriera que algo andaba mal e informara al resto del consejo.

Así que mantuve la boca cerrada y forcé una sonrisa mientras por dentro hervía en silencio. Todos los vampiros que habían venido de visita parecían querer un bocado, y lo único que podía hacer era dejarlos y tragarme mis sentimientos.

Jason se acercó a mí. Tenía un par de marcas de colmillos en el cuello. Los vampiros que se habían alimentado de él no se habían molestado en sellarle los pinchazos y todavía brotaban gotitas de sangre de los agujeros.

Jason me lanzó una sonrisa temblorosa.

—A este ritmo acabaré pareciéndome a Amit.

—¿Duele? —le pregunté.

—No, pero no me gusta.

Eché un vistazo a la sala por ver si alguien más venía a por un bocado. Mis ojos se encontraron con los de Gideon, que se abrió paso entre donantes y vampiros hacia nosotros.

—Genial —suspiró Jason—. Paso todo este tiempo intentando estar guapo con la vana esperanza de que se fije en mí, y cuando se fija, parezco un extra de *Viernes 13*. —Intentó secarse el cuello ensangrentado con la manga.

Isabeau interceptó a Gideon antes de que hubiera llegado a nosotros, y él le dijo algo que hizo que ella frunciera los labios y nos mirara.

—Oh, perfecto, y va a traer a su novia —murmuró Jason.

Recordaba cómo brillaba el rostro de Isabeau cuando hablaba de Ysanne, así que no tenía nada claro que Gideon fuera su tipo.

Gideon llegó hasta nosotros frunciendo el ceño.

—Nuestros invitados no deberían marcar así a los donantes.

Tocó la mandíbula de Jason y le giró suavemente la cabeza para ver las mordeduras del cuello. Jason parecía haberse olvidado de respirar.

—¿Te gustaría que estas marcas desaparecieran? —le preguntó Gideon con la mano todavía en la cara de Jason.

Jason asintió.

Gideon se inclinó hasta que su cuerpo casi tocó el de Jason y le pasó suavemente la lengua por cada una de las mordeduras para sellarlas. Jason se estremeció y se derrumbó contra el vampiro.

¿Fueron imaginaciones mías o Gideon agarró a Jason un poco más de lo necesario?

—¿Te gustaría beber? —le dijo Jason casi sin aliento. Giró la cabeza un poco más y le ofreció la garganta a Gideon.

La mirada del vampiro recorrió las venas que se arqueaban bajo la piel de Jason y negó con la cabeza. Jason se quedó descompuesto.

—¿Quieres que te selle alguna mordedura? —se ofreció Isabeau.

—Estoy bien, gracias.

Asintió y después miró a Jemima, que estaba en el otro extremo de la sala.

—Quizá deberíamos hablar con ella.

Gideon no miró hacia atrás mientras seguía a Isabeau hacia Jemima, hermosa en gasa de flores, y la cara del vampiro rubio se iluminó cuando ella lo vio. Luego lo abrazó.

Jason parecía medio eufórico, medio desinflado. Las emociones chocaban en su rostro.

—Vale, ¿de qué ha ido esto?

—No lo sé.

Jason suspiró y se tocó la parte del cuello por la que Gideon le había pasado la lengua.

—Voy a buscar una copa.

Acababa de marcharse cuando un par de manos fuertes se posaron en mis caderas y me hicieron retroceder un par de pasos. Adrian me sonrió.

—Supongo que no vas a negarte a bailar conmigo —me dijo.

Me abstuve de decirle que lo más educado habría sido preguntar antes de

tirar de mí.

—¿Qué tal te lo estás pasando en Belle Morte? —se interesó Adrian.

Deslizó la mano hasta la parte baja de mi espalda y me presionó con tanta fuerza que me sentí incómoda. Intenté retroceder, pero era demasiado fuerte.

—Es maravilloso. —La mentira vino automáticamente a mis labios.

—Me alegra oírlo. Los donantes son muy valiosos para los vampiros. —Sus ojos hambrientos bajaron por mi garganta y se posaron en mi escote. Casi esperaba que se lamiera los labios.

«Sí, somos valiosos para ti, muy bien —pensé sombríamente—. Tan valiosos como cualquier otro objeto inanimado que te guste».

Las manos de Adrian descendieron desde mi cintura hasta mi culo. Y ahí tracé la línea. Le cogí la mano y volví a colocarla en mi cintura con firmeza. Los ojos de Adrian se endurecieron, con chispas rojas en lo más profundo.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —me preguntó.

—Solo un par de semanas.

La mano de Adrian volvió a descender a mi culo y la quité de nuevo. Me estrechó con fuerza contra él y apretó la pelvis contra la mía.

Le di un golpe en el pecho con una mano.

—Mi contrato dice que tengo que darte mi sangre, no mi cuerpo, así que quítame las putas manos de encima.

Sonrió mostrando las puntas de los colmillos y fue asqueroso.

—No te hagas la tímida. No eres más que otra vladicta soñadora que quiere saber cómo es estar con un vampiro de verdad.

—Nada de eso —negué pasando por alto el hecho de que había pasado más tiempo del que jamás admitiría pensando en cómo sería el sexo con Edmond.

No tenía nada que ver. Había pensado en sexo con Edmond como un hombre que me atraía desesperadamente, no en sexo con él como vampiro. No era una novedad que probar solo para ver cómo era. Me sentí extrañamente ofendida en su nombre, a pesar de que la insultada era yo.

—Deja que me vaya —le pedí intentando soltarme, pero me agarraba con fuerza.

—Creo que daré otro trago —dijo mirando lascivamente mi cuello.

Me las arreglé para introducir el brazo entre los dos y le acerqué la muñeca a la cara, pero él la apartó.

—Lo siento, pero prefiero la garganta.

Me mordió y el dolor fue una explosión en mi cuello. Mientras mi sangre fluía hacia su boca, sus manos se relajaron y aproveché la oportunidad para apartarme. Los colmillos de Adrian me hicieron un corte poco profundo en el cuello, y la sangre goteó por mi piel y entre mis pechos.

Los ojos de Adrian brillaron rojos mientras se lamía mi sangre de la boca.

El miedo se enroscó y se apretó dentro de mí mientras miraba al depredador que tenía delante. Era todo lo que siempre había temido de los vampiros: que tras la apariencia pulcra y civilizada que habían desarrollado para el mundo, siguieran siendo los depredadores con colmillos que acechaban en la noche.

Adrian me cogió del brazo y tiró de mí. Yo no era lo bastante fuerte para luchar contra él y, a pesar de la advertencia de Ysanne, abrí la boca para gritar cuando se abalanzaba sobre mi cuello.

Adrian no había contado con Edmond, que se abrió paso entre la multitud como una cuchilla a través de la seda, con los ojos en llamas.

—Quítale las manos de encima —rugió.

Me cogió del brazo, me arrancó de las garras de Adrian, y su rostro se endureció cuando vio mi cuello sangrando.

—Deberíais enseñarles modales a vuestros donantes —le dijo Adrian.

De improviso me agarró, Edmond se movió como un rayo y su puño se estrelló contra la barbilla de Adrian. Adrian voló hacia atrás, chocó contra un grupo de vampiros y donantes, y se arrastró por el suelo.

La música siguió un par de compases más, hasta que Fadime se dio cuenta del tumulto y le temblaron las manos. Se hizo el silencio, aunque solo por un instante, y después se oyeron jadeos y susurros. Por las caras de horror que me rodeaban, supe que Edmond acababa de cometer un grave error.

Ysanne se acercó con el rostro como un trueno. Jemima iba a su lado. Miró a Adrian, que estaba limpiándose la sangre de la boca, y después a Edmond con ojos interrogantes.

Adrian se puso de pie. De repente parecía arrepentido.

—Venid conmigo —les dijo Ysanne en un susurro suave y amenazante.

Salió del comedor a grandes zancadas. La gente se apartaba como olas alejándose. Jemima la seguía, y Adrian y Edmond cerraban la marcha.

Intenté seguirlos, pero una mano me agarró del brazo y vi a Ludovic, con rostro grave y ojos de acero.

—No —me advirtió—. Solo empeorarás las cosas.

—¿Qué está pasando?

—Al pegar a un invitado, Edmond ha insultado públicamente a Nox y a la propia Jemima. Algo así no puede quedar impune.

El miedo se apoderó de mí.

—¿Qué van a hacerle?

—No lo sé.

Edmond

Esa noche había cruzado una línea, pero no se arrepentía.

En el momento en que vio las manos de Adrian sobre Renie, y el miedo en los ojos de ella, lo invadió una rabia protectora que no había sentido en mucho tiempo.

Ysanne se dirigió a su despacho, y cuando los cuatro vampiros estuvieron dentro, cerró la puerta con una suavidad que contradecía la rabia que Edmond sentía que se derramaba en su interior.

—¿Alguien podría explicarme qué ha pasado exactamente? —preguntó.

—Es culpa mía. Me temo que... me he dejado llevar —le contestó Adrian.

—¡Estaba acosando sexualmente a una de nuestras donantes! —gritó Edmond.

—No pretendía hacerle daño a la joven.

—Tratarla como un trozo de carne es hacerle daño.

Ysanne levantó una mano y Edmond se calló.

—Pido mil disculpas por el comportamiento de Adrian —dijo Jemima lanzándole una mirada que lo hizo encogerse—. No hay excusa posible. Ysanne, lamento mucho el insulto a tu donante y puedo asegurarte que no volverá a suceder.

Ysanne asintió.

—Sin embargo —siguió diciendo Jemima dirigiéndole a Edmond una mirada de simpatía teñida de pesar—, tu vampiro me ha insultado gravemente al levantarle la mano a uno de los míos. Si creía que Adrian estaba comportándose de forma inadecuada, debería habernos informado a ti o a mí en lugar de ocuparse personalmente del asunto.

Edmond se enfureció en silencio.

Era mayor que Jemima y podría haber gobernado Nox o alguna otra casa del Reino Unido si hubiera querido.

Ysanne no tenía más remedio que castigarlo.

El insulto de Adrian a Renie no se consideraba tan ofensivo porque ella era humana. Los vampiros apreciaban a sus donantes, pero insultarlos a ellos no estaba en la misma liga.

Ysanne miró fijamente a Edmond.

—No puedo negar que lo que dices es cierto, Jemima. Edmond puede haber actuado por lo que ha creído mejor para mi donante, pero lo que ha hecho es inexcusable. Será azotado con plata, si te parece un castigo adecuado.

Jemima asintió lentamente.

—Desagradable pero justo. —Señaló la puerta—. Vamos, Adrian. Quizá podamos salvar lo que queda de noche.

Ysanne esperó a que la puerta se cerrara para volver a hablar.

—Lo siento, mi querido viejo amigo, pero deberías haber sabido que tendría graves consecuencias.

—Era consciente de ello, mi señora.

Ysanne agitó una mano, enfadada.

—*Pour l’amour du ciel!* Puede que sea la señora de esta casa, pero sigo siendo tu amiga, y como amiga quiero hablar contigo.

Edmond, de repente cansado, la miró fijamente.

—¿Qué quieres que te diga? Ese hijo de puta estaba maltratando a una de nuestras donantes. No ha hecho caso de su petición de que se alimentara de la muñeca y le ha mordido en el cuello por la fuerza. No tratamos así a nuestros donantes ni deberíamos permitir que los trataran así.

Ysanne se cruzó de brazos y apoyó una cadera en el borde de la mesa.

—Pero no se trata de una falta de respeto hacia una donante, ¿verdad? Se trata de una falta de respeto hacia ella.

La última palabra estuvo cargada de repulsión.

Edmond se mordió la lengua. No tenía sentido fingir que no sabía de quién estaba hablando Ysanne.

—Te sientes atraído por la chica, ¿verdad? —le dijo Ysanne.

—No es nada. Los humanos arden con intensidad, y a veces no podemos evitar sentirnos atraídos por ellos.

—Sí, y al final siempre nos queman.

—Lo sé mejor que nadie.

—Pero no has aprendido de tus errores del pasado.

Ysanne sabía de las mujeres que habían entrado y salido de la vida de Edmond dejándole el corazón hecho jirones. Él no le había ocultado nada durante los años que habían pasado juntos, como amantes o como amigos.

—Te equivocas —repuso Edmond en voz baja—. He aprendido. Hago todo lo que puedo por mantener la distancia con ella, pero no puedes esperar que me quede al margen observando cómo otro hombre se aprovecha de su condición de invitado para abusar de ella.

—Espero que lo manejes como lo haría uno de los amigos en los que más confío, no como un tonto enamorado —replicó Ysanne. Cerró los ojos y las frías líneas de su rostro se suavizaron—. Pero al mismo tiempo no puedo culparte. Al final, el amor nos vuelve a todos tontos.

Edmond sintió un repentino y extraño dolor en el pecho, como si su corazón, muerto hacía mucho tiempo, hubiera dado un solo latido.

¿Amor?

Sentía por Renie cosas que no había sentido en mucho tiempo, pero no podía estar enamorado de ella. ¿Lo estaba?

Ysanne cogió las manos de Edmond.

—Te azotarán mañana por la mañana, antes de que Jemima se vaya.

Edmond asintió. Desde el momento en que cruzó el salón de baile para defender a Renie, supo que sufriría por sus acciones. Pero Renie estaba a salvo,

y eso valía todos los castigos del mundo.

Ysanne seguía observándolo. Sus ojos se iluminaron con la compasión que no solía mostrar a otros vampiros. Lo besó en la cabeza solo una vez, como lo había hecho hacía cientos de años, la última noche que pasaron juntos antes de lanzarse en los brazos de la primavera y dejarlo solo.

—Lo siento —susurró—. De verdad.

Capítulo 26

Renie

Ludovic no se había apartado de mi lado desde que Edmond y los demás desaparecieron del comedor.

Quería quedarme en la entrada y esperar a que Edmond volviera, pero Ludovic me advirtió que Edmond ya tenía bastantes problemas. Lo mejor que podíamos hacer era fingir que no pasaba nada, como hacían todos los demás.

Fadime había empezado a tocar de nuevo, algo rápido y animado, y Ludovic se puso a bailar conmigo para que, al movernos, nadie pudiera preguntarnos qué estaba pasando. No soportaba tener que bailar, sonreír y fingir sin saber qué le estaba pasando a Edmond, pero no era tan idiota como para no hacerle caso a Ludovic.

Jemima y Adrian volvieron a la sala y se mezclaron con la multitud.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Adrian parecía tan normal, tan elegantemente vestido y guapo como cualquier vampiro, pero nunca olvidaría cómo le habían brillado en los ojos rojos el hambre y la violencia, ni su forma de agarrarme, ni sus colmillos clavándose en mi cuello.

Ludovic se recolocó hábilmente para interponerse entre Adrian y yo, una pared de pecho sólido que me protegía del hombre que me asustaba.

Se había ofrecido a sellarme los cortes del cuello, pero no podía quitarme de encima el miedo a que alguien se me acercara a la garganta.

Una mano me tocó el hombro, me giré y vi a Jemima.

—Te pido mis más sinceras disculpas por el comportamiento que ha tenido Adrian contigo. No manejo así las cosas en mi casa y puedo asegurarte que

recibirá el debido castigo en cuanto volvamos a Nox. Hasta entonces, espero que estés bien —me deseó.

—Es... Estoy bien —tartamudeé, porque ¿qué otra cosa podía decir?

Incluso yo, con mi escaso conocimiento de la política vampírica, sospechaba que rechazar las disculpas de Jemima no era inteligente.

—Me alegra oírlo —declaró Jemima. Alguien llamó su atención detrás de nosotros—. Discúlpame —me dijo, y se alejó.

Ludovic no me había soltado la mano, cosa que me reconfortaba.

—Estoy impresionado. Es raro que un señor o una señora pida disculpas y mucho menos a un donante —comentó Ludovic.

—No creo que Jemima sea como los demás.

Al final Edmond volvió al comedor. Todo mi cuerpo deseaba correr hacia él, pero Ludovic me detuvo con una mirada de advertencia. No sabía si estaba al corriente de lo mío con Edmond, pero, al margen de eso, no podía mostrarle mis sentimientos a toda la sala.

Edmond se dirigió hacia nosotros sin hacer caso de las miradas y los susurros que especulaban sobre lo que había pasado entre Adrian y él. Su mirada se encontró con la de Ludovic, y ninguno de los dos dijo nada. Parecían decírselo todo con los ojos y entenderse sin palabras.

Edmond me tendió la mano. Su expresión solemne no revelaba nada.

—¿Me harías el honor de concederme un baile?

Cuando le cogí la mano, Roux soltó a su pareja de baile y corrió hacia nosotros.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —susurró.

—¿Podemos hablar después? —le pregunté. No me gustaba nada dejarla de lado, pero en ese momento era más importante descubrir qué estaba pasando con Edmond.

Roux asintió. Miró a Ludovic de arriba abajo.

—¿Te apetece bailar, guapo?

Ludovic parpadeó. Parecía haberse quedado sin palabras.

Roux no necesitó que se lo confirmara. Le cogió las manos y tiró de él hacia la pista de baile.

Con una mano sosteniendo la mía y la otra apoyada suavemente en mi cintura, Edmond inició un paso básico de vals, como me había enseñado. El ritmo no encajaba con la música que estaba sonando, pero a ninguno de los dos nos importaba.

—No tenías que hacerlo —le dije.

—Sí, tenía que hacerlo, y volvería a hacerlo ahora mismo.

—Pero ¿te has metido en un lío?

Él sonrió y negó con la cabeza.

—No importa, *mon ange*. Ha merecido la pena.

—Siempre me llamas así, pero no sé lo que significa.

Se quedó un instante callado antes de responder, observando cada detalle de mi rostro, con una mirada insistente en la que brillaba una emoción que no podía definir. Cuando habló, lo hizo en susurros, con una voz que me acarició la piel.

—Significa «mi ángel».

A pesar de lo que había pasado entre nosotros la última vez, ansiaba besarlo, ardía en deseos de apretarme contra su cuerpo frío y duro. Pero lo único que podía hacer era sujetar su mano.

Esto no debería estar pasando.

Lo último que había venido a hacer aquí era enamorarme, pero había sucedido y no podía evitarlo. Estábamos cayendo juntos, aferrándonos el uno al otro mientras el viento soplaba a nuestro alrededor.

¿Qué pasaría cuando llegáramos al suelo?

Edmond era inmortal. Quizá su corazón podría sobrellevar el dolor de la pérdida mejor que el mío. O quizá era aún más frágil que el mío porque había amado y perdido de una forma más terrible que yo. Quizá cuando llegáramos al suelo, ambos nos romperíamos juntos.

De momento solo quería seguir cayendo.

Más tarde, cuando Edmond ya me había curado los cortes del cuello y la fiesta hubo terminado, Roux, Jason y yo acabamos en mi habitación, acurrucados en una cama. No era lo bastante grande para tres, pero después de lo ocurrido esa noche no quería estar sola.

Mientras estábamos en la cama, con Jason en medio, les conté a mis amigos

lo que había pasado, pero no me atreví a especular sobre lo que le sucedería a Edmond.

Lo que había hecho tendría consecuencias. Pero no sabía cuáles.

Me desperté con un sobresalto a la mañana siguiente, cuando Melissa irrumpió en nuestra habitación.

—¡Algo está pasando fuera! —gritó.

Sacamos la cabeza de debajo de las sábanas al mismo tiempo: tres cabezas desaliñadas y tres pares de ojos soñolientos.

—Oh, guau —exclamó Melissa—. No sabía que os iban estas cosas.

Roux se pasó los dedos por el pelo para colocárselo de punta.

—¿Qué cosas?

Jason volvió a dejarse caer sobre la almohada y metió la cabeza debajo de las sábanas.

—Cree que hemos hecho un trío —murmuró.

Me ruboricé y Roux soltó una carcajada.

—No es lo que parece —le dijo.

—Bueno, en serio —repuso Melissa al ver que ninguno de nosotros se levantaba de la cama—. Jemima e Ysanne se han llevado a Edmond al jardín hace unos diez minutos. Creo que todos los vampiros ya están fuera, pero he intentado salir para ver qué estaba pasando y el guardia de seguridad no me ha dejado. Los donantes no podemos salir de la casa esta mañana.

Se me disparó el corazón.

—Nunca había pasado algo así. —Melissa me lanzó una mirada penetrante —. ¿Sabes lo que está pasando?

—Oh, Dios mío —jadeé—. Lo están castigando por haberle pegado a Adrian ayer.

Salté de la cama. No me había deshecho el peinado después del baile, y la noche inquieta lo había convertido en un amasijo salvaje de enredos, rizos y laca, como si me hubieran arrastrado por un seto.

No tenía tiempo para cambiarme. Metí los pies en las botas que encontré más a mano, me puse un abrigo por encima del vestido de cóctel con cristales incrustados, que no me había molestado en quitarme, y corrí hacia la puerta.

Amit estaba hablando con un grupito de donantes en el pasillo. Todos me miraron cuando salí corriendo de mi habitación, y uno de ellos empezó a preguntarme algo, pero seguí corriendo.

Salí del ala sur y bajé la escalera. Sentía el estómago como si me hubiera tragado algo frío y pesado, y no me llegaba suficiente aire a los pulmones.

Dexter estaba en la puerta de salida con el rostro sombrío. Levantó una mano cuando frené y me detuve frente a él.

—Nadie puede salir en este momento.

—¿Por qué?

Me lanzó una mirada en parte triste y en parte frustrada.

—Déjame adivinarlo: no puedes contármelo —le dije.

—Me temo que no.

No era culpa suya, pero quería gritarle, apartarlo para salir al jardín y detener lo que estuviera pasando.

—Por favor —susurré con voz quebrada.

Me había enfadado mucho con Edmond por estar de acuerdo con Ysanne en que no podíamos hacer nada por June, pero la idea de que él sufriera era como tener trozos de vidrio en el corazón.

—Lo siento —se disculpó Dexter; y parecía que de verdad lo sentía—. Pero deberías volver a tu habitación.

Una mano me tocó el brazo y pegué un bote. Era Roux. No me había dado cuenta de que me había seguido.

—Vamos —me dijo.

Aturdida, dejé que me llevara de vuelta a nuestra habitación. Jason estaba sentado en la cama de Roux, abrazado a una almohada. Melissa iba de un lado a otro, y Aiden estaba apoyado contra la pared. Me miró fijamente cuando entré.

—¿Y bien? —me preguntó Melissa.

—No tengo ni idea —le contesté. Mis palabras tenían un sabor amargo, como a fracaso.

—Pero tiene que ver contigo, ¿verdad? Cada vez que sucede algo raro en esta casa, está relacionado contigo. —Aiden parecía más frustrado que enfadado.

—Yo no he pedido nada de esto —le dije.

—Pero todo cambió cuando llegaste.

—No es culpa mía —repliqué.

Roux se interpuso entre nosotros.

—Tiempo muerto, chicos. Vamos a relajarnos.

¿Cómo podía relajarme cuando a Edmond podía estar pasándole algo horrible?

Un pensamiento espantoso me golpeó, me tambaleé y me agarré a la manga de Roux.

—No van a matarlo, ¿verdad? No lo han llevado fuera para... para...

—No. —Me interrumpió Roux de inmediato apretándome las manos—. Ni lo pienses, Renie. No es eso lo que está pasando.

—No lo sabes.

—Podemos hacernos una idea —confesó Jason—. No sé exactamente por qué pegar a Adrian es tan grave, pero no van a matar a Edmond por eso. Las leyes de los vampiros pueden ser diferentes de las humanas, pero su sentido de la justicia no puede estar tan distorsionado.

—¿Y por qué no nos dejan salir?

—¿Porque los vampiros son unos hijos de puta crípticos?

—O —añadió Roux en tono calmado— porque quieren preservar su imagen y no asustar a sus donantes.

—Ya nos están asustando —murmuró Melissa rodeándose el pecho con los brazos. Aiden la abrazó.

Me apoyé contra los pies de mi cama, muy consciente de que Aiden me miraba.

—De verdad no sé qué está pasando —admití al darme cuenta de que estaba a punto de preguntármelo.

—Sabes mucho más de lo que dices —replicó.

Roux me miró y levantó las cejas, pero negué con la cabeza. No podíamos contárselo a Melissa ni a Aiden.

Jason levantó una mano.

—Yo tampoco sé exactamente lo que está pasando, pero estaría bien saberlo.

—No, por favor —le dije pellizcándome el puente de la nariz—. Ahora no.

Jason pareció decepcionado, pero no me presionó.

—¿Qué te ha pasado, Renie? —me preguntó Melissa—. Viniste porque te preocupaba que June tuviera problemas, ¿y ahora qué? ¿Estás ayudando a encubrir algo? —Su tono era suplicante.

—No es tan sencillo.

Dios, no soportaba esa situación. Melissa estaba preocupada por June. Merecía saber la verdad, pero contársela podría poner en peligro la vida de mi hermana. Lógicamente, Melissa no tenía forma de contactar con el consejo, pero ¿qué pasaría si se lo contaba a los demás donantes? ¿Qué pasaría si al salir de Belle Morte se lo contaba a todo el mundo? Era un riesgo que no podía asumir.

—¿Por qué Edmond le pegó a Adrian? —me interrogó Melissa.

—Porque había puesto las putas manos donde no debía.

—Llevo meses en esta casa y es la primera vez que veo a Edmond hacer algo así. Una vez más, tiene que ver contigo.

—Solo quería protegerme.

—Pero no es esa su función. Le corresponde a Ysanne asegurarse de que sus donantes reciban un buen trato.

Suspiré.

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que seas sincera respecto de lo que sabes.

Apreté los labios y no dije nada.

Lo último que necesitaba era ese interrogatorio, pero era imposible culpar a Melissa.

Necesitaba ver a Ysanne.

Tenía que saber lo que estaba haciéndole a Edmond.

—¿Adónde vas? —me preguntó Melissa mientras me dirigía a la puerta.

Roux me miró. «Ve», me indicó moviendo los labios.

Supuse que eso significaba que Roux evitaría que me siguieran, aunque no supiera adónde iba. ¿Qué había hecho yo para merecer a una amiga como ella?

Salí de mi habitación.

No sabía si Ysanne seguía fuera con los demás vampiros, pero tendría que entrar en algún momento, y cuando lo hiciera, me encontraría esperando en su

despacho.

Mientras bajaba la escalera, una guardia de seguridad entró por la puerta principal sacudiéndose copos blancos de los hombros.

—Está nevando —me dijo con una sonrisa.

Intenté devolvérsela, pero tenía los músculos de las mejillas paralizados. Mi garganta era un nudo duro.

Recordé que la primera vez que había visto nevar tenía seis años. Había visto nieve antes, pero solo débiles neviscas que nunca cuajaban, y de repente, una mañana, June y yo nos despertamos y supimos que algo había cambiado. La luz que entraba por las ventanas era diferente, los habituales ruidos del exterior estaban amortiguados, y cuando abrí las cortinas, descubrí que el mundo entero se había transformado mientras dormíamos.

Nos entusiasmamos tanto que salimos corriendo con nuestros pijamas de Disney de segunda mano, sin preocuparnos siquiera por los zapatos. No nos dimos cuenta del frío que hacía y de que la nieve era como dientes en las plantas de nuestros pies hasta que mi madre nos gritó que volviéramos a entrar.

Ya con gorro, abrigo, bufanda, botas y guantes, pasamos el resto del día jugando en la nieve. En aquel momento nos pareció el día más grandioso y mágico del mundo. Todo acabó demasiado pronto. Cuando abrí las cortinas a la mañana siguiente, toda aquella hermosa nieve se había derretido, pero siguió siendo uno de mis primeros recuerdos más felices.

Ninguno de mis recuerdos había conseguido traer de vuelta a June.

Todo lo que habíamos compartido, toda una vida de risas, peleas, bromas, malentendidos y un profundo amor, se había borrado en el momento en que June se convirtió en rabiosa.

¿Cómo había podido defraudarla tanto?

A poca distancia del despacho, me detuve. Ysanne e Isabeau estaban frente a la puerta de cristal ahumado. Isabeau levantó la mano de Ysanne y le dio un largo beso en los nudillos, e Ysanne acarició el rostro de Isabeau con una delicadeza que nunca habría imaginado en ella.

Dijo algo e Isabeau asintió. Soltó la mano de Ysanne y se alejó.

—¿Qué quieres, Renie? —me preguntó Ysanne sin mirarme.

—¿Qué le ha pasado a Edmond?

Ysanne se giró. Su rostro era tan inexpresivo como siempre, pero había algo tenso en su boca y en su postura.

—Por haber insultado a Jemima y a la casa de Nox, Edmond ha pagado su penitencia con sangre.

—¿Qué mierda significa eso?

—Significa que lo han azotado en público. Ahora se acabó y no volveremos a mencionarlo, ni en Belle Morte ni en Nox.

Estaba totalmente confundida.

—¿Lo has azotado?

—Yo no. Phillip.

—¿Por qué?

—Él es neutral.

Miré boquiabierta a la vampira que tenía ante mí.

—¿Cómo has podido? Se supone que Edmond es tu amigo, ¿y lo has permitido? ¿Recuerdas siquiera haber tenido corazón?

Nubes de tormenta se formaron en los ojos de Ysanne y me tragué toda posible réplica. De repente fui muy consciente de que estaba sola con una vampira que ya me había dejado sin conocimiento una vez.

Pero la rabia de Ysanne se desvaneció tan rápido como había llegado.

—No espero que lo entiendas.

—Bien, porque no lo entiendo.

—Cuando establecimos estas casas y el sistema de donantes, tuvimos que instaurar ciertas reglas para gobernar a los de nuestra especie. El mundo humano solo nos aceptará mientras todas las casas sean civilizadas y corteses con las demás. Somos conocidos por ser guapos, elegantes y antiguos, no por disputas civiles y luchas internas insignificantes. Para conservar este equilibrio, debemos mantener cierto sentido de la corrección entre nosotros. Edmond violó esa corrección al pegar a un invitado al que debía respetar.

—Sí, para evitar que ese puto enfermo me manoseara.

—Hay formas de manejar este tipo de situaciones. La violencia en público no es una de ellas, y Edmond lo sabía.

—¿Y azotar a alguien no es violencia en público?

—Eso es un castigo público. No es lo mismo. Si Edmond sintió que Adrian estaba abusando de nuestra hospitalidad, debería haber acudido a Jemima o a mí, y nos habríamos ocupado del tema. Pero no lo hizo. Lo atacó e insultó gravemente a Jemima y a su casa, y eso no puede pasarse por alto. Edmond lo sabía.

Aun así lo había hecho por defenderme. Algo se retorció dentro de mí y me ardían los ojos, pero no podía llorar. Estaba demasiado enfadada para llorar.

—Ser líder exige tomar decisiones difíciles, a veces desagradables. Los señores y las señoras de todas las casas sufren grandes presiones por asegurarse de que todo funcione sin problemas y de que nuestra integración en el mundo humano no se altere, y no podemos tolerar ese tipo de agresión.

—Fuiste bastante agresiva cuando me dejaste inconsciente —repliqué.

Ysanne abrió la puerta de su despacho.

—Entra —me ordenó.

Entré en la habitación. Ysanne se sentó detrás de su mesa.

—Todo lo que hago es por el bien de mi gente. ¿Qué crees que pasaría si los humanos dejaran de querernos? —No me dio la oportunidad de contestar—. El favor público se volvería contra nosotros, dejarían de venir donantes, el mundo nos consideraría peligrosos. ¿Crees que estaríamos a salvo en nuestras mansiones o que multitudes de personas enfadadas vendrían a expulsarnos, como han hecho antes en nuestra historia? Es imprescindible que reprima la violencia en mis vampiros.

Nunca me había dado cuenta de en qué medida la forma de vivir de los vampiros dependía de cómo reaccionábamos los humanos ante ellos. Parecían muy superiores a nosotros y actuaban como si fueran mucho mejores que nosotros, por lo que parecía imposible creer que podríamos derrocar su brillante imperio.

Pero Ysanne obviamente creía que podíamos.

Seguía furiosa, pero aun así admitía que Ysanne estaba siendo sincera y que, al ofrecerme esa información, me hablaba como a una igual, no como a una donante. Pero todavía no podía aceptarlo.

—Lo que has hecho ha estado mal, sea por las razones que sea —le dije.

—Debería haber sabido que no serías lo bastante madura para entenderlo. —La voz de Ysanne era fría como el acero, y sus ojos se clavaban en mí como cuchillas.

Empecé a replicar, pero Ysanne no había terminado.

—He vivido muchas vidas. He causado sufrimiento y yo misma he sufrido más de lo que puedas imaginar.

Su sincera confesión me sorprendió.

—He visto las profundidades de la maldad y la depravación de los humanos, y sé lo que son capaces de infligir a los vampiros a los que consideran una amenaza. Las decisiones que tomo pueden ser difíciles y puede que no quiera tomarlas, pero son necesarias. No voy a aceptar sermones de una niña tonta.

Me señaló con un dedo y, a mi pesar, me eché hacia atrás recordando la fuerza que tenía con solo una mano.

—Te aseguro que el castigo de Edmond podría haber sido peor. En el pasado le he permitido infracciones que otro señor u otra señora no habría tolerado. No soy el monstruo que crees que soy, pero no puedo permitir que Edmond se salga con la suya cuando ha incumplido tan flagrantemente las reglas que existen para protegernos a todos.

Me miró de arriba abajo. Su mirada era tan fría que se me puso la piel de gallina.

—Edmond sabía cuáles serían las consecuencias cuando decidió defender tu honor. Desde mi punto de vista, fue un error. Aparte del castigo en sí, la humillación no es algo que olvidará con facilidad. No es frecuente que alguien de su posición caiga tan bajo y todo por una donante.

Por la forma en que lo dijo, Edmond bien podría haber arriesgado su reputación por un gusano.

—En lugar de montarme una pataleta, deberías valorar el sacrificio que Edmond ha hecho por ti —me dijo Ysanne.

Quería tirarle algo a la cabeza. Lo peor era que parte de lo que decía tenía sentido. No entendía del todo la política de los vampiros ni lo frágil que era su posición en el mundo humano, así que en parte se me escapaba lo que sucedería

si se alteraba el equilibrio entre humanos y vampiros, porque yo nunca estaría en esa situación. Pero entendía que los humanos pudieran volverse contra los vampiros. Edmond me había contado que una muchedumbre enfurecida se había abalanzado sobre François y lo había destruido, y por mucho que quisiera creer que habíamos recorrido un largo camino desde entonces, no era tan ingenua como para pensar que ya no caeríamos en prejuicios violentos.

—Has castigado a Edmond por infringir las reglas, pero tú haces lo mismo —le reproché en voz baja.

—¿Perdón? —La voz de Ysanne era helada.

—Escondiste a June. Va en contra de las reglas, pero lo hiciste de todos modos porque creías que era por un bien mayor. ¿Por qué tú tienes ese margen, pero Edmond no?

Los labios se le quedaron blancos.

Había dicho que no era un monstruo, y una parte de mí la creía. Una parte de mí intentaba entender lo difícil que debía de ser equilibrar sus amistades con sus deberes como líder. Pero no era justo que azotaran a Edmond por incumplir las reglas cuando Ysanne se salía con la suya descaradamente.

Alguien llamó a la puerta.

—*Entrez* —ordenó Ysanne sin quitarme los ojos de encima.

Ludovic entró y el corazón me dio un vuelco. Ludovic y Edmond eran amigos desde antes de que yo naciera. Si Edmond estuviera gravemente herido, Ludovic no lo habría dejado solo, ¿verdad?

—Edmond está en su habitación y se quedará allí hasta que se cure. —Ludovic habló en un tono entrecortado, mirando la mesa de Ysanne en lugar de a ella.

Esperaba que Ysanne desafiara su actitud fría, pero se limitó a decirle:

—Gracias.

Ludovic asintió y salió del despacho cerrando la puerta un poco más fuerte de lo que creí que hacía normalmente.

Me quedé en el despacho sin saber qué hacer. Ysanne y yo nunca estaríamos de acuerdo en este tema.

—¿Algo más? —me preguntó Ysanne sin molestarse en mirarme.

—No —murmuré.
Hizo un gesto hacia la puerta y me marché en silencio.

Capítulo 27

Renie

Ludovic estaba esperándome fuera. Empecé a hablar, pero se llevó un dedo a los labios mirando hacia la puerta de Ysanne.

Avanzamos por el pasillo y nos alejamos del despacho y del agudo oído de Ysanne.

—¿Está bien? —le pregunté.

Ludovic estaba muy serio, con los ojos duros como canicas.

—Ha tenido días mejores.

—No quería que esto sucediera.

—No es culpa tuya. Ha preguntado por ti y quiere saber cómo estás.

Me reí casi temblando.

—¿Acaban de azotarlo y pregunta si yo estoy bien? —Me froté la cara con las manos y me las pasé por el pelo enmarañado.

Ludovic me observó con atención.

—Te importa, ¿verdad? —me dijo.

Dudé. Ysanne no era tonta. Seguramente había adivinado que lo que había hecho Edmond ayer había sido una reacción instintiva porque sentía algo por mí. Seguía sintiendo que era arriesgado admitir en voz alta que había algo entre nosotros, pero Ludovic no traicionaría los secretos de Edmond.

—Sí. Sé que no debería, pero no puedo evitarlo. —Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar en lo mucho que debía de estar sufriendo.

Ludovic bajó la voz.

—¿Quieres verlo?

Levanté la cabeza.

—¿Qué? Creía que los donantes no podíamos entrar en el ala norte.

—No podéis. Pero Edmond quiere verte y tú quieres verlo a él. Sé que es infringir las reglas, pero estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—¿Incluso sabiendo lo que hará Ysanne si te pilla?

El rostro de Ludovic se endureció. Me pregunté qué pensaba realmente de Ysanne, qué pensaba de ella su gente.

—Sé por qué han tenido que castigar a Edmond, aunque no me gusta. También sé que lo único que quiere ahora mismo es verte. Así que sí, estoy dispuesto a arriesgarme a provocar la ira de Ysanne por complacer a mi mejor amigo.

Seguía sin estar segura, pero podría ser mi última oportunidad de ver a Edmond. Si Ysanne nos pillaba, lo más seguro era que nos prohibiera vernos. El día anterior podría haberme parecido bien, pero en ese momento en lo único en lo que podía pensar era en que tenía que ver a Edmond, aunque fuera la última vez.

—Llévame con él —le dije.

Por una vez parecía que el destino me sonreía, porque llegamos al ala norte sin que nadie nos viera. Tenía el corazón en la garganta todo el tiempo, latiendo con fuerza. Ludovic se detuvo ante una puerta de madera tallada y giró el pomo sin hacer ruido.

No entendí que estaba llevándome a la habitación de Edmond hasta que ya estuvimos dentro.

La decoración no era muy diferente de la de mi habitación. Las paredes eran de terciopelo flocado, solo que estas no eran de color dorado claro, sino azul oscuro, y las cortinas eran de brocado negro. En una pared había un par de espadas cruzadas. La moqueta era tan gruesa que se tragaba mis pies. En el centro de la habitación había una cama con dosel, con los postes de roble grueso tallado y con tiras de tela oscura colgando.

Edmond estaba tumbado boca abajo en la cama, con una toalla negra extendida debajo y con la espalda hecha un desastre de sangre y carne cortada.

Levantó la cabeza con un esfuerzo evidente.

—¿Renie?

Parecía muy débil, muy humano. Crucé corriendo la habitación y me senté en la cama a su lado conteniendo las lágrimas.

Ludovic salió de la habitación sin hacer ruido.

—¿Por qué no te curas? —le pregunté mirando con horror el destrozo en carne viva de su espalda.

—El látigo tenía la punta de plata, y los vampiros somos alérgicos a la plata. Retrasa el proceso de curación —me explicó Edmond con voz tensa—. Me curaré, pero tardará más que si se hubiera utilizado un látigo normal.

La crueldad de esa práctica me desgarró el corazón.

Edmond no podía incorporarse para mirarme, así que me tumbé a su lado y acerqué la cara a la suya tanto como me atreví. El dolor había tallado líneas en su rostro y dejado círculos oscuros como moratones debajo de sus ojos. Parecía más humano de lo que lo había visto jamás y una oleada de afecto me invadió. Tendría ese aspecto si no fuera inmortal, hermoso, pero sin esa imposible perfección de vampiro.

—¿Por qué lo hiciste? Ysanne me ha dicho que, si le hubieras contado lo que estaba pasando, lo habría detenido —le susurré.

Deslizó la mano por las sábanas y sujetó la mía.

—No lo pensé. Lo vi poniéndote las manos encima, lo vi mordiéndote cuando no querías, y en lo único que pensé fue en alejarlo de ti. Tuvo suerte de que solo le diera un puñetazo. Quería arrancarle la cabeza.

—Pero mira lo que te ha pasado. —Levanté los ojos hacia los cortes sanguinolentos que le cubrían las cicatrices que le habían quedado de su vida humana, pero enseguida desvié la mirada, incapaz de soportarlo.

Logró esbozar una sonrisa tensa.

—Mereció la pena.

—¿Por qué hacerlo por mí cuando sabemos que lo nuestro no puede llegar a nada?

Edmond me pasó un dedo por la mejilla.

—Ya es algo. Es una tontería seguir fingiendo que no lo es.

Se movió para acercarse un poco más a mí, pero el movimiento hizo que el

dolor le retorciera el rostro. Con la otra mano apretaba la sábana. Nunca antes lo había visto sufrir.

—¿Puedo hacer algo? ¿Limpiarte? —No sabía cómo me las iba a arreglar para limpiarle la sangre de la espalda devastada, pero no podía soportar dejarlo tumbado así.

—No. La plata mantendrá las heridas sangrando hasta que empiecen a curarse. No tiene sentido limpiar nada hasta entonces.

No estaba segura de si estaba de acuerdo, pero quizá limpiar las heridas haría que sangraran más. Edmond conocía mejor el dolor y el alcance de su capacidad de curarse que yo, así que tenía que confiar en lo que me decía.

—¿Puedo alimentarte? Eso aceleraría el proceso de curación, ¿verdad?

—Sí, pero no puedo. Las heridas deben curarse solas. Es parte del castigo.

—No me puedo creer que Ysanne te haya hecho esto.

—No tenía otra opción.

—Sí, sí, ya me lo ha explicado, pero sigo sin poder creérmelo.

—¿Te lo ha explicado? —Edmond parecía sorprendido—. ¿Eres consciente de que Ysanne no tiene la costumbre de darles explicaciones sobre sus decisiones a los donantes?

—¿Y por qué lo ha hecho? —le pregunté.

—La única razón que se me ocurre es que de verdad quería que lo entendieras.

—¿Por qué? ¿Porque no quiere que piense que es un monstruo? —Lo dije de broma, pero Edmond frunció el ceño y reflexionó sobre mis palabras.

—Sé lo que seguramente piensas de ella, pero le importo.

—Tiene una curiosa manera de demostrarlo.

—Tiene deberes y reglas que hacer cumplir, y no puede hacer excepciones conmigo. Si se ve que tiene favoritos, otro vampiro podría desafiarla y poner en cuestión su derecho a gobernar Belle Morte.

No lo había pensado, y las dudas se deslizaron en mi mente. Solo veía la injusticia que tenía ante mí, no el hecho de que podría haber sido necesario para la estabilidad de los vampiros en todo el mundo.

Pero ¿quién podía reprocharme que me costara tener una visión más amplia

cuando Edmond estaba herido y sangrando a mi lado?

—No era consciente de que alguien podría desafiarla —le confesé.

—No es frecuente, pero sucede. Los miembros del consejo son los más antiguos y fuertes de todos nosotros, pero hay otros a los que les gustaría dirigir una casa. El poder es una tentación peligrosa, tanto para los vampiros como para los humanos.

—¿Alguien la ha desafiado alguna vez?

—¿A Ysanne? *Non*. Pero ha habido desafíos en otras casas. A Henry de la casa Midnight lo han desafiado dos veces, y a Jemima, una vez.

No podía imaginarme a la pequeña y delicada Jemima luchando contra un posible usurpador, pero Ysanne podía levantar a un hombre con una sola mano, y la había visto hacerle exactamente eso a Edmond.

—Obviamente sin éxito —le dije.

Esbozó una media sonrisa.

—Los señores y las señoras gobiernan las casas por algo, y ninguno de ellos está dispuesto a renunciar a ese puesto.

—No me imagino a Ysanne renunciando a algo sin pelear a muerte —comenté.

—No lo haría. Belle Morte significa más que cualquier otra cosa para ella, y pobre del que intente quitársela.

Sabía que no debía tocarlo, pero no pude evitar acariciarle el brazo y pasarle la palma de la mano por encima de los músculos. Quería explorar cada hermoso centímetro de él, besarlo y no detenerme jamás, recibirlo en mi cuerpo y dejar que me llevara a un lugar donde solo existiera la felicidad.

—Gracias —le susurré.

—¿Por qué?

—Por hacer lo que hiciste. No soporto verte sufrir, pero gracias por rescatarme.

Me miró fijamente. Sus ojos brillaban como estrellas a pesar de que su rostro seguía tenso por el dolor. Coloqué la palma de la mano en su rostro y deslicé el pulgar por su mejilla.

No era justo.

Había tenido relaciones, incluso una pareja que consideraba seria, pero esto iba mucho más allá de lo que había sentido nunca.

Todo era más brillante y mejor cuando Edmond estaba conmigo.

Cada vez que sonreía, todo dentro de mí se derretía.

Cada vez que veía un destello de afecto en sus ojos, sentía la punzada de que no pudiera funcionar.

Cada vez que me tocaba, era pura felicidad.

Era muy injusto que la única persona por la que sentía todo eso fuera la única persona a la que nunca podría tener.

Apoyé su mano en mi pecho. Mi mirada se desvió a sus labios deseando poder besarlo. Pero no me atreví. Ya era bastante difícil tener que soltarle la mano y levantarme de la cama, pero dudaba que fuera lo bastante fuerte para hacerlo con su sabor todavía en mis labios.

—Debería irme —le susurré.

Empecé a moverme, pero no me soltaba.

—No te vayas, por favor —me dijo.

Nunca lo había visto tan vulnerable, tan inseguro, y supe que me quedaría con él todo el tiempo que me pidiera.

—Podemos meternos en un lío —le dije volviendo a tumbarme en la cama, esta vez más cerca de él, o al menos todo lo cerca que pude sin tocarle las heridas.

—Me da igual.

Aun así, no lo besé, y él no me besó a mí. Los dos sabíamos que había una línea que no podíamos cruzar. Pero nos acurrucamos juntos en la cama, con las manos entrelazadas con fuerza, y si esto era lo mejor que íbamos a tener, al menos me sentía agradecida.

Cuando abrí un ojo, estaba totalmente desorientada. ¿Cuánto tiempo había dormido?

Me senté con cuidado para no molestar a Edmond. Mi vestido de cristales me había dejado pequeñas hendiduras en el brazo al tenerlo presionado contra el costado, y no podía imaginar el horrible espectáculo que debía de ser mi pelo.

Edmond seguía dormido. Con los ojos cerrados y los colmillos ocultos, el

rostro suave y relajado, podría haber pasado por humano. El pelo le caía sobre la frente, como una sombra en su pálida piel.

Desvié la mirada a su espalda para revisarle las heridas. La sangre se había coagulado en los cortes, y el rojo se había convertido en una costra negra, pero aún no estaban curadas. Había esperado que lo estuvieran cuando me despertara.

¿Cómo sería despertar con él todas las mañanas?

¿Cómo sería dormir con él todas las noches, con sus fuertes brazos atrayéndome hacia la curva de su cuerpo?

¿Por qué seguía torturándome pensando en cosas que no podría tener?

Edmond abrió los ojos. Empezó a desperezarse, pero se detuvo haciendo una mueca de dolor. Me sonrió.

—No estaba seguro de si te quedarías.

—Nunca me escabulliría y te dejaría.

—¿Todos tus pijamas son tan elegantes? —me dijo tirando suavemente de los cristales de mi vestido.

El vestido estaba arrugado y seguramente se me había corrido el maquillaje por toda la cara, pero Edmond me miró como si fuera lo más bonito que había visto jamás.

—¿Esta antigualla? Por favor —bromeé intentando pasar por alto el desgarro que sentía en el pecho—. Comparado con mis pijamas, este vestido parece un trapo.

Edmond se rio entre dientes.

—Entonces espero verlos.

La risa murió en nuestras gargantas cuando sus palabras llenaron el espacio que nos separaba. Edmond no podría ver mis pijamas porque eso —el hecho de que por alguna razón estuviéramos juntos en una cama— no podría volver a suceder. Por un momento lo habíamos olvidado, y de repente la realidad regresaba, cruda, fría y desdichada.

—Gracias por quedarte —me susurró Edmond.

Me incliné por encima de él y le di un suave beso en la cabeza. Pretendía ser suave y casto, pero me cogió de las caderas, me tumbó en la cama y se colocó encima de mí. Sus labios buscaron los míos y entre nosotros saltaron chispas.

Solo me dio tiempo a pensar que era muy mala idea antes de que la deliciosa boca de Edmond ahuyentara todos los pensamientos de mi mente. Me aferré a él, le pasé una mano por el pelo y deslicé la otra sobre sus hombros. Edmond se apoyó en un brazo y con la mano libre me recorrió la cadera hasta llegar al pecho. Contuve la respiración mientras sus dedos se detenían en el brillante vestido, a un centímetro de distancia de donde sabía que realmente quería tocar. Me miró como si yo fuera una joya preciosa, una joya que casi temía acariciar.

Le cogí la mano con la intención de desplazarla hacia arriba, pero en ese momento Edmond cambió de posición, resopló y cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, quise abofetearme. ¿Qué pasa? Los latigazos seguían abiertos y en carne viva. Tenía la otra mano apoyada entre sus hombros. Si la movía hacia abajo encontraría sangre con costras y piel desgarrada.

—Perdón —susurré, aunque no sabía por qué.

¿Perdón por no soportar que estuviera sufriendo y no poder quitarle el dolor?

¿Perdón por haber seguido adelante cuando sabíamos que era un error?

¿Perdón por ser humana cuando él era un vampiro?

Edmond negó con la cabeza indicándome en silencio que no me disculpara, pero se apartó de mi lado y volvió a acomodarse en la marca que había dejado en las sábanas.

—Quizá sea bueno que esté fuera de servicio —me dijo con una sonrisa irónica.

Sentí calor en las mejillas, y el estómago se me encogió un poco. Estaba segura de que si Edmond no hubiera estado herido, nada nos habría detenido. Nos habríamos perdido el uno en el otro, sin importar las consecuencias.

Pero por mucho que lo deseara, me alegraba de que no hubiéramos llegado tan lejos. Ya era bastante difícil saber que tendría que alejarme de él, pero temía que si experimentaba todo lo que podía darme, no podría dejarlo. Y al final tendría que hacerlo, porque Ysanne me obligaría. Era mejor alejarse que ser arrancada de los brazos de Edmond.

Vi un libro en la mesilla de noche. Un maltrecho libro encuadernado en

cuero que parecía tener unos cien años. Incliné la cabeza para leer el título grabado en letras doradas en el lomo.

—*El conde de Montecristo* —murmuré.

Edmond me sonrió desde la almohada. Su rostro no solía ser tan expresivo, y me pregunté si era porque estaba demasiado cansado y dolorido para mantener su habitual fachada de vampiro o porque estábamos en la intimidad de su habitación. Aquí no tenía que fingir con nadie. Solo estaba yo, y no creía que quedaran secretos entre nosotros.

—Cuando me enteré de que Dumas le había puesto mi nombre a su protagonista, compré un ejemplar del libro. No se ha separado de mí desde entonces —me contó Edmond.

Miré el libro con más respeto, intentando imaginar lo que era aferrarse a un objeto durante tantos años.

—Apuesto a que a Dumas le habría gustado —le dije.

No se me ocurrió otra cosa que decirle. No quería marcharme, pero la realidad de la situación se apoderaba de mí, y el miedo se me acumulaba en la boca del estómago.

En una semana Ysanne mataría a June si no podía ayudarla.

Si Ysanne me pillaba en la cama de Edmond, aunque él no estuviera en condiciones de hacer nada... No quería ni imaginar lo que haría.

—Tengo que irme —musité curvando mi cuerpo alrededor de Edmond y enrollando los dedos en su pelo. Era tan suave como siempre había pensado, como la seda.

—No quiero que te vayas.

—Lo sé, pero tengo que hacerlo.

Me incliné para besarlo, pero me detuve al recordar lo que había pasado la última vez.

Lo único que podía hacer era levantarme de la cama con mi bonito vestido. Miré a Edmond y mentalmente hice una foto de ese momento para poder conservarla durante todos los años en los que ya no estaría conmigo. Quizá para entonces alguien habría ocupado mi lugar, una hermosa vampira que nunca envejecería ni moriría.

Una punzada de dolor se me clavó en el pecho.

Empezaba a sentir que todo lo que siempre había querido estaba tumbado en esa cama, ensangrentado y débil, pero aun así tan hermoso que apenas podía creérmelo.

Edmond se puso tenso y levantó la cabeza.

—Viene alguien —me susurró.

Ni siquiera tuve tiempo de entrar en pánico cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Edmond? ¿Estás despierto?

—Étienne.

Si hubiera sido cualquier otra persona, me habría escondido debajo de la cama. Pero estaba muy harta de mentir y de esconderme.

—Confío en él —murmuré, y Edmond asintió, porque confiaba en mí.

Me dirigí a la puerta.

Cuando la abrí, Étienne se quedó desconcertado y retrocedió ligeramente.

—¿Renie? ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver cómo estaba Edmond —le contesté.

Étienne desvió la mirada hacia Edmond, tumbado en la cama.

—No puedes entrar en el ala norte.

Me encogí de hombros. No estaba dispuesta a involucrar a Ludovic en esto, aunque confiara en Étienne.

—Bueno, ya me voy, pero te agradecería mucho que no se lo dijeras a nadie —le dije.

—Por supuesto que no voy a decir nada. —Parecía ofendido.

—¿Te asegurarás de que vuelva al ala sur sin que nadie la vea? —le preguntó Edmond.

Étienne asintió.

—No tienes que... —empecé a decir, pero Étienne levantó una mano.

—Renie, te considero una amiga y no quiero que te pase nada. Lo haré —insistió.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando volví a mirar a Edmond e intenté decirle adiós, pero mi boca no pudo formar las palabras.

—¿Qué diría Ysanne? Creía que los vampiros y los donantes ni siquiera podían ser amigos —le dije mientras nos abríamos paso por el ala norte. De vez en cuando nos deteníamos para que Étienne escuchara y se asegurara de que no venía nadie.

—Técnicamente, nunca nos lo han dicho. Han insistido en que no mantengamos relaciones, pero Ysanne nunca nos ha prohibido entablar amistad con los donantes. Además, la verdad es que no me importa lo que piense al respecto.

Primero Ludovic y luego Étienne. No es que me quejara, pero ¿alguien respetaba las reglas de Ysanne?

Quizá todos estaban enfadados con ella por lo que le había hecho a Edmond.

—¿Quién me iba a decir que los vampiros podíais ser tan agradables? —le comenté.

Pretendía ser una broma, pero la sonrisa de Étienne fue un poco triste.

—Las personas solo ven lo que quieren ver —me contestó.

Una vez yo le había dicho algo muy similar a Edmond, y de repente me pareció que habían pasado años. El tiempo parecía haberse detenido en esta casa, los días se fundían unos con otros formando una cadena interminable de vestidos, fiestas, buena comida y dientes afilados.

A mi pesar, empezaba a preguntarme cómo iba adaptarme al mundo real.

Salimos del ala norte sin encontrarnos con nadie, y Étienne se detuvo a unos metros de mi puerta, en el ala sur.

—Gracias —le dije apretándole una mano.

—No hay de qué.

Lo miré alejarse antes de entrar en mi habitación. Jason se había ido, pero Melissa estaba sentada en la cama de Roux, con la cabeza baja, mientras Aiden y Roux discutían en medio de la habitación.

—Me importa porque quiero a Melissa, y toda esta mierda la está molestando —declaró Aiden con rabia.

Roux abrió la boca, pero volvió a cerrarla al verme.

Aiden se giró.

—¿Dónde has estado? —me preguntó.

—En ningún sitio.

Resopló.

—Otra mentira. No lo entiendo... ¿Por qué puedes contárselo a Roux y a nosotros no?

Desvié la mirada hacia Roux, que hizo un gesto de impotencia con las manos.

—¿Contarle qué? —repuse con prudencia.

—Sea lo que sea, no nos lo dirás —dijo Melissa—. Roux sabe algo. No sé si lo de Adrian y Edmond tiene que ver con June, pero todo empezó cuando llegaste, y solo viniste por June. Así que supongo que hasta cierto punto todo está relacionado.

Se calló, quizá esperando a que yo dijera algo.

Debido a lo que acababa de suceder, seguramente Étienne había adivinado que había algo entre Edmond y yo, pero aún no le había contado lo de June, y todavía no podía contárselo a Melissa y a Aiden.

Negué con la cabeza.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Melissa.

Aiden apretó los puños.

—Muy bien. Todos sabemos dónde están las respuestas, y si no nos las das, las conseguiré yo mismo.

Me empujó y salió corriendo de la habitación.

—Espera, ¿qué quiere decir? —Roux abrió mucho los ojos y atrapó a Melissa cuando estaba levantándose de la cama—. ¿No irá al ala oeste?

Oh, mierda.

—Quédate aquí —le pedí a Roux, y fui tras Aiden.

Solo me llevaba unos segundos de ventaja, pero Aiden corría mucho. No me atreví a llamarlo. Lo último que necesitábamos era público.

—Me cago en todo —susurré.

Vi la cabeza de Aiden moviéndose y después se desvió a la izquierda, en dirección al pasillo que conducía al ala oeste.

Intenté acelerar, pero Aiden era demasiado rápido. Estaba subiendo la corta escalera hacia el tramo oscuro del ala mientras yo todavía estaba girando la

esquina.

Estaba aterrorizada. No se trataba solo de que descubriera a June... Se trataba de que Aiden corría sin saberlo hacia un grave peligro.

—¡Aiden, para! —grité sin importarme quién pudiera oírnos.

Aiden se detuvo en lo alto de la escalera, con la cabeza ladeada, pero no era a mí a quien estaba escuchando. Escuchaba el débil repiqueteo de cadenas procedente del final del pasillo.

—Por favor —le supliqué llegando a la escalera, pero ya no me escuchaba.

Corrió por el pasillo hacia la habitación en la que estaba encarcelada June.

La desesperación me hizo correr tras él más rápido de lo que creía posible, pero aun así no lo habría alcanzado si él no hubiera dudado un momento ante la puerta.

—¿Qué mierda es ese ruido? —me preguntó mientras yo lo agarraba del brazo.

—No puedes estar aquí —jadeé—. Aiden, por favor, te lo explicaré todo, pero...

Volvieron a oírse cadenas, más cerca esta vez, y las palabras murieron en mi garganta.

El ruido... parecía llegar desde demasiado cerca de...

De repente la puerta saltó de los goznes.

June estaba en la entrada, con los ojos de un rojo brillante, como el fuego del infierno, y las manos sucias retorcidas en garras. La mordaza le colgaba rota alrededor del cuello y tenía los colmillos extendidos, por encima del labio inferior, como puntas de lanza.

Se me heló la sangre.

No era posible razonar con esta criatura.

—¡Corre! —grité.

June gruñó como un animal salvaje. Sus cadenas traqueteaban detrás de ella mientras nos perseguía. Podríamos dejarla atrás. Había dudado por una fracción de segundo al salir de la habitación, quizá para adaptarse a su repentina libertad, y las largas cadenas que aún le colgaban de las extremidades la retrasarían.

Corría tan rápido que casi me pasé la escalera. Giré todo el cuerpo intentando

corregir el rumbo y me resbalé.

Me caí y rodé por la escalera golpeándome el cuerpo con cada escalón. La cabeza me daba vueltas y las paredes giraban a mi alrededor. Quedé tendida en el suelo al pie de la escalera, con los brazos y las piernas abiertos. Intenté moverme, pero el dolor latía en mi cabeza, y mi visión se oscureció.

No podía desmayarme. June estaba...

Un grito.

Un golpe.

La oscuridad me tragó.

Capítulo 28

Renie

Recuperé la conciencia, y el mundo adquirió forma a mi alrededor. Me dolía el cuerpo, pero estaba viva, que era más de lo que esperaba.

Un ruido se filtró en mi conciencia, un sonido húmedo, como si alguien sorbiera. El miedo se arrastró por mi magullada espina dorsal.

Lentamente, con cuidado, giré la cabeza.

Aiden yacía cerca de mí, con la garganta desgarrada tan profundamente que la cabeza estaba casi separada del cuerpo. June estaba agachada sobre él, con la cara enterrada en la húmeda garganta masacrada de Aiden.

Un pequeño jadeo se me escapó de la boca.

June levantó la mirada y gruñó con los colmillos goteando sangre. Un terror helado me atravesó. Aunque me palpitaba el cráneo y tenía todo el cuerpo dolorido, me puse de pie y hui.

June me persiguió rugiendo.

Gritos mentales resonaban en mi cabeza, el terror que en realidad no podía vocalizar. O quizá era el recuerdo de lo que debió de ser el último grito de Aiden, impreso en mi cerebro.

De pronto me di cuenta de que los gritos no estaban en mi cabeza, sino que atravesaban las paredes de la mansión.

Giré bruscamente en una esquina y me estrellé contra el pecho de Ludovic. Sus ojos brillaban rojos, tenía su habitual coleta medio deshecha, y en una mano sostenía una espada de verdad.

—¡June se ha soltado! —grité.

—Están atacando la casa —me dijo.

Tardamos un segundo en asimilar lo que cada uno de nosotros había dicho, y June apareció por la esquina, gruñendo y rechinando los colmillos.

Ludovic me apartó hacia atrás.

—Corre.

—Pero...

—Ahora.

Por más que me fastidiara dejar a Ludovic con el monstruo en el que se había convertido June, estaba más preparado para manejarlo que yo. Así que hui.

Los gritos se intensificaron cuando salí corriendo del pasillo que conducía al ala oeste, con el corazón martilleándome el pecho.

¿Estaban atacando Belle Morte?

¿Qué mierda estaba pasando?

Estaba casi en el ala sur cuando frené hasta detenerme con otro terror formando un gran nudo en mi estómago. Si Ludovic estaba aquí, entonces Edmond estaba solo e indefenso en su habitación. Y no estaba en condiciones de luchar con nadie.

—Edmond —susurré.

No sabía cómo iba a defenderlo, pero aun así corrí hacia el ala norte, impulsada por una furia salvaje y por la desesperación. Haría lo que fuera necesario para salvarlo.

Cuando llegué a la escalera principal, tres vampiros se interpusieron en mi camino peleando furiosamente: Míriam y dos vampiros a los que nunca había visto. Uno de ellos la agarró por el cuello, la lanzó al suelo y le pisoteó el pecho con tanta fuerza que oí las costillas astillarse. El segundo vampiro se giró de repente y sus fosas nasales se dilataron al verme. Busqué un arma, pero no había nada.

El vampiro empezó a acercarse a mí.

Justo entonces apareció Edmond como un hermoso ángel vengador. Agarró al vampiro que pretendía atacarme, lo levantó y le golpeó la espalda contra su rodilla. El vampiro gritó y Edmond lo lanzó por la escalera de una patada. Su cuerpo dio horribles sacudidas mientras rodaba por los escalones, pero seguía

vivo cuando llegó al final. Nos miró con los ojos llenos de odio.

Su amigo se encogió de miedo y se pegó contra la pared. Edmond avanzó hacia él, pero el vampiro saltó por encima de la barandilla y aterrizó limpiamente en el suelo de parqué.

Yo estaba demasiado aturdida para moverme. Todo había sucedido en unos segundos, y mi pobre cerebro se esforzaba por asimilarlo.

Edmond ayudó a Míriam a levantarse y la apoyó suavemente contra la pared. Después se giró hacia mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó.

—Venía a protegerte. —Al decirlo en voz alta me pareció una tontería, pero la cara de Edmond se suavizó. Me rodeó con sus brazos y me besó.

Deslicé la mano por su espalda y sentí la humedad filtrándose a través de su camisa. Fruncí el ceño, lo aparté y me miré la palma de la mano, que estaba manchada de rojo.

—¡Oh, Dios mío, todavía estás herido! —exclamé.

Al mirarlo de cerca, vi el esfuerzo en su rostro, la tensión alrededor de su boca y de sus ojos, y su postura rígida.

—No importa. Están atacando la casa.

—¿Quiénes?

Frunció el ceño.

—No lo sé. Estamos intentando acorralar a los atacantes en el salón de baile, así que debes volver a tu habitación y quedarte allí.

Quise protestar, pero me cogió del brazo y me impulsó hacia el ala sur. Era mucho más fuerte que yo, así que no tenía sentido ofrecerle resistencia y temía que el mero hecho de intentarlo pudiera empeorar sus heridas.

—No puedes quedarte aquí. Te van a matar —le grité.

—No voy a abandonar mi casa. No puedo.

—Pero es peligroso.

Edmond se limitó a mirarme.

No era que el dolor y el peligro le fueran extraños. Había luchado en muchas guerras, pero en esa época yo no lo conocía. Lo conocía en el presente. y solo podía sentir un terror desgarrador de que aún no estuviera lo bastante fuerte para

pelear y de que correr con las heridas aún recientes pudiera hacer que lo mataran.

—No quiero que te vayas —le susurré—. Quédate conmigo, por favor.

Edmond se detuvo y me colocó la palma de la mano en la mejilla.

—Renie —me dijo con voz suave—. No puedes pedirme que me esconda mientras mis compañeros vampiros luchan por defender Belle Morte. Sabes que no soy así.

Lo sabía. Edmond no era un cobarde y no abandonaría a sus amigos cuando lo necesitaban. Pero eso no alivió el nudo de terror en mi pecho.

—Entonces al menos bebe. Te dará fuerza —le indiqué subiéndome la manga.

Protestó, pero le coloqué la muñeca en la cara. No podíamos arriesgarnos a que bebiera de mi cuello. Uno de los dos debía estar atento por si llegaban más atacantes.

—Gracias —me dijo Edmond, y me dio un rápido beso en los labios antes de morderme la muñeca. Esta vez no hubo placer, solo dolor ardiente, pero apenas fui consciente de él mientras la adrenalina tamborileaba en mis venas.

Cuando terminó, selló los cortes con la lengua y nos dirigimos a mi habitación. En la puerta, me besó una vez más y después me empujó dentro.

Roux, pálida y temblando, me agarró del brazo.

—¿Qué está pasando? —gimió.

Melissa estaba acurrucada en una esquina, con los ojos muy abiertos.

—Están atacando la casa.

—¿Quiénes?

—No lo sé.

Roux se hundió en su cama con los hombros encorvados como una flor marchita.

No soportaba ser la portadora de más malas noticias, pero:

—June se ha soltado.

Roux me miró boquiabierta, con los ojos llenos de lágrimas.

Era mejor decirle la verdad que mentir y fingir que mi hermana enloquecida por la sangre no estaba acechando los pasillos de Belle Morte.

—¿Qué quieres decir con que se ha soltado? ¿Está aquí? —me preguntó Melissa—. Espera, ¿dónde está Aiden?

Las palabras se me atascaron en la garganta al recordar la terrible masacre en la garganta de Aiden. ¿Cómo iba a decirle a Melissa que mi hermana acababa de asesinar a su novio?

Se oyó un estruendo y las tres pegamos un bote. Roux me cogió la mano y tiró de mí hacia la cama. Le temblaban las manos y hundía los dientes en el labio inferior con tanta fuerza que se dejó marcas rojas.

Miré hacia la puerta, y el miedo que se agitaba dentro de mí se asentó y formó una bola fría de determinación. Edmond todavía estaba fuera. Mi sangre había ayudado, pero no bastaba para curarlo por completo, y menos cuando las heridas se habían hecho con plata. Todavía estaba en desventaja y no podía dejarlo así. Me había dicho que no podía esconderse mientras sus compañeros vampiros peleaban, sangraban y morían, y de repente lo entendí de verdad. Edmond me había encerrado aquí por mi seguridad, pero no podía esconderme en mi habitación mientras él arriesgaba su vida. Yo tampoco era así.

—Tengo que ir tras él —dije.

—¿Estás loca? —me gritó Roux.

—Edmond está ahí fuera y no puedo dejarlo.

No había mucho en la habitación que pudiera utilizarse como arma, excepto la Venus de Milo de latón macizo de mi mesilla de noche. La cogí.

Roux se pasó los dedos por el pelo, y las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—No puedes salir.

Me dirigí a la puerta, pero me agarró del brazo y me detuvo.

—Quédate, por favor —me susurró.

Las mismas palabras que acababa de decirle a Edmond. No se me escapaba la ironía.

—Tengo que ir.

—¡No! No tienes que ir. No puedes arriesgar tu vida por un tío...

—Roux, lo amo.

No sé cuál de las dos se quedó más sorprendida por mis palabras. Roux me

miró boquiabierta y estaba segura de que mi boca también estaba abierta. Acababa de decirlo, ¿no? Pero no podía... En fin...

Pero lo había dicho.

—Lo amo —repetí. La enormidad de mis palabras se estrelló contra mí y me tambaleé—. Oh, Dios mío, lo amo. —Sujeté a Roux por los hombros—. Velma nunca abandonaría al hombre al que amara, ¿verdad?

Roux sollozó y asintió.

—Y Daphne nunca la detendría.

No sabía en qué podría ayudar, pero no me quedaría escondida en mi habitación mientras Edmond luchaba por su vida, y no sabía qué futuro nos esperaba, pero no importaba. Lo único que importaba era Edmond, y no lo dejaría morir.

Salí de mi habitación y fui a buscar al vampiro al que amaba.

No había pasado mucho tiempo cuando tropecé con un cuerpo, un hombre que yacía al final del pasillo, con la garganta destrozada y ensangrentada. No sabía si era obra de June o de un vampiro enemigo. Lo rodeé intentando no mirar el cráter húmedo de su cuello ni la mueca de agonía que se extendía en su rostro. Su uniforme negro me dijo que era del equipo de seguridad de Belle Morte, aunque no lo reconocí.

Me sentí aliviada de que no fuera Dexter e inmediatamente me sentí culpable. Este pobre tipo seguramente también tenía una familia. No conocerlo no hacía que su muerte fuera menos horrible.

Me detuve y me giré hacia el cuerpo. Como todos los miembros de seguridad, tenía un cuchillo envainado sujeto al cinturón, que era un arma mejor que la estatua decorativa con la que me había armado. Me incliné sobre el cuerpo y extendí la mano hacia el cuchillo, pero me detuve antes de tocarlo. Ya era bastante duro estar tan cerca de un cadáver. Intentaba empujar ese horror al fondo de mi mente hasta que pudiera enfrentarme a ello, pero coger algo de un cadáver me parecía mucho peor.

Pero no tenía elección. Él ya no necesitaba el cuchillo, y yo sí. No podía pasar por alto la oportunidad de defenderme por mantener el decoro.

Saqué el cuchillo de la funda. La hoja era larga y ancha, estaba afilada como

una navaja por ambos lados y cubierta de plata. No tenía ni idea de cómo manejarlo correctamente, pero quizá si lo movía a la velocidad suficiente, tendría suerte.

Edmond había dicho que los vampiros de Belle Morte estaban intentando empujar a los intrusos hacia el salón de baile, así que allí fue adonde me dirigí.

Llegué a la escalera. El vampiro al que Edmond le había roto la espalda aún yacía al pie, aunque con la cabeza separada del cuerpo. Esperaba que lo hubiera hecho Míriam.

No la conocía, así que la repentina oleada de protección que me atravesó me pilló por sorpresa. Belle Morte podía no ser mi hogar, pero era el hogar de esos vampiros, los amigos de Edmond, y era el hogar de los donantes. Había sido el hogar de Aiden e incluso el de June durante un tiempo.

Al margen de lo que yo sintiera por Belle Morte, los vampiros que vivían aquí no se merecían esto.

Gritos y alaridos, junto con el áspero choque de metal contra metal, resonaron desde la zona en la que estaba el salón de baile. Bajé sigilosamente por la escalera, cuchillo en mano. La puerta principal de la mansión estaba abierta, pero no me atreví a intentar cerrarla porque no sabía lo que estaba pasando.

Mientras avanzaba por el vestíbulo, tropecé con dos cuerpos más: uno era un vampiro al que no conocía y el otro era Abigail. Estaban prácticamente desgarrados. El brazo de Abigail estaba unido al cuerpo solo por un tendón, y el vampiro estaba rasgado casi por la mitad, con un gran abismo húmedo y rojo en el pecho. La sangre se acumulaba en el suelo de parqué que los rodeaba y se me revolvió el estómago.

El ruido se intensificó cuando me aventuré por el vestíbulo y el comedor, pero mi valor aguantó. No era demasiado tarde para dar marcha atrás. Podría volver corriendo a mi habitación, esconderme con Roux y Melissa hasta que todo hubiera terminado, y nadie me culparía por ello. Pero yo me culparía a mí misma.

Amaba a Edmond. Había tardado en darme cuenta de lo que era ese sentimiento cálido y embriagador en mi corazón, pero ya no podía pasarlo por

alto.

Dos figuras entraron dando tumbos en el comedor, forcejeando ferozmente entre sí. Reconocí de inmediato el revoltijo de rizos castaños de Isabeau. Apretaba la garganta de un vampiro al que no reconocí, pero era mucho más grande que ella y la empujaba constantemente hacia atrás. Tenía los colmillos fuera y los labios hacia atrás en un gruñido, pero había miedo en sus ojos.

Crucé la sala corriendo y clavé el cuchillo recubierto de plata en la espalda del vampiro. La hoja se deslizó entre las costillas y se quedó clavada. Gritó, retrocedió y soltó a Isabeau. Se giró y extendió las garras para golpearme, pero el dolor hizo que sus movimientos fueran lentos y torpes, y me agaché.

Pero aún no estaba acabado. Avanzó con los ojos rojos y brillantes. Los colmillos le sobresalían por encima del labio. Isabeau le sacó el cuchillo de las costillas y se lo clavó en la nuca, desplazó la ancha hoja hacia un lado y le cortó la columna vertebral. El vampiro se derrumbó en el suelo temblando horriblemente. Isabeau le dio la vuelta, colocó el filo del cuchillo contra su garganta y empujó hacia abajo. Yo nunca podría haber cortado el grueso cuello de un hombre así, pero Isabeau era una vampira. Con su fuerza, la hoja atravesó el cuello del vampiro y la cabeza se separó del cuerpo.

Isabeau se incorporó. Tenía la cara y la ropa salpicadas de sangre, a juego con el color de sus ojos. Giró el cuchillo y me lo devolvió con la empuñadura por delante. Lo cogí. La sangre que había salpicado la empuñadura se me pegó a las palmas de las manos.

—Creo que acabas de salvarme la vida —repuso Isabeau mirándome con asombro.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Acababa de apuñalar a alguien. Sí, nos habría matado a Isabeau y a mí, pero eso no cambiaba el espantoso recuerdo del metal afilado deslizándose en la carne y raspando contra el hueso. No lavaba la sangre de mis manos.

—No deberías estar aquí —me dijo Isabeau—. Vuelve a tu habitación y deja que nos ocupemos de esto.

Negué con la cabeza y sujeté el cuchillo con más determinación. De ninguna manera iba a dar marcha atrás.

—No es seguro, Renie.

—Me da igual.

Esperaba que insistiera, pero Isabeau se limitó a negar con la cabeza.

—Es tu vida y eres libre de tirarla si lo deseas.

Pasó por encima del cuerpo del vampiro en dirección al salón de baile. Avancé detrás de ella, con el cuchillo ensangrentado listo.

El salón de baile parecía una zona de guerra. Las paredes eran un mural de salpicaduras rojas, y el suelo de mármol estaba tan manchado de sangre y cosas más gruesas que empezaba a parecerse a las alfombras estampadas de otras zonas de la mansión.

Había cuerpos mutilados aquí y allá, flácidos y enredados. Los vampiros que seguían en pie se desgarraban unos a otros como animales salvajes, todo colmillos, fuego y rabia.

Parecía imposible que hubiéramos bailado en esa sala, que una orquesta hubiera tocado música hermosa mientras un equipo de cámaras transmitía el evento a una audiencia ansiosa.

¿Qué pensaría esa audiencia si viera el baño de sangre en el que se había convertido el salón de baile?

Vi a Edmond, y el corazón me dio un vuelco. Tenía la cara salpicada de sangre, no sabría decir si suya o de otra persona, y el pelo oscuro se le pegaba al rostro. Incluso con los ojos rojos y los colmillos totalmente extendidos seguía siendo hermoso, seguía siendo mi Edmond.

¿Cómo había tardado tanto en darme cuenta de que estaba totalmente enamorada de él?

Isabeau se lanzó al combate, pero yo me quedé atrás en la entrada. Había encontrado a Edmond. «¿Y ahora qué?».

Si me metía entre la multitud, me matarían. La estupidez y la futilidad de estar aquí se estrellaron contra mí como un tren a toda velocidad. Había venido porque no podía soportar la idea de que Edmond peleara solo, pero ¿cómo creía que iba a cambiarlo? ¿Luchando junto a él? Con suerte duraría tres segundos.

Yo no era una vampira. Solo era una chica con un cuchillo que no sabía utilizar.

Un vampiro enemigo chocó contra mí y me tiró al suelo. Me las arreglé para no soltar el cuchillo, pero cuando intenté levantarme, resbalé en el suelo cubierto de sangre. Agité salvajemente el cuchillo, pero apuñalar al vampiro anterior había sido cuestión de suerte, porque había aprovechado que estaba distraído. Este se apartó de un salto y sonrió asquerosamente lamiéndose los colmillos.

Volví a avanzar el cuchillo, pero me agarró del brazo con dedos increíblemente fuertes. Me apretó la muñeca hasta que lágrimas de dolor brotaron de mis ojos. Iba a rompérmela y no podía detenerlo.

Un ruido extraño sonó detrás de él, como un bate de béisbol golpeando un melón, y el vampiro se quedó rígido y con los ojos en blanco. Me soltó el brazo y se le doblaron las piernas. Cuando llegó al suelo, vi sangre saliendo de un chichón que tenía en la parte posterior de la cabeza.

Roux estaba a su lado con el pecho agitado. Sujetaba con ambas manos la barra de latón de la que hasta poco antes habían colgado las cortinas de nuestra habitación. Un extremo estaba empapado en sangre y tenía mechones de pelo pegados.

—Joder. ¿Está muerto? —gritó Roux.

El vampiro gimió y empezó a levantarse. Roux chilló y le golpeó en la cabeza con la barra de la cortina una y otra vez hasta que le hundió el cráneo, y trozos de hueso y cerebro salpicaron el suelo.

A Roux le dio una arcada y se llevó una mano a la boca.

Otro vampiro se lanzó hacia nosotras y Roux le golpeó en las costillas con la barra, pero apenas lo detuvo. Intenté clavarle el cuchillo, pero me apartó de un golpe como si fuera de papel. Caí al suelo hacia atrás y el vampiro rápidamente me dio una patada en el estómago. El dolor me atravesó y la bilis quemó la parte posterior de mi garganta.

Roux gritó y me puse de pie, lista para luchar por ella hasta mi último aliento.

Pero alguien llegó antes.

Un susurro de metal surcó el aire, y la cabeza del vampiro rodó por el suelo frente a mí, con la lengua colgando entre los colmillos.

Ludovic estaba de pie en la entrada del salón de baile, espada en mano y con

fuego en los ojos.

—¡Mi héroe! —exclamó Roux.

Me puse de pie y me presioné con una mano el ardiente dolor del estómago.

Ludovic me lanzó una mirada sombría.

—Te dije que volvieras a tu habitación, no que trajeras a tu amiga al campo de batalla.

Antes de que pudiera explicárselo, un terrible rugido surcó el aire. Sabía lo que vería incluso antes de darme la vuelta.

June se había quitado las cadenas y se había liberado los brazos para cortar, desgarrar y mutilar. No era elegante, como los vampiros normales, pero era igual de rápida y fuerte. Mientras abría un camino sangriento en el salón de baile, entendí totalmente por qué temían a los rabiosos.

Las lágrimas me empañaron los ojos.

Un vampiro navegó —navegó, literalmente— por encima de las cabezas de la masa que luchaba y se estrelló contra la pared del fondo emitiendo un crujido repugnante.

Ysanne estaba en el centro del salón y habría apostado a que había sido ella la que lo había lanzado. A pesar de su ropa moderna, parecía un ángel ensangrentado y furioso. Trozos de sangre se aferraban a su largo pelo, y sus ojos brillaban como rubíes fundidos. Jemima luchaba con ella, las dos señoras espalda contra espalda defendiéndose de sus atacantes.

Isabeau se dirigía hacia ellas cuando una vampira se levantó y le clavó un cuchillo en el hombro. Isabeau gritó.

Con un rugido, Ysanne se abalanzó y le arrancó la garganta a la vampira atacante. Carne y trozos de... algo colgaban entre sus dedos. Isabeau se arrancó el cuchillo del hombro, agarró la parte delantera de la ropa de Ysanne y tiró de ella hacia delante. Sus labios se encontraron en un breve y apasionado beso.

June se movía como un relámpago, aparecía y desaparecía de la vista. Estaba salpicada de sangre, tanto por la carnicería que la rodeaba como por las heridas que otros vampiros habían conseguido infligirle. Corrió hacia nosotros. Ludovic saltó para colocarse delante y blandió la espada con destreza. Un movimiento rápido de la hoja abrió una profunda herida en el estómago de June.

Ella gritó, se tambaleó hacia atrás y por un momento creí ver un destello de inteligencia en sus ojos rojos, algo más que la bestia.

Agarrándose la herida, June pasó a nuestro lado y huyó del salón de baile.

—¡Renie, no! —gritó Roux, pero yo ya la estaba siguiendo.

June atravesó la casa dejando un rastro de gotas de sangre que me llevó a la salida trasera. La puerta estaba abierta, el viento la hacía crujir, y la nieve se arremolinaba en el interior. No había ningún guardia de seguridad.

Alguien la había soltado.

Otra vez.

¿Habían intentado matarme de nuevo o todo esto era parte de un plan más grande? Tenía que estar relacionado con los extraños vampiros que estaban atacando la mansión, pero ¿qué iban a sacar de eso?

Las respuestas tendrían que esperar.

Si June saltaba el muro que rodeaba el jardín de Belle Morte, estaría suelta en Winchester, donde vivían más de cien mil personas.

No podía dejar todas esas vidas en peligro, ni siquiera por June.

Agarré mi cuchillo y salí a la nieve.

Edmond

Edmond pasó por encima del cuerpo de un vampiro enemigo. La bestia que llevaba dentro había vuelto a la vida, estaba hambrienta y pedía sangre. Sus manos estaban cubiertas de ella y tenía la camisa empapada y pegada a la piel. Parte de esa sangre era suya, manaba de las heridas que el látigo le había dejado en la espalda. Mucha más era de los vampiros con los que había luchado para defender Belle Morte.

El olor a sangre colgaba denso y pesado en el aire.

Había vislumbrado a June una o dos veces atacando a vampiros sin preocuparse de a quién estaba matando. Tenía que detenerla. Aunque Renie nunca se lo perdonara, Edmond no podía dejar que June se volviera loca y matara a más personas.

Entonces oyó algo que le heló la sangre.

—¡Renie, no!

Renie estaba aquí.

De repente lo único que le importaba era llegar a ella.

Una vampira le dio un golpe, y Edmond la tiró al suelo, le pisó la garganta y le aplastó la tráquea. Volvió a pisotearla hasta romperle la caja torácica, lo que la inmovilizó, pero no la mató. En el fragor de la batalla, era imposible ver cuántos vampiros enemigos habían muerto, cuántos habían escapado y cuántos seguían allí, pero Ysanne necesitaría rehenes vivos para obtener información. Tenían que saber quién estaba detrás de esto y por qué.

Roux estaba apoyada contra la pared en la entrada. Ludovic estaba delante de ella, protegiéndola.

—¡Tienes que detenerla! ¡Ha salido detrás de June! —gritó Roux.

Una oleada de dolor se apoderó de Edmond. Apoyó una palma de la mano contra la pared y ahogó un gemido.

—Ni siquiera deberías estar aquí en estas condiciones —le dijo Ludovic.

Edmond no malgastó el aliento contestándole. Cada segundo podía ser de vida o muerte para Renie. Se dio impulso con la pared y salió corriendo del salón de baile.

Todos esos largos años de soledad había temido por sí mismo. Temía que si entregaba su corazón, se lo devolvieran en pedazos, como siempre. Ahora Renie podía dejarlo de la peor manera posible. Podría hacer frente a no volver a verla siempre y cuando supiera que estaba a salvo y feliz. No podría soportar perderla por culpa de una rabiosa.

Oyó a Ludovic maldecir y perseguirlo, pero no redujo la velocidad.

La evidencia se abría paso dentro de él, frágil y revoloteando, pero llena de posibilidades. No solo se sentía atraído por Renie. Estaba enamorado de la chica testaruda e imposible.

Y moriría antes de permitir que le pasara algo.

Renie

La nieve aún caía del cielo, cada vez más oscuro, lo que dificultaba ver con claridad. Cada vez que el viento soplaba formando remolinos, casi se me salía el corazón del pecho, aterrorizada de que June se acercara a mí sigilosamente.

Cuando pasé junto al roble, en la tierra removida, cubierta por una gruesa capa de nieve, encontré otro cuerpo. La nieve ya estaba empezando a enterrarlo y su cara estaba blanca y rígida por la muerte, pero lo reconocí. Era el joven guardia con el que Roux había coqueteado la mañana en que fuimos a excavar la tumba.

Nunca supe cómo se llamaba.

La nieve hacía que todo en el jardín pareciera desconocido, con las líneas y los bordes redondeados y remodelados por un grueso manto blanco. El anochecer proyectaba una luz extraña que se reflejaba en la nieve.

Los muros del jardín se elevaban a mi alrededor e intenté calcular su altura. ¿Cuatro metros? ¿Cinco? Aunque un vampiro no pudiera saltar tan alto, podría trepar a un árbol y saltar desde las ramas.

Si June quisiera salir de aquí, lo haría.

A menos que alguien la detuviera.

—June —la llamé deseando que mi voz no temblara tanto—. Soy yo.

Algo se movió detrás de mí. Me giré con el corazón latiéndome con fuerza y apretando la empuñadura del cuchillo con la palma de la mano pegajosa de sangre.

Una figura surgió de la sombra que proyectaba la pared.

—¿Étienne? ¿Qué haces aquí? —grité.

Se acercó. La nieve se posaba en su pelo rojo.

—Aquí fuera no estás seguro —le dije—. Lo siento, debería habértelo dicho, pero June está rabiosa...

—Lo sé.

Lo miré fijamente sin entender.

—No lo... ¿Cómo?

Los ojos de Étienne desprendían simpatía, aunque atenuada por algo duro y helado.

—Porque fui yo el que la convirtió —me confesó.

Capítulo 29

Renie

No podía asimilar sus palabras porque era Étienne, mi amigo...

Un movimiento parpadeó a mi izquierda y me giré. June surgió del velo de copos de nieve. Una figura terrible y sangrienta. La nieve se posaba en la maraña de su pelo y se mezclaba con la sangre que le manchaba la cara. Avanzaba hacia mí como algo salido de una pesadilla, gruñendo suavemente a través de los colmillos.

—Oh, Dios mío —susurré—. ¿También has intentado matarme?

—Lo siento —me dijo Étienne.

—¡¿Por qué?! —grité. Tenía la garganta en carne viva.

No me contestó.

—Dímelo —rugí—. Me has mentido y has fingido ser mi amigo. Me debes la verdad.

Étienne inclinó la cabeza.

—No ha sido personal. Me caes bien, Renie, pero te interpones en mi camino. No puedo permitir que interfieras en June.

June gruñó suavemente, como si reconociera su nombre, pero ¿por qué se había quedado ahí? ¿Por qué no atacaba?

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté.

—No sabía que iba a convertirse en rabiosa.

—¡Contesta a mi puta pregunta! —bramé.

El rostro de Étienne se endureció.

—Lo hice porque era necesario. Se acerca una revolución y el mundo de los

vampiros va a cambiar. Lamento que tengas que morir, Renie, lo siento de verdad, pero así tiene que ser. —Miró a June e hizo un gesto que no entendí.

June empezó a gruñir y avanzó hacia nosotros, pero de forma muy lenta y controlada. A pesar del terror que me revolvía por dentro, creí ver un rayo de esperanza, porque si no estaba atacando, quizá todavía podría salvarse.

—Sé que no me recuerdas, pero te quiero, June. Siempre te he querido y siempre te querré, pase lo que pase —le dije.

Dudó, inclinó la cabeza y me observó con atención.

—¿Recuerdas la primera vez que nevó así? ¿Recuerdas lo contentas que estábamos? —le pregunté.

June no se acercó más, pero tampoco huyó. Medio envuelta en las sombras, arrastraba los pies por la nieve, inquieta, con los ojos pegados a mi cara.

Seguía sin atacar. Estaba escuchándome. Las lágrimas derritieron la nieve de mi rostro y extendí una mano.

—Soy yo, June. Soy Renie.

June se acercó arrastrando los pies.

Estaba funcionando.

De alguna manera estaba llegando a ella.

Un cuchillo brilló en la mano de June, y solo me dio tiempo a preguntarme por qué demonios un rabioso llevaba un cuchillo antes de sentir un pinchazo de dolor al rojo vivo mientras se clavaba en mi pecho.

Edmond

Sabía que era demasiado tarde antes de salir. El olor de la sangre de Renie se introdujo en sus fosas nasales y lo arrolló. Tenía una terrible sensación en el pecho, como si su corazón hubiera empezado a latir de nuevo e intentara golpearle la caja torácica.

Encontró a Renie tirada en la nieve, muy cerca del enorme roble junto al que en su momento había creído que estaba la tumba de June. No había señales de June, solo el pequeño cuerpo de Renie tirado en la nieve.

Edmond flaqueó antes de llegar a ella, y la aguda punzada de dolor en su corazón que no latía lo hizo doblarse. Del pecho de Renie se derramaba mucha

sangre, que empapaba la nieve, e incluso sin haber visto la profunda herida en su pecho, habría sabido que estaba muriéndose. El ritmo de su corazón era demasiado débil, luchaba por seguir latiendo.

Edmond cayó de rodillas y la cogió en sus brazos. Renie parpadeó.

—¿Edmond? —susurró, y el dolor en su voz lo desgarró.

Si hubiera sido más rápido, podría haberla protegido.

Pero estaba viendo morir a otra mujer a la que amaba y sintiendo que otra parte de su dolorido corazón se marchitaba.

—Lo siento —musitó sosteniéndola contra su pecho—. Debería haber estado aquí.

Renie intentó sonreír, pero la sangre burbujeaba en sus labios.

—¡No!

Edmond oyó el grito de Roux detrás de él y el suave golpe cuando cayó de rodillas. Al girar la cabeza vio que Ludovic y Míriam estaban junto a ella.

—No he podido salvarla —anunció Edmond.

Roux sollozó entrecortadamente. La nieve, que seguía cayendo, amortiguaba su voz.

—Étienne... —susurró Renie—... mató a June...

Míriam emitió un sonido agudo de incredulidad.

—¿Étienne?

—Tenemos que decírselo a Ysanne —dispuso Ludovic.

—Yo lo haré. Quedaos aquí. —El pelo oscuro de Míriam giró rápidamente y la vampira corrió hacia la casa.

Edmond apenas podía concentrarse.

Renie estaba desangrándose.

Aunque llamaran a una ambulancia, no podrían salvarla. Lo oía en los latidos de su corazón. Le quedaban minutos.

—No tenía que terminar así —murmuró presionando su rostro contra el pelo de Renie e intentando respirar su olor. Pero lo único que olía era sangre.

Ludovic le apoyó una mano en el hombro.

—No tiene por qué.

Edmond no podía procesar las palabras de su amigo. Supo desde el principio

que Renie lo dejaría, pero nunca imaginó que sería por haber sido demasiado lento para salvarla.

Se odiaba a sí mismo con todas sus fuerzas.

Ludovic le apretó más fuerte.

—Edmond, esto no tiene que ser el final.

Edmond consiguió apartar los ojos del rostro pálido de Renie para mirar a su amigo.

—¿De qué estás hablando?

La boca de Ludovic formó una línea sombría.

—Podrías convertirla.

El consejo nunca lo permitiría.

Edmond la miró, tan pequeña y frágil en sus brazos. La sangre oscurecía su pelo rojizo y hacía que se pegara a su pálido rostro. La sangre en sus labios parecía sorprendentemente brillante. Ni siquiera había tenido tiempo de decirle lo que sentía.

A la mierda el consejo.

Edmond tenía una oportunidad de salvar a la mujer a la que amaba y no dejaría que se le escapara de las manos por unas reglas.

Sintió algo húmedo en las mejillas y creyó que era nieve, hasta que Renie abrió los ojos.

—Estás llorando —susurró con la respiración agitada.

Edmond se tocó la mejilla y después se miró los dedos enrojecidos.

La abrazó contra él y acercó los labios a su oído.

—Déjame convertirte.

El ritmo de los latidos de su corazón era cada vez más débil. No tardaría en morir.

—Te mueres, Renie. La única forma de salvarte es convertirte en vampira, pero no lo haré sin tu permiso.

Si prefería morir antes que convertirse en vampira, era su decisión. Edmond no obligaría a nadie a vivir esa vida.

—Por favor, Renie. Si quieres que te salve, solo di que sí. Por favor, di que sí. —Más lágrimas de sangre resbalaron por sus mejillas hasta la cara de Renie.

Renie entreabrió los labios. Le costaba hablar con los pulmones llenos de sangre.

—Sí —susurró.

Edmond le hundió los colmillos en la garganta.

Renie

Abrí los ojos de golpe.

El dolor en el pecho había desaparecido y la terrible sensación de desvanecerme había quedado sustituida por un tipo de energía diferente de todo lo que había sentido antes. El mundo que me rodeaba estaba oscuro, pero a la vez parecía más brillante y nítido que nunca, y oía un golpe constante, un golpe que me resultaba familiar, aunque no podía identificar de qué se trataba.

Tenía un sabor extraño en la boca, algo denso y metálico, pero no desagradable. Me pasé la lengua por los labios, absorbí el sabor y rocé las puntas de unos pequeños colmillos.

Colmillos

Tenía colmillos.

El recuerdo me golpeó en una avalancha de imágenes: Étienne, June, el cuchillo, la súplica de Edmond.

Había dicho que sí.

Era una vampira.

De repente supe lo que era ese ruido sordo: el latido de un corazón.

Me presioné una mano contra el pecho, pero allí nada volvería a latir.

Había muerto y Edmond me había traído de vuelta. El sabor en mi boca... era su sangre.

El latido del corazón que oía era el de Roux. Estaba arrodillada en la nieve, a medio metro de distancia, y me miraba con los ojos muy abiertos y llorosos. Ludovic estaba a su lado, con una mano descansando en su hombro. Su expresión era indescifrable.

Una mano se apoyó en mi mejilla y miré los ojos de Edmond. Era aún más hermoso con mis ojos de vampira, que distinguían con más claridad todos los colores y ángulos de su rostro. Las lágrimas de sangre que había derramado por

mí habían dejado rastros rojos en sus mejillas.

—Renie —susurró, y mi nombre nunca me había sonado tan hermoso. Dejó un instante la mano en mi mejilla y después la movió para tocarme la barbilla, los labios y la nariz, como si quisiera asegurarse de que no me había ido.

Había faltado muy poco.

Tenía la ropa empapada de sangre, pero no había señales de la herida.

Me senté y un dolor agudo me atravesó, como si me hubieran apuñalado de nuevo, pero este dolor era más abajo, palpitaba y se retorcía en mi estómago.

Un gemido se me escapó de los labios. Me doblé y agarré los hombros de Edmond mientras olas al rojo vivo me sacudían y oscurecían mi visión.

—¡¿Qué le pasa?! —gritó Roux.

Intentó acercarse a mí, pero Ludovic la detuvo.

Yo era una vampira, debería haber sido más fuerte que nunca, pero me sentía tan frágil como la porcelana china. Me rodeé el estómago con los brazos y volví a gemir.

—No pasa nada, *mon ange*. Son solo retortijones de hambre. Pasarán —me susurró Edmond.

Me cogió en brazos, se incorporó y se dirigió a Belle Morte.

—Voy a cuidar de ti.

Ysanne, que estaba delante de la puerta, nos detuvo antes de que volviéramos a entrar. Tenía el pelo empapado de sangre, y el rostro tan escalofriantemente blanco e inexpresivo como el hielo.

—Oh, mi querido muchacho, ¿qué has hecho? —le preguntó.

Edmond la miró desafiante.

—Lo que tenía que hacer.

—No todos lo verán así.

—Me ocuparé de eso cuando llegue el momento. Pero déjame ayudar a Renie durante el resto de la conversión, por favor.

Ysanne me miró sin una chispa de emoción en los ojos. Asintió a Edmond, y él me llevó dentro.

—¿Qué ha pasado? —murmuré.

Los gritos se habían acallado.

—La pelea ha terminado —me dijo Edmond—. No sé si Étienne también ha estado detrás de esto y no sé lo que significa para el futuro de Belle Morte. Han muerto vampiros, donantes y personal, Ysanne será responsable de haber tenido a una rabiosa en la casa y... —Se interrumpió y sus ojos se oscurecieron al mirarme— y tendremos que explicar al consejo lo que te ha pasado.

Sentía que había algo más, pero los retortijones de hambre habían clavado garras de hierro en mi estómago y no podía pensar más allá de la necesidad furiosa. Todo se oscurecía y el mundo se desvanecía.

Edmond me dio un beso en la frente.

—Nada más importa, *mon ange*. Todas las preguntas pueden esperar. Por ahora solo necesito cuidar de ti.

No había nada que añadir. No sabía lo que implicaría adaptarme a ser vampira ni cuánto tiempo me llevaría. Todas mis preguntas tendrían que esperar.

Una vida totalmente nueva estaba a punto de empezar.

Agradecimientos

Escribir este libro ha sido un absoluto parto de amor, por lo que ante todo tengo que darle las gracias a Bram Stoker, que me hizo enamorarme de los vampiros.

A mi familia, que siempre ha tenido fe en mí y siempre ha creído que algún día mis libros estarían en los estantes.

A mi gato, por pisotear el teclado de vez en cuando mientras trabajo.

A Liz, que siempre creyó que lo conseguiría y que lamentablemente ya no está aquí para ver este libro.

A Robyn y Deanna, por esa primera videoconferencia que cambió mi vida y por defender mi historia en cada paso del camino desde entonces.

A Jen, mi increíble editora, por su infinita paciencia cuando doy muestras, una vez más, de lo mala que soy con la tecnología.

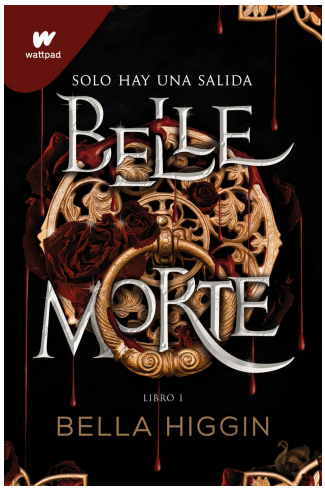
A todo el equipo de Wattpad Books, por ayudarme a preparar mi pequeña historia para el gran mundo.

A mi grupo especial de Wattpad, Kimbers, Jyfrit, L. B. Shimaira, Shaun y Katherine. Gracias por las charlas diarias, las conversaciones sobre escritura, el apoyo y, por supuesto, los cócteles.

A todos mis increíbles lectores de Wattpad. Gracias por los comentarios, los votos, los mensajes y el absoluto amor que habéis mostrado por mi mundo y mis personajes.

A todos los nuevos lectores que están haciendo su primer viaje conmigo. Y brindo por que vengan muchos más en el futuro.

Bienvenidos a Belle Morte.
Cierra después de entrar. Pero cuidado… puede que no salgas nunca.



Han pasado cinco años desde que la existencia de los vampiros se hiciese pública, convirtiéndolos en auténticas celebridades. Entre los humanos cada vez es más común querer convertirse en donantes de sangre de estas criaturas. Muchos lo hacen para sentir de cerca el glamour de la fama, pero para Renie Mayfield convertirse en una elegida es cuestión de vida o muerte.

Renie consigue ser admitida en Belle Morte, una de las casas vampíricas más famosas y la misma en la que su hermana desapareció hace cinco meses sin dejar rastro.

Decidida a recuperarla, Renie se embarcará en una misión peligrosa en busca de respuestas que solo una persona parece tener: Edmond Dantés, el vampiro más temido y ahora también su enemigo mortal.

Amigos, traiciones, amores imposibles, colmillos afilados, sangre de un intenso color carmesí y un secreto terrible.

Bella Higgin es una escritora enamorada de su profesión; leer y escribir no son solo sus pasiones, sino también sus obsesiones. Cuando no está escribiendo, Bella se dedica a rescatar animales callejeros y a bailar descalza bajo la lluvia.



Título original: *Belle Morte*

Primera edición: septiembre de 2022

© 2022, Bella Higgin
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Noemí Sobregués, por la traducción

Diseño de portada: adaptación del diseño original de Wattpad Books / Ysabel Enverga

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19085-69-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Belle Morte

1. Renie
2. Edmond
3. Renie
4. Renie
5. Edmond
6. Renie
7. Renie
8. Renie
9. Renie
10. Renie
11. Renie
12. Renie
13. Renie
14. Renie
15. Renie
16. Edmond
17. Renie
18. Renie
19. Renie
20. Renie
21. Renie
22. Edmond
23. Renie
24. Renie
25. Renie
26. Renie
27. Renie
28. Renie
29. Renie

Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Bella Higgin
Créditos